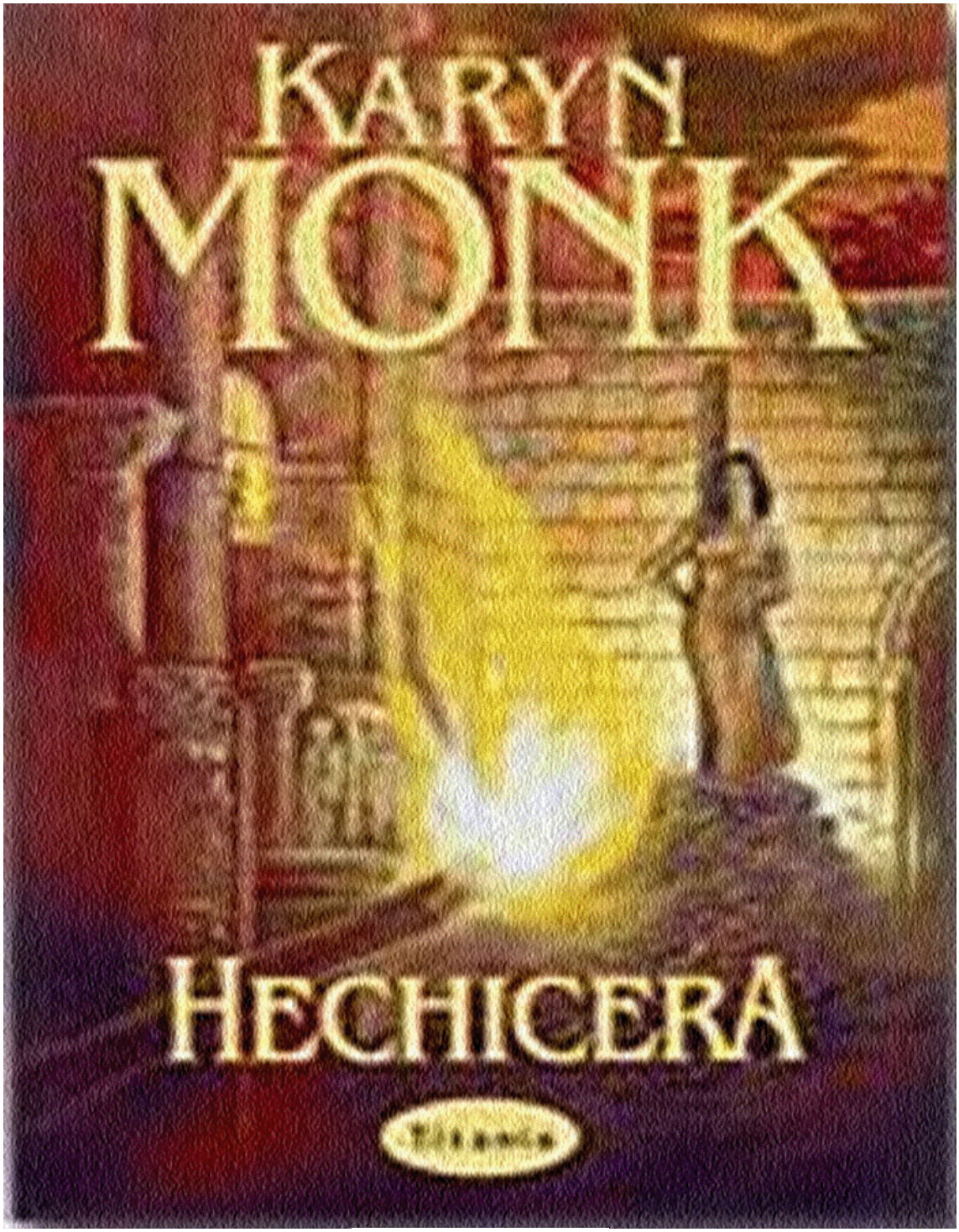
HECHICERA
KARYN MONK



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capitulo1

Las Highlands, *Escocia, verano de 1209*

Le dolía la espalda de estar apoyada contra el gélido muro y se esforzaba por levantarse con tranquila dignidad.
Entrecerrando los ojos frente al tenue velo de luz parpadeante de una antorcha, vislumbró la fornida silueta de su carcelero, Sim. Otros dos merodeaban detrás de él, sus caras prácticamente ennegrecidas por la oscuridad. Los estudió por un momento, luego dejó de apretar la pequeña piedra de puntas afiladas que tenía en la mano.
Robert no estaba con ellos.
—Están listos esperándote —anunció Sim—. Además hace un día espléndido para la ocasión —añadió torciendo con malévolo placer la caverna negruzca de su putrefacta boca—. El viento es perfecto.
Luchando contra el deseo de estampar el puño contra su cara, Gwen-dolyn avanzó.
—Dame las manos —le ordenó blandiendo una larga soga.
Cerró los dedos en un puño, escondiendo su insignificante arma mientras la cuerda se clavaba en sus muñecas. No podía entender el miedo de Robert a que pudiera hacer algo mientras era escoltada hacia la muerte por aquellos fornidos guerreros. Una vez que las ataduras estuvieron aseguradas hasta producirle dolor, los dos hombres la agarraron por los brazos y la empujaron hacia el lóbrego pasillo. El hedor corporal, a comida podrida y a excrementos humanos, inundó sus pulmones. Se apresuró por el pasaje embarrizado, sus pies chapoteaban en los oscuros charcos de agua. Una masa de pelo se escabulló huidiza a su paso. Se detuvo sobresaltada.
Los guerreros se rieron.
—¡Una bruja asustada de una minúscula ratita! —dijo con un resoplido uno de ellos— ¿No les arrancáis las cabezas de un mordisco antes de desangrarlas en vuestras pócimas?
—¿Por qué no le echas un maleficio, como hiciste con tu pobre padre? —se mofó el otro.
—Estoy reservando mis poderes para el hechizo que estoy planeando para ti —le contestó Gwendolyn, que sintió una alegría amarga al notar su repentino miedo.
Subieron las escaleras que dirigían a la planta principal del castillo. Allí el terrible hedor de los calabozos daba paso al fuerte olor a cerveza derramada y carne asada. Se estaba preparando una magnífica fiesta para celebrar su muerte; todo el clan había sido invitado a unirse al jefe del clan o laird* MacSween y a su familia en esta memorable ocasión. El grasicnto y fuerte olor a carne chamuscada de venado le revolvió el estómago. Pasó deprisa junto a los guardias que reían con afectación en la puerta y salió al aire cálido de la tarde.
*En Escocia, título equivalente al «Lord» inglés. Su significado en español correspondería a señor feudal.

—¡Ahí está! —gritó alguien con voz aguda e histérica.
—¡Bruja! —vociferó una joven con mirada de odio, apretando contra el pecho a su bebé—. ¡Tú le has provocado la fiebre a mi pequeño!
—¡Asesina diabólica! —se desgañitó un joven delgaducho que no aparentaba tener más de trece años—. ¡Fuiste tú quien mató a mi madre
el mes pasado! ¿Verdad?
—¡E hiciste que mi pobre hijo se rompiera la pierna bajo aquel árbol —gritó una mujer atormentada de cabello gris—, dejándole lisiado, ramera de Satán!
Todo el mundo allí reunido comenzó a proferir insultos y acusaciones contra ella, tenían las caras contraídas por el odio y sus cuerpos tensos por la violencia. Gwendolyn se detuvo, asustada.
—¡Vamos, bruja! —gruñó uno de los guardias—. ¡Muévete! —La empujó haciéndole dar un traspiés.
La muchedumbre se abalanzó en un instante, agarrándole del pelo,

del vestido y arañándole la cara.
—¡Esbirra del diablo!
—¡Semilla de Satán!
—¡Sucia ramera!
Gwendolyn estaba aterrada. Levantó los brazos aún atados en un vano intento de protegerse la cara mientras recibía una lluvia de golpes sobre la espalda y los hombros por parte de los miembros de su clan. Cuando no pudo soportarlo por más tiempo, cayó de rodillas.
—¡Basta! —gruñó una voz encolerizada desde algún lugar más allá de la exacerbada multitud— ¡Dejadla ya u os arranco el corazón!
Sus atacantes vacilaron sin saber quién había hablado. Miraron dubitativos hacia el estrado adornado con cortinas color púrpura y oro donde el laird MacSween se encontraba junto a su esposa, su joven hijo y su hermano Robert.
—Parece que nuestro invitado, laird MacDunn, tiene poco estómago para los asuntos de justicia —remarcó Robert con tono jocoso. Dejó escapar un suspiro—. No tiene importancia. Va a ser un fuego espectacular. Permitan que la bruja acceda a la hoguera.
—Sí —añadió laird MacSween, sin querer que pareciera que su hermano estaba dando una orden sin su consentimiento—. Dejad que pase la bruja.
El círculo de verdugos se disolvió y Gwendolyn fue levantada con brusquedad. No se molestó en mirar al estrado donde sabía que Robert estaría observándola con aire triunfal. En cambio fijó los ojos en la plataforma mal construida frente a ella y sobre la cual había sido erigida una estaca delgada.
La estructura era alta para conceder a todo el clan una buena visión de su muerte y había sido estratégicamente situada en el extremo del patio cerca de las murallas exteriores, lo más alejada del castillo como fue posible. Esto, le había informado Robert, era porque la mujer e hija del laird MacSween se habían quejado de que si la hoguera era colocada en medio del patio, el hedor a carne quemada de Gwendolyn sería arrastrado por el aire hacia las ventanas, ofendiendo sus delicados sentidos durante días. Robert había sido igualmente solícito respecto a la hora del día en que tendría lugar la ejecución. A última hora de la tarde, decidió, sería lo mejor, de manera que las llamas pudieran consumirse con todo su esplendor en contraste con la creciente oscuridad, y aún así su adorable cara no sería velada por las sombras de la noche.
Mientras caminaba bajo la tenue luz nacarada, Gwendolyn sintió el cálido aliento del viento acariciar su piel. Su carcelero estaba en lo cierto, advirtió desconsolada.
Era un atardecer magnífico.
Habían amontonado ramas secas y turba sobre la plataforma y bajo ésta; sería necesario sólo una chispa para que ardiera en llamas. Gwen-dolyn subió lentamente los peldaños, intentando no pensar en el calor de un fuego de tales dimensiones. No era la muerte lo que temía, sino la forma. Hubiera sido preferible morir ahogada o incluso degollada. Pero la hoguera era la ejecución reservada para aquellos acusados de brujería.
Robert había tenido la esperanza de que su miedo a una muerte tan espantosa hubiera vencido su voluntad desvelándole finalmente el lugar donde estaba escondida la piedra preciosa.
Pero no había calculado bien sus deseos de vivir.
Ocupó su lugar en la plataforma y levantó las muñecas para que el guardia pudiera cortar la cuerda. Le colocaron los brazos por detrás alrededor del poste y se los ataron de nuevo, otra cuerda le sujetaba el cuerpo contra el asta. Durante la ejecución, el asta la mantendría erguida y evitaría que cayera desplomada en las llamas. Aquel pensamiento la reconfortó. En cierto modo, parecía más digno morir de pie.
Cuando los escoltas la dejaron sola, el sobrealimentado padre Tho-mas subió vacilante los escalones de la plataforma.
—Bien, Gwendolyn, ¿estás dispuesta a confesar finalmente tus pecados y suplicar el perdón de Dios por el camino diabólico que has elegido? —le preguntó en voz alta para asegurarse de que su audiencia le oía.
Ella apartó la cabeza de su aliento acre a cerveza.
—No he cometido ningún pecado, padre. El padre Thomas frunció el ceño.

—Vamos, recapacita ahora, joven, estarás pronto ante Dios. Te enviará directamente al infierno, donde arderás durante toda la eternidad, a menos que supliques el perdón ahora.
—¡Ni siquiera un sacerdote puede ayudarte, bruja del diablo! —gritó un hombre con furia.
—¡Ni el diablo! —añadió otro.
Gwendolyn miró cara a cara al padre Thomas con firmeza.
—Si confieso, ¿encontraré la clemencia aquí, entre mi propia gente?
—Eres culpable de asesinato y brujería —señaló agitando la cabeza. Se volvió hacia la audiencia, levantó los brazos y terminó con elocuencia—: ¡Ninguna mujer acusada de unos crímenes tan viles escapará del tormento eterno del infierno... porque «el Señor les hará padecer su furia; y el fuego les consumirá»!
La multitud le vitoreó.
Consideró aquellas palabras por un momento.
—Si no tengo esperanza alguna de evitar la muerte, entonces no veo ninguna razón por la cual debería confiarme a usted, padre.
Parecía sorprendido, pero rápidamente se recompuso. Asintió con aire sabio, doblando sus manos sobre la gran curva de su estómago.
—Dios te está escuchando, Gwendolyn —le aseguró.
—Soy inocente. Piense en ello mientras se sienta a la mesa del laird, esta noche vestido con sus mejores galas, y se atiborra de carne y cerveza suficiente para alimentar a un niño durante un mes. Reflexione sobre el hecho de que me ha dado muerte, padre, y rece para no atragantarse.
Su cara redonda enrojeció de ira.
—¡Cómo te atreves a hablar de ese modo a un hombre de Dios!
—Si fuera realmente un hombre de Dios, hubiera intentado protegerme en lugar de destruirme.
—Es el diablo quien habla. Eras tan sólo una niña cuando tu madre fue quemada en la hoguera, pero evidentemente lo suficiente mayor para que traspasara sus perversas costumbres a su hija.
—Mi madre no era más culpable de brujerías de lo que soy yo.
—Arderás, Gwendolyn MacSween, para que tu endiablada alma sea enviada directamente al infierno, donde pertenece —hizo con rapidez la señal de la cruz y comenzó su trabajoso descenso por las escaleras.
—Dios sabrá que no he hecho nada malo —contraatacó— y cuando se dé cuenta de que fui asesinada, será usted el que vaya al infierno.
—¡Quemadla! —gritó alguien desde la multitud—. ¡Antes de que practique más su magia negra contra nosotros!
La muchedumbre soltó rugidos de asentimiento y comenzó a corear:
—¡Quemadla, quemadla, quemadla!
El laird Cedric MacSween se levantó de su asiento y con cuidado desenrolló un pergamino.
—Gwendolyn MacSween, has sido encontrada culpable de los cargos de brujería y asesinato. Conforme a los testigos, la prueba de tus poderes diabólicos se hizo patente por primera vez hace doce años, cuando varios niños, en tu presencia, te vieron utilizar tu magia con una piedra, haciendo que volara en el aire, hasta que se convirtió en un pájaro. Eso ocurrió el mismo verano que cuatro queridos miembros de nuestro clan murieron de causas que desde entonces han sido atribuidas a tu magia negra...
Robert observaba a Gwendolyn sentado detrás de su hermano, su expresión resignada, repiqueteando con impaciencia con los dedos sobre el brazo de la silla elaboradamente esculpida. Ambos sabían que era demasiado tarde para que él detuviera aquella parodia de justicia. La había condenado en un momento de pánico, y al hacerlo, Robert había perdido toda esperanza de adquirir aquella cosa que con tanta desesperación deseaba. Con su muerte, el poder de la joya le eludiría para siempre. Le lanzó una sonrisa jocosa llena de triunfalismo, como si ella fuera la ganadora de esta batalla. Luego desvió con brusquedad la mirada, incapaz de soportar por más tiempo la imagen de él.
Si, por medio de algún milagro, su espíritu sobreviviera después de esta vida, prometió que se dedicaría a atormentar a Robert hasta su tumba.
Su atención se desvió hacia alguien que no reconocía, un extraño impresionante montado sobre un corcel gris que estaba situado en un lugar de honor junto al estrado del laird.

Debe ser MacDunn, el Loco, pensó. Cuando Robert la visitó por última vez aquella mañana temprano, le había dicho que Alex MacDunn, el Loco, acababa de llegar y que venía en su busca. Al enterarse de que estaba condenada a morir, se había ofrecido a comprarla. Naturalmente, su oferta no había sido aceptada. Pero ya que el laird MacDunn y sus hombres habían venido desde tan lejos, laird MacSween les había invitado cortésmente a quedarse y presenciar su muerte y disfrutar más tarde del magnífico festín. Ese era el hombre, por tanto, que había ordenado a su clan que dejaran de golpearla. Quizá estaba impaciente por continuar con la ejecución.

Era un hombre de figura sorprendente, alto y corpulento, con el tórax ancho, hombros enormes y unos brazos musculosos que podrían con toda facilidad blandir la pesada espada que resplandecía en su costado. El pelo que le caía a la altura de los hombros era del color pálido del oro y de un espesor y brillo que despertaría la envidia de cualquier mujer; contrastaba enormemente con el resto de su rudo físico masculino. No podía ver su cara, porque en aquel terrible momento en el que estaba a punto de ser quemada viva, él se encontraba incomprensiblemente absorto en la tarea de arreglar los pliegues de su tartán ya de por sí colocados con meticulosidad.

Ignorando que lo observaban, MacDunn se ajustó con cuidado la tela de color verde oscuro y amarillo de su tartán y enderezó el cinturón de piel. Cuando sus ropajes quedaron colocados a su gusto, echó un vistazo al broche de plata que sujetaba el manto a los hombros, frunció el ceño y empezó con fastidio a sacarle brillo con la manga a la pieza que relucía ya de antemano. Esta tarea le hizo levantar la cabeza, revelando una cara hermosamente esculpida con una mandíbula ancha y firme, un hoyo profundo en la barbilla y unos pómulos bien marcados. Parecía resuelto a sacar más brillo a sus joyas y las frotaba con gran concentración.

Sólo cuando un joven sirviente se acercó con una bandeja de refrescos se permitió con aire dubitativo distraerse de su cometido. Estudió la bandeja de fruta y bebidas, luego sacó un puñal cargado de joyas de su

cinturón y con delicadeza atravesó una manzana roja. La examinó, y sin duda, encontrando algún defecto, devolvió la insultante fruta a la bandeja y eligió otra. La frotó bien contra el tartán antes de morderla. En aquel momento, quizá sintiéndose observado, alzó de repente la cabeza y la miró. Su expresión era exasperantemente despreocupada; la mirada de un hombre que tenía pocas preocupaciones en su vida y sin intención de dejar que algo tan insignificante como aquella muerte le quitara importancia ni a sus atavíos ni a su apetito.

—... Y como consecuencia de estas actividades profanas, del hecho de que llevas la marca indudable del diablo, y finalmente, la muerte vil de tu propio padre, un crimen tan demoniaco sólo podría ser el trabajo de una condenada ramera que yace con el diablo... —declamó con exageración laird MacSween, enfatizando en cada una de las palabras que le era posible para darle más dramatismo.

MacDunn la estudió por un momento, girando con distracción la manzana con su centelleante daga, sin duda preguntándose si era realmente capaz de haber cometido todos aquellos horribles cargos de los que se la acusaba. Ella le devolvió la mirada airada, interrogándose sobre el motivo por el cual había buscado comprarla. Su expresión seguía siendo serena, aunque la intensidad de su mirada era extrañamente incompatible con sus ademanes engreídos. El modo en que la examinaba era desconcertante. Sintió como si estuviera penetrando la coraza de desdén con la que se protegía, buscando a la verdadera mujer que se escondía bajo ella. Una ola de calor recorrió su cuerpo dejándola extrañamente sin respiración. MacDunn siguió observándola durante unos segundos más, entonces de repente clavó los ojos en la manzana y decidió picotearla, como si no mereciera por más tiempo su atención.

Desconcertada y humillada, Gwendolyn apartó la vista.

Laird MacSween continuaba leyendo la lista de cargos contra ella. Los MacSween escuchaban con exaltada alegría, interrumpiendo cada cierto tiempo para proferirle un insulto brutal. Parecía que todos los miembros de su clan se encontraban apiñados en el patio para presenciar su muerte, desde el más pequeño de los infantes hasta el más frágil de los ancianos. A juzgar por la expresión feroz y justificada de sus rostros, era obvio que creían que estaban meramente llevando a cabo la voluntad de Dios en este día. Recorrió con la mirada la aglomeración de caras, buscando en vano un ápice de piedad o compasión.

Pero los MacSween la habían temido y condenado al ostracismo desde que recordaba; no había nadie a quien pudiera llamar amigo, que pudiera sentir simpatía hacia ella. Sí advirtió en cambio a otro extraño, que supuso sería un guerrero de MacDunn, el Loco, ya que lucía el mismo tartán de color verde oscuro y amarillo. Era inmenso como un oso, con cabello largo de un rojo arrebolado y espesa barba pelirroja. Su considerable tamaño le había servido para abrirse paso entre la multitud y se encontraba ahora de pie justo debajo de la plataforma, balanceándose borracho mientras levantaba una cuba de cerveza hacia la boca. El oscuro líquido le cayó por la cara y el pecho, mojándole la camisa y el tartán antes de continuar su trayectoria hasta el suelo. Finalmente, cuando pareció que su voluminoso cuerpo no podía absorber más, bajó la cuba, se secó la boca con el brazo y dejó escapar el eructo más sonoro que jamás había oído Gwendolyn.

La muchedumbre rompió a reír haciendo que laird MacSween se detuviera y les mirara confundido.
—Mis excusas, MacSween —se disculpó el guerrero—. Es una cerveza magníficamente elaborada —diciendo esto levantó la cuba y comenzó a beber de nuevo.
Asqueada, alzó la vista advirtiendo en ese momento a otro guerrero MacDunn encaramado al vano de una ventana de la segunda planta con sus delgadas piernas cayendo con un balanceo contra el muro del castillo. Este personaje menudo era casi como un duende comparado con su voluminoso compañero de clan, y sólo la incipiente barba castaña sobre sus mejillas reveló a Gwendolyn que se trataba de un hombre y no de un chiquillo. Aunque se las había arreglado para procurarse un lugar de lo más envidiable, aparentemente no mostraba interés alguno por la obra que se representaba frente a él en el patio, por el contrario parecía absorto tallando un palo.
Otro guerrero MacDunn, moreno y con barba recortada con esmero, estaba apoyado sin darle importancia contra el muro exterior y flirteando sin reparo con la hija de MacSween, Isabella. Sin duda alguna la tenía encantada. Se inclinó hacia ella de un modo inapropiado, casi rozando con los labios su pelo mientras le susurraba algo al oído. Isabella se llevó la mano a la garganta fingiendo conmoción y dejando escapar encantadoras y tontas risitas. Gwendolyn la observó irritada. Como hija única de laird MacSween, no tenía otra preocupación en esta vida aparte del vestido que iba a llevar aquel día y con cuál de sus muchos seguidores podría finalmente decidirse a ir al altar.
Entre tanto, mientras MacDunn, el Loco, y sus toscos guerreros estaban ocupados con seducciones remilgadas, fabricando juguetitos o emborrachándose, Gwendolyn esperaba su muerte a manos del fuego de la hoguera.
—... por tanto el diablo que lleva en sus entrañas debe ser enviado de
vuelta a las llamas del infierno, de esta manera ella no podrá provocar la muerte y la destrucción de su clan —terminó diciendo laird MacSween.
—¡Quemad a esa condenada bruja!
—¡Rápido, antes de que haga más conjuros contra nosotros!
—¡Quemadla, quemadla, quemadla...! —las voces se elevaron a modo de plegaria, hasta que todo el clan coreó al unísono pidiendo su muerte.
Al fijar su mirada en aquellos adustos rostros, comprendió la absoluta desesperación que debió sentir su madre el día que la ejecutaron. Sin embargo, el sufrimiento de su madre fue mayor ya que murió dejando a un marido angustiado y a una hija aún demasiado pequeña. Al menos Gwendolyn no dejaba a nadie. Su padre había muerto librándose del horror de ver a su hija morir de la misma manera que lo había hecho su madre antes. En cierto modo era consolador, se convenció a sí misma, luchando contra las lágrimas que inundaban sus ojos.
—¡Encended la hoguera! —ordenó laird MacSween, esforzándose para que se le oyera por encima del griterío.
El clan alzó los brazos en el aire y le vitoreó.
Dos hombres avanzaron portando sendas antorchas. La respiración de Gwendolyn se hizo más profunda; apretó los brazos contra la estaca y dijo para sí:
«Por favor, Dios mío, permite que pierda el conocimiento antes de que las llamas devoren mi cuerpo».
Lanzó una última mirada llena de odio a Robert. Recostado en su silla la observaba con cierto aire de triunfalismo, no obstante ella sabía que se trataba de una victoria vana.

«Nunca tendrás la piedra, bastardo.»
La primera antorcha comenzó a descender. Fue presa del terror, pero se ordenó a sí misma no soltar una lágrima.
Uno de los guardias sonrió al dejar suspendida en el aire la antorcha sobre la hierba y las ramas secas.
—Fuera de aquí, bruja —gruñó—. A las llamas del...
Esperó a que dijera «infierno», pero lo único que emitió fue un gruñido apagado. Gwendolyn lo observó confundida, sus ojos se abrieron de par en par y luego se quedaron en blanco. Con un jadeo cayó desplomado en el suelo; de su espalda sobresalía la empuñadura con piedras preciosas de una daga y su antorcha abandonada yacía sobre las ramas secas.
El portador de la otra tea miró estupefacto a su compañero muerto. Entonces arrojó la antorcha al árido nido bajo los pies de Gwendolyn.
El guerrero borracho de pelo cobrizo, a su izquierda, vació la cuba de cerveza que llevaba en las manos, extinguiendo las llamas. Luego golpeó con fuerza la cabeza del guardia con la improvisada arma, le hizo girar sobre sí y dándole una buena patada por detrás lo envió volando hacia la multitud de asombrados MacSween.
—¿Qué está sucediendo? —preguntó laird MacSween haciendo un gran esfuerzo para ver a través de la gente—. ¿Está realmente tan borracho aquel tipo pelirrojo... ?
—¡Detenedlo! —gruñó Robert mientras MacDunn, el Loco, se dirigía al galope hacia la estaca. Se levantó de un brinco tirando hacia atrás la silla—. ¡Detente, MacDunn!
Las llamas de la primera antorcha se habían extendido hambrientas hacia las ramas no mojadas por la cerveza y avanzaban ahora por el bajo del vestido de Gwendolyn. El hombre corpulento se subió de un salto a la plataforma y haciendo uso de un machete comenzó a cortar la soga que la mantenía sujeta al poste. Entre tanto, MacDunn avanzaba como un rayo a caballo, con su gran espada en alto, amenazando a todo aquel lo suficientemente loco para interceptarle el camino. Los MacSween, atónitos, se apartaban complacientes, advirtiendo lo loco que estaba, o quizá, pensando que se trataba de un conjuro mágico de Gwendolyn. Cuando MacDunn alcanzó la plataforma en llamas, ella sintió cómo cedía la última cuerda. Empezó a desplomarse, pero el enorme guerrero la levantó con facilidad sobre sus piernas debilitadas, arrojándola al caballo de MacDunn.
—¡Sujétate a mí! —le ordenó MacDunn al tiempo que tiraba del brazo de ella hacia delante y lo colocaba alrededor de su cintura.
Uno de los hombres de Robert corrió hacia ellos con la espada dirigida al pecho del caballo de MacDunn.
—¡No escaparás tan fácilmente, MacDunn! —perjuró echando hacia atrás el acero.
Una flecha atravesó el aire clavándose con acierto en la espalda del soldado. Gwendolyn levantó la vista y vio al hombre con aspecto de duende en la ventana colocando otra asta bien tallada en punta contra la cuerda del arco.
—¡Rodeadles! —gritó Robert saltando del estrado y dirigiéndose hacia su caballo—. ¡No dejéis que escapen!
MacDunn comenzó a azotar sin piedad con la espada a la multitud que avanzaba, forzándoles a que se apartaran mientras incitaba a su caballo para que se apresurara hacia la salida. Gwendolyn se agarró con fuerza, rodeó su cintura con los brazos advirtiendo el poder que emanaba de él al elevarse y relajarse los músculos bajo sus manos. Percibía la

suavidad del tartán contra su piel; sin embargo, el cuerpo que envolvía era duro como una roca; se acercó más, armándose de valor por la fuerza que transmitía.
Alguien la agarró de la pierna intentando tirarla del corcel.
—¡MacDunn! —gritó.
MacDunn se volvió al tiempo que hundía su espada en el hombre, luego con rapidez sacó el acero ensangrentado y se libró de otro Mac-Sween que había estado a punto de partirle las costillas con un hacha. El hombre chocó con fuerza contra el caballo de MacDunn haciendo que el animal se encabritara y Gwendolyn se deslizara hacia atrás. La mano de él se aferró a su brazo produciéndole dolor y atrayéndola hacia sí mientras con el otro brazo amenazaba a todo aquel que se atreviera a acercarse a ellos.
—¡Sujétate con fuerza! —le ordenó con furia.

En ese instante Gwendolyn vio a otro de los guerreros de Robert apuntando a MacDunn con su arco y flecha. De repente, se acordó de la angulosa piedra escondida en su mano y la lanzó al aire. El hombre soltó un alarido y dejó caer el arma, acto seguido se llevó los dedos con cautela al horrible corte del que manaba la sangre justo debajo del ojo.
—¡Dios santo! —murmuró MacDunn.
Advirtió que estaba impresionado, pero no perdió tiempo en agradecérselo ya que habían alcanzado prácticamente la puerta.
—¡La compuerta! —gritó Robert que iba ya sobre su caballo y se dirigía a ellos como un rayo.
—¡Cerrad esa maldita compuerta!
Los MacSween se precipitaron hacia la puerta, cada uno reivindicando ser el primero. Esto desencadenó un fuerte y sorprendente intercambio de maldiciones acabando con una lucha entre ellos mismos. Por el rabillo del ojo, Gwendolyn vio al guerrero del tamaño de un oso y al de aspecto de duendecillo sobre sus cabalgaduras y corriendo veloces hacia la abertura de las murallas.
Se apoyó sobre MacDunn y presionó su cara contra el cálido tartán.
«Gracias, Dios mío.»
El rastrillo de madera cayó al suelo con estruendo.
Al alcanzar el extremo del patio, MacDunn se vio obligado a detener con brusquedad el caballo haciendo que el animal relinchara y se encabritara una vez más.
—Realmente debes estar loco, MacDunn —vociferó Robert con desdén mientras cabalgaba en su dirección—, al intentar un rapto tan ridículo.
Aquello era el fin, se dio cuenta Gwendolyn. Por alguna razón aquellos hombres habían arriesgado sus vidas para salvarla, pero habían fracasado. Ahora morirían todos.
—Lo siento —le dijo a MacDunn con voz áspera—. No deberíais haberlo intentado. Ahora moriréis todos.
Se soltó de su cintura dispuesta a deslizarse del corcel y enfrentarse a su destino.
La mano de él la agarró con firmeza por la cintura *y* la sujetó contra sí.
—En realidad creo que deberías abrir el rastrillo y permitirnos pasar, MacSween —dijo MacDunn con un tono agradable, ignorando a Robert.
Laird MacSween que no se había aventurado a abandonar su lugar honorífico en el estrado, miraba indeciso a Robert.
—Creo que no te das cuenta de lo incómodo de tu situación, laird MacDunn —aseguró Robert arrastrando sus palabras en un tono jocoso—. Permíteme que te ilumine un poco. Estás rodeado por mis soldados.
MacDunn alzó la ceja con sorpresa.
—Disculpa. Tenía la impresión de que tu hermano era el laird.
—Lo es —admitió Robert protocolario—, pero yo estoy a la cabeza del ejército MacSween. Y según estimo sólo sois tres contra cientos —añadió señalando hacia su clan.
—Estás en lo cierto —aseveró MacDunn con tono exento de preocupación—. Pero si no nos permites marcharnos, me temo que no tendremos otra elección que matarla.
Gwendolyn se quedó helada e intentó soltar la mano; MacDunn apretó el puño sujetándola con decisión.
Robert le miró incrédulo. Echó la cabeza hacia atrás y rió.
—¿Esa es tu amenaza? —farfulló—. ¡Dios, parece como si realmente tuvieras la cabeza hueca! Adelante, mátala, MacDunn, si eso te complace. Sinceramente me ahorrarás las molestias.
—¿De verdad? —dijo MacDunn. Su voz era de total asombro—. Hubiera pensado que la apreciabas más de lo que demuestras. Robert parecía divertirse aún más.
—No me interesa en absoluto —le aseguró—. Haz lo que te plazca. MacDunn lo reconsideró por un momento, luego se encogió de hombros y dijo:
—De acuerdo entonces. Brodick, mátala.
Gwendolyn se retorció para bajarse del caballo, pero MacDunn no relajó su puño de acero.
—¡Padre!

Se volvieron todos boquiabiertos. Isabella se encontraba a lomos del caballo del guerrero de MacDunn que momentos antes la había dejado sin respiración por el deseo. La falta de aire parecía mayor ahora, pero era obvio que se debía a la daga que le estaba presionando la garganta.
La mujer de laird MacSween se puso en pie, soltó un grito y se desmayó.
—¿Estás seguro, MacDunn, de que quieres su muerte? —preguntó Brodick—. Es muy atractiva.
—No quiero su muerte en absoluto —le aseguró MacDunn—. Es Robert quien así lo quiere. No le interesa.
—Suéltala —gruñó Robert.
—Sinceramente, Robert, me gustaría que te decidieras. Acabas de decirme que podía matarla.
—¡Sabes bien que no me refería a Isabella!
—¿Entonces a quien te gustaría que matara? —preguntó MacDunn intentando mantener la calma.
—¡Padre, haz algo! —suplicó Isabella.
Laird MacSween se disponía a abrir la boca pero fue cortado de inmediato por su hermano.
—¿Qué puedes querer de esta bruja? —La expresión de Robert era de reserva; sin embargo, Gwendolyn sabía que le preocupaba que MacDunn se hubiera enterado de algún modo de la existencia de la piedra. Simulando un tono más persuasivo, añadió:
—Con toda certeza debes darte cuenta de que al raptar a alguien de nuestro clan, te arriesgas a empezar una guerra.
—Estoy loco —contestó MacDunn encogiéndose de hombros—. Los locos cometen locuras. Además... —levantó la cabeza hacia el resplandor que cubría la estaca en ese momento—, pensé que habías terminado con ella.
—Es el mismo demonio —insistió Robert— y una asesina. No puedes llevártela, MacDunn. Debe morir o te destruirá a ti y a tu gente. MacDunn sonrió.
—Gracias Robert por preocuparte. Estoy profundamente conmovido. Y ahora levanta el rastrillo o Brodick cortará el bello cuello de Isabella.
Robert vaciló.
—¡Padre, haz que abran la reja! —chilló Isabella. Laird MacSween se levantó finalmente de su asiento.
—Estoy convencido de que no eres tan cruel, laird MacDunn, como para matar a una inocente jovencita.

MacDunn estudió por un momento al angustiado padre y luego suspiró.
—Tienes razón, MacSween —admitió—, no lo soy. Robert sonrió satisfecho, advirtiendo que su adversario estaba perdido.
—Pero Brodick sí lo es —le aseguró MacDunn con amabilidad—. ¿Verdad, Brodick?
—¡Aja! —contestó Brodick estrujando ligeramente a Isabella. Ella empezó a gimotear.
—Levantad la puerta —ordenó laird MacSween— y dejad que se marchen.
Gwendolyn observó cómo Robert luchaba contra su frustración. A regañadientes bajó la espada.
—Eso es la decisión de un hombre cabal —comentó MacDunn elogiándole—. Estoy impresionado. Todos los miembros de tu clan retrocederán, laird MacSween, permitiéndonos pasar por la puerta. Si alguien intenta herirnos mientras nos vamos o alguno de tus magníficos soldados nos sigue esta noche, Brodick cortará el cuello de tu encantadora hija. Si, por el contrario, hacéis gala de vuestra paciencia y control, la bella Isabella será liberada intacta mañana por la mañana. Estoy seguro de que con su gran habilidad, Robert y sus hombres no tendrán dificultad en encontrarla y devolvértela sana y salva.
—Tengo tu palabra, MacDunn —dijo laird MacSween—, de que no le harás ningún daño.
MacDunn lo miró con gesto grave.
—Tienes mi palabra.
Satisfecho y sin otra elección, laird MacSween hizo una señal para que levantaran la puerta.
—¡Su palabra no tiene validez! —protestó Robert invadido por la ira—. ¡Está loco!

—Eso dicen —asintió MacDunn animadamente al tiempo que ajustaba su tartán y sus soldados pasaban por la puerta.
—¿Sabes?, tenías mucha razón, Robert —reflexionó en voz alta echando un último vistazo a la hoguera en llamas—. Es realmente un fuego espectacular.
Le guiñó un ojo y desapareció como un rayo en la oscuridad que avanzaba mientras los MacSween se quedaban mirando perplejos.

Capitulo 2

De nuevo una prisionera.
MacDunn y sus hombres habían cabalgado sin cesar durante varias horas sin hablar ni una sola vez durante el trayecto. Gwendolyn encontró el ritmo agotador, pero su cansancio no era nada comparado con el regocijo que le producía el sentirse libre. Había girado la cara contra el viento sintiéndolo soplar con delicadeza contra ella, llevándose el hedor a humo, muerte y odio; eliminando incluso de sus sentidos el aire cargado de los calabozos del castillo hasta que sólo fue consciente de la cálida noche de verano y de la libertad que se extendía a su alrededor a cientos de kilómetros. Se había mantenido pegada a él, sujetándose con fuerza a MacDunn y jurándose recompensar de cualquier manera a este loco y magnífico laird que había arriesgado todo por su vida.
Eso fue antes de que la bajara con brusquedad del caballo, le atara sus doloridas muñecas y la sujetara contra un árbol junto a Isabella.
—¡No puedes tratarme así! —dijo Isabella con un bramido luchando contra las ataduras—. ¡Soy la hija de laird MacSween! ¡No podéis dejarme aquí atada junto a esta bruja!
—¡Por todos los santos, Brodick! ¿No puedes hacer que se calle? —refunfuñó MacDunn.
Este sacó una torta de avena de su alforja y se acercó lentamente a su prisionera.
—Debes estar cansada, milady —remarcó con tono cordial—, y apuesto que también hambrienta.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo, bruto salvaje? —dijo Isabella encolerizada—. ¡Te odio!
—Bella, me hieres —le contestó Brodick acortando su nombre y con aire de herido—. Nunca tuve intención de hacerte daño.
—¡Mentiroso! —le hizo callar—. Una palabra de tu loco jefe y como un salvaje me hubieras cortado el cuello.
—Jamás —protestó con tono tranquilizador—. Tu cuello es demasiado adorable para estropearlo. Aquí tienes, te he traído algo para comer —añadió ofreciéndole la torta de avena.
—¡Antes me tragaría el más repulsivo y fétido de los venenos que aceptar algo de un granuja grosero como tú! —le aseguró con arrogancia— ¡Y cuando los hombres de mi padre lleguen, disfrutarán abriéndote lentamente para que puedas ver tus calientes y sangrientas entrañas salir una a una empapadas y vaporizarse al tocar la tierra helada!
—Una imagen muy alentadora, sí señor —comentó Brodick asombrado—. ¿Has visto de verdad alguna vez cómo lo hacían?
—¡Docenas de veces! —le espetó—. ¡Después te despellejarán, te cortarán en pedazos y luego se los echarán de comida a los lobos!
—Bien, eso no tiene mucho sentido, dulce Bella —remarcó haciendo un gesto negativo con la cabeza—. ¿Por qué iban a tomarse la molestia de despellejarme si van a cortarme en pedazos?
—¡Lo harán porque me divertirá verlo a mí! —le replicó a voces. El ruido era como si estuvieran martilleando en la cabeza de Alex MacDunn.
—Brodick —empezó con la voz tensa—, no puedo soportarlo más.
—Toma un poco de tortita, milady —le sugirió Brodick intentando tentarle con la galleta—. Te sentirás mejor si comes algo.
—Ya te lo he dicho —estalló con furia Isabella—, antes me tragaría...
—Veneno —terminó Brodick introduciendo un buen trozo de torta en su boca, haciéndola callar con éxito.
—Es una pena que no tengamos un poco —dijo entre dientes Alex.
—Así es, muy bien —continuó Brodick mientras Isabella se esforzaba por masticar la torta reseca—. Esto te tendrá ocupada por un momento al menos. ¿Y qué hay de ti, bella

Gwendolyn? —dijo moviéndose ahora hacia el lado del árbol en el que se encontraba ella—. ¿Te gustaría tomar algo?
Lo miró airada.
—Deberías comer algo —insistió levantando un trozo hacia sus labios—. No es mucho, pero es mejor que el dolor a hueco del estómago.

—Apártate de mí —le advirtió con suavidad—, o invocaré un conjuro que hará que tu extremidad más preciada se encoja y se caiga.
Los ojos de Brodick se abrieron por completo ante la inseguridad. Y entonces con rapidez se retiró a su sitio junto a MacDunn y los otros guerreros.
—Por Dios, Brodick, no recuerdo la última vez que fuiste rechazado por una mujer —rió Cameron, el guerrero de gran tamaño, dándole una palmadita cordial en el hombro—. Pero verte despreciado por dos en la misma noche es más de lo que un hombre podría esperar.
—Las ataduras las ha puesto de un humor de demonios —protestó Brodick a la defensiva. Echó una mirada a MacDunn—. Realmente, Alex, es necesario...
—Son prisioneras —le interrumpió con firmeza—. No estoy de humor para rastrear el bosque en su busca esta noche, en caso de que decidieran escapar. Se quedarán donde están.
Brodick no discutió. Estaba claro que MacDunn tenía la última palabra.
El laird podría estar loco, pero era obvio para Gwendolyn que sus subordinados confiaban en él y le respetaban. A pesar de que su rescate había sido arriesgado hasta el borde de la locura, él había salido victorioso. Además durante la retirada a través de las lúgubres montañas y del bosque, no había titubeado ni un instante sobre la ruta a seguir, tomando como guías a las estrellas mientras les conducía por el terreno en sombras. Sabía cómo marcar el ritmo a los caballos, llevándolos más allá de lo que Gwendolyn hubiera imaginado era el límite de su resistencia.
Cuando finalmente MacDunn ordenó a sus hombres acampar, el frío y la humedad de la noche se habían intensificado, sin embargo había desechado la idea de disfrutar de un fuego y tomar comida caliente por miedo a que Robert y sus hombres pudieran verlo o incluso olerlo a través del viento. En su lugar los guerreros comieron una comida frugal basada en galletas ahogadas con cerveza tibia. Gwendolyn estaba hambrienta pero la rabia y lo poco que le quedaba de su ultrajado orgullo le impedían comer de la mano de su carcelero como si se tratara de un animal atrapado.
—Cameron, tú y Ned haréis el primer turno —ordenó Alex, quitándose la espada y tumbándose en el suelo—. Esperemos que el miedo de MacSween por su hija le haga cumplir mis condiciones y no envíe a sus soldados hasta mañana.
—No esperará —aseguró Gwendolyn.
—No, con toda certeza no lo hará —asintió Isabella acalorada, arreglándoselas finalmente para tragarse lo que le quedaba de torta de avena—. Y cuando los soldados lleguen aquí, arrancarán a tiras la carne de vuestros huesos, la descuartizarán en pequeños pedazos y rellenarán vuestras entrañas con ella antes de asaros al fuego.
—¡Por todos los demonios, eres una mujer realmente sangrienta! —vociferó Cameron divirtiéndose de lo lindo—. ¿Cómo un padre con sangre de horchata engendró una hija con una lengua tan afilada?
—¡Cómo te atreves a insultar a mi padre! Es el laird de todos los MacSween...
—¡Dios bendito, contaré cada segundo hasta que la liberemos! —gruñó Alex—. Una vez que los MacSween la encuentren mañana, dudo de que Robert venga tras nosotros. No es probable que arriesgue a más hombres por una bruja que estaba predestinada a morir de todas formas.
—Robert vendrá —le contradijo— y cuando lo haga, no se conformará con el regreso de Isabella sana y salva. Alex la miró con curiosidad.
—¿Crees que te perseguirá? No le contestó.
—¿Por qué? —insistió—. Estabas a punto de morir abrasada. ¿Por qué iba a arriesgar a más hombres para volver a capturarte?
—Robert está decidido a verme destruida —le contestó ofreciéndole parte de la verdad—. No descansará hasta que lo consiga.

Así que MacDunn no sabía nada sobre la piedra, advirtió Gwen-dolyn aliviada. Cualquiera que fuera el motivo por el cual la salvó, no era porque buscara los poderes de la joya.
—Es una bruja —añadió Isabella invadida por el miedo—. Habéis escuchado las terribles cosas que ha hecho a nuestro clan. Y asesinó a su propio padre atrozmente.
—¿Cómo? —preguntó Brodick.
—Lo hechizó —la expresión de Isabella era seria.
—¿Qué clase de hechizo? —quiso saber MacDunn estudiando a la par a Gwendolyn. Parecía más intrigado que preocupado por que ella pudiera hacer lo mismo con alguno de ellos.
—Un conjuro de muerte —aclaró Isabella con impaciencia como si la respuesta fuera obvia.
—¿Eso es todo? —dijo Brodick—. ¿No hubo nada de carne abrasada o una enfermedad agonizante, ni siquiera miembros cayéndose sin ningún motivo aparente? ¿Sólo un hechizo de muerte? —parecía contrariado.
—Su muerte fue espantosamente dolorosa —le aseguró Isabella no-
tando que su historia no estaba causando el impacto deseado—. Robert dijo que su padre se tambaleó agonizante de un lado para otro, agarrándose el pecho y rogando a su hija que parara mientras ella lentamente le arrancaba el alma.
—¿Cómo lo supo Robert? —le interrogó MacDunn sin apartar ni un momento la vista de Gwendolyn.
—Estaba allí —explicó—. Y gracias a Dios que estaba, de otro modo nunca hubiéramos sido capaces de demostrar que ella fue la responsable de aquella oscura fechoría.
Gwendolyn se esforzó en controlar su ira y desesperación ante el falso relato de la muerte de su padre. Devolvió la mirada escudriñadora a MacDunn con premeditada calma, sin confirmar ni negar aquellas horribles alegaciones. No sabía por qué la había secuestrado, pero las ataduras le daban a entender que MacDunn no había sido movido ni por la compasión ni por la caballerosidad. Era mejor que le temiera o por lo menos fuera con cautela respecto a sus poderes.
De repente, Ned, el duendecillo, se dejó caer desde el árbol de encima, susurró algo al oído de MacDunn, a continuación se volvió y señaló hacia las tinieblas. Con rapidez MacDunn hizo una señal en dirección al bosque a Ned, entre tanto Cameron y Brodick desenvainaron sus espadas y desaparecieron en la oscuridad. MacDunn se apresuró al árbol donde estaban Gwendolyn e Isabella.
—Parece que tenemos compañía —les anunció en voz baja mientras cortaba las cuerdas que las sujetaban al árbol—. Podrían ser los galantes MacSween que vienen a rescatarte, Isabella...
La cara de Isabella se iluminó.
—... o podrían ser ladrones borrachos que abusarán de vosotras antes de cortaros el cuello. Y como no estoy dispuesto a permitir que nada de eso ocurra —continuó mientras las ataba juntas por la muñeca— os esconderéis detrás de estos árboles en silencio hasta que os diga que no hay peligro para que volváis. Si a alguna de vosotras se os pasa por la cabeza la estúpida idea de escapar, os advierto que si no os encuentran los lobos, lo haré yo —su tono de voz dio a entender que sería preferible que fueran devoradas por los lobos.
Gwendolyn lo observó mientras desaparecía en las sombras.
—No podemos quedarnos aquí —protestó Isabella nerviosa—. Debemos intentar...
Un gruñido ahogado inundó el silencio de la noche.
—¡Por Dios, MacDunn —retumbó la voz furiosa de Robert—, sal de tu escondite y lucha como un guerrero de verdad!
—¡Robert! —chilló Isabella—. ¡Estoy por...!
—Grita otra vez *y* te convierto en una rata —le amenazó Gwendolyn con un leve siseo—. ¿Has entendido? Isabella emitió un sollozo y asintió.

Alex retiró la espada del estómago de un MacSween, acto seguido se giró para esquivar el golpe de otro, haciéndole retroceder de un salto la hoja de acero de su atacante. La punta del arma le rasgó la camisa y percibió una vaga sensación de escozor en el pecho. Levantó su espada y la hundió en las entrañas de su oponente.

—Maldito seas, MacDunn —le espetó el guerrero al caer de rodillas en el suelo—, el diablo está de tu parte —gruñó desplomándose hacia delante.
La camisa de Alex rezumaba sangre caliente, sin embargo ignoró el dolor. El rechinar del acero al chocar le confirmó que Cameron y Bro-dick estaban bien entretenidos. Con cautela avanzó en busca de más MacSween tras el manto de árboles.
De repente una inmensa mole apareció detrás de un árbol, llevaba un hacha dispuesta a abrir el cráneo de Alex en dos. Antes de que el arma comenzara el descenso, la respiración del guerrero se entrecortó, dio un paso vacilante y se desplomó. De la espalda sobresalía un flecha. Alex alzó los ojos y vio la pequeña figura de Ned colgada de una rama, tenía preparada otra asta ya afilada en la cuerda del arco. Alex siguió con la vista su objetivo y divisó a Robert avanzando en su dirección en medio de la oscuridad sin advertir que estaba a punto de morir.
Alex levantó la mano haciendo una señal a Ned para que se detuviera.
—Buenas noches, Robert —le saludó con amabilidad—. Debo confesar que no te esperaba tan pronto.
—Estoy seguro de que ha sido así —convino con sarcasmo—. Prefiero sorprender a mis enemigos.
—¿Enemigos? —repitió Alex fingiendo sorpresa—. Pero que vueltas más tristes da la vida, si hace sólo unas horas me invitabas cortésmente a asistir a tu maravillosa quema de bruja. ¿Sabes? —continuó con elocuencia mientras clavaba la punta de la espada en el suelo y se apoyaba en ella—, estaba ansioso por asistir a esa fiesta.
—Deberías haberte mantenido al margen de todo esto, MacDunn —le aconsejó al acercarse—. Fuiste un loco al pensar que no vendría detrás de ti.
—¡Ah, pero si sabía que venías! Gwendolyn me dijo que así sería. Sus poderes mentales son excepcionales.

La preocupación apareció en el rostro de Robert pero fue rápido en disimularlo.
—¿Qué más te contó? —preguntó acortando la distancia entre ellos.
—Todo —mintió Alex sin pensarlo—. En realidad hemos tenido una larga conversación —se ajustó los pliegues del tartán con aire distraído—. Es realmente una criatura misteriosa, ¿verdad? No entiendo por qué quieres que vuelva.
—Quiero que vuelva para que la justicia siga su curso —le contestó con sequedad—. Es una bruja y una asesina.
—¡Ah, sí! Por ese asunto tan feo de la muerte de su padre. Qué casualidad que te encontraras allí para presenciarlo, ¿verdad, Robert?
—¿Dónde está? —preguntó Robert dando otro paso hacia delante.
—En realidad no estoy seguro —le contestó Alex encogiéndose de hombros—. Está escondida en algún sitio por ahí —añadió con un movimiento vago de mano—. Sinceramente, no creo que tenga muchas ganas de verte.
—¡Tráemela aquí —le ordenó Robert alzando su espada—, o te cortaré en mil condenados pedazos, MacDunn!
—¿Sabes?, Robert, me sorprende un poco que no hayas preguntado todavía por el estado de tu querida sobrina. Una joven encantadora, Isa-bella, a pesar de esa tendencia suya a proferir amenazas tan desagradables. Sin duda lo ha heredado de ti —sugirió alegremente haciendo que sonara a cumplido.
—¡Tráeme a Gwendolyn, maldito loco —le espetó Robert—, o te abriré en dos como a un pescado y te sacaré tu...!
—Vamos —le interrumpió Alex—, ¿entiendes lo que quiero decir?
—Dios es testigo, MacDunn, has tenido una oportunidad —gruñó Robert al tiempo que echaba la espada hacia atrás.
—Eso no sería prudente —remarcó Alex usando aún su espada como un cómodo bastón—. ¿No es así, Ned?
—Exacto —asintió Ned desde su posición en el árbol que había justo encima de él.
Sorprendido, Robert alzó los ojos.
—No creo que te gustara que te clavaran una flecha en el pecho —le aseguró Alex.
—O una garrancha en el estómago —añadió Garrieron apareciendo tras los árboles.

—O una daga en el ojo —continuó Brodick de pie junto a él. Robert vaciló, dándose cuenta de que no tenía otra elección, arrojó la espada al suelo.
—Creo que me gustaría también tu puñal —dijo Alex—. Me parece que he perdido el mío en la espalda de uno de tus guerreros.
Robert frunció el ceño, luego sacó el puñal del cinto y lo arrojó junto a la espada.
—Excelente. Bueno, como no tienes armas y nos hemos visto obligados a matar a los soldados que trajiste contigo...
—No podéis haber matado a todos —objetó Robert.
—Bien, yo recuerdo con claridad haber matado al menos a dos —dijo Alex—. ¿Y tú, Brodick?
—También a dos —contestó Brodick.
—Y yo he acabado con tres —añadió Cameron, moviéndose detrás de Robert—. ¿A cuántos has despachado tú, Ned?
—A tres.
Alex los contó con los dedos.
—Creo que eso hace diez. ¿Cuántos guerreros trajiste, Robert? —le preguntó con curiosidad.
La cara de Robert estaba casi de color escarlata de la ira.
—¡Maldito seas, MacDunn! ¡Esto significa la guerra!
—No te culpes —le tranquilizó Alex—, después de todo, erais once, y once contra cuatro parece equitativo. Escucha, has tenido un día horrible y no parece que vaya a mejorar. Descansa bien esta noche y verás todo más claro por la mañana.
—¡No tengo intención de descansar, lerdo patán! —dijo Robert encolerizado—. Puede que sea tu prisionero, pero tengo la intención de...
Cameron le golpeó con la empuñadura de su espada en la cabeza. Robert gimió y se hundió en la tierra.
—Dormirá como un niño —aseguró Cameron.
—Bien. Atadle a un árbol por si se despierta temprano —ordenó Alex retrocediendo en dirección al campamento—. Puede que ahora podamos por fin descansar un poco.

Gwendolyn inspeccionó en la oscuridad, sopesando si debería arriesgarse e intentar escapar con Isabella. La lucha parecía haber cesado, pero no estaba segura de quién se había proclamado vencedor. Una sombra alta apareció entre los árboles. La luna lo iluminó al avanzar hacia el claro, eliminando toda duda de que la enorme constitución que percibía era la de MacDunn.
Tenía la camisa empapada de sangre.
—Estás herido —dijo con voz entrecortada mientras emergía de su escondite con Isabella enganchada.
—Te advertí que los hombres de mi padre te abrirían en dos —dijo Isabella con profunda satisfacción—. Ya te dije que os descarnarían...
—Brodick, suelta a Isabella y tráela —ordenó Alex con brusquedad.
—¿Por qué? —preguntó Isabella de repente invadida por los nervios.
—Vas a reparar el daño que los hombres de tu padre nos han hecho
—le informó Alex.
—¡No lo haré! —gritó mientras Brodick cortaba la cuerda que la unía a Gwendolyn.
—Perdóname, dulce Bella, pero será más inteligente por tu parte hacer lo que diga MacDunn —le aconsejó Brodick, llevando a Isabella hacia el claro—. Y cuando termines, tengo un arañazo en el brazo que necesita ser atendido también.
—Y yo tengo un corte en la cabeza —añadió Cameron.
—¡No os ayudaré! —vociferó con furia—. ¡Espero que os desangréis hasta la muerte, montón de basura, ladrones y viles asesinos!
Alex se quitó la camisa dejando ver una herida palpitante que le cruzaba la parte superior del pecho.
—Me la coserás tú —le ordenó—. Ahora.
Isabella echó un pequeño vistazo a la sangre que le goteaba por el torso y de repente se desmayó. Cameron rió a carcajadas.
—¡Parece que la lengua de la joven es más fuerte que su estómago!

—Está fatigada —protestó Brodick tomando con delicadeza en sus brazos el cuerpo desfallecido de Isabella—. Ha tenido un día agotador.
—Cruzó el claro y la dejó sobre una capa de musgo. Alex sacudió la cabeza con disgusto.
—Muy bien, entonces, bruja —dijo fijando la vista en Gwendolyn—, ahora tienes la oportunidad de demostrar tus especiales dotes curativas.
Gwendolyn se echó hacia delante, su mente acelerada. ¿De dónde habría sacado MacDunn que tenía poderes curativos? Aunque su madre había sido una curandera experimentada, el padre de Gwendolyn le había prohibido practicar aquel arte, por miedo a que atrajera la atención hacia ella y diera motivos para que alguien la acusara de poseer habilidades sobrenaturales. A pesar de entender la preocupación de su padre, Gwendolyn había pasado muchas horas en secreto estudiando con atención las notas manuscritas de su madre. Aunque había encontrado esos estudios fascinantes, nunca había practicado las técnicas de su madre con nadie. ¿Cómo demonios se suponía que tenía que curar una herida de batalla?
—Si te mueves con esa lentitud, me moriré antes de que te acerques
—se quejó MacDunn con ironía mientras se echaba en el suelo.
—Perdóname —se disculpó acelerando el paso.
Se arrodilló junto a él y se mordió el labio. Un corte tan largo como la palma de su mano le cruzaba la parte superior del pecho. La sangre le salía a borbotones y le caía por la parte delantera dando la imagen de que lo habían partido en dos.
—Creo que parece más grave de lo que es —murmuró intentando darse más ánimos a sí misma que a él. Tocó con cuidado los bordes descarnados de la llaga para calcular la profundidad y un torrente de sangre salió despedido haciendo que apartara con rapidez la mano.
—Es necesario coserla —le comentó MacDunn.
Ella asintió.
La miró con expectación.
—¡Vamos!
Gwendolyn desesperada intentó recordar las instrucciones de su madre para cerrar una herida. Nunca antes había cosido nada excepto vestidos, y con toda seguridad el principio era el mismo. Salvo que esto, por supuesto, sería más aparatoso.
—Necesitaré más luz —comentó al tiempo que con cuidado iba retirando un poco de la sangre con la camisa que MacDunn había tirado—. ¿Crees que es prudente encender un fuego?
—Los soldados que venían con Robert están muertos —contestó MacDunn—. Ya no hay que preocuparse.
Hizo un gesto a Ned y éste con rapidez comenzó a arrojar palos en un montón.
—¿Está también muerto Robert?
Su voz no reflejaba emoción alguna, pero Alex pudo advertir cierta desesperación tras su pregunta.
—No —confesó sintiendo de una manera extraña como si le hubiera fallado—, no lo está. Pero no puede hacerte daño —añadió deseando que se sintiera segura—. Ahora me perteneces y yo protejo lo que es mío.
Su expresión era seria. Gwendolyn lo miró fijamente durante un instante, contemplando el poder que emanaba de él incluso estando allí tendido y sangrando. No dudaba que creía en lo que decía. Sin embargo, el olor de las llamas aún persistía en sus sentidos, recordándole lo cerca que había estado de la muerte aquel día. Nunca estaría a salvo, comprendió con frialdad. Y aunque pudiera ser la prisionera de MacDunn, estaba segura de que no le pertenecía.
—No pertenezco a nadie, MacDunn.
—Te equivocas.
Bajó la vista hacia la herida.
—Necesitaré aguja, hilo y agua —dijo cambiando de tema.
—Encárgate de ello, Cameron —le ordenó MacDunn.
Gwendolyn dobló la camisa de MacDunn varias veces y presionó con fuerza contra el corte intentando cortar la hemorragia. El cálido líquido de color escarlata atravesó la tela empapando los dedos de ella. Estaba desconcertada por toda esa sangre, pero a duras penas recordaba las notas de su madre que mencionaban que a veces las heridas relativamente

insignificantes podían sangrar de un modo horrible al principio. A simple vista era necesario ejercer más presión sobre la llaga. Apretó todo lo fuerte que pudo, haciendo que los músculos de él se elevaran bajo la palma de su mano.
—Dios santo —perjuró al agarrarle de la muñeca con una fuerza dañina—. ¿Qué demonios estás intentando hacer?
—Per... perdóname —tartamudeó, sorprendida por el daño que le había causado en el pecho—. No pretendía hacerte daño.
Alex la miró extrañado. Sus grisáceos ojos abiertos por completo demostraban su preocupación, lo que era incomprensible en una bruja condenada por asesinato y acusada de otros tantos crímenes horribles. Su muñeca aparecía delgada y frágil en su puño y era completamente consciente de la suavidad aterciopelada de su piel en contacto con su mano.
La soltó con brusquedad.
—Aquí tienes las cosas que pediste —dijo Cameron entregándole un morral de piel que goteaba y una aguja fina.
—¿Dónde está el hilo? —preguntó Gwendolyn.
—No pude conseguirlo —contestó Cameron—. ¿No hay otra cosa que puedas utilizar en su lugar?
Gwendolyn pensó unos segundos. Las notas de su madre decían que a veces se podía sustituir el hilo por pelo, si no había otras fibras disponibles. Se llevó la mano al cuero cabelludo y se arrancó varios pelos largos y de color oscuro.
—Esto puede servir —le dijo a MacDunn.
La hemorragia había disminuido, así que lavó la herida y la secó. Satisfecha porque el corte estaba lo suficiente limpio para coserlo, enhebró con cuidado la aguja, luego echó hacia delante la cabeza, tragó saliva... y se quedó helada.
—¿Qué ocurre? —le preguntó MacDunn después de unos instantes.
—Yo... yo sólo estaba pensando cómo cerrarla.
Advirtiendo que él había encontrado peculiar su vacilación, reunió el coraje necesario y con cautela insertó la aguja en la piel esperando convencida a que se retorciera de agonía.
No hizo una sola mueca.
Animada en parte por ello, pinchó ahora en el lado opuesto de la herida en carne viva, acto seguido le lanzó una rápida mirada de disculpa. Él la estaba observando con gran tranquilidad, su mirada azul llena de intensidad, como si estuviera evaluando su trabajo. Realmente no parecía un hombre con un dolor insoportable. Contenta por no estar causándole una gran agonía, exhaló el aire que había estado conteniendo y continuó con la tarea.
Alex observó cómo con lentitud iba cosiendo la herida. La luz de la fogata jugaba sobre su pálida mejilla mientras trabajaba, no había rastro en ella de enfermedad ni del paso del tiempo. Su rostro era un boceto de belleza melancólica, con pómulos altos y pronunciados; su frente, delicada y pequeña; los labios, que ella mordía mientras se concentraba, eran carnosos y del color de las moras. Sus grandes ojos grises tenían una expresión seria. Se preguntó a sí mismo cómo sería el ver un poco de alegría reflejada en ellos. El pelo de un negro intenso y resplandeciente se parecía al pecho de un cuervo; le caía como una pesada capa alrededor, cubriéndola. Estaba lejos de ser la vieja hechicera que él esperaba encontrar en las tierras de los MacSween. Todo lo que sabía era que iba en busca de la bruja de los MacSween y a su entender todas ellas eran espantosas y encogidas arpías con largos dientes amarillos y manos callosas, salpicadas de manchas. Sin embargo, desde el primer momento que vio a esa pálida chiquilla dirigiéndose a la hoguera, supo que su belleza no era de aquel mundo. Su cara era demasiado perfecta, el color de su tez sorprendente, y la esbeltez de su cuerpo curvilíneo demasiado seductora para no ser sino la obra del mismo diablo. Podía despertar el deseo de un hombre con sólo una mirada, o con el simple gesto de quitarse un mechón ondulado de su negro pelo de la mejilla. Incluso ahora, se sentía abrumado por el ligero contacto de sus frías manos contra su carne desgarrada y abrasadora, por la suave cadencia de su respiración mientras entrelazaba su propio pelo dentro y fuera de él; por la fuerte y dulce esencia a brezo mezclada con el aroma ahumado de su vestido. Habían pasado muchos años desde la última vez que recibió las atenciones de una mujer, ya que disfrutaba de una salud endiabladamente excelente y rara vez era herido en una batalla. Con toda certeza ese era el motivo por el cual ella estaba causando tales efectos en él, acelerando el flujo de la

sangre e incitando su deseo hasta el límite de querer hundir su mano por completo en aquella capa negra de pelo y atraerla sobre él.
—Ya está —respiró Gwendolyn, dando el último punto—. Creo que resistirá si tienes cuidado de no moverte demasiado. Ahora necesitamos un vendaje.

—Sólo tengo mi camisa —dijo Alex, ligeramente contrariado porque hubiera terminado tan rápido.
—No servirá —dijo Gwendolyn, mirando con desaprobación la prenda deshecha—. Está empapada de sangre —pensó por un momento, luego agarró la tela del vestido a la altura del hombro y tiró con fuerza hacia abajo rasgando la manga. Con rapidez hizo lo mismo con el otro lado.

—¿Cosiste tú el vestido? —preguntó Alex mientras ella reducía las mangas a tiras estrechas de tela y las anudaba.
—Sí... ¿Porqué?

—No, sólo pensaba en lo fácil que ceden las costuras. Lo miró, dudando de si hablaba en serio o en broma. La expresión de su cara era contenida, pero creyó ver una señal de regocijo en sus ojos.
—Tus puntos resistirán si tienes cuidado —le informó a la defensiva al tiempo que le rodeaba el pecho con el vendaje—. Pero me temo que tendrás que reprimirte de blandir la espada durante unos cuantos días.
—Entonces esperemos que no venga nadie en tu busca durante un tiempo.

—Roben vino por Isabella también —señaló—. Si no la liberas, laird MacSween enviará con toda probabilidad a más hombres para recuperarla. Es su única hija.

—Isabella será liberada sana y salva —contestó Alex—. Le di mi palabra a MacSween. Además no me sirve de nada. Ven aquí, Brodick -gritó antes de que Gwendolyn pudiera preguntarle de qué utilidad podría serle ella—. Deja que la bruja te cosa el brazo.
Brodick la miró nervioso.
—Está bien, MacDunn. Puede esperar.

—Si lo dejas, puede infectarse —repuso Alex—. Deja que la joven se ocupe de ello.

—No está tan mal como pensaba —aseguró Brodick, ajustándose la manga para ocultar la herida—. No me molesta en absoluto.
—¡Por todos los santos, le ha atemorizado con el asunto ese de convocar un hechizo contra su virilidad! —soltó Cameron, riéndose a carcajadas.

Alex lanzó una mirada de advertencia a Gwendolyn.
—No harás otra cosa que curarle el brazo, ¿está claro? Ella asintió.

—¡Ven aquí, Brodick! —le ordenó Alex.
Desconfiado, Brodick se acercó a ella.
—Cuidado con disgustarla —bromeó Cameron—. Habría más de una joven que lo lamentaría con amargura.
—Tú eres el próximo, Cameron —le anunció Alex—. Esa brecha en la cabeza está enrojeciendo tu pelo, si es que eso es posible. La cara de Cameron se endureció.
—Se trata tan sólo de un arañazo, MacDunn. No hay necesidad de que la bruja...

—¿Preocupado con disgustar a tu mujer, Cameron? —dijo Brodick arrastrando las palabras mientras Gwendolyn le examinaba el brazo. Cameron torció el gesto.
—¿Por qué no curas su herida con brujería? —preguntó Alex, observando cómo Gwendolyn lavaba con cuidado el corte de Brodick. Levantó los ojos confundida.
—Tienes poderes especiales —aclaró— Permite que veamos cómo los usas.

Su mirada escudriñadora era inquietante. Había una emoción poderosa latiendo en lo profundo de sus azules ojos, un sentimiento que luchaba por enmascarar y que ella no pudo identificar de inmediato.
—Si no te importa, MacDunn —comenzó Brodick nervioso—, preferiría que no se tome ninguna molestia por mí.
—¿Tienes esos poderes o no? —insistió Alex.
Ahí estaba de nuevo. Ese repentino relámpago de emoción, tan fugaz, que casi lo pierde. A pesar de ese breve destello, no había duda alguna de qué se trataba.
Ansiedad.

Ese era el motivo por el cual MacDunn la había rescatado. No sabía nada de la piedra, pero a simple vista creía que era una bruja con poderes sobrenaturales. Cuando su intento por comprarla falló, ideó un plan para rescatarla, resuelto como estaba a controlarla a ella y a sus poderes.
No era mejor que Robert, advirtió con amargura.
—Por supuesto que tengo poderes —mintió. Ahora estaba claro que su propia existencia dependía de este engaño. Si MacDunn descubría que no tenía poderes, podría bien decidir asesinarla o bien enviarla de nuevo a su clan.
—Después de todo soy una bruja. Él asintió satisfecho.
—Bien. Odiaría pensar que acabo de matar a una docena de hombres y provocado una guerra contra los MacSween por una mujer que no me sirve de nada en este mundo.
—El hecho de que estuviera a punto de ser consumida por las llamas, ¿no te preocupaba lo más mínimo?
—Estabas acusada de delitos graves —le replicó—. No tengo por costumbre interferir en los asuntos de justicia con los otros clanes. De lo contrario es arriesgarse a una guerra por asuntos que no me preocupan. Tengo que pensar en el bienestar de mi propia gente.
—Es lo más prudente por tu parte —observó Gwendolyn—. Me sorprende que hayas corrido tantos riesgos hoy.
—Planeo beneficiarme de tus poderes —le aseguró—. La recompensa que me traerás excede con creces los riesgos.
De un modo u otro consiguió controlar el deseo de abofetearlo. Pretendía utilizarla al igual que Robert lo había esperado. Sin duda alguna quería que ella le trajera la victoria en la guerra, hacerle invencible y luego llenarle los cofres con riquezas inimaginables. ¿ Cómo había podido pensar, ni siquiera por un instante, que ese guerrero loco estaba por encima del puro egoísmo, de los deseos más superficiales?
—¿Puedes usar tus poderes para curar? —preguntó con impaciencia.
—Puedo, pero sólo hasta cierto punto —mintió, advirtiendo la necesidad de ser cautelosa mientras esbozaba una historia creíble—. No puedo utilizar mi magia para cerrar heridas, de otro modo lo hubiera hecho contigo—se arrancó varios hilos de cabello y enhebró la aguja—. Sí puedo, por el contrario, convocar mis poderes para mitigar el dolor una vez que las heridas están cosidas.
—¿De verdad? —MacDunn se sentía realmente intrigado.
—No será necesario —anunció Brodick—. No creo que tenga dolor. En realidad —continuó, levantando el brazo—, mi brazo está ya mucho...
—Nos lo demostrarás haciendo una prueba con mis hombres —interrumpió MacDunn, empujándola con fuerza para que se sentara de nuevo.
—¿Y qué me dices de ti? —preguntó Gwendolyn.
—Prefiero mirar cómo haces el conjuro.
—Puede que no sea posible —avisó, buscando una excusa verosímil ¿ en caso de que su «hechizo» no funcionara—. Necesito muchas cosas y í no llevo nada conmigo.
—Dile a Ned lo que necesitas para que pueda ir a buscarlo mientras ¡terminas con Brodick y Cameron.
Gwendolyn pensó durante unos segundos.
—Necesitaré cinco piedras rodadas inmaculadas, no más grandes que ¡la palma de mi mano. También me hará falta una única pluma perfecta
del ala de un gavilán, un puñado de musgo verde y fresco, una tira de corteza de pino, doce agujas de pino machacadas, seis gotas de sangre, un pez recién pescado, una cucharada de tierra...
—¡Por el amor de Dios, estamos en plena noche! —se quejó Alex—. ¿Cómo diablos se supone que va a atrapar un pescado?
—Son las cosas que requiero, MacDunn —repuso insensible—. Si no podéis conseguírmelas, no puedo hacer el hechizo.
Con tranquilidad comenzó a coser el brazo de Brodick.
—De acuerdo —rezongó—, ¿hay algo más?
—No, eso es todo.
—Ve a ver si encuentras esas cosas, Ned.
El diminuto guerrero se colocó el arco al hombro y desapareció en el bosque.

Fue más sencillo cerrar el brazo de Brodick que el pecho de MacDunn. Mientras estaba curando la brecha en la cabeza de Cameron, Gwendolyn empezó a sentirse en cierta manera segura de sus habilidades con la aguja.
—Se acabó —dijo haciendo un nudo en el extremo del hilo—. Mantenía limpia y se curará muy rápido.
—Gracias, milady —dijo Cameron, levantándose—. Mi esposa se hubiera enfadado mucho al verme llegar con una brecha abierta en la cabeza. La muchacha es propensa a arrebatos más bien impropios de cólera cuando se trata de mis heridas —su voz era ronca pero Gwendolyn pudo percibir la pasión del guerrero por su mujer.
—No creo que Ned encuentre todo lo que necesito para mi conjuro de esta noche —musitó aliviada—. Quizá deberíamos tan sólo...
En ese momento Ned emergió de entre los árboles. Se dirigió derecho a Gwendolyn y depositó un fardo retorcido y atado a sus pies.
—Será mejor que te des prisa —le aconsejó—. Ese pescado no durará mucho tiempo.
De mala gana, Gwendolyn quitó el nudo del bulto y desempaquetó los artículos. Los examinó uno a uno con atención en busca de algún fallo.
—¿Y qué hay de las seis gotas de sangre? —preguntó valiéndose! como pretexto del artículo que faltaba. Ned levantó la mano.
—Me cortarás cuando te haga falta.
—En realidad, no creo que sea necesaria la sangre —corrigió con ra pidez, mareada con la idea de hacer un corte en la mano de Ned para su insignificante ardid—. Podré arreglármelas sin eso.

Hizo un gran alarde de ritualidad al colocar las cinco piedras en círculo alrededor del fuego, mirando de vez en cuando a la luna y a las estrellas para dar la impresión de que estaba disponiéndolas conforme a alguna compleja conjunción celestial. Una vez colocadas en su sitio, separó el musgo en porciones y lo escondió debajo de cada una de ellas, a continuación esparció un poco de tierra sobre cada una. Terminado aquello, tomó asiento frente a una de las piedras, echó a sus pies el pescado, ahora muerto y dispuso la pluma y la tira de corteza junto a él en forma de cruz.
—Ahora cada uno de vosotros debe tomar exactamente cuatro agujas de pino y sentarse junto a las rocas que quedan —instruyó en voz baja y solemne.
Brodick, Cameron y Ned se miraron uno al otro incómodos.
—Pero yo no estoy herido —protestó Ned.
—No obstante necesito que participéis todos —repuso Gwen-dolyn—. Sólo MacDunn puede observar.
Los tres guerreros se colocaron en su sitio de mala gana.
—Hay una piedra de más —señaló Brodick, encorvándose para cogerla.
—Esa está reservada para los espíritus —improvisó Gwendolyn con rapidez—. Ahora, con lentitud, machacar las agujas de pino con vuestro pulgar e índice para liberar la antigua esencia del bosque, luego acercaos los dedos a la nariz, cerrad los ojos y aspirad profundamente.
Los tres le echaron una mirada de escepticismo.
—Debéis hacer lo que os digo —insistió Gwendolyn—, o el hechizo no funcionará.
Sintiéndose como locos, siguieron sus instrucciones.
—Bien. Ahora debemos esperar —dijo cerrando los ojos al tiempo que extendía sus brazos desnudos sobre el fuego— al alarido de los espíritus.
En ese preciso instante, Isabella recuperó la conciencia. Les miró y gritó tan fuerte que una bandada de murciélagos produjo un sonido ensordecedor con sus silbidos al sobrevolar como una nube furiosa sobre sus cabezas. A continuación se desplomó desfallecida otra vez.
—¡Jesucristo! —blasfemó Cameron, espantando con la mano a un murciélago—. ¿Qué demonios le ocurre a esta joven?
—Los espíritus han aullado —sentenció Gwendolyn con tono grave y los ojos aún cerrados—. Están entre nosotros. Brodick entreabrió un ojo.
—¡Cierra los ojos, Brodick! —le reprendió Gwendolyn.
Le obedeció, sin comprender cómo lo había adivinado ya que sus ojos parecían estar completamente cerrados.

—¡Oh, grandes espíritus de las tinieblas! —gimió Gwendolyn mientras agitaba los brazos sobre el fuego—. ¡Os invoco para aliviar el dolor de estos débiles, locos, ignorantes e insignificantes mortales!

—¿Nos ha llamado insignificantes? —preguntó Cameron, desconcertado por su descripción.

—Debe referirse a Ned —repuso Brodick.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Ned, abriendo al mismo tiempo los ojos.

—No pensarás que se refiere a mí, Neddie —se burló Cameron—. Creo que está bastante claro.

—O a mí —añadió Brodick.

—Puede que vosotros seáis los locos *e* ignorantes mortales —sugirió Ned de mal humor.

Gwendolyn abrió los ojos y, colocando las manos en las caderas con exasperación, les reprendió.

—Queréis que continúe con el hechizo, ¿verdad? Los soldados se intercambiaron miradas de resentimiento y cerraron de nuevo los ojos.

—Bien —murmuró—, espero que los espíritus no se hayan enfadado con vosotros y se hayan ido. —Cerró los ojos y haciendo círculos con las manos sobre el fuego continuó.

—¡Oh, nobles espíritus, os pido que extirpéis de los cuerpos débiles de estos guerreros el veneno, la enfermedad y el dolor y los llenéis de fuerza! —su voz iba en aumento—. ¡Liberadles del patético sufrimiento de los mortales; que puedan descansar bien esta noche y se sientan mejor con la salida del sol!

El crujido ensordecedor de un trueno seguido del haz plateado de un rayo rompió la calma. Unas nubes oscuras y ominosas extinguieron de repente el manto claro de la noche, y el bramido del poderoso viento inundó el bosque.

—¡Por Dios, jovencita! —exclamó Cameron asombrado, con su rojizo pelo alborotado por el viento—. ¡Diría que has despertado a esos espíritus!

Cauteloso, Brodick levantó los ojos hacia el enfurecido cielo.

—¿Crees que les ha enfadado ella?

—Quizá siempre reaccionan así -^sugirió Ned. Otra serpiente de luz *cruzó* el cielo seguida del estruendo de un trueno.

—¿Es esto normal, joven? —gritó Cameron, y sus palabras fueron ahogadas por el viento.

Gwendolyn observó el cielo sorprendida. Nunca había presenciado un cambio tan brusco de tiempo.

—No ocurre nada —les aseguró a voces—. Los espíritus han oído mi plegaria.

Permanecieron en el círculo examinando cómo el cielo se oscurecía e iluminaba mientras un vendaval glacial azotaba sus cabellos y ropas. Y de repente, tan rápido como había estallado sobre ellos, la tormenta murió. El viento suspiró por última vez y cesó; las nubes se desvanecieron en la noche desvelando de nuevo el silencioso y tranquilo resplandor de la luna y las estrellas.

—¡Por todos los santos, ha sido sorprendente! —vociferó Cameron entusiasmado dando una palmada en la espalda de Brodick—. ¿Has visto alguna vez algo por el estilo?

—¿Has visto eso, Alex? —preguntó Brodick inquieto.

—¡Aja! —contestó Alex—. Así es.

Brodick levantó el brazo y con cuidado lo flexionó por el codo.

—Creo que mi brazo ha mejorado —revelando en su tono más preocupación que alegría.

—¡Yo estoy seguro de que mi cabeza está mejor! —dijo Cameron con alegría—. ¿Y tú qué tal Neddie?

—No tengo heridas para que me las cure la bruja —refunfuñó Ned—. Es extraño —subrayó al tiempo que giraba la cabeza de un lado a otro—, he tenido dolor y tortícolis durante una semana y de pronto me encuentro bien.

Gwendolyn cruzó los brazos por delante del pecho y les miró con aire triunfal, disimulando el profundo alivio que sentía. Era obvio que la sugestión había tenido efecto en ellos y eso era lo que había esperado que sucediera. Afortunadamente el tiempo había complementado su pequeña actuación.

—¿Puedes hacer ese conjuro para cualquiera? —preguntó Cameron aún excitado.

—No para todo el mundo —contestó con cautela—. Y no siempre funciona.
—¿Qué quieres decir? —preguntó Alex.
—El éxito de un hechizo depende de muchas cosas —le contestó con evasivas. Aunque era vital que MacDunn creyera que tenía poderes, no quería que pensara que podía decir unas cuantas palabras y hacer caer a un ejército entero.
—Mis poderes no funcionan con todo el mundo.
—Me importa un comino si funcionan o no con todo el mundo —gruñó—. Siempre que funcionen con una persona. Su expresión se tornó grave.
—Cameron haz el primer turno. El resto de vosotros descansad. Saldremos con la primera luz.
Brodick fue a buscar otro tartán a su caballo y lo extendió con delicadeza sobre el cuerpo inerte de Isabella. A continuación se tumbó a unos cuantos pasos de esta, desde donde podría cuidar de ella durante la noche. Ned y MacDunn se estiraron también sobre el suelo, colocando parte de sus tartanes sobre los hombros para abrigarse.
—¿Duermes de pie? —preguntó MacDunn irritado.
—No —respondió Gwendolyn.
—Entonces túmbate. Aún nos queda un largo camino por delante.
Presumía que iban a atarla a un árbol. Pero con Cameron vigilándo-la, no conseguiría ir muy lejos si intentaba escapar esa noche. Sin duda eso era lo que pensaba MacDunn. Aliviada por el hecho de verse libre de las ataduras se echó fatigada sobre el suelo.
Al día siguiente lo más tardar encontraría una oportunidad para escapar.
El pequeño campamento se quedó en silencio excepto por el crepitar del fuego. En pocos segundos el murmullo de ronquidos se elevó en el aire. Gwendolyn se preguntaba cómo todos habían conseguido dormirse con tanta rapidez bajo esas condiciones. El fuego se había apagado y la tierra estaba húmeda y fría obligándola a enroscarse como un ovillo y cubrir sus desnudos brazos consigo misma. No sirvió de nada. Cada segundo que pasaba la carne se le helaba más, hasta que finalmente todo su cuerpo tembló fuera de control.
—¡Gwendolyn! —la llamó MacDunn en voz baja—. Ven aquí. Se sentó y escudriñó a través de la oscuridad.
—¿Por qué?
—Porque el rechinar de tus dientes no me deja dormir —refunfuñó—. Túmbate a mi lado y compartimos el tartán. Lo miró horrorizada.
—Me encuentro bien, MacDunn —le respondió apremiante—. No es necesario que te preocupes por...
—¡Ven aquí!
—No —dijo al tiempo que agitaba la cabeza—. Puede que sea tu prisionera pero no compartiré tu lecho.
Esperó a que él le replicara, en su lugar murmuró algo para sí, se ajus-
tó el tartán sobre el tórax desnudo para estar más cómodo y cerró los ojos de nuevo. Satisfecha de haber ganado esta pequeña pero crítica batalla, se frotó con energía los brazos para entrar en calor, luego con ademán comedido se enroscó en el suelo.
Sus dientes empezaron a rechinar con tanta violencia que tuvo que apretarlos con fuerza para controlarse.
—¡Por el amor de Dios! —perjuró MacDunn. Lo siguiente que vio fue cómo MacDunn se estiraba junto a ella y envolvía a ambos con su tartán.
—¡No te atrevas a tocarme! —le advirtió, echándose a un lado.
MacDunn la agarró de la cintura y con firmeza la atrajo hacia él, aprisionándola contra las cálidas curvas de su enorme cuerpo prácticamente desnudo.
—¡Estáte quieta! —le ordenó agotada su paciencia.
—¡No me quedaré quieta, repugnante, loco y raptor de mujeres! —le espetó al darle una patada lo más fuerte que pudo en la espinilla.
—¡Jesu...! —profirió soltándola ligeramente.
Gwendolyn intentó escabullirse, pero enseguida la agarró con fuerza. Advirtiendo con desesperación que estaba atrapada, abrió la boca para gritar.
La mano de él se la cerró con dureza.

—¡Escúchame! —le ordenó en cierto modo intentando mantener la voz baja—. No tengo intención de acostarme contigo, ¿lo entiendes?
Gwendolyn lo miró airada. El movimiento de su pecho al respirar era tan violento que al elevarse y descender acariciaba el vendaje que envolvía su tórax.
—Puede que me consideren un loco, pero que yo sepa todavía no me he ganado la reputación de conseguir los favores de mujeres contra su voluntad... ¿lo entiendes?
Su mirada azul sostuvo la de ella. Intentó detectar en ellos el engaño pero no lo consiguió. Todo lo que reflejaban era enfado mezclado con el cansancio.
—He arriesgado más allá de mis derechos por salvarte la vida y llevarte a casa conmigo, Gwendolyn MacSween —continuó—. No me permitiré ver cómo caes mortalmente enferma por el frío de la noche.
Se detuvo un momento dando tiempo a que el comentario traspasara su miedo. Luego, con precaución, retiró la palma de la mano de sus labios.
—Te daré calor, nada más. Tienes mi palabra. Lo miró con reserva.
—¿Me juras que no abusarás de mí, MacDunn? ¿Por tu honor?
—Lo juro.
Vacilante, se echó hacia su propio lado. MacDunn ajustó parte de su tartán sobre Gwendolyn, acto seguido se acopló de nuevo contra ella. Rodeó su cintura con el brazo, atrayéndola hacia el calor de su firme cuerpo. Durante un largo instante, Gwendolyn se quedó rígida, allí tumbada, sin apenas respirar, esperando a que él rompiera su palabra.
Sin embargo, él comenzó a roncar.
El calor parecía irradiar de él, traspasando lentamente su cuerpo helado y calentando incluso la suave lana del tartán. Entonces se dio cuenta de que se arrimaba más a él. Una deliciosa esencia masculina flotaba a su alrededor, la esencia a caballo y cuero, a naturaleza. Poco a poco, el roce del poderoso cuerpo de MacDunn contra el suyo se hizo más reconfortante que amenazador, especialmente a medida que sus ronquidos se hacían más sonoros.
Hasta aquel momento, prácticamente, no había sentido el contacto físico. Su madre murió cuando era muy pequeña, y su padre, aunque adorable, nunca había sido propenso a las demostraciones abiertas de afecto. Aquella sensación desconocida ante el calor de MacDunn y su fuerza, envolviéndola y protegiéndola, no guardaba relación alguna con nada de lo que hubiera imaginado jamás. Era su prisionera, la había salvado sólo porque codiciaba beneficiarse de los poderes que erróneamente creía que ella poseía. A pesar de todo, se sentía completamente segura.
«Ahora me perteneces.» Le había dicho. «Protejo lo que es mío.» Ella no pertenecía a nadie, reflexionó serena, y nadie podía protegerla de i hombres como Robert, ni de la ignorancia y el miedo que despertaría con toda certeza entre los miembros del clan de MacDunn una vez que la vieran aparecer. Escaparía mucho antes de llegar a sus tierras. Al día siguiente se libraría de aquellos guerreros y así podría recuperar la piedra, regresar a su clan y matar a Robert. Por encima de todo Robert debía morir. Le haría pagar por haber matado a su padre y destrozado su vida.
Pero todo aquello parecía lejano y borroso a medida que era vencida ¡ por el sueño, protegida por aquel valiente y loco guerrero, sintiendo el ritmo constante de los latidos de su corazón batir contra su espalda.

Capitulo 3

Su padre se encontraba sentado ante el fuego, sonriendo con placer mientras ella le leía.

John MacSween estaba orgulloso de haber enseñado a leer a su hija, aunque debía mantenerlo en secreto. El aprender estaba vedado a cualquiera de las mujeres del clan. Esta prohibición escondía el infame deseo de depravarlas con alevosía y tenerlas bajo control. Sencillamente los MacSween no veían necesario que las mujeres leyeran, ya que eran los hombres los que redactaban y recibían mensajes importantes, tratados y acuerdos. ¿Por qué iba una joven a desperdiciar horas preciosas descifrando garabatos en una hoja cuando podía estar haciendo cosas más útiles, como limpiar pescado, cardar lana o desplumar alguna ave? Pero el padre de Gwendolyn provenía de un clan más al sur y sus costumbres no era tan tradicionales como las de los MacSween. Había enseñado a leer y a escribir a su madre y más tarde había transmitido la misma habilidad a la hija. Gwendolyn había aprendido clandestinamente, por la noche y al abrigo de Su pequeña cabana. Su padre no había querido dar a los MacSween una excusa más para temer y condenar al ostracismo a su querida hija.

—Cuando me haya ido, seguirás viendo en los libros y cuentos a tus amigos, mi dulce Gwen —solía decirle.

Gwendolyn levantaría en ese momento la vista del libro y con el ceño fruncido le diría:

—Dondequiera que vayas, yo voy contigo.

Entonces una triste sonrisa ensombrecía la cara de su padre y desa-: parecía.

Un escalofrío recorrió a Gwendolyn. Se acurrucó aún más, luchando por mantener a su padre en la silla. Pero su imagen se había desvanecido. Con un temblor, se echó hacia atrás en busca del reconfortante muro de calor que la había envuelto durante toda la noche.

Se había esfumado.

Sintiéndose perdida, abrió los ojos. Su padre estaba muerto, advirtió desvalida. Ya no habría más noches de lectura para él junto al fuego, ni más relatos de historias fantásticas que tanto le gustaba contar.

MacDunn y sus hombres estaban ya despiertos, preparándose para el día de viaje. Brodick se dedicaba a preparar un sencillo desayuno: tortitas de avena y pescado asado. Entre tanto, MacDunn, Ned y Cameron atendían a los caballos. Gwendolyn se sentó frotándose al mismo tiempo los brazos. Vio que Isabella estaba aún cómodamente escondida bajo el tartán de repuesto de Brodick sumida en un sueño profundo.

—¡Buenos días, milady! —gritó Cameron con entusiasmo—. ¡Un magnífico día! ¿Verdad? Debo confesar que mi cabeza se encuentra estupendamente esta mañana, gracias a tus espíritus.

—Me alegro —murmuró ella.

—¿Tomarás algunas tortas y pescado, esta mañana? Ned lo acaba de pescar y seguro que está buenísimo.

Gwendolyn hizo un movimiento negativo con la cabeza. El dolor por la pérdida de su padre le había quitado el apetito.

—No tengo hambre.

—¡Comerás! —le ordenó MacDunn sin mirarla mientras ajustaba las cinchas de la montura.

—¡No tengo hambre! —insistió con tozudez.

—Tu cuerpo necesita alimento —repuso—. No comiste nada ayer y apuesto que durante tu estancia en el calabozo no comiste gran cosa, si es que tomaste algo. Estás delgada y débil —le dijo mirándola de arriba abajo.

—No estoy débil —protestó. En realidad, desde la muerte de su padre tan sólo hacía cuatro días, se había quedado en nada.

—Una mujer bien alimentada no hubiera sentido ese frío tan intenso anoche. Serás afortunada si no ardes de fiebre para el mediodía y mueres mañana por la mañana.

Gwendolyn lo miró perpleja. ¿Qué significaba aquella extraña preo- | cupación por su salud?

—No tengo ninguna intención de ponerme enferma con fiebre...

—Tu vida me pertenece ahora —le interrumpió— y he decidido que comerás.

Estaba a punto de subrayar que su vida no le pertenecía a él ni a nadie más, cuando Brodick con cautela se le acercó con algo de comida.
—Inténtalo, milady —le invitó—. Aunque no tengas hambre ahora, pasarán varias horas hasta que nos detengamos de nuevo para comer. El aroma del pescado fresco asado despertó el vacío de su estómago.
—Quizá coma un poco —cedió—, pero no voy a hacerlo porque me lo ordenes tú, MacDunn.
MacDunn alzó sus enormes hombros.
—Mientras comas, me da igual.
—Tengo hambre —anunció Isabella con voz soñolienta, estirando al mismo tiempo los brazos por encima de la cabeza.
—¡Buenos días, Bella! —gritó Brodick—. ¿Has dormido bien?
—¡No! —le informó con frialdad—. Tengo el cuerpo dolorido de estar tumbada sobre este suelo tan duro y este repugnante y condenado tartán me ha levantado la piel del picor. No he podido dormir nada.
—Anoche daba la impresión de que descansabas plácidamente después de que MacDunn te mostrara su herida —repuso Cameron entre bromas.
—¡Ahh! —exclamó Isabella—. Eso fue horroroso. ¿Cómo esperabas que te cosiera eso?
MacDunn se encogió de hombros.
—Después de todas esas amenazas tan espantosas que lanzaste, pensé que habrías disfrutado hundiendo una aguja en mí.
—No pienses más en ello —le tranquilizó Brodick, entregándole un paño lleno de comida. Isabella arrugó la *nariz.*
—¡Huele a quemado!
—Lo siento —se disculpó—, es todo lo que hay.
Al oír esto, comenzó a devorar la comida con glotonería.
—Será mejor que hoy cabalguéis a toda velocidad —les aconsejó con los carrillos llenos—. Robert irá con seguridad tras vosotros otra vez. No descansará hasta que no sea devuelta sana y salva a mi padre.
—Por el momento, Robert está en cierto modo en desventaja —dijo MacDunn—. A menos que tu padre se decida a enviar a más hombres, no creo que por ahora disfrutemos de su agradable compañía.
—Vendrá mañana —predijo Isabella—. Y cuando lo haga, te atará las piernas a dos caballos magníficos, los mandará en sentido contrario y te partirán en dos, luego arrastrarán tus restos ensangrentados y deshechos i por todas las Highlands.
Cameron se rió.
—¡Por todos los diablos, realmente voy a echar de menos sus amenazas!
—Yo no —dijo Alex entre dientes al tiempo que se subía a su caballo y añadía—: Es hora de marcharnos. Ned, hoy llevarás a la bruja contigo. Los dos sois ligeros y eso permitirá que tu montura mantenga un buen ritmo.
Era una explicación lo bastante razonable, se aseguró a sí mismo, ; mientras observaba cómo Gwendolyn se montaba detrás de Ned. Creyó ver cierta sorpresa en ella, pero no advirtió nada en el rostro del guerrero que le indicara que aquella orden era peculiar. La realidad era que Alex no ; podría soportar de nuevo sentir su suave y esbelto cuerpo presionado contra el de él. Había permanecido despierto toda la noche, cobijándola con el calor de su cuerpo. Creyó que aquello sería fácil, que con toda sencillez se tumbaría junto a ella y caería profundamente dormido. En cambio, pudo percibir con toda precisión cada soplo de su aliento, cada pequeño movimiento que hacía a un lado u otro; así como los suspiros que emanaban de su delicado cuerpo femenino, el cual era demasiado perfecto y frágil para soportar la dureza de la vida en las Highlands. Notó su tensión y por ello había fingido dormir, sabiendo que no confiaba en que mantuviera su promesa de no aprovecharse de ella. Y mucho antes de que la luz empezara a filtrarse a través de las agujas ligeras de los pinos sobre ellos, él se había cuestionado su capacidad para mantener su promesa. En cierto modo, esta chiquilla pálida había conseguido despertar un calor y ; una necesidad en él que nunca pensó en volver a experimentar. Sintió su carne encendida y su sexo se endureció hasta producirle dolor.
Estaba sorprendido.

—Todavía no estoy lista—anunció Isabella, inquieta al ver a todos montados y listos para marcharse—. No he terminado de desayunar y después necesitaré unos segundos para lavarme en el riachuelo —co- i menzó a mordisquear una segunda torta de avena.
Brodick incitó al caballo en su dirección.
—Para mi desconsuelo, dulce Isabella, es aquí donde debo decirte adiós —se inclinó, agarró el tartán de sus hombros y a continuación lo dobló colocándolo en la parte posterior de su silla.
Lo miró sin poder creérselo.
—¿Me abandonáis?
—Le di mi palabra a tu padre de que te liberaría por la mañana —le recordó Alex—. Aunque tu padre no cumplió con mis condiciones, yo i pretendo cumplir con mi parte del trato. Tienes comida y agua suficientes y deberías mantener vivo el fuego. Robert ha sido soltado, así que

cuando se despierte dentro de poco, cerca de aquí, te encontrará. Puedes volver a casa con él o esperar a que tu padre mande a más hombres para que te rescaten.
—Pero debo ir contigo —protestó—. Ya que mi padre no ha cumplido tus condiciones, debes llevarme contigo. Brodick echó una mirada inquisitiva a Alex.
—No nos sirve para nada —dijo Alex sin rodeos—. Además ya he hecho suficiente para desatar la ira de los MacSween sin necesidad de secuestrar a su hija para siempre. Se queda aquí.
Giró su caballo y salió cabalgando.
—¡No! —exclamó Isabella levantándose para interceptar el paso a Brodick—. ¡No puedes abandonarme aquí, así! ¡No puedes!
—Perdóname, milady —se disculpó Brodick—. No estaba planeado así.
—¡No puedes abandonarme!
—¡Adiós, dulce Bella! —entonó con su voz—. ¡Nunca te olvidaré! Hizo una reverencia con la cabeza y emprendió la marcha, seguido de Cameron y Ned.
—¡Esto no acabará así! —gritó enfurecida Isabella—. ¡Me aseguraré de que los guerreros de mi padre os den caza y os machaquen todos los huesos de vuestro cuerpo, viles raptores de mujeres indefensas! ¡Luego os sacarán los ojos y los harán papilla...!
—Pobre joven, creo que has destrozado su corazón —dijo Cameron mientras Isabella continuaba con sus espantosos desvarios.
—¡…y triturarán vuestros órganos hasta hacerlos picadillo...
—Si así es cómo se pone cuando le han destrozado el corazón, no me gustaría verla enfadada —reflexionó Ned.
—... viles, infames e hipócritas bastardos!
—Se le pasará —les aseguró Brodick.
—Así es —asintió Cameron riendo—, siempre les ocurre.

El aire estaba impregnado de aroma, del olor a tierra mojada acariciada por el sol y de la fuerte fragancia de los brezos, que se abrían ante ellos como auténticas bocanadas púrpuras. Sin embargo, Gwendolyn estaba demasiado absorta considerando su situación mientras galopaban a través de praderas y bosques para disfrutar del paisaje. Cada kilómetro que recorrían la distanciaba aún más de Robert y de la piedra, y de la misma manera con cada kilómetro aumentaba su determinación por escapar.
Estaba segura de que MacDunn pretendía utilizarla o bien para combatir al enemigo o para engrosar sus arcas, o quizá ambas cosas. Aunque había tenido suerte al demostrar sus poderes sobrenaturales con el «hechizo» de la noche anterior, no tenía posibilidad de fingir la muerte de nadie, ni tampoco de hacer aparecer de repente riquezas. En el momento que fracasara, MacDunn se daría cuenta de que había sido engañado y su cólera sería impresionante. Cuando la hubiera castigado, la devolvería a Robert para evitar la guerra. Sería encarcelada y quemada en la hoguera y la traición de Robert continuaría impune. No podía permitir que esto ocurriera.
—Los caballos necesitan descansar —anunció MacDunn de repente—. Nos detendremos un rato junto al riachuelo.
Gwendolyn con precaución se soltó de Ned. Aunque MacDunn había dicho que los MacSween no vendrían tras ellos hoy, había guiado a sus hombres como un poseído. Era

obvio que estaba más que ansioso por regresar a casa con su trofeo. Al deslizarse del caballo de Ned sintió los brazos entumecidos y un dolor en la espalda, y de repente cayó desplomada en la tierra.
—¿Estás enferma? —preguntó MacDunn al tiempo que corría en su dirección. Se dejó caer sobre la rodilla y le colocó su áspera mano en la; frente—. ¿Tienes fiebre?
—Me encuentro bien, MacDunn. Tengo las piernas entumecidas de[1] estar tanto tiempo sobre el caballo. No estoy acostumbrada a cabalgar' distancias tan largas.
MacDunn deslizó las manos de la frente a ambas mejillas, como si no' la creyera del todo. Cuando se convenció de que su temperatura eral aceptable, la miró con severidad.
—Deberías haber dicho algo si te resultaba demasiado duro continuar.
No sabía que pensar de aquello. Después de todo era su prisionera, y había asumido que su estado era irrelevante.
—Es obvio que tienes mucha prisa y...
—Tu bienestar es de suma importancia para mí —le interrumpió! MacDunn—. En el futuro, me dirás cuándo te sientes mal o demasiado cansada. ¿Está claro?
Se recordó a sí misma que su ansiedad estaba alimentada por la ava-f. ricia más que por un interés sincero por su salud. Le había declarado que no tenía ninguna utilidad para él si caía enferma. No obstante, la manera de tocarla al rodearla con los brazos para ayudarla a ponerse en pie mos-f traba una infinita delicadeza.
—Debes caminar un poco para facilitar la circulación de la sangre del las piernas —le indicó mientras la guiaba por la hierba—. ¿Te encuentras! mejor?
—S...SÍ —tartamudeó, incómoda al sentir el contacto de su poderoso cuerpo sujetándola—. Ya estoy bien, MacDunn —añadió al tiempo que se liberaba de él para caminar por sí sola.
La observó un momento como para asegurarse. A continuación se dio la vuelta y condujo su caballo hacia el riachuelo. Cameron y Ned le siguieron con los otros corceles.
—¿Siempre se ha preocupado tanto de los enfermos? —preguntó Gwendolyn acercándose donde se encontraba Brodick, que estaba preparando las cosas para comer.
—No —contestó—. Pero eso fue antes de que aprendiera lo dura que puede ser la enfermedad como rival.
—¿Ha estado enfermo? —No podía imaginarse a MacDunn debilitado por una enfermedad.
Brodick hizo un gesto negativo.
—MacDunn ha gozado siempre de una excelente salud.
—¿Entonces quién es el enfermo?
—No me corresponde a mí hablarte de MacDunn, Gwendolyn. Todo aquello que quiera que sepas, te lo contará él.
No le importaba, se recordó a sí misma. Los problemas de MacDunn no le interesaban. Su única preocupación era escapar. Y con MacDunn, Cameron y Ned en el riachuelo, era probablemente la mejor oportunidad que podía presentársele. Se habían detenido en el límite de un bosque. Si pudiera perderse entre los árboles, sería capaz de encontrar un lugar para esconderse. Estiró los brazos fingiendo indiferencia, suspiró y comenzó a caminar con aplomo en dirección al bosque.
—¿Dónde vas? —le preguntó Brodick.
—Necesito unos minutos de intimidad —gritó Gwendolyn por encima del hombro.
—Debes esperar a que vuelva MacDunn. No le gustará que vayas por ahí sola.
—Desafortunadamente no puedo esperar —repuso Gwendolyn sin detenerse—. No te preocupes, Brodick, no me alejaré —y diciendo esto se deslizó en el bosque y desapareció detrás de un árbol.
Echó un rápido vistazo para ver si Brodick la seguía. Este la observó unos instantes, como si estuviera decidiendo si ir tras ella o no. Luego bajó la cabeza y continuó desempaquetando la comida de su montura.
Cada segundo era valioso. Gwendolyn se agarró la falda y con rapidez comenzó a deslizarse por el corazón del bosque. Intentó pisar con suavidad sobre la alfombra de agujas

de pino y ramas, consciente de cada crujido y murmullo a medida que huía de sus raptores. Sería cuestión de segundos el que Brodick se percatara de que había pasado mucho tiem po. Necesitaba recorrer la máxima distancia posible antes de que los gue rreros vinieran tras ella. El corazón le latía a toda velocidad y su respira ción se había reducido a un profundo y desesperado jadeo. Continuó corriendo, sin hacer caso de las ramas que golpeaban su rostro, cada vez más lejos, adentrándose en el silencioso santuario verde. Se encontraba ya a gran distancia de ellos. El bosque era tan frondoso y oscuro, que con toda seguridad no serían capaces de encontrarla.

—¡Gwendolyn! ¿Dónde estás? —gritaba Brodick, su voz no sonaba tan lejos como le hubiera gustado.

Aunque sentía como si le estuvieran exprimiendo el aire del pecho, no se detuvo.

—¡Gwendolyn! —gritó MacDunn con voz áspera—. ¡Sal de ahí en- seguida!

El agotamiento la obligó a detenerse un momento y apoyarse en un árbol, se esforzaba por respirar con frenesí. No la encontrarían porque el bosque era demasiado grande y probablemente no sabrían la dirección que había tomado. A pesar de todo, eran cuatro, y eso significaba que podían dividirse para cubrir prácticamente todas las direcciones. El soni- do de las ramas al romperse y crujir le advirtió que habían comenzado la búsqueda. Echó un vistazo con frenesí en busca de un lugar para escon- derse. No había nada excepto las interminables y estrechas columnas de los árboles. Consideró subirse a uno, pero temió no tener la fuerza y la agi- lidad para trepar lo suficientemente alto y revelar por el contrario su ubi- cación.

—Venga, vamos, milady —gritaba Cameron, simulando un tono de¡ voz comprensivo—. No pensará pasar la noche aquí sola en este bosque.)

Se agarró la falda y comenzó a correr de nuevo, alentada por el soni-f do aún lejano de su voz. Ciertamente estaban yendo en la dirección equi-t vocada. Su respiración se hizo dificultosa de nuevo y el corazón le gol-}' peaba con intensidad en el pecho. Prosiguió la fuga, centrándose en laj necesidad de escapar, de liberarse de MacDunn y de sus deseos egoístas; de encontrar a Robert para clavarle un puñal hasta el fondo del corazón,

La tierra empezó a retumbar bajo ella. Aceleró el ritmo, pero ahora podía escuchar el crujir de las ramas de los árboles, anunciando el avan- ce de un jinete. La desesperación la sobrecogió. Dándose cuenta de que la habían atrapado, se detuvo y se giró.

MacDunn avanzaba como un rayo hacia ella, con una flecha tensada en la cuerda de su arco. Los rasgos de la cara deformados por la furia, ofreciendo su expresión más terrible. Gwendolyn se le quedó mirando fijamente horrorizada, con el corazón paralizado. En lugar de bajar el arma a medida que se acercaba, apuntó directamente a Gwendolyn.

En ese instante, comprendió que estaba completamente loco.

Abrió la boca para gritar al ver cómo la flecha salía despedida, pero el único sonido que emitió fue un sollozo ahogado. Un alarido espantoso de dolor cruzó el aire.

Confundida, Gwendolyn miró hacia atrás.

En el suelo, con una flecha sobresaliéndole del costado, yacía un jabalí enorme. La sangre manaba a borbotones en su lucha por levantarse. Otra certera flecha cortó el aire junto a ella, hundiéndose en la pobre bestia y provocándole la muerte. Gwendolyn se quedó con los ojos clavados, paralizada por la impresión. El animal la hubiera matado, comprendió.

Con lentitud se volvió hacia MacDunn.

Se bajó del caballo con rapidez y con paso airado se dirigió hacia ella.

—¿Te das cuenta de lo cerca que has estado de la muerte? —le preguntó con suavidad.

—MacDunn, yo...

La agarró de sus delgados y desnudos hombros, impulsado por la necesidad de tocarla, de asegurarse de que aún estaba entera y a salvo.

—¡Te hubiera matado! —le dijo con tono áspero—. Ese jabalí te hubiera derribado y arremetido contra ti hasta machacar todos los huesos de tu cuerpo.

La fuerza de su mano la estaba castigando, pero no se atrevió a quejarse. No quería provocar su ira más de lo que ya lo había hecho.
—¡Y no hubiera podido salvarte, Gwendolyn! —continuó encolerizado—. De haber llegado un segundo más tarde, no hubiera podido hacer nada.
Eso quizá fue lo que más alarmó a Alex. Había jurado protegerla, aunque su propia locura la había puesto en el camino de la muerte. Y ahora estaba allí de pie, temblando pero desafiante. Quería zarandearla, asustarla, quería hacerle comprender que no podía jugar con su vida de esa manera.
Y entonces bajó la cabeza y atrapó sus labios contra los suyos.
Gwendolyn se quedó paralizada mientras la boca de MacDunn se inclinaba sobre la suya. Nunca antes la habían besado, ya que nadie de su propio clan se hubiera atrevido a flirtear con la joven marcada desde la niñez como bruja. Pero incluso desde su inocencia podía sentir la furia desenfrenada en el modo en que sus labios se fundían con los suyos. Una llama se le encendió en la boca del estómago, la sangre se le aceleró, haciéndola enrojecer y sentirse extraña. La lengua de MacDunn se deslizaba exigente por el contorno de sus labios; aquella sensación era tan exquisita que Gwendolyn entreabrió la boca ligeramente. De un modo instantáneo él se sumergió en ella, explorándola con ansiedad. Gwendolyn se apoyó contra su vigoroso cuerpo, rodeándole el cuello con los brazos y estrechándolo al tiempo que le devolvía sus apasionados besos. Él gimió, envolviéndola con sus brazos, atrayéndola aún más cerca, besandola incluso con mayor frenesí, hasta que sólo sintió el sólido cerco de MacDunn rodeándola y el increíble fuego que ardía entre ellos con furia, El poder parecía brotar de él a medida que sus manos recorrían su espalda, al sujetar sus caderas y atraerla con firmeza hacia la dureza de su excitación. El placer la inundó al estrecharse contra él, dejando escapar un débil gemido.
Alex continuó saboreándola mientras sus manos comenzaron a explorar el pequeño sendero de su espalda, la piel sedosa de sus hombros,! el delicado contorno de sus costillas hasta que éstas se posaron en la exuberante curva de su pecho y gimió. No recordaba haber tocado nunca algo tan suave. Habían pasado cuatro años desde que sintió el más ínfimo estremecimiento de deseo, y la pasión que le dominaba en ese momentó traspasaba los límites del entendimiento. Quería poseer a aquella bruja en aquel instante, allí en el bosque, yacer tendidos sobre un lecho de fragantes pinos y adentrarse en lo más profundo de su ser, perderse en su suavidad y furor, sin ni siquiera perder tiempo en quitarle el vestido, Su deseo era sorprendente, le fue despojando de su capacidad para pensar hasta que no era consciente de nada excepto del fuego que le devoraba y de la certeza de que sólo aquella misteriosa mujer con fragancia ai brezo mezclada con el humo podría aplacar su necesidad. No recordaba! ningún momento en el que hubiera sido poseído tan sobrecogedoramente, ni siquiera con Flora, aunque había habido muchas ocasiones en las que había extendido su tartán sobre una manta de heléchos y complacído a su esposa bajo la calidez dorada de los rayos del sol. Pero hacía una eternidad de aquello, cuando ella se encontraba con salud, rebosante de risas y amor y él depositaba su rostro en la pálida suavidad de su pecho, jurándole desde lo más profundo de su corazón que nunca amaría a otra.
Una sensación de culpabilidad se apoderó de él, extinguiendo su pasión. Soltó a Gwendolyn y retrocedió, repugnado por su comportamiento.
—Perdóname —murmuró, sin tener la certeza de estar pidiendo su perdón o el de Flora.
Gwendolyn le miró circunspecta, desconcertada por su repentino cambio de actitud. Hacía un momento se había mostrado enérgico, férvido, como un gran laird o señor que estaba al mando, ejerciendo su poder para extender el mismo velo de deseo sobre ella. Sin embargo, ahora, parecía distante, casi triste. La expresión lúgubre de su boca le confirmaba que aún estaba enfadado. Por el contrario, advirtió que aquella furia no se dirigía ya a ella.
—¡MacDunn! —se oyó gritar a Brodick en la distancia—. ¿La has encontrado?
—Sí —contestó sin apartar los ojos de Gwendolyn—. Dile a Ned que venga a recogerla.
Gwendolyn se le quedó mirando confundida. Los cimbreantes rayos de sol unidos a las sombras jugaban sobre ella, haciendo refulgir su enredado pelo negro. Sus ojos grises estaban completamente abiertos y pensativos, sus mejillas y labios sonrojados por el calor de sus

besos. En aquel momento, de pie entre el verdor y la luz dorada del bosque, parecía más una criatura mítica que una mujer de carne y hueso.

—Abandonarás esa estúpida idea de escapar —le ordenó con tirantez, resistiéndose al impulso de posar la mano sobre su mejilla para sen-*í* tirsu suavidad. Se giró, encaminándose hacia el caballo, ansioso por distanciarse de ella—. La próxima vez —continuó al tiempo que se subía al corcel—, puede que me limite a abandonarte a la suerte de Robert o de ; los jabalíes.

Con esto emprendió el galope, dejándola sola con el jabalí muerto.

«Lo siento.»

Se tumbó y contempló el fúlgido manto de la noche, vagamente consciente de la humedad de la tierra y del aire frío impropio de esta estación. Nunca le habían preocupado las incomodidades, y aquella noche estaba demasiado preocupado para prestarles ninguna atención. La estrella de Flora estaba más pequeña esa noche y la luz que emitía era triste y fría. Al principio, Alex tuvo dificultad para distinguirla entre las definas. Se había preguntado si estaría tan dañada por su traición que no ¡aparecería ante él. Si era así, no la culparía. Pero transcurrido un buen trato, después de que el campamento retumbara con el sonido de los durmientes, encontró finalmente un pálido destello en un lejano extremo del ¡cielo. Por supuesto sabía que el espíritu de Flora no habitaba realmente I en aquel brillante lucero de plata.

El alma de ella lo rodeaba por completo, observándole mientras in-|tentaba con todo su ser vivir el resto de su destrozada existencia sin ella.

La noche que su frágil mujer murió, Alex había deambulado a ciegas

hacia el patio, encolerizado con Dios, maldiciéndole por haberle robado a la mujer que le importaba por encima de la vida. Había rugido hasta el| límite de sus pulmones, despertando a todo el clan mientras intentaba en¡ vano librarse del dolor que le desgarraba. Y en medio de la furia y la de-1 sesperación, de repente, advirtió una diminuta y brillante estrella que no había estado allí antes. *Le había,* sorprendido tanto que fue de inmediato: a ver a Morag, la vidente del clan, y le preguntó qué significado tenía. La! sabia anciana le aseguró que era una señal de que Flora le estaba observando.

Desde aquella noche en adelante, Alex nunca se acostaba sin antes buscar la estrella de Flora en el cielo.

«Perdóname, amor mío. No significó nada.»

Entrelazó los dedos detrás de la cabeza y suspiró. No dudaba de que ella le creía. Flora era la más sensible de las mujeres y nunca le imaginaría capaz de hacer nada que no fuera honesto. A pesar de todo, su confesión no le aliviaba el remordimiento. Había traicionado a su amada esposa y no sabía cómo redimirse de aquel acto imperdonable.

Cuatro años. No era demasiado tiempo en realidad. Apenas una gota en el océano del tiempo y con toda certeza no el suficiente para aliviar su sufrimiento. En un principio estaba demasiado enfurecido con Dios para cumplir con sus deberes como laird y como padre. ¿Qué clase de Dios le podría bendecir con una fuerza inagotable y una salud de hierro, mientras lentamente absorbía la vida de su inocente mujer? Flora había sido tan adorable como una flor, y tan delicada. Cuando Alex la conoció en tierras de los MacLean, ella no sabía que era el jefe de los MacDunn. Una niña alegre de tez sonrosada, ojos sonrientes y con cabellos del color del fuego, que desdeñaba sus arrogantes insinuaciones con su agudo ingenio y comportamiento descarado. Alex que estaba acostumbrado a que las mujeres se rindieran a su paso, estaba completamente encantado. Cortejó a Flora con una paciencia y determinación que desconocía poseer. Finalmente ella le recompensó con su amor. La llevó consigo de vuelta a su clan siendo ya su esposa y un año más tarde nacería su hijo, llenando su vida por completo.

Pero tras el nacimiento de David, Flora perdió un niño y luego otro, perdiendo cada vez un poco más de su color y fuerza. Empezó a lamentarse de dolores internos y debilidad, encontrando apenas la energía para levantarse de la cama. Embargado por la preocupación, Alex mandó ve-, nir a los curanderos más prestigiosos de Escocia, que no escatimaron es-

fuerzos ni gastos mientras la sangraban, purgaban y le hacían beber todo tipo de pócimas repugnantes. La pobre Flora soportó el sufrimiento con
valentía, aunque Alex sabía que lloraba a menudo por las noches cuando creía que él dormía. A veces llegó a preguntarse si su amor por ella le había transformado en un ser cruel porque, con toda certeza, era inhumano hacerle soportar esas atenciones tan espantosas. Pero él se aferraba a la esperanza de que su enfermedad no era más que una fugaz mancha en una vida por lo demás perfecta. Terminarían encontrando el tratamiento apropiado y una mañana Flora se despertaría y sonreiría, curada.
En cambio, su hermosa mujer se iba consumiendo, hasta el punto de ser tan sólo el delgado y pálido reflejo de la niña fulgurante que con orgullo había presentado a su clan.
La enfermedad duró casi un año. Cuando se dio cuenta de que iba a morir, su preocupación se centró en la infelicidad de Alex. Le suplicó una y otra vez que no se afligiera, que le prometiera que se casaría otra vez y que reharía su vida. «¿Cómo puedes pedirme una cosa así? —le había preguntado, apretando su delgada y fría mano contra su mejilla—. Te juro que nunca amaré a otra.» Le había hecho este juramento como un modo de atarla a él, de hacerle ver que no podía de ninguna manera abandonarlo. Pero una noche Flora fue finalmente liberada del tormento de su cuerpo traicionero. Aunque sabía que estaba en paz, Alex se sintió vacío, abandonado. Cuando murió Flora, la luz de su vida se extinguió.
Y ahora Dios estaba resuelto a llevarse también a su hijo.
No podía imaginarse qué pecado tan horrible habría cometido para hacer que Dios quisiera castigarle de una manera tan atroz. Su vida estaba lejos de ser pura, pero cualesquiera que fueran sus pecados, no creía que mereciera esta agonía adicional e insoportable. Sabía con toda certeza que al menos David no lo merecía. El pequeño tenía apenas diez años y seguramente tenía derecho a vivir una vida mucho más larga que aquella. Sin embargo, David había sido bendecido con las bellas facciones de su madre y minado con su fragilidad. Aunque Alex había hecho todo lo posible por proteger a su hijo de la dureza de la vida en las Highlands, no le había preservado de la debilidad de su propio cuerpo. Esa maldición, parecía, estaba más allá del poder terrenal de Alex.
Pero no, quizás, más allá del control de las fuerzas ocultas.
Echó una ojeada a Gwendolyn que se encontraba acurrucada en el suelo, temblando bajo el tartán de sobra de Brodick. Su última esperanza, aunque pequeña, era que aquella bruja salvara la vida de su hijo. Casi rió ante lo absurdo de aquello. Era una asesina condenada, cuya apariencia hacía creer que una ráfaga de viento podría llevársela de un soplo. A pesar de todo, esa era la mujer a quien confiaría la vida de David. Había
llevado a curanderos para el muchacho que le habían purgado con solemnidad, pinchado y sangrado, pero David sólo se debilitaba cada vez más. Ya que ni Dios ni la ciencia parecían capaces de poder ayudarle,; Alex había decidido recurrir a la brujería. Si Gwendolyn MacSween no podía curar a David con su magia, entonces no sabría qué hacer.
La desesperación le embargó al pensar en ello.
Fue Morag quien le convenció para que fuera a buscar a Gwendolyn. Durante años habían circulado historias sobre la bruja de los MacSween por estas montañas, relatos extraños de magia y culto al diablo, que nunca habían interesado en particular a Alex. Pero de repente la situación de David había empeorado y Alex temió por su vida. Fue a ver a Morag y le suplicó que le dijera si había algo más que se pudiera hacer por su hijo. Morag le dijo que fuera en busca de la bruja de los MacSween y la trajera al castillo.
En un principio pensó en ofrecerle dinero a la bruja por sus servicios. Pero cuando descubrió que había asesinado a su padre y estaba condenada a muerte, intentó comprarla, creyendo que el débil laird MacSween se pondría loco de contento de beneficiarse de la desgracia de otro. Lo que no había previsto fue la casi exultante determinación de su clan por verla quemada. Así que decidió rescatarla, a pesar de tener sólo a cuatro hombres para enfrentarse a un clan entero de varios centenares.
No era de extrañar que la gente pensara que estaba loco.
Le resultaba difícil olvidar la impresión que le causó Gwendolyn cuando la vio salir de las entrañas del castillo de los MacSween. ¿Cómo podía ser esta hermosa joven la bruja asesina de quien todo su clan co-! mentaba historias tan atroces? Cuando se abalanzaron sobre ella golpeándola con los puños, había estado dispuesto a matar a cada uno de

aquellos condenados miserables. Luego Gwendolyn se levantó y continuó andando hacia su muerte con solemne e inquebrantable dignidad. En aquel momento olvidó los crímenes de los que estaba acusada, incluso que era la última esperanza de ver a su hijo sano de nuevo. Todo lo que supo fue, que costara lo que costara, no permitiría que la hirieran.

Y hoy había tenido la misma poderosa sensación.

El terror que le sobrevino cuando vio a aquel jabalí cargando contra ella no era tan peculiar, se aseguró a sí mismo. Después de todo, ella era su última esperanza para curar a su hijo. Ese fue el motivo por el cual apenas pudo respirar cuando, a caballo, se dirigía como un rayo hacia ella. Y con toda seguridad era la furia ciega, no la pasión, la que le había inducido a estrecharla en sus brazos y besarla. La había aprisionado contra él, recorrido su deleitable cuerpo con sus manos porque quería castigarla por haber intentado escapar de él. Además, era necesario que ella le temiera. Con miedo, podría controlarla.

—MacDunn.

La miró a través de la oscuridad, sorprendido de que estuviera despierta. Temblaba de frío y aquello le preocupó.

—Sí —le contestó al tiempo que se levantaba para avivar el fuego.

—¿A cuántos días de viaje quedan tus tierras?

—¿Por qué? ¿Estás planeando tu próximo intento para escapar de mí?

Gwendolyn meneó la cabeza. No había renunciado a la idea de fugarse, pero sabía que MacDunn y sus guerreros evitarían cualquier oportunidad. Tendría que esperar un poco.

—Me preguntaba a qué distancia están tus tierras de las de los Mac-Sween.

—¿Crees que vendrán por ti? No le respondió.

—Laird MacSween parece un hombre razonable, Gwendolyn, y sabe que mi ejército es formidable —le señaló mientras echaba ramitas secas a las ascuas moribundas—. Una vez que tenga a su querida hija de vuelta, dudo que sea lo bastante estúpido para sacrificar a más guerreros en una batalla por una bruja condenada, especialmente si ha sido raptada por un loco.

—Le has insultado —argumentó Gwendolyn— y has mancillado el honor del clan.

Alex se agachó y sopló a los rescoldos, logrando que se encendiera una pequeña llama.

—Tengo intención de enviarle una carta de cortesía, disculpándome por mi desconsiderado comportamiento siendo su invitado, acompañada de un cofre de oro. Eso debería restaurar su humillado honor y el oro le recompensará con creces los daños que le he causado.

—Tu ofrenda puede que apacigüe a laird MacSween —admitió—, pero Robert no será tan fácilmente aplacado.

—Parece excesivamente ansioso por llevarte de vuelta —observó Alex al tiempo que arrojaba unos cuantos palos más al fuego—. ¿Por ¡qué?

—Soy una bruja —dijo encogiéndose de hombros—. Robert piensa que debo ser destruida.

Era un respuesta razonable, pero había algo en ella que no sonaba del todo sincera. Alex se encontró a sí mismo recordando la casi obsesión de Robert por Gwendolyn cuando se enfrentó con él en el bosque y la relativa falta de interés por Isabella. Por alguna razón, Robert estaba deses
perado por recuperar a Gwendolyn y Alex percibía que sus motivos te-
nían poco que ver con el curso de la justicia o con la restauración del ho-
ñor de su clan.

—Si Robert vuelve, yo te protegeré —declaró circunspecto—, al igual que todos los MacDunn.

—No puedes esperar que tu gente quiera arriesgar sus vidas por una bruja —repuso.

—Mi gente hará lo que yo les diga —le dijo Alex colocando dos tron-i eos inmensos en la hoguera. Una espiral de brillantes lenguas de fuego i empezó a acariciar con avidez la madera seca—. Si eres una bruja o unaj asesina no tiene que ver con su lealtad hacia mí. Y ahora acércate y entra! en calor antes de que caigas con fiebre —se apartó del fuego y se estiró! de nuevo en el suelo.

Fue entonces cuando Gwendolyn se dio cuenta de que había avivado el fuego sólo por ella. Se levantó y se apresuró hacia las llamas, que des-

prendían una deliciosa aura de calor. Después de calentarse los brazos y manos desnudos, se hizo un ovillo bajo el tartán de Brodick y fatigada cerró los ojos. MacDunn sólo se preocupaba por su bienestar porque quería utilizarla, se recordó con disgusto.

En el momento que descubriera que no tenía poderes especiales, dejaría de preocuparse por si tenía frío, hambre o estaba muerta.

Capitulo 4

Dios santo, no hay lugar más encantador en toda Escocia! —exclamó Cameron con alegría al tiempo que inhalaba una profunda bocanada de aire.
Alex contempló con la mirada perdida las enjalbegadas casitas perfectamente dispuestas sobre las montañas verdosas y púrpuras que se alzaban ante ellos. Los campos estaban cubiertos de rollizas vacas peludas, de cebados gansos y de niños de mejillas amanzanadas y piernas desnudas que gritaban de excitación mientras corrían para dar la bienvenida a su laird. Alex alzó los ojos al lúgubre castillo en la cresta de la montaña. El día que trajo a casa a Flora, había presumido orgulloso ante su reciente esposa del esplendor de la enorme fortaleza de piedra, que era testimonio de la simplicidad, el orden y el último avance en materia defensiva. Ahora, mientras lo observaba, sólo podía pensar en una cosa.
«Este es el lugar donde yace moribundo mi hijo.»
—¡MacDunn, MacDunn! —gritaban los niños con voz alegre—. ¡Ya has vuelto!
—Parecen felices —observó Brodick—. Es buena señal.
Alex asintió. Si David hubiera muerto durante su ausencia, el clan estaría de luto y temiendo el retorno de su señor. Sin embargo, su gente se estaba reuniendo para recibirle, agitando sus manos en pos de saludo, sus *i* caras iluminadas con reservado optimismo. Ciertamente esperaban que hubiera encontrado a la bruja y que ésta fuera capaz de curar al joven.
—¡Vamos! —dijo, ansioso por ver a su hijo—. Démonos prisa. Gwendolyn se aferró a Ned al pasar galopando junto a los MacDunn
que les saludaban. En el instante que sus ojos se posaron en ella, sus sonrisas fueron borradas por la reserva y el miedo. Era una expresión que conocía bien. Ignorando sus miradas, alzó los ojos hacia el enorme castillo que emergía amenador ante ella. Era una impresionante estructura fría, de piedra negra toscamente cincelada, con cuatro torres siniestras y un muro macizo e impenetrable que se elevaba unos dieciocho metros en el aire. La fortaleza había sido construida con el mero propósito de defender a sus ocupantes. Desprovista de calor y gracia parecía más una prisión que un hogar. Al encontrarse más cerca observó que todas las ventanas de la torre principal estaban completamente cerradas, lo que le pareció peculiar ya que hacía un día espléndido y cálido.
MacDunn y sus guerreros hicieron sonar con estrépito las chirriantes abrazaderas de la puerta y entraron al patio. Hombres y mujeres fueron saliendo en tropel del siniestro castillo, ajustándose con premura tartanes y vestidos mientras corrían para saludar a su laird. Al salir a la luz resplandeciente del sol, entrecerraban los ojos y se los protegían, como si encontraran su brillo casi cegador. Varios hombres aspiraban grandes bocanadas de aire con ansiedad, lo que llevó a Gwendolyn a cuestionarse la pureza del aire en el interior del castillo.
—Bienvenido de vuelta, MacDunn —gritó un joven gallardo de pelo castaño que se acercó corriendo para hacerse cargo de su caballo.
—Gracias Eric —dijo Alex mientras desmontaba—. Hoy los caballos necesitan cuidados extra. Han cabalgado mucho e intensamente.
—De acuerdo —dijo el muchacho con voz solemne—. Me encargaré de ello. —Miró con curiosidad a Gwendolyn y a continuación se volvió para cumplir la orden.
Gwendolyn se deslizó del caballo de Ned, consciente de que todas las miradas estaban puestas en ella. Sus expresiones iban de la incerti-dumbre al miedo más absoluto. Los hombres se habían colocado delante de las mujeres, éstas delante de los niños, cada uno intentando proteger al otro de la perversidad de Gwendolyn. Ella devolvió las miradas de cautela de los MacDunn con calma glacial, sin dejar vislumbrar ni un ápice de las emociones que la aturdían. Después de haber sido tratada durante tantos años como algo vil y peligroso sus sentimientos no se habían endurecido, pero el tiempo le había enseñado a esconder su

propio miedo y humillación. Por un breve instante, en el viaje, había pensado realmente que el hecho de que los MacDunn estuvieran buscando una bruja podría significar que su trato hacia ella sería diferente al de su propio clan.
Se había equivocado.

MacDunn se encaminó con determinación, dando grandes zancadas cía el castillo, en apariencia ajeno al recibimiento frío que su gente le |staba dispensando. Al darse cuenta de que Gwendolyn no le seguía, se íetuvo y se dio la vuelta.
—¿Vienes? —le preguntó con impaciencia.
Gwendolyn lanzó una mirada de desprecio a los MacDunn, y a con-nuación empezó a andar con lentitud en dirección al laird. Los Mac-unn se apartaron enseguida, dejándole gran espacio para pasar. Bro-{lick y Cameron se colocaron a ambos lados de ella y Ned detrás. Evidentemente, los guerreros estaban intentando reafirmar al clan de que se trataba de una prisionera y por tanto los MacDunn no tenían nada pe temer. Con la cabeza erguida, la expresión serena, se dirigió al castillo con sosegada dignidad-, rezumando lo que deseaba que fuera una irre-Isistible aureola de poder. Sobre todo, no debía dejar que esta gente creyera que le preocupaba lo que ellos pudieran pensar de ella. De lo Icontrario revelaría debilidad, y la debilidad sólo incitaría a la persecu-;ción y al desprecio.
Se unió a MacDunn ante la puerta maciza de roble que conducía a la torre principal. El arco de piedra que enmarcaba la puerta estaba festoneado con una guirnalda de ramas y bayas de serbal; había un saco pequeño y abultado atado con lana roja y clavado a las marcadas tablas de la puerta.
—¿Qué es esto? —Alex frunció el ceño y desgarró la bolsa de lino de la puerta. Un hedor repulsivo se introdujo al instante en su nariz, provocándole náuseas.
—¡Santo Dios! —perjuró, lanzando la bolsa a un lado—. ¿Qué significa esto? —Se volvió para mirar de frente a los del clan.
Los MacDunn se miraron entre sí nerviosos. Nadie contestó.
—La mezcla de la bolsa sirve para alejar a los espíritus malignos —repuso Gwendolyn con tranquilidad—. El clavo y el trozo de lana rojo son amuletos contra las brujas, y la guirnalda de serbal se supone que es para protegerse contra las maldiciones o para evitar que entre nadie con propósitos impíos.
Alex la miró sorprendido.
—¿Has visto estas cosas antes?
—Por supuesto. Los MacSween eran muy habilidosos preparando detalles de esta naturaleza.
Su voz era fría y la expresión de su rostro contenida, como si este intento para alejarla no la cogiera por sorpresa. Sin embargo, tenía las manos cerradas en un puño sujetando la tela gris de su vestido.Fue este ges

to inconsciente lo que despertó la furia de Alex. Estirándose, arrancó el arco de ramas de serbal con un movimiento enérgico y a continuación se lo tiró a la multitud.
—Os pido que deis la bienvenida a Gwendolyn, anteriormente del clan de los MacSween, a las tierras de MacDunn. Durante su estancia, espero que se la trate con el debido respeto, el que le corresponde como invitada de honor. ¿Lo habéis entendido?
Los MacDunn intercambiaron miradas indecisas.
—Claro que sí —gritó un hombre de mala gana—. Bienvenida, mi-i lady.
Le siguieron unos cuantos saludos faltos de entusiasmo.
Satisfecho en parte por su obediencia, Alex abrió la puerta de par en par del castillo y entró.
—¡Dios maldito!
Le vinieron a la mente unas cuantas expresiones más propicias, pero tuvo que conformarse con aquella, ya que la nube de humo pernicioso en la que se introdujo le provocó un ataque violento de tos.
—Así es, así es, muchacho, échalo fuera, échalo fuera —le aconsejó una voz agradable.
Gwendolyn entró vacilante detrás de Alex y parpadeó hasta que se le acostumbraron los ojos al humo. La estancia a la que entraron estaba a oscuras, excepto por el rayo de sol que luchaba por introducirse por la puerta abierta tras ellos y un montón de antorchas de

aceite que emitían más humo que llamas. Una ráfaga de aire fresco estaba arrastrando el pesado velo que cargaba la habitación y a medida que la nube se iba haciendo más fina, Gwendolyn fue capaz de descubrir un enorme vestíbulo. A ambos lados de la inmensa estancia crepitaban dos fuegos sobre los cuales había colocados numerosos calderos, cada uno de ellos vomitando acérrimas columnas negras. Las sólidas mesas de madera que rodeaban la habitación estaban llenas de marmitas, cuencos y jarras de todos los tamaños y formas, todos hirviendo con diversas sustancias acres. Las paredes y techo habían sido cubiertos con hierbas secas, elaborados amuletos y con más ramas de serbal, ofreciendo una extraña apariencia irreal; el suelo tenía también una capa de juncos en descomposición, Como consecuencia, el calor, el hedor y el humo eran prácticamente insoportables, aunque el hombre de cabellos del color de la nieve, que emergió de repente de entre la niebla, parecía soportarlo bastante bien.

—No te preocupes, muchacho, sólo lleva un minuto acostumbrarse —dijo golpeando con fuerza la espalda de Alex—. Venga, ahora, toma aire otra vez... Así..., ¿ lo ves ?

—¿En nombre de Dios, que está ocurriendo aquí, Owen? —preguntó con voz ronca Alex.

—Bueno, nos preparamos para la bruja —contestó Owen, como si la respuesta fuera obvia—. Y debo decir que ha sido una tarea desagradable. Condenadamente horrible, si te interesa saberlo. ¡Oh, disculpe, se-^ora! —se excusó, advirtiendo la presencia de Gwendolyn—. A veces un nciano guerrero olvida cuidar su lenguaje delante de una dama. Perdó-eme. Owen MacDunn, a su servicio. —Se inclinó hacia delante con una |everencia lenta y crepitante plantándole un beso galante en la mano—. muy atractiva, MacDunn —subrayó sonriendo mientras miraba a pwendolyn de arriba abajo—. ¿Es de Brodick?

—No —interpuso Brodick entrando al vestíbulo con Cameron y fcl—. Dios, Owen, ¿qué es ese olor tan repugnante?

—Cuida tu lenguaje —le reprendió Owen, agitando un dedo retorci-

—. Hay una dama presente y te rogaría que te comportaras como es lebido, joven sinvergüenza. Es hora de que abandones tus costumbres ibertinas y sientes la cabeza. Nuestro Brodick ha roto el corazón a más le una bella doncella —le confió a Gwendolyn—. Demasiado bien pare-lidopara su propio bien, eso es. Ahora bien —continuó al tiempo que se riciaba la barba—, no puedes ser de Cameron, ya que Clarinda ten-

i algo que decir al respecto. Ya lo creo. Estoy seguro de ello —rió en-¡re dientes, claramente divertido por la idea. De repente, sus azules ojos ¡abrieron de par en par—. ¡Santo Dios! —exclamó al tiempo que toaba aire, perplejo—. No eres...

Gwendolyn se contrajo.

—... la dama amiga de Ned, ¿verdad? Porque eso sería más que ma-javilloso, deliciosamente maravilloso. Ella miró a Alex impotente.

—No es de Ned —aclaró Alex como irritado—. ¿Podemos, por fa-pr, volver al tema del vestíbulo?

—Ya te lo he dicho, muchacho. —Owen le recordó—. Nos estamos parando para la bruja. Perdona, querida —se disculpó, dando unas Jitas en la mano de Gwendolyn—. Un desorden horrible, ya lo sé, leí hedor es absolutamente abominable. Pero tenemos que asegurarnos jeque esa monstruosa bruja no pueda practicar sus conjuros contra no-btros, ¿no es así? Nosotros, los MacDunn debemos enseñarle que no jemos sometidos a su diabólica perversidad. Sí señor, recuerdo cuando) era tan sólo una cosa insignificante, existía una bruja que vino e in-ntó convertir a nuestro laird en una cabra. El hechizo no funcionó del do, pero durante años, después de aquello, el pobre anciano MacDunn

adquirió el más terrible de los hábitos, que consistía en roer la mesa a la hora de la comida. Destrozó completamente una mesa magnífica en un año. ¿Lo recuerdas MacDunn?

—No había nacido.

Owen frunció el ceño, pensativo.

—No, claro que no —deslizó la vista por todos los presentes, calculando—. Ninguno de vosotros había nacido —concluyó—. Bien, no im- i porta.

—¡Esta vez lo he conseguido!

Gwendolyn se volvió para ver entrar a un hombre pequeño y delgado de rostro adusto que llevaba una copa de plata burbujeando. Parecía

tener aproximadamente la edad de Owen, tenía escaso y fino pelo blan co que le rodeaba la cabeza prácticamente calva; la cara profundamente! marcada por las arrugas parecía estar atornillada a una permanente más cara de desaprobación.

—Ahora y aquí, MacDunn, debemos dar de beber esto a la bruja en- seguida —informó señalando el brebaje verde oscuro que espumeaba de un modo repulsivo por el borde de la copa.

—¿Por qué, Lachlan? —preguntó Alex.

Lachlan lanzó una mirada de recelo a Gwendolyn, preguntándose sil se podría confiar en ella. Considerando que así era, bajó la voz y les ex plicó.

—Este elixir que he preparado demostrará si la bruja es o no una bruja de verdad. Si lo es, sus poderes malignos la protegerán de los efectos del veneno. ¡Así es cómo lo sabremos con toda certeza! —terminó con tono triunfal.

—¿Y qué ocurrirá si no es bruja? —quiso saber Alex. Lachlan lo miró sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que qué ocurrirá si le das esa pócima a alguien que no

está protegida con poderes malignos.

Lachlan se rascó su calva cabeza, desconcertado.

—Dijiste que ibas a conseguir una bruja, MacDunn —remarcó como a la defensiva—. Nunca dijiste nada sobre conseguir a alguien *quepodría* ser una bruja. Poder y ser una bruja son dos cosas completamente distintas.

—Tiene *razón,* muchacho —suscribió Owen asintiendo—. No puedes discutirlo.

—¡Maldita sea! ¡Se acabó! —gruñó una voz furiosa desde el pasillo—. ¡Ya he aguantado más de lo que cualquier mortal puede hacerlo!

Gwendolyn se volvió y vio a otro hombre canoso irrumpir en el vestíbulo.

—Gracias a Dios que has vuelto MacDunn. Tienes que hacer algo al respecto, están convirtiendo el castillo en un tremendo estercolero

—dijo con gesto airado dirigido a Owen y Lachlan—. ¡No puedes andar sin meterte en el fango, no hay luz y menos aún aire, ni siquiera la habitación de uno está a salvo! ¡Los vapores de mi habitación eran tan densos esta mañana que creí que me había quedado dormido indefenso en el maldito humero!

—Estás exagerando, Reginald —le reprendió una mujer sonriente de pecho grande y pelo gris minuciosamente arreglado, que entró en el hall tras él.

—No, por Dios, sabes que no, Marjorie —continuó Reginald—. ¡Y es un día triste en la vida de un hombre cuando su propia mujer intenta ahumarlo hasta la muerte mientras duerme!

En apariencia, sin perturbarse por su enfado, Marjorie pasó apresurada por delante del grupo con el brazo lleno de hierbas secas que a continuación lanzó con rapidez a una de las chimeneas. Una nueva cortina de humo densa comenzó a extenderse por la habitación.

—Ahí lo tienes, ¿lo ves? —preguntó Reginald—. Han estado día y noche con lo mismo. Quemando y colgando cosas, cociendo otras y en-fangando todo, hasta el límite que este castillo y todo lo que hay en él apesta a arenques podridos. ¡Te lo digo yo, es suficiente para volver a un hombre loco de atar!

Los ojos de Owen y Lachlan se abrieron por completo.

—Mis disculpas, MacDunn —dijo Reginald—. Sólo es un modo de hablar.

—Lo sé —dijo Alex.

—Bien, ahora que todo está preparado, ¿dónde está la bruja? —preguntó Owen alegremente, frotándose sus sinuosas manos en anticipación. Echó un vistazo alrededor de la habitación con el gesto fruncido—. Te acordaste de traerla, ¿no es así, muchacho?

—Sí —le aseguró Alex—, lo recordé.

—Gracias a Dios —dijo Reginald—. Odiaría pensar que he soportado todo esto para nada.

—Manda a buscar a esa monstruosa bruja —ordenó Lachlan que estaba teniendo mucho cuidado en que aquella pócima no se derramara sobre sus manos—. Este elixir funciona mejor recién hecho.

- —Ya está aquí —proclamó una aguda voz cascada.

El silencio se adueñó del vestíbulo mientras una aparición fantasmagórica comenzó a emerger a través del grueso manto de humo que aún se arremolinaba en el otro extremo de la estancia. Cuando el espectro estuvo más cerca, Gwendolyn vio que realmente se trataba de una anciana cuyo cabello cual velo plateado parecía flotar a su alrededor a medida que avanzaba. Llevaba un magnífico vestido escarlata de seda bordado en oro y caminaba con la ayuda de un bastón oscuro exquisitamente taliado. A pesar de su porte encorvado y frágil cuerpo, emanaba de ella una energía sorprendente que parecía disipar el humo al traspasarlo. Su piel era pálida y estaba surcada por el tiempo, aunque tenía una suavidad y luminosidad que Gwendolyn no recordaba haber visto en ninguna mujer de una edad tan avanzada.

Al llegar a la altura de Gwendolyn, se detuvo, se apoyó en el bastón y la observó durante un largo y silencioso instante. Los ojos de la mu jer eran de un verde oscuro, su brillo era una fascinante combinación de sabiduría y alegría y de algo más, como si hubiera visto de la vida; más de lo que podría haber deseado, pero que tuviera que ser aún ven cida por ella.

—Lo has hecho muy bien, Alex —pronunció finalmente—. Tiene gran poder de espjiritu. Pero debes tratarla con cuidado —añadió, su mirada aún clavada en Gwendolyn—. Es fuerte, pero ha sido lastimada. Sus heridas tienen que curar aún.

Gwendolyn contuvo el impulso de reír. ¿Durante cuántos años llevaba esta anciana excéntrica forjando historias fantasiosas y visiones para| los MacDunn? Por supuesto, era ventajoso para Gwendolyn el que esta vidente la hubiera proclamado como bruja, ya que por la expresión dej MacDunn advirtió que respetaba la opinión de la pobre criatura. Sin em-| bargo, sintió la necesidad de corregirle en lo referente a haber sido herida,

—Me temo que no tengo ninguna herida —objetó. La anciana la miró sosegada.

—Algunas heridas hacen cortes más profundos que aquellas de la carne, querida.

Owen, Lachlan y Reginald estaban ahora mirando fijamente a Gwendolyn, con la cara contraída por el asombro.

—Dios santo, ¿quieres decir que esta atractiva joven es la bruja? —balbuceó Owen, perplejo—. ¡Vaya, pero si es prácticamente una niñalj

—Realmente creo que te equivocas, Morag —puntualizó Reginald—. Y no me extraña. ¡Con toda esta humareda enturbiando el vestíbulo, es extraño que puedas siquiera verla! —añadió irritado.

—Bueno, jovencita —dijo Lachlan, sonriendo—, debes estar destrozada después del largo viaje. ¿Por qué no das un buen trago a esta bebi- i especial que he hecho expresamente para ti? —la invitó, levantando el írebaje efervescente hacia su cara.

Alex le arrebató con rapidez la copa a Lachlan y arrojó el contenido n la chimenea. Una bola cegadora de llamas salió despedida del fuego, Aligándoles a protegerse los ojos al tiempo que retrocedían.

—Realmente, Lachlan, me gustaría que dejaras las pócimas para mí -le reprendió Morag—. No sabes lo que haces.

Gwendolyn se quedó estupefacta mirando cómo los troncos gruesos : la chimenea se disolvían con rapidez bajo los residuos en llamas del _ ixir de Lachlan.

—¡Si es una bruja de verdad, la pócima no le hubiera hecho daño! -protestó Lachlan.

—No sé que decir, Lachlan —musitó Owen—. Ese brebaje parece erriblemente poderoso.

—Creo que la muchacha nos tiene bajo algún tipo de hechizo —dijo leginald—, que nos hace creer que ella es como la vemos, cuando en realdad es una vieja monstruosa. Lo que no quiere decir que todas las mueres mayores sean horribles, Morag —rectificó con rapidez.

—¿Por qué me dices eso? —le preguntó Morag, claramente sulfúrala—. Yo no soy vieja.

Alex desvió los ojos hacia Gwendolyn. Daba la impresión de estar levándolo admirablemente bien, teniendo en cuenta que, después de ha->er escapado de la hoguera, su propio clan, ahora, parecía resuelto a ambas cosas: asfixiarla y envenenarla. Su expresión era sosegada mientras bservaba a los ancianos discutir acaloradamente sobre cuándo, exacta-.ente, uno podía ser considerado viejo. Por un momento pensó que ella podría apreciar el humor de esta ridicula recepción.

En ese momento advirtió que sus manos estaban aferradas de nuevo a su vestido, como si buscaran algo a lo que sujetarse.

Alex se movió para situarse junto a ella, tan cerca que sus desnudos ¡brazos casi rozaron los suyos.

—Ella es Gwendolyn, en otro tiempo del clan de los MacSween anunció—. Es la bruja a quien fui a buscar. Cuando llegamos a las tie-pas de los MacSween, descubrimos que había sido juzgada por brujería por su clan y sentenciada a morir en la hoguera —explicó, omitiendo in-tencionadamente que estaba acusada también de asesinato. No merecía Jiapena alarmar a su gente más de lo necesario—. Cuando rechazaron mi proposición para comprarla, decidí salvarla, despertando, por tanto, la Ira del clan MacSween. Me temo que tendremos problemas de aquí en ¡adelante.

—¿Estás diciendo que estamos en guerra con el clan de los Mac-Sween, muchacho? —preguntó Owen incrédulo.

—¿A causa de esta atractiva bruja? —añadió Lachlan, mirando a Gwendolyn ofendido.

Alex asintió.

El reducido grupo asimiló la información conmocionado y en silencio. Sólo Morag aparentaba estar serena.

—¡Bien, yo lo encuentro fantástico! —declaró Owen, de repente radiante de felicidad—. Han pasado muchos años desde que nosotros, los MacDunn, estuvimos por última vez involucrados en una buena guerra! de clanes.

—No veo lo fantástico del asunto —refunfuñó Lachlan con tono mordaz—. Es probable que nos abran a todos en canal y nos destripen aquí mismo.

—Iré enseguida a buscar mi espada y mi escudo —dijo Reginald Esos diablos astutos de los MacSween pueden atacar en cualquier momento.

—No creo que hoy necesitemos preocuparnos por un ataque —dijo Alex—. Nos encontramos con unos cuantos de camino aquí y nos ocupamos de ellos con rapidez. Pasará un tiempo antes de que los nuevos refuerzos aparezcan por aquí... si es que laird MacSween decide continuar con el asunto.

—Tendrá que hacerlo, joven —le aseguró Owen—. Es una cuestión de honor. Después de todo, le has robado su bruja.

—¿Estás segura de que es una bruja, Morag? —preguntó Lachlan, examinando a Gwendolyn con recelo—. No parece que le moleste todo este humo.

—Cameron, Brodick y Ned pueden los tres dar fe de sus poderes —repuso Morag—, ¿verdad?

—¡Aja! —exclamó Cameron, asintiendo—. Una noche, de camino aquí, provocó la furia de los espíritus, ella misma.

—Nunca he visto nada parecido —añadió Brodick—. En el transcurso de dos minutos se desencadenó una tormenta violenta y acto seguid la noche se quedó en la calma más absoluta.

—¿Es cierto? —preguntó Owen claramente impresionado—. ¿Puedes hacer eso para nosotros, joven?

—No veo de qué nos puede servir eso —subrayó Lachlan, con ceño fruncido—. Provocar una tormenta en medio de un día perfecto.

—Pero sería divertido —dijo una voz suave.

La mujer que entró al hall sonreía, pero cuando fijó los ojos en Gwendolyn su boca se contrajo ligeramente, como si hubiera saboreado algo amargo. Sin embargo, se repuso con rapidez y procedió a atravesar la habitación. Era extraordinariamente atractiva, con cabellos dorados como la miel que le caían por su exuberante cuerpo curvilíneo. Sus movimientos reflejaban una elegancia serena, pero Gwendolyn percibió que su andar tenía que ver con el hecho de que todos los ojos estaban clavados en su persona y ella estaba disfrutando con ser el centro de atención.

—Bienvenido Alex —murmuró deteniéndose justo delante de él—. Te hemos echado de menos. —Arrugó la frente al ver el vendaje deshe-| dio, que era lo único que le rodeaba su pecho desnudo—. ¿le han herido gravemente?
—No, Robena —le aseguró—. Es apenas un rasguño.
Gwendolyn notó que el vestido que llevaba la mujer era escotado y una pizca demasiado apretado, de forma que la tela se ceñía con tirantez sobre la pálida redondez de su pecho. No obstante, no estaba desteñido ni rasgado, sugiriendo que ese efecto era intencionado. Por alguna razón esa observación la irritó. La invadió una imperiosa necesidad de agarrar un tartán y cubrirse.
—Así que esta es la bruja —observó Robena al tiempo que se volvía hacia Gwendolyn y sonreía, pero aquella no era una sonrisa abierta. Fijó sus ojos en los brazos desnudos de Gwendolyn, advirtiendo que la tela de su vestido coincidía con la del vendaje de MacDunn. Ahora que se encontraba más cerca, Gwendolyn pudo percibir unas finas líneas que se abrían como un abanico bajo sus ojos, revelando que debía estar más cérea de los treinta de lo que había pensado en un principio—. ¡Pobre criatura! —exclamó con un quiebro de voz reparando en el aspecto desaliñado de Gwendolyn—. Tienes aspecto de estar hambrienta. Alex, ¿no diste de comer a esta niña durante el viaje?
El tono jocoso de su reproche no impidió advertir a Gwendolyn que íkbía algo en su aspecto que no agradaba a Robena.
—Ahora que está aquí comerá cuanto le sea necesario —repuso lex—. ¿Cómo está mi hijo?
Se hizo el silencio en la habitación. Los miembros del clan se miraron ¸entre sí indecisos, sin saber que responder. La única que permaneció se-fue Morag.
—Su estado continúa invariable, Alex —le informó Robena, con voz ave afectada por la pena—. Conseguí que comiera un poco anoche,
su cuerpo expulsó enseguida todo. Elspeth dijo que era el veneno su cuerpo el que causaba esto, así que le purgó anoche mismo y esta ia otra vez. Ahora está descansando tranquilo en su alcoba.
Alex asimiló la información en silencio. El informe no era diferente de lo que esperaba. Por ello había traído a la bruja. Además, las noticias podían haber sido bastante peores. Podrían haberle comunicado su muerte.
—Iré a verle ahora—anunció, dirigiéndose con grandes zancadas ha-i cia la escalera, en el otro extremo alejado del vestíbulo—. El resto de vo sotros encargaos de hacer algo para limpiar todo este desorden. No me agrada tener el vestíbulo oliendo como una caverna putrefacta.
Robena se agarró la falda y se apresuró tras él. De repente, Alex se detuvo para mirar expectante a Gwendolyn.
—¿Vienes? —le preguntó con tono impaciente.
El trío avanzó junto por las escaleras y a lo largo del pasillo, ilumina-do con la luz tenue de las antorchas. A medida que andaban, el aire se ha-cía más denso y viciado, al detenerse frente a una puerta de madera, Gwendolyn sintió que no podía respirar apenas. Incluso Robena había sacado un fino pañuelo de hilo de la manga de su vestido y se lo había co locado en la nariz para poder tolerar mejor el sofocante humo. Alex va-ciló un momento, su mano enorme sujetando el picaporte de hierro, como insensibilizándose para lo que yacía al otro lado de la puerta. Fi nalmente, levantó el pestillo, abrió la puerta de par en par y entró.
La alcoba estaba oscura, caliente y sin aire debido a que las ventanas estaban cerradas a cal y canto y al calor que daba el fuego que crepitaba en la chimenea, a pesar de que en el exterior lucía un día cálido. La ne blina acérrima, causada por las hierbas que ardían a fuego lento en innu merables marmitas, era tan espesa que hacía que el gran vestíbulo pare-ciera casi respirable en comparación. Pero en esta habitación se respiraba algo más; el olor cargado y acre de la enfermedad. Unas cuantas palma torias emitían un débil destello en medio de la penumbra, ofreciendo la luz suficiente para que Gwendolyn pudiera distinguir una cama con un montón de mantas y pieles de animal apiladas. Una mujer delgada y de

brazos larguiruchos estaba incorporada sobre ellas, arreglando con determinación un cobertor más. Al ver a Alex, la mujer se irguió e hizo una reverencia respetuosa con la cabeza.
—Bienvenido, MacDunn —lanzó una mirada a Gwendolyn, confundida—. ¿Es la bruja?
Alex asintió. La expresión de la mujer se contrajo.
—Discúlpeme, milord —empezó diciendo con un tono de voz mucho más condescendiente que el gesto rígido de su rostro cansado-pero su hijo está en estos momentos bastante débil y realmente no
creo...

—Lo verá ahora, Elspeth —le interrumpió Alex con firmeza.

Elspeth apretó los labios, como intentando reprimir cualquiera que fuera el argumento que quería exponer a su laird. Adivinando que no tenía otra elección, se apartó de la cama.
Alex dio un paso adelante como si se estuviera acercando a un ataúd.
Reuniendo todo el coraje, miró hierático al rostro delgado y pajizo de su hijo. De no ser por la certitud de Elspeth de que el niño estaba descan-Jsando, hubiera pensado que estaba muerto. La piel de David era blanca, exenta de sangre, sus mejillas demacradas, sus párpados finos y frágiles como el papel. Alex respiró profundamente, luchando contra la desespe-1 ración que amenazaba con embargarle. Primero su amada Flora, y ahora i su único hijo. ¿Qué había hecho, se preguntaba exasperado, para que
Dios le odiara de ese modo? Impresionado por la imagen de su hijo tum-Jbado como un cadáver, alzó sus ojos a Gwendolyn, implorándole en si-I lencio que le ayudara.
Gwendolyn miró fijamente a MacDunn. Era como si lo mirara por ¡primera vez. En lugar del poderoso laird loco, del hombre que no temía lanada y se divertía provocando el miedo en los demás, vio de repente a I un hombre con un insoportable dolor.
Bajó la vista hacia el pálido rostro bañado en sudor que yacía inmó-Ivil sobre la almohada. Calculó que tendría unos nueve años, con segu-Iridad no más de diez, aunque la enfermedad podría haber retrasado su I crecimiento. Tenía una constitución muy frágil que le recordó a Gwen-Idolyn a la cascara de un huevo, fina, blanca y suave; temía que si posaba luna mano sobre su frente febril se haría añicos de repente. Su respiración lera tan débil que apenas se percibía... y no le extrañaba, pensó enfadada. i Aquel terrible calor y el hedor corrompían el poco aire que pudiera ha-|ber en esa horrible habitación.
—No puede respirar apenas... ¿podríamos abrir una ventana? —supinó, mirando esperanzada a MacDunn.
—¡No! —interpuso Robena—. El niño es débil y vulnerable a las co-Irrientes.
—Se le debe mantener caliente —añadió Elspeth con aspereza—, un lenfriamiento repentino lo mataría.
Gwendolyn reprimió el impulso de contestarles que entre el rabioso ¡fuego y la insoportable montaña de mantas y pieles, había pocas posibi-Jlidades de que el muchacho cogiera frío. En cambio, con delicadeza posó ¡la mano contra la ardiente mejilla, luego en la frente, preguntándose qué ¡porcentaje de este calor sobrenatural era debido a la fiebre y cuál a la ina-Jguantable temperatura de esta habitación. Los ojos del niño se entreabrieron lentamente con un parpadeo. La miró un momento, confuso, como si pensara que debía saber quien era pero no pudiera recordarlo. Y entonces, sus ojos se abrieron de par en par y comenzó a temblar, no de frío sino de miedo, se dio cuenta Gwendolyn.
—¿Eres la bruja? —preguntó con voz débil y asustada.
—Me llamo Gwendolyn —le contestó con amabilidad. Interpretó su repuesta como afirmativa.
—Elspeth dice que eres perversa.
—Elspeth no me conoce de antes —repuso Gwendolyn—. Así que no me explico cómo puede saber eso.
El muchacho dio la impresión de reconsiderar su respuesta durante un instante. Luego miró a MacDunn y sollozó.
—¡No quiero a una bruja cerca de mí!
—Tolerarás su presencia —le ordenó Alex.
Los ojos del niño se cerraron como si el esfuerzo por mantenerlos abiertos ese breve periodo de tiempo le hubiera agotado por completo.

Gwendolyn lanzó una mirada de disgusto a MacDunn. Era evidente que el pequeño estaba enfermo y asustado. Podía imaginarse muy bien las historias espantosas que le habría contado esa tal Elspeth, y posiblemente otros, sobre brujas y lo que estas hacían con pequeños niños indefensos. La innecesaria brusquedad de MacDunn sólo conseguiría asustarle aún más. Mientras le fruncía el ceño, de repente notó el increíble parecido entre las facciones de MacDunn y su hijo. Las mejillas del pequeño y su mandíbula eran más suaves, casi más hermosas, y su aspecto era diferente, ya que su húmedo pelo oscuro que caía sobre la almohada y sus cejas eran pelirrojas. Sin embargo, la nariz era una copia exacta de la de MacDunn, más pequeña, pero perfectamente recta y estrecha; y su barbilla tenía el mismo hoyuelo distintivo.
—Le curarás —le ordenó Alex.
Su voz fue circunspecta y seca, dando a entender que lo que ordenaba era algo simple y sin grandes repercusiones. No obstante, Gwendolyn no se dejó engañar por su frío semblante. La agonía que había visto en sus ojos momentos antes le había revelado ya lo mucho que le importaba su hijo. Ese era el motivo por el cual la había llevado allí, descubrió. No porque quisiera usar sus supuestos poderes para proporcionarle riquezas, ni para hacerle invencible, ni destruir a otros clanes, como ella había creído. MacDunn había ido en su busca y la había secuestrado con descaro de manos de sus ejecutores porque tenía la esperanza de que fuera capaz de realizar un milagro y salvar a su hijo moribundo.
Por tanto, al seguir el juego pretendiendo ser una bruja, le había mimado a creer que aquella hazaña imposible estaba al alcance de sus manos.

Bajó la vista.
—Puedes curarle —insistió Alex, inquieto por su silencio—, ¿ver-Idad?
—Lo destruirá —advirtió Elspeth, lanzando una mirada de odio a Gwendolyn—. Es perversa y sólo puede hacer conjuros diabólicos. El alma de David es joven y pura y se la robará para sus espantosos fines, justo como sin duda ha hecho con las almas de otros innumerables inocentes...
—Basta ya, Elspeth —le ordenó Alex.
Elspeth apretó la boca, a continuación se dirigió a la chimenea y comenzó a echar más palillos de madera en ella.
Le empezaron a caer riachuelos de sudor por el rostro haciendo que Gwendolyn fuera plenamente consciente del calor insoportable de la ha-pitación. La cabeza comenzó a darle vueltas, su respiración se redujo a profundos jadeos al rechazar su cuerpo el aire impuro que respiraba, udo imaginar el efecto que estas insufribles condiciones estaban tenien-jdo en el pobre hijo de MacDunn.
—Discutiremos este asunto en otro lugar —pronunció MacDunn Icón aspereza. Cruzó la habitación, abrió la puerta de golpe y salió. Una ráfaga de aire en cierto modo fresco entró en la estancia.
—Ten cuidado con las corrientes —ordenó Robena al tiempo que arrugaba el ceño a Gwendolyn.
Encantada de abandonar la habitación cargada, Gwendolyn se apresuró a salir, sintiéndose extrañamente culpable por abandonar a David al cuidado de esas dos mujeres.

—¿Puedes curarle?
Su actitud era sosegada al plantearle la pregunta. Si Gwendolyn no hubiera presenciado su dolor cuando miraba al niño hacía unos instantes, hubiera pensado que estaba vagamente interesado en su respuesta.
La habitación a la que había llevado a Gwendolyn se encontraba en la parte alta de una de las torres del castillo, donde estaría aislada del resto del clan. No sabía si esto era para protegerlos de ella o viceversa. Al igual que el resto de esta desapacible fortaleza, estaba en penumbra y falta de aire, cargada del humo que despedían dos vasijas con hierbas quemándose. Sintiéndose mareada y con náuseas, Gwendolyn se dirigió a las ventanas que se encontraban cerradas y las abrió de par en par, a continuación inhaló con ansia varias bocanadas largas y depurativas de aire
puro. Una vez que se sintió lo suficiente restablecida del hedor a humo y enfermedad, se volvió hacia MacDunn.
—¿Va a ser esta mi habitación? —preguntó sin contestar su pregunta. Él asintió.

Al ver que así era, fue hacia la mesa, agarró las dos vasijas humeantes con los brazos y las arrojó por la ventana.
—Está claro que tu clan me desprecia —comenzó a decir mientras se volvía hacia él—, pero si tengo que ganarme su confianza...
—¡Maldita sea! —rugió una voz furiosa desde abajo—. En nombre de Cristo, ¿qué estás intentando hacer, matarme?
Gwendolyn soltó un gemido y se asomó por la ventana. Un hombre bajo y rechoncho estaba mirándola con gesto airado al tiempo que se frotaba enfadado su dolorida *cabeza..*
—Lo siento —se disculpó con fervor—. No me he dado cuenta de que estaba ahí.
El ceño del hombre se fundió en una expresión de verdadero espanto.
—¡La bruja! ¡La bruja! —berreó, retorciéndose mientras se alejaba—, ¡Ha intentado matarme! ¡Me ha marcado con la muerte! ¡Ayuda, ayuda!
Gwendolyn observó frustrada cómo se alejaba corriendo, chillando al límite de sus pulmones.
—Creo que no deberías albergar esperanza alguna de que el clan llegue a confiar en ti —le sugirió Alex con ironía—. Son una manada de supersticiosos y no dados a creer que se pueda confiar en una bruja. Además, no me importa en absoluto si te haces amiga del clan o no. Te traje aquí por tus poderes. Y ahora quiero saber si puedes curar a mi hijo.
Gwendolyn lo miró en silencio. Era evidente que el chico estaba muy enfermo y ya había sido tratado por curanderos bastante más experimentados que ella.
—¿Cuánto tiempo lleva enfermo, MacDunn? Alex alzó sus hombros desalentado.
—Realmente no lo sé. Desde que nació, nunca ha sido un niño sano. Se parece a su madre, tanto en el físico como en su delicada constitución. Su madre murió por ello —terminó diciendo con tono grave.
—Pero con seguridad no ha estado siempre así —replicó Gwendolyn.
—No —admitió—, comenzó a ponerse malo con más frecuencia hace unos cuatro meses. Al principio parecía una simple indisposición del estómago. Daba la impresión de que no podía retener nada dentro y, cuando intentaba comer, sufría un terrible dolor. Poco a poco su apetito•disminuyó por completo. Iba perdiendo peso *y* fuerza. Elspeth es una•magnífica curandera, pero no parecía capaz de ayudar al muchacho, así•que mandé a buscar a dos curanderos de Scone. Permanecieron aquí cérica de un mes y atormentaron al pobre pequeño con repugnantes pócimas•ymedicamentos... sangrías, purgas y ampollas. A veces daba la impre-
•sión de que estaban resueltos a vencer la enfermedad forzando su cuer-Bpo, pero mi hijo no mejoró con sus torturas. Al final no pude soportar•sus gritos por más tiempo y los despedí. Elspeth asumió su cuidado de•nuevo, ayudada por Robena. Recé por que se recuperara, pero no fue así.
Había perdido toda esperanza. Y entonces, un día, oí que había una bruja que vivía entre los MacSween. Se decía que sus poderes eran enormes,•aunque a menudo con fines perversos. Morag me dijo que te buscara y te•trajera a mi clan. Y ahora dime, ¿puedes curar a mi hijo?
Gwendolyn vaciló. Ella no tenía poderes mágicos y, aparte de haber•estudiado en secreto las notas de su madre, no tenía experiencia práctica•como curandera. Todo parecía indicar que el niño iba ciertamente a morir, quizá antes de que acabara aquella noche. Pero si admitía esto ante MacDunn, se daría cuenta de que había arriesgado el bienestar de su clan•por nada y ya no tendría ningún motivo para protegerla.
—La enfermedad del niño es grave —empezó—, y se le ha sometido•a tratamientos que puede que le hayan debilitado más que reforzado. No•puedo asegurar que pueda curarlo —reconoció con prudencia—, pero lo•intentaré, MacDunn.
No vio ningún destello de esperanza cruzar su rostro. Quizá en otro ¡tiempo experimentó esa sensación y sabía lo doloroso que podría ser. En lugar de ello hizo un simple gesto de asentimiento. —Entonces, pongo a mi hijo bajo tus cuidados. Mientras .estés aquí, Ipuedes merodear por el castillo a tu antojo, pero no saldrás sin mi con-lentimiento ni escolta. Si el chico empeora o muere, o si intentas escapar ¡mientras te confío su vida, entonces sufrirás las consecuencias. ¿Está ¡claro?
—¿Y si se recupera?
—Si mi hijo se cura, se te perdonará la vida. i —¿Y seré libre?
—No. Te quedarás aquí para curar a aquellos que puedan caer enterraos.

—No es un intercambio muy satisfactorio, MacDunn —protestó ¡Gwendolyn—. Si salvo la vida de tu hijo, entonces se me debe conceder [la libertad. i —Te he salvado ya tres veces de la muerte —le recordó—. Dos de ellas de los MacSween y una de un jabalí. Tu vida me pertenece y la única recompensa, en caso de que la merezcas, será tu vida.
—Entonces mátame y acaba con ella —replicó enfadada, dándole la espalda—, porque no viviré como una prisionera toda mi vida.
Le embargó la irritación. ¿No se daba cuenta de que no tenía otra elección? La agarró con brusquedad por el brazo y le dio la vuelta. Ella gimió con furia e intentó deshacerse de él retorciéndose, pero él aferró su puño hasta que casi pudo sentir cómo su carne se hundía como una fruta madura bajo sus dedos. Atrapó su barbilla con la otra mano y la obligó a que le mirara, dejando claro que no toleraría su insolencia.
—No tienes elección, Gwendolyn —le dijo con aspereza.
—Eres tú el que no tienes elección, MacDunn —contraatacó; sus grises ojos encendidos en fuego—. Ya que a menos que accedas a liberarme, tu hijo morirá, y yo no haré nada para evitarlo.
Sabía que le estaba haciendo daño, pero su furia parecía superar la molestia. De repente, fue consciente de lo pequeña y frágil que era en sus manos. La delicada constitución de su mandíbula podría hacerse añicos bajo la presión de su garra, el magullado satén de su brazo le había calentado la palma de la mano. Su respiración era profunda y reflejaba su enfado, sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas bien por el calor de la habitación de su hijo o por su propia furia, no estaba seguro. La delicada curva de su pecho le rozaba al ritmo de su respiración, con la tosca tela de su vestido como única barrera entre ellos.
El deseo se apoderó de él, oscuro, ferviente, abrumador.
Incapaz de controlarse, soltó su barbilla y sumergió sus dedos en lo más profundo de su cabello mientras la envolvía con el otro brazo, la atrajo hacia sí y posó su boca sobre la de ella. Gwendolyn gimió encolerizada e intentó apartarle de un empujón, pero la ansiedad que le devoraba las entrañas era vertiginosa y le hacía perder el último vestigio de cordura. Ella luchaba contra él, sí, pero él no podía entenderlo, no podía creer que la necesidad que ahora hacía estragos en su interior no hubiera inflamado también la pasión en ella. Su lengua se sumergió en la suavidad de su boca, saboreándola, rogándole que se rindiera. Por un instante se mostró fría, como conmocionada, o quizá su cuerpo estaba recordando cuando él la besó de esta misma manera y cómo había reaccionado. Él gimió y su beso se hizo más profundo, acercándola, hasta que su figura esbelta y delicada se encontraba aprisionada contra su propio cuerpo, largo y poderoso. Y entonces, de súbito, su vacilación desapareció y ella se aferró a él, devolviéndole sus besos con un fervor que aparentaba igualar al suyo.

Era un error impensable, lo sabía muy bien, y aún así continuó tocándola, sujetándola, saboreándola, como si se tratara de un náufrago que encuentra finalmente una tabla a la que agarrarse. Dentro de unos segundos recuperaría la razón, estaba casi seguro de ello, pero hasta que eso ocurriera se dejaría arrastrar por esta maravillosa locura, este éxtasis robado, que nunca pensó volver a experimentar. En la época que Flora gozaba de salud la sangre le bullía en las venas, pero nunca de este modo, nunca hasta el punto de no poder apenas pensar, no poder casi respirar o recordar quién o qué era.
Era el marido de Flora.
Sorprendido por su cerril comportamiento, la liberó con brusquedad y se apartó. La miró con cautela, preguntándose si le habría hechizado. Aquel pensamiento le reconfortó, ya que explicaba, aunque no excusaba, el sorprendente deseo que sentía por ella. Sin embargo, Gwendolyn se bbía llevado sus dedos a los labios con los ojos fijos en él, desconcertada, como si tampoco pudiera comprender lo que estaba ocurriendo entre ellos.
—Muy bien —habló Alex con una extraña voz cavernosa—. Cura a mi hijo y te concederé la libertad.
Ella no dijo nada. Él interpretó su silencio como condescendiente.
—Esta noche cenarás en el gran salón con el resto del clan —le ordenó mientras se dirigía a la puerta. La alcoba se había reducido, en cierto modo, y le sobrevino la necesidad de alejarse de ella—. Ordenaré a mi gente que no intenten envenenarte mientras permaneces aquí.

—No deseo cenar con tu clan —le informó Gwendolyn, estremecida >or lo que acababa de suceder entre ellos—. Ya que soy una prisionera, cenaré sola en mi habitación.
—Comerás donde y cuando yo lo diga —contraatacó Alex—, y te ordeno que te unas a mí en el gran salón.
Gwendolyn hizo un movimiento negativo con la cabeza.
—No bajaré.
Abrió la puerta de un tirón.
—Entonces mandaré a alguien para que te lleve.
Los rayos de sol se deslizaban por las ventanas abiertas, envolviendo su pequeña figura con una aureola brillante mientras ella lo miraba airada. Su luz trémula se reflejaba a través de su sedoso cabello negro, al tiempo que resaltaba el perfil esbelto de su cuerpo con oro, revelándole con dolor lo perfecta y femenina que era, incluso con aquel vestido hecho jirones y manchado por el humo. El deseo le vapuleó de nuevo, con tanta intensidad que casi le produjo dolor.
—Necesitarás otro vestido —murmuró con aspereza—. Me encargaré de ello.
Se marchó cerrando la puerta con fuerza.

—... El cuenco voló haciendo un gran círculo y entonces se detuvo ; posado en el aire, como si lo sostuvieran unas terribles manos perversas
—dijo Munro, ahuecando sus manos rechonchas para ilustrar mejor el relato.
Un murmullo de pavor recorrió el gran salón.
—¿Y qué hiciste? —le apremió Reginald.
—¡Toma, me quedé allí, de pie, mirándolo perplejo, paralizado por que las piernas se me transformaron en piedra, y cuando abrí la boca para gritar, no salió ningún sonido! Ahí fue cuando supe que la bruja me había hechizado y no había nada que pudiera hacer salvo pedir misericordia.
—¿Y qué sucedió luego? —preguntó Lachlan.
—Bien, la vasija se quedó suspendida un instante, proyectando su gran sombra negra sobre mí —continuó Munro, agitando las manos para causar más efecto—, y de golpe se me estremecieron hasta los huesos,! Justo cuando estaba seguro de que no podía soportarlo, el cuenco empe-i zó de repente a volar hacia mí, al igual que se *abalanza,* un halcón sobre la liebre. Solté un largo y terrorífico grito antes de que me golpeara con toda crueldad en la cabeza, dejándome inconsciente —inclinó la cabeza hacia delante y señaló el chichón del tamaño de un huevo que sobresalía de su cráneo.
Las mujeres del clan suspiraron de horror.
—Discúlpame, Munro, pero ¿cómo pudiste gritar? —se preguntó Owen—. Creo que dijiste que no podías emitir ningún sonido.
—Fue un grito silencioso —aclaró Munro. Sus ojos se entrecerraron y con tono ominoso bajó la voz para terminar—: el grito más aterrador de todos.
—Pero ¿por qué ha elegido la bruja herirte a ti? —preguntó Reginald—. Tú no le has hecho nada malo.
—No pienses ni por un momento que Munro va a ser el único que sufra los conjuros de la bruja —advirtió Elspeth con tono macabro—, Las brujas no necesitan motivos para hacer el mal. ¡Llevan la desgracias los otros por puro placer!
—¡Dios mío —dijo Owen agitando la cabeza—, aparenta ser una joven tan agradable!
—Yo no creí que lo fuera —repuso Lachlan enfurruñado—. Una muchacha agradable hubiera probado por cortesía mi elixir.

—¡Santo Dios, Lachlan, esa pócima que hiciste hubiera disuelto el acero! —observó Reginald—. MacDunn se hubiera enfadado aún más si .hubieras envenenado a su invitada nada más llegar,
—Puede que fuera una pizca fuerte —reconoció Lachlan—, pero he estado trabajando en otra, y esta vez tengo las medidas exactas —añadió dando un golpecito a la gran jarra que tenía al lado de la copa.
—Si es realmente una bruja, sus poderes deben ser increíbles, ya que no parecieron afectarle las hierbas y los amuletos del vestíbulo —se lamentó Marjorie, mientras dejaba una bandeja

de carne asada sobre la mesa—. Ojalá MacDunn nos hubiera permitido dejarlos un poco más de tiempo.

—Prefiero que sea así —dijo Reginald—. El lugar tenía un aspecto horrible y olía aún peor.

—La bruja no estaba afectada -—aseguró Elspeth a Marjorie—. Sencillamente usó sus poderes para disimular el tormento. Pero en la habitación del muchacho no le fue tan bien. Pude ver cómo el humo le molestaba.

—¿Qué demonios demuestra eso? —preguntó Reginald impaciente—. Esa neblina fétida que vosotras habéis creado en todas las habitaciones, me importuna a mí mismo, y estoy seguro de que no soy una bruja.

—No es lo mismo —replicó Elspeth irritada.

—¿ Qué vamos a hacer ? —preguntó Robena—. El pobre David le tiene pavor, pero MacDunn está resuelto a que confiemos al pequeño a su cuidado.

—Lo matará con toda certeza —predijo Elspeth—. Si no con sus conjuros, ignorándolo. Hoy quería abrir una ventana de la alcoba.

—¿No se da cuenta la joven de lo peligroso que puede ser? —masculló Owen, claramente horrorizado.

—Diría que no —la expresión de Elspeth se tornó pensativa—. Por otro lado, quizá sí se dé cuenta.

—Eso es terrible —se lamentó Marjorie—. Alguien tiene que hablar con MacDunn.

—MacDunn no atenderá a razones —dijo Lachlan—, no cuando se trata de su hijo.

—Es cierto —asintió Owen—. El pobre muchacho no ha sido el mismo desde que nuestra querida Flora murió.

—MacDunn está mucho mejor ahora —señaló Robena—. Si tan sólo pudiéramos convencerle para que vea que esa bruja sólo puede usar sus métodos malignos para infligir miseria y sufrimiento...

—Buenas noches, jovencita —gritó Owen con alegría al tiempo que agitaba la mano—. Estábamos hablando de ti en este momento.

Sorprendido, todo el mundo en el salón se volvió y miró con miedo a Gwendolyn que se encontraba en la parte de arriba de las escaleras.

No debería haber venido, descubrió desconsolada. No quería. Fue la amenaza de MacDunn de enviar a alguien para que la trajera lo que finalmente la empujó a salir de su habitación. Junto con el agradable aroma a especias de la carne asada y el olor a pan recién hecho. La repentina y angustiosa pérdida de su padre la había dejado demasiado consternada para preocuparse de las necesidades de su cuerpo en estos últimos días. Pero al sentarse en su alcoba apenada, observando las cintas de luz púrpura de verano desvanecerse desde su ventana, de repente fue consciente del gran vacío casi doloroso que sentía. Las atormentadoras esencias que subían desde la cocina y el gran salón sólo intensificaron esa sensación, hasta que finalmente el hambre le estaba desgarrando con impaciencia el estómago, Fue en ese momento cuando dos hombres aparecieron en su puerta llevando una tina de metal, que colocaron con rapidez en la habitación. MacDunn pensó que podría querer darse un baño, le explicaron. Un desfile de hombres les siguieron con cubos rebosantes de agua, que vaciaron con premura en el baño antes de salir en una carrera de la alcoba.

Justo cuando estaba a punto de meterse en la tina, hubo otro golpe en la puerta. La abrió, y apareció una sirvienta extremadamente tímida que llevaba acunado un precioso vestido de lana carmesí. «Es un regalo de MacDunn», dijo con un tartamudeo y lo puso nerviosa en los brazos de Gwendolyn, desapareciendo a continuación de su presencia. Al principio, estuvo tentada de llamar a la chica para que volviera y decirle que no quería tal regalo. Pero la lana del vestido se deslizaba como el vino templado sobre la piel desnuda de sus brazos y se quedó fascinada por su suavidad, tan diferente de la tosca tela, tan familiar, de su propio vestido, Se colocó el traje por encima del cuerpo, maravillada por el complejo bordado de oro que adornaba el gran escote y los puños. Siempre se había hecho sus propios vestidos y sin una madre ni una amiga para guiarla, sus labores nunca habían progresado. De repente, su vestido no sólof parecía estropeado, sino también feo y mal cosido. Quizá no había nada[1] de malo en aceptar ese regalo, consideró. Después de todo, si tenía que cenar en el gran salón con el clan, no podía presentarse allí con aquellas ropas poco mejores que un harapo.

Pero ahora, mientras se encontraba allí de pie en las escaleras, con los ojos clavados en las miradas desconfiadas de los MacDunn, deseó no haber bajado. Soportó su silencio, su escrutinio hostil con aire frío de distanciamiento, un ademán que había aprendido a mostrar desde que era una niña. Acordándose que MacDunn le había ordenado unirse al clan para la cena, comenzó a descender lentamente las escaleras.

Un murmullo de intranquilidad se adueñó de la sala. Al llegar abajo, Gwendolyn se dio cuenta de que no sabía dónde se suponía que tenía que sentarse. Owen, Lachlan, Reginald y Morag lo hacían a la mesa del laird, que estaba situada en una tarima elevada en medio del salón. Owen la había saludado con entusiasmo al entrar ella, pero se detuvo cuando Lachlan le dio un codazo de desaprobación en el costado. El resto de los miembros del clan que cenaban allí aquella noche estaban apiñados en bancos dispuestos alrededor de largas mesas cubiertas con manteles. Viendo un sitio libre en uno de ellos, Gwendolyn se dirigió a él. Tan pronto como los MacDunn de ese lado se dieron cuenta de su intención, movieron rápidamente sus posiciones de manera que el hueco existente antes desapareció. Gwendolyn se detuvo, enderezó la columna y comenzó a desplazarse con determinación hacia otra mesa. La gente de inmediato cerró filas, evitando con éxito que se sentara. Dudó un momento y luego se encamino a una tercera mesa. Los MacDunn le dirigieron una mirada fría a medida que se acercaba, dejando claro que su compañía no era grata.
Desconcertada y humillada, sintiendo de todo salvo hambre, Gwendolyn se dirigió con rapidez hacia el arco que conducía al pasillo, para encontrarse de lleno con MacDunn cuando éste giraba la esquina con Brodick y Cameron.
—¿Dónde vas? —le preguntó.
—Vuel... vuelvo a mi habitación —tartamudeó.
—Entonces tu sentido de la orientación está atrofiado —observó Cameron, divertido—. Las escaleras que van a tu alcoba están al otro lado del salón.
Alex la examinó unos segundos. El vestido que le había enviado caía sobre su esbelta figura como una magnífica cascada dorada y eritrea, el brillo de aquel acentuaba la palidez de su piel y el matiz azabache de su pelo. Sin embargo, la tela no se ajustaba alrededor de la escasa anchura de i cintura y de sus caderas, recordándole su fragilidad. Se preguntó si•siempre había sido tan delgada, o si por el contrario la muerte de su pa-Idre y los días desapacibles en una mazmorra malsana y húmeda habían Iconsumido su carne.
—¿Has comido algo? —le preguntó.
—No tengo hambre.
—¿Estás enferma? —insistió, preocupado por su falta de apetito.
Con la vista agachada, Gwendolyn movió la *cabeza,* de un lado a otro.
—Entonces te quedarás y comerás algo —le ordenó—. No dejaré que te mates de hambre.
—Por favor, MacDunn —le imploró con suavidad—, deseo volver a mi habitación.
Su voz era débil y forzada, como si estuviera al borde de quebrarse. Alex arrugó el entrecejo. Aunque se había jurado no volverla a tocar, se sorprendió sujetando su barbilla y levantando con delicadeza su cabeza. Sus grandes ojos grises brillaban de dolor y su expresión era de súplica. Asombrado de verla tan herida, desvió la mirada al resto del clan. La expresión de culpabilidad de sus rostros le hizo entender de súbito que habían sido ellos los que la habían llevado a ese estado. Le embargó la ira; la ira y un extraño sentimiento protector, que le incitaba a querer envolverla con sus brazos y consolar su ultrajado espíritu con palabras amables. En cambio, le hizo una pequeña reverencia y le ofreció su brazo.
—Discúlpeme, milady, por llegar tan tarde —su tono contrito era premeditado, como si tuviera toda la razón para estar enfadada con él—, Pero ahora que estoy aquí, espero qua lo reconsidere y acepte unirse a mi mesa.
Gwendolyn lo miró confundida. No había rastro de burla en el rostro de MacDunn. Por el contrario daba la impresión de sentir realmente remordimientos, dando a entender que su repentina huida del salón se debía en cierto modo a su imperdonable desconsideración hacia ella, Estaba intentando salvar su orgullo herido, advirtió Gwendolyn, al disculparse ante su clan y darle la oportunidad de elegir aceptar o rechazar su gesto.
Conmovida por la sensibilidad de MacDunn, alargó el brazo y posó la mano sobre el firme músculo de su brazo.

Alex la acompañó a través del salón hasta la mesa del laird donde apartó una silla y le ofreció asiento. A contin-aación tomó su lugar junto a ella y se dirigió a su clan con severidad.
—Gwendolyn MacSween es nuestra invitada. Durante su estancia aquí, tengo plena fe en que le tributaréis los honores que normalmente dispensamos a nuestros invitados y le ofreceréis la ayuda que requiera mientras atiende a mi hijo.
El clan permaneció en silencio. Satisfecho de haber dejado claras sus expectativas, se volvió y comenzó a apilar comida en el plato de Gwendolyn.
Aunque se sentía en cierta manera reconfortada por el apoyo de MacDunn, no había duda de la animadversión que se respiraba en el sa-lon. Por el rabillo del ojo vio cómo Elspeth y Robena la miraban airadas no eran las únicas. Los MacDunn temían y se resentían por su presen-

Una orden de su señor no podía cambiar sus sentimientos hacia ella.
—Bien, muchacha —empezó Owen, rompiendo el incómodo silen-
—• Me pregunto si conoces a una bruja que se llama Fenella.
Gwendolyn le respondió con un gesto negativo.
—Vamos, seguro que has oído al menos hablar de ella —insistió—.raun criatura horrible y vieja, con un carácter peculiarmente antipáti-, lo cual era una pena, porque era una hechicera de poder inmenso —ó entre dientes—. Cuando era un chiquillo, un amigo mío se burló de lla a sus espaldas. Tan sólo era un niño estúpido y no tenía intención de acer daño, pero Fenella le castigó haciendo que sus orejas y su nariz se argaran de un modo ridículo, así aprendería cómo se siente uno cuan-o es el centro de las burlas. ¿Estás segura de que no la conoces?
—¿Por qué iba a conocerla? —preguntó Lachlan impacientado—. enella era tan vieja como una piedra cuando éramos chavales. Murió ntes de que esta muchacha naciera.
—No sabemos la edad que tiene esta bruja —señaló Owen—. Quizá •stá usando sus poderes para mantener una apariencia joven. Si no, mira•iMorag. Tiene cerca de ochenta y no parece que tenga más de un día palpados los sesenta y nueve.
Una mácula de color apareció en las mejillas de Morag.
—Gracias, Owen. No es la brujería la que mantiene mi aspecto joven, sino una crema especial que he elaborado.
Reginald ojeó a Gwendolyn con curiosidad.
—¿Estás usando tus poderes para mostrarte así?
Gwendolyn le contestó que no con la cabeza.
Owen parecía contrariado.
—Entonces, imagino que eres demasiado joven para conocer a Fene-Illa. Bueno, no importa,
—Aquí tienes, joven —le invitó Lachlan, levantando la jarra grande junto a su copa—. Tengo un vino maravilloso que debes probar.
Alex alzó la ceja y lo miró con severidad.
Lachlan resopló de frustración y dejó a un lado la jarra.
—MacDunn mencionó que estabas condenada a morir en la hoguera—empezó diciendo Reginald con tono locuaz.
Gwendolyn asintió.
—Un asunto desagradable, ese —subrayó Reginald—. Como gue- rrero, preferiría morir con una espada en el estómago —dijo atravesando un gran trozo de carne con su daga—. Limpia y sencillamente.
—No veo lo limpio de que te trinchen las entrañas —observó Lachlan, su fina boca contraída de asco—. A mí me parece completamente repulsivo.
—Disculpa, Lachlan, pero creo que es mejor que ser atado a una estaca y que alguien te prenda fuego —repuso Owen, estirándose para coger una porción de salmón. Su codo golpeó accidentalmente la jarra de Lachlan y la volcó, derramándose el líquido marrón y espeso que contenía. Todo el mundo presente en la mesa observó estupefacto cómo la sustancia comenzó a borbotear, abriendo acto seguido un enorme agujero en el mantel que cubría la mesa.
—Francamente, Lachlan, no sabes lo que te haces cuando se trata de pócimas —le reprendió Morag—. De verdad debes dejar de hacerlas.

—Sólo me falta práctica —dijo mirando avergonzado a Alex—. Estaba seguro de que esta vez lo había conseguido.
—Estoy seguro de ello —le dio la razón Alex, revistiéndose de paciencia—, pero preferiría, Lachlan, que te abstuvieses de inventar bebidas especiales para Gwendolyn mientras se encuentra entre nosotros.
Lachlan bajó la vista al plato. Parecía tan avergonzado que hasta Gwendolyn lo sintió por él.
La cena continuó en un silencio incómodo. Gwendolyn consiguió comer un poco de la montaña de comida que MacDunn había apilado en su plato, pero cada bocado parecía instalarse en su garganta. Finalmente, incapaz de soportar la tensión del ambiente por un momento más, se levantó de la mesa.
—Estoy cansada —musitó—. Por favor, disculpadme.
Sin esperar al consentimiento de MacDunn, se volvió y se encaminó con lentitud hacia las escaleras, fingiendo una tranquila seguridad que ocultaba por completo la angustia que embargaba su corazón.

Tenía que escapar antes de que el muchacho muriera.
No existía ninguna duda de que moriría, pensó mientras contemplaba por la ventana el negro cielo. Daba la impresión de que nadie sabía la enfermedad que padecía, y, dado que Gwendolyn no era curandera ni bruja, no veía cómo podría ayudarle. En todo caso, su falta de experiencia en estos temas aceleraría su muerte, una posibilidad que le alarmaba. MacDunn le había advertido que sería castigada si el chico empeoraba o fallecía. Aunque no había especificado la forma de represalia, ella no deseaba averiguarlo. Vista la hostilidad con que había sido recibida esa noche en el gran salón, los MacDunn bien podrían decidir quemarla.

Se estremeció al recordar su terror mientras las llamas devoraban su vestido.
Al día siguiente por la noche cuando el clan durmiera se deslizaría fuera del castillo, robaría un caballo y escaparía hacia el bosque que lo rodeaba. A continuación se encaminaría de vuelta a las tierras de los MacSween y recuperaría la piedra. Luego buscaría a Robert para matarlo. Aquella idea animó en cierto sentido su espíritu cansado, así que se•encentró en ella, imaginando los distintos métodos que podría utilizar.
•El veneno era una opción, pero tendría que ser un brebaje lo bastante•fuerte para causarle un gran dolor, que le quemara de dentro a fuera.
•Quizá debería preguntarle a Lachlan sobre sus recetas. Acuchillarle era•otra posibilidad convincente. Imaginó la expresión de asombro de Robert después de que le hubiera hundido el acero en el pecho. Sería un•momento dulce, contemplar cómo su vida se extinguía y saber que nunca más lo amenazaría.
Una vez que la muerte de su padre estuviera vengada, abandonaría•tas tierras de los MacSween y buscaría un lugar donde poder vivir en•paz. La idea de verse sola, sin nadie a quien temer o que se burlara de•ella, era inmensamente sugerente. Encontraría una parcela de tierra y•contrataría a alguien para que le construyera su casa de campo, donde•tendría una vaca y unas cuantas gallinas. Naturalmente, todo esto re-Iqueriría una forma de pago. Durante la cena había observado que las colpas de la mesa del laird eran de plata, incluso algunas tenían piedras pre-Iciosas engarzadas. Decidió que se llevaría algunas cosas de valor del•castillo cuando se marchara.
Un ligero sentimiento de culpabilidad la invadió al recordar la promesa hecha a MacDunn de que intentaría curar a su hijo. Era una traición•vergonzosa incumplir la palabra dada al hombre que le había salvado tres Iveces la vida. Pero sería peor quedarse y fingir que podía curar al niño, Icuando en realidad sólo podría estar poniendo aún más en peligro su ya I precaria salud. No quería ser la causante de la muerte del muchacho. Una ¡vez que se hubiera marchado, MacDunn lo pondría de nuevo al cuidado ¡délas curanderas del clan, ellas harían todo lo que pudieran por él, se ase-Iguró a sí misma y, con este pensamiento, apagó de un soplo las palmato-I rías al lado de su cama.
Pero al echarse contra las frías sábanas con los ojos cerrados, se sor-I prendió recordando el cuerpo pálido y bañado en sudor de David bajo *I* un ataúd de mantas, luchando por

respirar en su habitación con aquel ca-rlor y hedor insoportables. Era muy tarde cuando finalmente concilio el sueño, aún atormentada por la imagen de su sufrimiento.

Capitulo 5

Un torrente de luz fluía hasta su cama, irradiando su calor a través de las mantas arrugadas, templándola.

Gwendolyn suspiró y cerró los ojos, asegurándose a sí misma que no podía ser tan tarde como sugería el resplandor del sol. Escabullándose más dentro aún de las sábanas, intentó entrar en la reconfortante nebu-Jlosa del sueño una vez más. Unos minutos más, y se levantaría para preparar el desayuno de su padre.

El aroma a pan horneándose se filtró en su habitación. Y tras fruncir ceño confundida, abrió los ojos.

La desolación se apoderó de ella como una ola fría y negra engúllanlos instantes apaciguadores de la languidez. Su padre estaba muerto. facía en lo más profundo de la tierra, atrapado para siempre en las pe-imbras. Nunca volvería a oír su voz cavernosa, ni a besar sus mejillas ibiertas de barba, ni siquiera encontrar el consuelo de su bondadosa sresencia. Estaba sola en el mundo, prisionera y rechazada, temida y 'espreciada porque había sido tildada de asesina y bruja. Durante un lómenlo el dolor se le hizo insoportable. Apretó los ojos y se hizo un rillo, sintiéndose pequeña y atemorizada, como una niña indefensa. lería dormirse otra vez y despertarse para descubrir que la amarga rea-id de su vida no era más que una terrible pesadilla. Sin embargo, sus sentidos estaban agudizados y su cuerpo agitado, y impedían dormir. El ruido de los MacDunn yendo y viniendo, em-prendiendo el día, fue penetrando su desesperación. Tenía que mantene rse fuerte, se recordó. Nunca conseguiría escapar de este lugar y ven-garse de Robert si se permitía derrumbarse. Pensar aquello le permitió controlar su angustia mientras echaba hacia atrás los cobertores y cruzaba con paso quedo el frío suelo de piedra hacia la ventana. El sol abrasaba a través de los últimos velos diáfanos de niebla que rodeaban las montañas, indicándole que la mañana estaba avanzada y que prometía ser un magnífico día.

Llenó el aguamanil de piedra esculpido en el muro de la torre con una jarra de agua fría que habían dejado en su habitación y se lavó las manos y la cara. Luego se puso el insulso vestido gris, considerando que el carmesí era una prenda demasiado elegante para llevarla durante el día. Hasta que llegara el momento de escapar aquella noche debía actuar como si hubiera aceptado su situación, y eso significaba asumir sus deberes como curandera de David. Aunque sin mangas y chamuscado, su vestido gris servía todavía y parecía una elección más propia para la tarea de atenderá un niño gravemente enfermo. Buscó en el arcón al pie de la cama y encontró un cepillo que pasó con impaciencia por su enmarañado cabello, No tenía ningún lazo ni trozo de cordón para recogérselo hacia atrás, así que dejó que cayera a su antojo, indiferente respecto a su aspecto.

Descendió por las estrechas escaleras de la torre y se dirigió directamente a la habitación de David, rezando porque su enferma carga no hubiera muerto durante la noche. El olor hediondo de las hierbas quemándose le llenaron las fosas nasales al acercarse, el aire se hizo más cargado y cálido. A la altura de la puerta, vaciló, preparándose para la confrontación que habría con seguridad si Elspeth estaba con el niño. Recordándose que se hallaba al cargo del chico por orden de MacDunn, dio varios golpecitos con firmeza a la puerta. Nadie le contestó, pero escuchó una tos amortiguada. Alentada por el hecho de que David pudiera estar solo, levantó el picaporte y entró en la habitación oscura.

El fuego estaba ardiendo con intensidad y los recipientes de las hierbas despedían un humo más denso que nunca, convirtiendo casi en pernicioso el aire húmedo y caliente. Era obvio que alguien había estado allí por la mañana temprano atendiendo aquellas cosas, pero David estaba solo en ese instante, tumbado allí, abandonado bajo esa multitud de mantas y pieles de animal. Estaba tosiendo y expectorando contra la almohada, daba la sensación de que cada jadeo ronco podría ser el último, La cólera la traspasó como un rayo, haciéndole olvidar su propia tristeza. Podría no tener mucha experiencia en curar, pero con toda certeza podía ver cuando un niño sufría. Pestañeando contra el humo picante, se las arregló para sonreír.

—Buenos días, David —dijo en voz alta y animada al tiempo que se dirigía hacia las ventanas—. Dios mío, cualquiera podría decir que tu habitación está en llamas, el humo es tan denso. Veamos si podemos despe-jarlo;

Abrió de golpe los postigos de madera de las tres ventanas, inundando de luz la sórdida habitación. El aire fresco entró con una delicada ráfaga, arremolinándose alrededor del humo como si lo intentara cazar y expulsar de la alcoba.
David la miró aterrado desde la cama.
—A Elspeth y Robena no les gustará lo que estás haciendo.
—Probablemente, no —asintió Gwendolyn—. Pero ¿no detestas es- tartumbado en la oscuridad respirando ese horrible aire todo el tiempo? Yo sí lo odiaría.
Vaciló por un momento, como si no estuviera seguro de qué con testar.
—Elspeth dice que es bueno para mí y mi padre dice que debo pres-; tar atención a Elspeth —empezó a toser de nuevo. —Bien, eso va a cambiar —agarró un atizador de hierro junto al fuego y empujó los troncos para separarlos, reduciendo así sus llamas—. Si *i* los métodos de Elspeth son adecuados, ¿por qué estás tan enfermo?
—Dios me dio una constitución débil... como la de mi madre.
Lo dijo en un tono inexpresivo, sin angustia ni autocompasión. Gwendolyn sospechó que esta explicación sobre su falta de salud le ha-.bía sido inculcada desde que era muy pequeño.
—¿Eso es todo? —se burló—. Por un momento pensé que se trataba de algo grave. Si la debilidad es lo que te hace estar enfermo, entonces debemos centrarnos en hacerte fuerte. Pero no comprendo cómo te pondrás mejor estando en la oscuridad, respirando aire cargado que haría caer incluso al más poderoso de los guerreros.
Continuó con la tarea de llevar los cuencos de hierbas humeantes al pasillo. Cuando retiró el último recipiente, la cálida brisa que soplaba a través de las ventanas había despejado la habitación casi por completo, y la tos de David se había mitigado considerablemente.
—Elspeth se enfadará por ello —le advirtió.
—Estoy segura de que así será —admitió Gwendolyn, echándole una sonrisa de complicidad—, pero tu padre me ha pedido que te ayude a recuperarte y mis métodos son diferentes a los de Elspeth.
Su cara se quedó helada.
—¿Vas a hechizarme?
—¡Qué idea tan ridicula! —le reprendió. Si iba a cuidar a este muchacho, incluso sólo por un día, era importante ganarse su confianza—.
No voy a hacer nada por el estilo, David. Todo lo que quiero es que te pongas bueno.
La estudió a medida que se acercaba a él, como preguntándose si creerla o no. La temperatura de la habitación había bajado considerablemente, pero la cara de David continuaba bañada en sudor y la funda de la almohada estaba empapada. Gwendolyn posó la mano sobre su frente, luego torció el gesto en dirección al montón de mantas y pieles que lo mantenían clavado al colchón.
—¿Te gustar/a que te *quitara, algunas mantas de encima? La miró* sorprendido.
—Tengo mucho calor —confesó—, pero Robena dice que no se me permite apartar los cobertores.
—Yo hablaré con Robena —le dijo Gwendolyn, retirando las pesadas capas de lana y piel.
Sospechaba que no habían sido ventiladas durante semanas, por el olor a humo, sudor y enfermedad adherido a ellas. Una vez que hubo reducido la cama a las sábanas, seleccionó dos, relativamente limpias, y las arregló con minuciosidad sobre él. Al colocarle los brazos en la lana suave, advirtió que uno de ellos estaba vendado con una tira de tela manchada de sangre; el otro estaba surcado con pequeñas y horribles rajas en distintas fases de cicatrización. Esos eran los cortes que Elspeth y los otros curanderos le habían hecho para sangrarle, intuyó. Recordó que Robena le había contado a MacDunn que habían sangrado al chico los dos días anteriores para eliminar el veneno de su cuerpo. Frunció el ceño al mirar las marcas, preguntándose si era conveniente sangrar a un niño con tanta frecuencia.
—Ya está —dijo dando un último toque en el extremo de las mantas—. ¿Estás lo bastante abrigado?
David movió la cabeza arriba y abajo.
—Bueno. ¿Has comido algo hoy?
—No tengo hambre.
Tenía la cara demacrada y el cuerpo delgado, dando a entender que su enfermedad le había quitado el apetito desde hacía algún tiempo. Le vino a la memoria que MacDunn le había

dicho que el sufrimiento de David comenzó con un dolor de estómago. También le había dicho que el niño había tenido problemas para retener la comida, hasta el límite de no poder comer casi nada.
—No puedes ponerte bueno si no comes —subrayó Gwendolyn mientras arrastraba una silla junto a la cama y se sentaba—. Tu cuerpo necesita alimento para fortalecerse.
David la miró con harta indiferencia. Sin duda le habían repetido eso mismo mil veces.
—Me encuentro muy mal para comer.
—¿Te duele el estómago?
—A veces.
—¿Te duele ahora? —insistió, intentando comprender mejor los síntomas.
—No.
—¿Tienes dolor en algún otro sitio?
—A veces.
—¿Dónde?
—Por todos lados —dijo encogiéndose de hombros. Gwendolyn reflexionó sobre ello.
—¿Un dolor penetrante, como si una flecha te estuviera atravesando, o un dolor general?
—Un dolor general.
—¿Lo sientes ahora? Asintió.
—¿Te encuentras mejor después de que Elspeth te haya sangrado? -le preguntó con curiosidad. Sus azules ojos se abrieron por completo.
—¡No quiero que me sangren hoy! —gimoteó.
—No tengo intención de hacerlo —le prometió Gwendolyn con rapidez—. Sólo me preguntaba si alguna vez te ha hecho sentirte mejor. Él agitó la cabeza.
—Me hace daño cuando corta mi brazo y siempre me siento peor después. Pero Elspeth dice que no sientes el efecto positivo enseguida. Y prefiero ser sangrado a purgado. La purga es espantosa —arrugó la nariz con repugnancia.
Gwendolyn reconsideró esto por un momento. En verdad, no tenía ninguna experiencia ni con las sangrías ni con las purgas, aunque sabía que estas prácticas eran comunes entre los curanderos. No obstante, las marcas sombreadas en el brazo de David indicaban que se lo habían practicado a menudo. Si su estado no había mejorado a pesar de ello, y, si hacía que el muchacho se sintiera incluso peor, ¿por qué continuar con ello?
—No creo que debas pasar otra vez por eso durante un tiempo —decidió Gwendolyn—. Pero tu cuerpo no puede sanar si no comes, así que es algo que debes intentar hacer, tengas hambre o no.
—El comer me hace sentirme mal —protestó.
—Pero al final hará que te encuentres mejor —le repuso—. Por tan-
to cuando comas debes pensar en las cosas que te gusta hacer cuando estás bien, como montar a caballo y nadar, y pasear por las montañas.
—No se me permite hacer esas cosas.
—¿Por qué no?
—Porque mi constitución es débil —repitió— como la de mi madre.
—Entiendo —dijo Gwendolyn, aunque en realidad no era cierto, Desde su niñez, ella y su padre encontraban la felicidad en la fragancia a pino del bosque, o en la sensación estimulante de un viento frío al soplar contra la montaña. Su padre amaba la belleza magnífica de la naturaleza y animaba a Gwendolyn a conocerla y aceptarla como una amiga. Quizá vio con antelación que, cuando creciera, no tendría amigos entre la gente de su clan.
—Bueno, entonces, ¿qué cosas te gusta hacer? David pensó durante un rato.
—Me gusta escuchar historias.
—A mí también —reconoció Gwendolyn con entusiasmo, encantada de que tuvieran eso en común—. Mi padre era un magnífico narrador de cuentos. Cuando era pequeña nos sentábamos juntos al lado de la chimenea y me contaba cuentos sobre dragones terribles y violentos guerreros. ¿Hace tu padre lo mismo?
—Mi padre es un laird. Gwendolyn lo miró circunspecta.
—Un laird tiene muchas obligaciones para con su clan —le informó—. No tiene tiempo para contar cuentos. Supuso que podría ser cierto.
—Entonces, ¿quién te los cuenta?

—Solía hacerlo mi madre. Antes de que se pusiera enferma y se fuera a vivir al cielo. Y Elspeth lo hace a veces —añadió—. Pero los suyos no son iguales.
«No —pensó con ironía—, estoy segura de que no lo son».
—Si quieres, mientras esté aquí, te contaré historias —se ofreció. Un destello de placer iluminó sus ojos.
—¿De verdad?
—Sin embargo, la mayoría de las historias que conozco dan un poco de miedo —especificó, intuyendo que esto le atraería.
—Me gustan las historias de miedo —le aseguró ansioso. Gwendolyn le lanzó una mirada escéptica.

—¿Estás seguro? No sé. Quizá debería contarte la de las hermosas princesas que vivían en una maravillosa flor rosa, con pétalos tan suaves como las plumas...
—¡Esa es una historia de niñas! —interrumpió David, poniendo los ¡ojos en blanco, indignado.
—No estés tan seguro de ello —le reprendió Gwendolyn, fingiendo ¡estar ofendida—. Puede que la princesa sea tragada por una rata gigante Ique la devora y la reduce a pequeños pedacitos sangrientos.
Aquella idea pareció agradarle.
—¿Le ocurre de verdad?
—Claro que no. Las princesas nunca mueren. Es lo corriente.
—Y es por eso una historia para chicas —refunfuñó David—, o para bebés.
—Veo que no vas a ser fácil de complacer —comentó suspirando—. ¿Qué clase de historias te gustarían?
—Cuéntame una en la que haya un monstruo —le sugirió.
—Muy bien —se quedó pensando—. Mi padre solía contarme una realmente aterradora sobre un gran monstruo negro que era más grande que este castillo. Sus dientes eran largos y afilados, puntiagudos y serrados como mil espadas juntas...
—¿Qué estás intentando hacer? —preguntó una voz furiosa—. ¿Matar al chico?
Sorprendida, Gwendolyn levantó la vista y encontró a Elspeth de pie ¡en el umbral de la puerta sujetando una bandeja y el rostro descompues-•to por la cólera.
—¿Cómo te atreves a abrir las ventanas... no te das cuenta de que una corriente podría matarlo? ¡Ciérralas enseguida!
Gwendolyn permaneció sentada, mirando a Elspeth con frialdad.
—Laird MacDunn me ha confiado el cuidado de su hijo, Elspeth —le contestó con voz sosegada pero firme—. Gracias por traer la bandeja. Puedes dejarla en la mesa.
Elspeth la miró fijamente un instante, sin palabras por el desconcierto. Sin embargo, recuperó la lengua lo bastante rápido.
—No te permitiré hacer esto —le espetó, dejando la bandeja con brusquedad en la mesa y dirigiéndose a las ventanas—. Se te ha dicho que hay que mantener al niño abrigado...
—Tus métodos no le han curado, Elspeth —señaló Gwendolyn al tiempo que se levantaba para mirarla a la cara. Aunque no tenía experiencia directa para curar, había estudiado las notas de su madre con detenimiento. Su madre fue una curandera experta y nunca recomendó sepultar a una persona en una habitación sofocante y con olor repulsivo como cura para una enfermedad—. Desde ahora en adelante, la habitación de David tiene que tener luz y aire puro —ordenó Gwen-dolyn— y aquí no se dejarán más recipientes con hierbas humeantes
Si hubiera sugerido que David fuera arrojado desnudo en un pozo
helado, Elspeth no se hubiera sorprendido más.
—Le hablaré a MacDunn de esto, bruja —prometió Elspeth—. No me quedaré quieta y no permitiré que mates al pequeño para tus fina perversos...
—Adelante, ve a hablar con MacDunn —le interrumpió Gwen-dolyn—. Y te dirá que estoy encargada del cuidado de David y tú debes seguir mis instrucciones.
En verdad no estaba del todo segura de ello. MacDunn podría encontrar sus métodos cuestionables y decidir ponerse del lado de Elspeá Pero este no era momento de mostrarse dubitativa y débil.

Los pequeños y negros ojos de Elspeth se entrecerraron.
—Lo veremos —declaró con tono amenazador; luego salió apresuradamente de la habitación.
Gwendolyn forzó una sonrisa y se volvió a David que la miraba impresionado, con los ojos muy abiertos.
—Nunca he visto a Elspeth tan enfadada —murmuró.
—Se le pasará enseguida —repuso Gwendolyn quitándole importancia e intentando aliviar su preocupación. Ella estaba acostumbrada al desprecio de los demás y no permitía que la animadversión de Elspeth la perturbara.
—Ahora, veamos si podemos conseguir que comas algo mientras termino de contarte la historia —le dijo al tiempo que agarraba la bandeja, David hizo un gesto negativo.
—No tengo hambre —dijo cerrando los ojos.
Gwendolyn dejó la bandeja y lo examinó. Todavía estaba pálido y enfermo, pero daba la impresión de hallarse más cómodo ahora que no sudaba bajo los cobertores o el repulsivo aire cargado. Alargó el brazo y con delicadeza apartó un mechón de pelo húmedo de su frente. Estaba caliente pero no aparentaba tener tanta fiebre como el día anterior cuando le tocó la cara.
Alentada por ello, se sentó en la silla y se preparó para vigilarle mientras dormía, sintiéndose extrañamente protectora respecto a su indefensa carga.

—¡Va a matarlo!
—¡Es la semilla del diablo!
—¡Debes detenerla, MacDunn, antes de que sea demasiado tarde! Alex presionó con fuerza los dedos sobre su sien palpitante y suspiró, i Había pasado la mayor parte del día entrenando a sus hombres e ins-peccionando las defensas del castillo. Los MacSween podían atacar en cual-Ruier momento, y era su deber cerciorarse de que su clan y las propiedades•estaban seguros. Los MacSween eran unos enemigos poderosos, pero, pomo cualquier ejército agresor, eran finitos y tangibles. A diferencia de la•enfermedad o las afecciones, se podía prever y, con una preparación adecuada y un buen entrenamiento, finalmente vencer. Le había sentado bien•centrar toda la atención en la compleja logística de la batalla y en la planifi-jcación de la defensa. La fortificación de su hogar le había exigido absoluta•concentración y como consecuencia se sentía liberado, aunque de una ma-iiera fugaz, de la angustia de contemplar a su hijo moribundo. Después de guiar a sus hombres en una agotadora sesión de entrena-Jmiento, Alex había cabalgado duro durante varias horas a través de sus•tierras, intentando escapar de los pensamientos sobre David, en especial Ide la insoportable impotencia que sentía cada vez que posaba sus ojos en leí doliente muchacho. Había galopado hasta la cima de la montaña cu-pierta de brezos que era la preferida de Flora. Al llegar a lo alto, se pre-icipitó del caballo y se dejó caer de rodillas, su respiración entrecortada y•sorprendentemente desesperado. Una vez controladas sus emociones, se lechó sobre la espalda y clavó los ojos en el cielo, sintiendo cierto alivio al tsaber que Flora lo observaba. Le habló un rato y aunque no le respondía,•encontró su silenciosa compañía reconfortante. Cuando el azul del cielo pobre su cabeza se tornó anaranjado, montó su caballo y como un rayo•se dirigió a la oscura fortaleza de su hogar. Sintió su sosiego flaquear así•que cabalgó con brío, intentando agotarse a sí mismo de modo que cuan-Ido llegara al castillo pudiera sencillamente retirarse a su alcoba y sumergirse en un sueño profundo exento de imágenes.
Por el contrario, entró en su hogar y halló una reunión frenética y ¡agitada de los miembros de su clan, que le esperaban ansiosos para con-Jtarle que Gwendolyn estaba en vías de asesinar a su hijo. —Agitó sus manos y las ventanas se abrieron de golpe llenando la ha-jbitación de aire helado —continuó Elspeth, haciendo aspavientos con•sus brazos exentos de carne mientras recreaba la escena para su audien-Jcia deliciosamente horrorizada—. Luego sopló con suavidad a la chime-nea, así... —hizo una mueca con sus labios delgados, formando un mi-Inúsculo círculo—, y el enorme fuego que crepitaba en ella se extinguió Ide súbito, así de sencillo —dijo al tiempo que chasqueaba los dedos para Idar efecto, pillando por sorpresa a todo el mundo.
—¡Dios mío! —murmuró Robena, echando una mirada ansiosa a Álex.
—Me puse de rodillas y le rogué que se detuviera —continuó Elspeth elevando la voz en un gemido. Se reprimió de ponerse de rodillas al decir esto, pero con una palmada juntó sus

manos huesudas para mostrar cómo le había rogado—. Le dije que el pobre niño moriría con toda certeza i causa del frío glacial y le pregunté cómo podía no tener compasión de un alma tan inocente. ¡La bruja se limitó a reír, con terribles carcajadas perversas, y me dijo que me fuera o me mataría a mí también! —terminó diciendo mientras con rapidez hacía un gesto evocador con la garganta.
Alex se reclinó en la silla y siguió masajeándose las sienes, se preguntaba, sin prestar atención, la intensidad que podría alcanzar aquel dolor de cabeza. Lo sentía ya como si alguien le estuviera martilleando en el cráneo.
—No olvides contar que despojó al pobre David de todas sus mantas, dejándole desnudo, tumbado y temblando sobre la cama —le apremió Robena.
—¡Y cómo hizo un conjuro para que los recipientes con las hierbas humeantes salieran volando por las ventanas, para que nada pudiera impedirle llevar a cabo sus malévolos propósitos! —añadió Marjorie.
Alex levantó la ceja con escepticismo.
—Después de escuchar sus métodos diabólicos, subí las escaleras para enfrentarme con ella yo mismo —comenzó Lachlan, asumiendo el control del relato—. Pero al encontrarme a la altura de la puerta por fuera, pude oír el sonido de un lamento horroroso, semejante al de mil almas gritando de agonía.
Owen frunció el ceño.
—Discúlpame Lachlan, pero eso no me lo habías mencionado —objetó—. Sólo me dijiste que oíste algo pero que no estabas seguro de qué era.
—Es porque no quería asustarte —le espetó Lachlan irritado por haberle rebatido la información—. De haberte contado todo, hubieras salido gritando despavorido del castillo para no volver.
—¡Con toda certeza, no! —resopló Owen, indignado—. ¡Hacen falta más de unos cuantos gritos siniestros para asustar a un anciano guerrero como yo! ¡Vaya, hubiera blandido mi espada y le hubiera dicho a la bruja que cesara de decir y hacer disparates enseguida o me vería forzado a cortarla en pedazos!
—No puedes despedazar a una bruja —repuso Reginald—, sus cuerpos son como el hierro.
—Si las pinchas con una aguja, no sangran —apoyó Marjorie— y no sienten ningún dolor.
—Eso ocurre sólo cuando las pinchas donde el diablo ha dejado su marca —rectificó Garrick, que era uno de los guerreros más jóvenes de Alex—. Pero a veces esa marca es invisible —añadió, reduciendo su voz aun susurro—, así que tienes que pincharlas por todo el cuerpo.
—El único modo de destruirlas es quemándolas —dijo Ewan, otro de los hombres de Alex.
—Da un poco de pena quemar a la joven —reflexionó Owen con tono triste—. Es muy atractiva.
—Quizá deberíamos enviarla de vuelta con los MacSween y dejar que ellos la quemen —sugirió Reginald.
—No he terminado de contar mi historia —se quejó Lachlan. Alex suspiró.
—Veamos... iba por el lamento de mil almas torturadas —murmuró Lachlan, intentando recordar por donde se había quedado—. ¡Ah, sí! Y entonces la bruja comenzó a canturrear, con voz baja y horrorosa que no sonaba a la de ella. ¡Y fue entonces cuando supe que el mismo Satán la poseía y que era mejor marcharse de allí antes de que decidiera venir tras de mí también!
Los miembros del clan asentían con gesto comprensivo, pensando que ciertamente Lachlan había hecho todo lo que podía.
—¿Eso es todo? —preguntó Alex con amabilidad. Pensando tan sólo hasta qué grado se suponía que tenía que creerse todos aquellos disparates.
—No del todo —dijo Robena, retorciendo con ansiedad el pañuelo de hilo que sujetaba—. Hace un momento Gwendolyn bajó y ordenó que se llevara una tina a la habitación de David y se llenara de agua. Garrick y Ewan temieron desobedecerla, y por tanto se encargaron de ello.
Alex se irguió, de repente preocupado.
—¿No entiende lo peligroso que puede ser un baño para él?

—Le dije que sumergir al muchacho en agua fría lo mataría —dijo Elspeth—. Pero lo único que hizo fue reír y decir que le habías dado poder para hacer lo que deseara con él.
Alex atravesó el vestíbulo a la carrera, las palpitaciones de la cabeza se le olvidaron casi por completo mientras se dirigía a ver lo que aquella condenada bruja estaba haciendo con su hijo.

«... ¡Oh, gran señor de las tinieblas, te ofrezco esta alma inocente como ¡sacrificio. A cambio, recompénsame con tus poderes sobrenaturales...»
Alex presa de la cólera gruñó e irrumpió en la habitación blandiendo la espada amenazadora ante él.
Gwendolyn y el niño lo miraron perplejos de asombro.
—Buenas tardes MacDunn —consiguió decir Gwendolyn, intentando calmar el violento latido de su corazón—. ¿Algo marcha mal?
Alex la miró circunspecto.
Ella se encontraba arrodillada en el suelo junto a la tina de metal, las manos sumergidas bajo una masa de burbujas de espuma que se elevaba mientras lavaba con delicadeza la cabeza de David. Las delgadas mejillas de su hijo estaban sonrosadas por el calor del agua vaporosa y su mirada tenía un brillo notable y reflejaba su sorpresa. El aire cálido del verano entraba a ráfagas a través de las ventanas abiertas, pero la tina había sido colocada con cuidado ante el crepitante fuego de la chimenea, evitando que David estuviera en peligro de enfriarse. Unos charcos plateados de agua brillaban en el suelo de piedra y el cabello negro de Gwendolyn y su vestido ajado estaban empapados, sugiriendo que había habido algo de chapoteo mientras jugaban antes de que Alex entrara, No había rastro de enfermedad ni de miseria que cargaran el aire, en cambio la alcoba olía de maravilla a limpio y fresco, a jabón y flores. Se habían frotado todas las superficies, colocado jarrones con flores de diversos colores por toda la habitación. La cama había sido movida desde el extremo de la cámara hacia las ventanas, desde donde David podía estudiar las estrellas por la noche y sentir los rayos de sol acariciar su rostro por la mañana.
—Yo... yo venía a ver si todo iba bien —balbuceó Alex, sintiéndose estúpido.
—Gwendolyn me está contando una historia sobre un hechicero perverso que se convierte en dragón e intenta quemar un reino —le informó David, asomándose por el borde de la bañera para ver a su padre.
—¿De verdad? —Alex enfundó la espada y, avergonzado, dirigió una mirada a Gwendolyn. Su expresión se había enfriado, dándole a entender que intuía por qué había irrumpido de ese modo allí, agitando la espada como un loco.
—Quizá te gustaría quedarte y escuchar el final del cuento —le invitó con educación.
Alex vaciló. El lugar había experimentado un cambio palpable. Era como si Gwendolyn y David hubieran estado cómodamente instalados a salvo en su pequeño mundo propio y él lo hubiera resquebrajado y azotado con aire glacial. Durante un momento la necesidad de quedarse y participar de ello se le hizo casi arrebatadora. Pero se dio perfecta cuenta de que era un extraño. Alex nunca había estado involucrado en el cuidado físico de su hijo. Ciertamente nunca había participado en algo tan íntimo como el baño. El hecho de contar cuentos era una recreación para•mujeres y niños, se recordó a sí mismo con nerviosismo, no para un laird
•que tenía el peso del bienestar de todo su clan sobre sus hombros.
—Tengo una serie de asuntos urgentes que atender —les aseguró,•buque en ese preciso instante no pudo pensar en uno—. Sólo quería ver•orno estaba mi hijo.
• Gwendolyn asintió. Estaba segura de que el clan había estado llenán-Bole la cabeza con toda clase de historias horribles sobre lo que le estaba•haciendo al niño. La sorpresa en el rostro de MacDunn, al quedarse allí•e pie mirándoles fijamente, indicaba que esperaba haber encontrado a•su hijo medio muerto.
• —Gwendolyn dice que puedo ver las estrellas desde mi cama —dijo•David con elocuencia y voz aguda, rompiendo el incómodo silencio—.
•Dice que las estrellas tienen un poder curativo especial que me ayudarán la recuperarme. Y dice que mi madre está ahí arriba, cuidándome mien-•tras duermo.

Alex miró a Gwendolyn sorprendido e incómodo. ¿Sabía que él exa-•minaba el cielo cada noche, buscando la estrella de Flora? ¿Que se afeltraba con desesperación a la creencia de que el espíritu de su esposa lo•rodeaba por completo, cuidándole? ¿Había adivinado el origen de su lo-
Icura?

Ella le sostuvo la mirada, sus ojos grises cubiertos con un velo, sin•dejar traspasar ni un solo pensamiento.

—No debe permanecer en el baño demasiado tiempo —dijo Alex•con brusquedad, sintiéndose molesto—, puede enfriarse. I —¿Estás listo para salir, David? —le preguntó Gwendolyn.

—Creo que sí.

—Apóyate en mis brazos —le indicó, dándole la vuelta con cuida-ido—, para que pueda aclararte el pelo.

Alex observó cómo su hijo descansaba su cuerpo en el regazo de JGwendolyn y le dejaba que vertiera una jarra de agua limpia sobre su ca-ibeza. Manejaba al muchacho con delicadeza, teniendo cuidado de que no•le entrara jabón en los ojos y asegurándose de que su liso pelo negro estuviera bien enjuagado antes de ayudarle a salir de la tina. David dio la•impresión de ser tan fino y frágil como una ramita seca cuando se puso•de pie en el suelo y dejó que Gwendolyn le envolviera con una cálida toalla. Estaba demasiado débil para sostenerse por sí solo.

El corazón de Alex se encogió.

—Deseo hablar contigo en mi habitación —le comunicó Alex—.Cuando hayas secado y acostado al niño.

—De acuerdo —Gwendolyn, entre juegos, rodeó con una segunda toalla la cabeza de David de forma que estuviera completamente cubierto por el paño—. ¡Vaya!... ¿Dónde se ha metido? —dijo entrecortando las palabras, poniendo un tono de absoluto asombro—. Es muy raro. Sé que estaba aquí hace tan sólo un instante... ¿Lo ves, MacDunn?

Alex frunció el ceño. No estaba familiarizado en absoluto con los juegos de niños y no tenía ni idea de qué contestar.

—David, estás siendo un niño travieso —le regañó Gwendolyn con severidad, en broma—. Deja de ser invisible, enseguida.

Una risita amortiguada salió a través de la pequeña figura fantasmal que estaba justo delante de ella.

El inesperado sonido animado llenó a Alex de tanta emoción que se volvió y salió a toda prisa de la habitación... Era un sonido que tenía olvidado desde hacía mucho tiempo y que creía que no volvería a oír.

Gwendolyn golpeó vacilante la estropeada puerta de madera.

—Pasad.

Respirando hondo, levantó el picaporte y dio un paso para entrar.

La alcoba de MacDunn era grande, como correspondía a un laird, pero iluminada con una luz tenue y escasamente amueblada, daba la impresión de que a su ocupante o bien le gustaba la austeridad o prestaba poca atención a las cosas que le rodeaban. Una cama inmensa de madera oscura ocupaba uno de los extremos, que sin duda había sido construida especialmente para acomodar la inusual altura de MacDunn. Junto a ella, había una mesa pequeña con un candelabro y un sencillo arcón tallado, para las pertenencias de MacDunn colocado a los pies de la cama. Una mesa más consistente y una silla pesada ocupaban el centro de la estancia, sobre la cual había más velas flameantes. MacDunn, se encontraba ante una enorme chimenea de piedra toscamente labrada, con las manos entrecruzadas por detrás mientras contemplaba el pequeño fuego que despedía una luz dorada en la habitación. No había ningún tapiz adornando los muros que diera color al lugar ni calor a la piedra; no obstante, había varios ventanales que enmarcaban la noche salpicada de motas plateadas. Quizá, reflexionó Gwendolyn, la vista de las montañas y el cielo durante el día era suficiente para paliar el agobiante y triste ambiente de la habitación.

—¿Querías hablar conmigo?

—Quiero discutir tu valoración sobre el estado de mi hijo —murmuró Alex, con la vista aún clavada en el fuego—. Como imagino, sabrás que algunos miembros del clan tienen... —hizo una pausa, intentando encontrar la palabra adecuada— dudas respecto a tus métodos para tratarle.
—¿Y tú qué dices, MacDunn? —le desafió Gwendolyn con brusque-d—. ¿Crees que estoy causando nial a propósito a tu hijo por ofrecer-áire fresco y luz?
—Intencionadamente, no —respondió Alex—. Tu libertad depende : la recuperación de mi hijo, por tanto no ganas nada haciéndole sufrir, i embargo, la salud de David es muy delicada. Los curanderos que le i tratado en el pasado han sido recelosos de protegerle de cualquier iente de frío y corrientes de aire y aseguraban que sus pulmones y su :cho no podrían soportar la presión de un enfriamiento.
—Y esos curanderos no han curado a David, ¿verdad?
—No —reconoció—. Pero lo han mantenido con vida durante los lorribles ataques de la enfermedad, cuando todo indicaba que iba a
aonr.
—Quizá —planteó Gwendolyn—, o quizá David sobrevivió a pesar e sus tratamientos. Alex se volvió y la miró con curiosidad.
—¿Es eso lo que crees? —Aquel pensamiento se le había pasado valias veces por la cabeza, pero nunca lo había expresado en voz alta.
—No lo sé —le respondió—. El aire en la habitación de David era so-icante, cargado y denso por el humo. No puedo imaginar cómo alguien dría yacer prisionero en una neblina como esa, semana tras semana, y |o enfermar por ello. Tampoco consigo ver cómo puede ser saludable i un niño ser privado del aire puro y de la luz del sol durante perío-los de tiempo tan largos.
—Los curanderos anteriores decían que era demasiado débil para so-ortar las impurezas que existen en el aire —le explicó Alex—. Conserrando su habitación sellada y quemando hierbas, se mantenía el ambien-e caliente y purificado, y la oscuridad constante le permitía descansar.
Gwendolyn resopló con desdén.
—El aire estaba viciado y corrompido. Ni siquiera yo podía sopor-ario y soy bastante más fuerte que David. Tras haber pasado un tiempo alas mazmorras, puedo atestiguar el hecho de que la oscuridad perpe-na debilita con rapidez ambas cosas, el cuerpo y el espíritu.
Alex la examinó en silencio. No veía ningún indicio de que aquella mjer de pie, ante él, padeciera como un espíritu frágil. Su ajado vestido ;ris caía suelto por su esbelta figura, y ahora, mojado, acentuaba tanto us curvas femeninas como la delicadeza exquisita de ella. Su cabello vería ondas de ébano sobre sus hombros y sus pálidos brazos. Se sorpren-ió recordando cómo ella de un modo desinteresado había rasgado las nangas de su vestido para vendarle el pecho, después de haberle cerrado

la herida con su propio pelo. Daba por sentado que su apetito era escaso y su cuerpo delgado en exceso. No sabía si siempre había sido así o si el trauma por la muerte de su padre y su consiguiente arresto le había reducido a aquel estado. Cualquiera que fuera la causa, daba la impresión de que se rompería con la fuerza de una ráfaga de viento violenta. Y a pesar de ello, emanaba de ella una increíble energía poderosa mientras permanecía allí de pie frente a él. Era la fortaleza de la convicción y el coraje; se encontró a sí mismo fascinado y excitado por ello.
El deseo palpitaba en sus entrañas, ofuscando su mente e interrumpiendo sus pensamientos. Quería alcanzarla y tocarla, atraerla a sus brazos y estrecharse con ella, sujetar su frágil figura con fuerza mientras besaba con furor la suavidad de su boca, la seda de sus mejillas, el tentador hueco en la base de su cuello. Estaban solos en su habitación. Podría tomarla con facilidad. Era su prisionera, vivía únicamente porque él la había rescatado de las garras de la muerte. Nadie cuestionaría su derecho a acostarse con ella si así lo deseaba. Y sabía que podía hacer que le quisiera, porque había sentido la misma pasión encenderse en ella cuando la había besado antes. Pensó en ella acurrucando a su hijo, sujetándolo con vigorosa ternura mientras le echaba agua sobre su cabeza; recordó cómo la corriente espumosa rodaba por su piel resbaladiza. De repente quería acariciarla allí, en la aterciopelada piel cremosa de sus brazos, recorrerlos

con sus toscas manos a todo lo largo y arrastrar su lengua lánguidamente sobre su piel suave y limpia.
Gwendolyn miró a MacDunn incómoda, nerviosa por la intensidad de su mirada. Había visto esa expresión antes, y el recuerdo aceleró su respiración, encendió su sangre. Era vagamente consciente del hecho de que debería hablar, o moverse, o hacer algo para romper la tensión de aquel silencio, pero su garganta estaba seca, su cuerpo plúmbeo, imposibilitada ante cualquier reacción. MacDunn se movió hacia ella con lenta y segura determinación. Gwendolyn se estremeció, no porque tuviera miedo, sino porque recordaba lo que era ser estrechada contra la musculosa pared de su cuerpo. MacDunn alargó las manos y las posó en la desnuda piel de sus hombros, abrasando con el contacto su carne fría. Gwendolyn lo observaba indefensa, hipnotizada por la dolorosa necesidad ardiendo en sus ojos. Lánguidamente arrastró las palmas de la mano a lo largo de sus brazos, al llegar a las muñecas sus poderosos dedos se entrelazaron alrededor de sus huesos pequeños, encadenándola a él. El pulso ambarino del fuego revoloteaba en torno a él, esculpiendo los trazos firmes de su rostro entre luces y sombras, convirtiendo en oro sus cabellos. En aquel momento aparecía ante ella arrebatadoramente bello, •orno un dios pagano caído del cielo por alguna razón desconocida. Su Berrea garra estaba en el umbral de aprisionarla con furia, como si temie-Ba que de repente intentara huir, pero sus brazos estaban inmóviles y su Búrada fija en él, exenta de la más mínima señal de miedo.
Y entonces, inclinó su cabeza dorada sobre la suavidad de la parte inBerna de su brazo, respiró profundo, y la saboreó con su lengua. B Un sonido bajo y felino se arremolinó en el interior de su garganta Bnientras MacDunn la acariciaba con su ardiente tacto húmedo. Siguió el Bastro de su brazo hacia arriba, apartó su cabello para poder verter una Bluvia de cálidos besos a lo largo de la curva mórbida de su cuello y de su barbilla. Con sus muñecas ahora liberadas, Gwendolyn le rodeó con los Brazos sus fornidos hombros, aferrándose a él para mantenerse, al tiempo Bue él capturaba arrebatadoramente sus labios con los suyos. La saboreó•ton celo apremiante, robándole el aliento al adueñarse de las partes más•recónditas de su boca. Sus manos comenzaron a surcar su espalda, sus•hombros, sus caderas; acariciándola, bebiéndola, atrayéndola aún más en•su abrazo, hasta que estuvo íntimamente ligada en todo lo largo de su
•duro cuerpo, separados tan sólo por la fina barrera de sus trajes. I En algún rincón de su mente, Gwendolyn era en cierta medida cons-Iciente de que aquello era un error, que era una prisionera y él un laird lloco, pero una urgente necesidad le había nublado la razón, de modo que
•nada tenía sentido excepto el sabor dulce a vino de la boca de MacDunn,•el tacto áspero de su mandíbula rozándole las mejillas, y el estremeci-Imiento fugaz de la espalda musculosa de MacDunn bajo sus dedos. Era•la prisionera de MacDunn, sí, pero en aquel momento no mucho más de lio que él lo era de ella, ya que podía notar el deseo desesperado en sus ca-Iricias, además sabía que en cierta manera él no quería desearla. Y eso halda sus besos prohibidos más fogosos y amenazadores, porque cuanto•más la saboreaba, más le deseaba ella, hasta que sus dedos finalmente se ¡entrelazaron en el espesor de su cabello y tiró de él hacia la suavidad de
•su cama. MacDunn gimió de placer mientras ella le devolvía sus apasionados besos; entonces él apartó la boca para poder mordisquear su bar-Ibilla, su cuello, los huesos finos en la base de su garganta. Su cabeza des-I cendió hasta la exuberante curva del escote de su vestido y la acarició con lia lengua, haciendo que su cuerpo crepitara en llamas.
Unos golpes repentinos en la puerta le cortaron la respiración.
—¡MacDunn, debes venir enseguida! —gritó Elspeth con voz estri-I dente.
Alex respiró hondo quedándose tendido sobre Gwendolyn, inten-tando recuperar los sentidos.
—¿Qué ocurre, Elspeth?
—¡Es David, señor! —le informó ansiosa—. El muchacho se ha puesto muy malo. ¡Esa bruja le ha hecho algún conjuro a esa pobre criatura, y no sé qué hacer para salvarle!
El velo lánguido que cubría los azules ojos de Alex desapareció. Sin mediar palabra, rodó por encima de Gwendolyn y se apresuró en una carrera hacia la puerta.

Gwendolyn corrió hacia la habitación de David siguiendo a MacDunny a Elspeth, y se encontró al muchacho retorciéndose violentamente sobre el orinal que Marjorie sujetaba para él. Había vomitado todo sobre la ropa de la cama limpia, la bandeja de la cena estaba volcada en el suelo, sugiriendo que el ataque había sido repentino. Robena estaba ocupada cerrando las contraventanas, y el olor a enfermedad se estaba adueñando con rapidez del aire.

—Tú, bruja perversa... ¿ves lo que le has hecho al niño? —le dijo Elspeth en un susurro siseante—. ¡Te dije que tus métodos le matarían!

Gwendolyn se quedó mirando a David conmocionada por el asombro. Cuando había dejado al niño hacía sólo unos minutos, estaba débil y cansado, pero relativamente bien. Ahora colgaba por un lado de la cama, sollozando de una manera lastimosa mientras luchaba por respirar. ¿Qué podría haber causado un ataque semejante? ¿Era posible que el aire fresco y el baño de agua caliente hubieran sido un gran choque para su delicada constitución y por tanto provocaran esta reacción? La culpa le invadió al pensarlo. Si su inexperiencia había llevado a David a este estado tan horrible, entonces debería confesar su ignorancia ahora y renunciar a todas las responsabilidades de su cuidado. No porque temiera que MacDunn la castigara si moría el niño, que seguramente lo haría, sino porque no podría soportar la idea de ser la responsable del sufrimiento de David.

—Sólo Dios sabrá con que brebaje repugnante ha envenenado su cuerpo —denostó Elspeth a medida que alargaba el brazo debajo de la cama de David y sacaba una pequeña caja de madera. Su superficie estaba muy estropeada y rayada, dando la impresión de haber sido utilizada con regularidad durante muchos años.

—El trabajo del diablo es tan vil como su poder —colocó la caja en la mesa junto a la cabecera de David y la abrió—, pero no tengo miedo de enfrentarme a ti —le aseguró a Gwendolyn, sacando una pequeña cuchilla manchada de oscuro—. No te permitiré que robes el alma inocente de este niño.

Gwendolyn observó impotente cómo Elspeth se inclinó sobre el bra-de David y comenzó a cortar el vendaje limpio con el que Gwendolyn lo había envuelto después del baño. No quería que Elspeth sangrara al iqueño, pero no estaba segura de cómo evitarlo. Estaba claro que todo mundo en la habitación creía que Gwendolyn había causado a propósito el tormento de David. Sin embargo, el niño había padecido estos ata-|ues violentos bastante antes de que ella viniera, se recordó a sí misma in desesperación. La incapacidad crónica de David para retener la co-¡inida era la razón de que se estuviera consumiendo. Era con toda certeza iible que este episodio estuviera directamente relacionado con su en-íermedad y no tuviera nada que ver con sus cuidados. Cualquiera que fuera la causa de estos vómitos repentinos, no se debían con seguridad a sus conjuros perversos y pócimas para corromperlo, tal y como Elspeth parecía creer. Por tanto, Gwendolyn no entendía cómo podría beneficiar al niño el que le sangraran estando tan débil. David le había dicho que odiaba aquel tratamiento y que después siempre se sentía peor. Resuelta a protegerle de innecesarios sufrimientos, dio un paso adelante y declaró en voz baja pero firme.

—No le sangrarás, Elspeth.

Elspeth vaciló sobre el vendaje a medio quitar y la miró perpleja.

—¡Cómo te atreves a darme órdenes! ¿Crees que me quedaré quieta mientras le veo morir?

Haciendo acopio de su ya resquebrajada confianza, Gwendolyn fue hacia la tina, escurrió un paño en el agua tibia y se dirigió con determinación a la cama.

—Gracias por ocuparte de David en mi ausencia, Marjorie —dijo con tono ceremonioso—. Yo cuidaré de él ahora.

Marjorie se aferró al recipiente que estaba sujetando para David y miró vacilante a Elspeth.

—¡No te acercarás a él otra vez, hechicera! —chilló Elspeth—. ¡Ya has hecho bastante daño!

—Quizá sería mejor que te marcharas, Gwendolyn —sugirió Robe-na, lanzándole una mirada fría desde el lugar que ocupaba cerca de las ventanas.

Negándose a ser intimidada, Gwendolyn ignoró a Robena y se tropezó con la mirada hostil de Elspeth.
—MacDunn —dijo con voz notablemente tranquila—, ¿no me trajiste aquí para ver si podía curar a tu hijo?
Un silencio tenso se hizo en la habitación, tan sólo quebrantado por el apagado rumor de los sollozos de David.

—Sí, así es —admitió Alex.
—Entonces di a estas mujeres que se mantengan al margen, para que pueda continuar con mi trabajo.
Hubo un largo y glacial instante en el cual Elspeth, Robena y Marjo-rie le miraron con expectación. Por la expresión de sus rostros, estaba claro que pensaban que él zanjaría el asunto ordenando a Gwendolyn que se marchara, lo cual, Alex debía admitir, fue su inclinación inicial.
Había temido entrar allí y encontrar a su hijo terriblemente enfermo. En aquel primer momento, le había cegado la ira ante la posibilidad de que Gwendolyn fuera la responsable del estado de David. Pero cuando Alex la miró, había visto en sus ojos la consternación mientras observaba el sufrimiento de David. No se parecía en absoluto a la expresión que hubiera esperado de una bruja que estaba intentando con alevosía herir a su hijo. Si Gwendolyn había provocado de algún modo su ataque, lo había hecho involuntariamente, advirtió. Una reflexión más profunda le recordó que ataques como este, tan escalofriantes, habían sido constantes durante los últimos meses. Las horribles marcas, desprovistas de piel, de cortes de cuchilla que cruzaban sus delicados bracitos eran testimonio de ello. Por tanto era posible que los métodos poco convencionales de Gwendolyn no fueran la causa de la situación actual de su hijo.
Pero ¿y si lo fueran?
—Laird MacDunn no se deja engañar con tus mentiras, hechicera
—proclamó Elspeth, interpretando el silencio de Alex como una victoria para ella. Sacó una cubeta pequeña y sucia de su caja y la colocó bajo el brazo de David.
Este emitió un tenue gimoteo de protesta que penetró la indecisión de Alex.
—Su preocupación por el bienestar de mi hijo me complace, Elspeth
—comenzó—, sé que no quiere otra cosa que David se ponga fuerte y bueno...
Elspeth lanzó una mirada de triunfo a Gwendolyn, la hoja empañada suspendida sobre el brazo del pequeño.
—... y es por eso debo pedirle que se mantenga al margen. La expresión de Elspeth se disolvió dando paso a un gesto incrédulo, de asombro.
—¡Sinceramente, Alex, no puedes pretender eso! —protestó Robena—. ¡Basta con mirar al muchacho!
Los vómitos de David habían cesado por el momento y había caído exhausto contra la almohada. El color sonrosado que había advertido antes cuando Gwendolyn estaba bañándole había desaparecido, dejando •las hundidas mejillas del niño incluso más pálidas que la funda de hilo Sobre la que reposaba su cabeza empapada. Su respiración se reducía a•ninúsculos resoplidos profundos, como si le molestara inhalar más aire Bel estrictamente necesario. En aquel instante, era difícil esperar que el•hico sobreviviera a la noche.
«Si muere —pensó Alex—, me muero.»
Alex alzó los ojos hacia Gwendolyn. Su expresión era reservada,•pero advirtió que era porque prefería contener sus emociones delante•del resto de los presentes. Un pequeño grupo de miembros del clan se pabia reunido ante la puerta. Le observaban con silencioso desaliento,
•sin duda pensando que su orden era otro indicio más de que su laird es-Itaba loco.
«Es una bruja condenada y una asesina —se recordó Alex con seve-Iridad—. La vida de mi hijo no significa nada para ella. Si pudiera benefi-•ciarse de algún modo con su muerte, no dudaría en asesinarle.»
Sin embargo se sorprendió recordando la ternura de sus movimien-tos al sujetar a su hijo en los brazos, la dulzura de su voz al hablarle con•alegría, la afectuosa preocupación que parecía impregnar todo sus ser•cuando estaba con el muchacho. Alex clavó los ojos en la hoja oscura

•suspendida sobre el brazo pálido de David, luchando contra su decisión.
Era un guerrero y un laird, no un curandero. No podía fingir saber so-bre lo juicioso del aire fresco y los baños, ni de pócimas repulsivas y so-jfocante aire acérrimo, ni de sangrías eternas. i Todo lo que sabía con certeza era que su hijo estaba muñéndose y•nadie había sido capaz de salvarle.

—Vosotras, quedaos al margen —ordenó al tiempo que rogaba a Dios que no se estuviera equivocando en la elección— y ofreced a
Gwendolyn cualquier ayuda que requiera.

Todo el mundo se le quedó mirando enmudecido, incluso Gwen-dolyn se mostraba sorprendida.

—¡Se lo ruego, laird MacDunn —imploró Elspeth—, no debe permi-tir que esa furcia del diablo se le acerque!

—Le he dado una orden, Elspeth.

Apretó la pequeña cuchilla en su puño y lo miró impotente.

—Realmente, Alex, debes entrar en razón —protestó Robena.

—No estoy acostumbrado a que se rebatan mis órdenes, Robena. Si no quieres ayudar a Gwendolyn, entonces debes marcharte —dijo con voz grave de amenaza.

Robena abrió la boca en ademán de seguir discutiendo, pero entontces pareció pensárselo mejor y la cerró de golpe.

—No me quedaré a tomar parte en esto —dijo Elspeth con voz temblorosa. Arrojó la hoja manchada de sangre y la cubeta en la caja y se apresuró hacia la puerta—. ¡Qué Dios tenga misericordia del alma de este pobre muchacho!
—¿Y tú, Robena? —preguntó Alex—. ¿Has decidido quedarte para ayudar a Gwendolyn, o te marchas?
Robena no vaciló. Humillada por la brusquedad de Alex delante de los otros miembros del clan, sujetó su falda y abandonó la habitación.
—Puedes marcharte tú también, Marjorie —repuso Alex.
—Si puedo, MacDunn —empezó diciendo, sujetando aún el bacín de David—, me gustaría quedarme y ayudar.
Un rumor de sorpresa fue emitido por los miembros del clan aglutinados en el pasillo.
Alex dio su consentimiento.
—Gwendolyn, dile a Marjorie lo que necesitas y ella se ocupará de ello.
Gwendolyn reaccionó rápido.
—Un juego de cama limpio y un pijama —comenzó, ansiosa por tener de nuevo a David limpio y cómodo—. Deberían vaciar esa escupidera y enjuagarla muy bien, y querría un cántaro de agua limpia para beber y una copa. También necesitaré otro trozo de paño de hilo para vendarle el brazo otra vez.
Marjorie se marchó enseguida para ocuparse de todo.
Alex observó cómo Gwendolyn se dirigió hacia su hijo y con ternura empezó a secarle el rostro con el paño caliente.
—Ya está, David —le murmuró con voz tranquilizadora—. Necesito que te incorpores un poco para que pueda quitarte la camisa de dormir
—le explicó mientras echaba hacia atrás la ropa de cama sucia.
David se quejó débilmente. Gwendolyn le ayudó apoyándole en sus brazos, luego lo sujetó con firmeza al tiempo que comenzaba a despojarlo de la prenda. De repente dudó.
—Creo que tu hijo tiene derecho a algo de intimidad, MacDunn
—dijo echando un vistazo a la puerta llena de gente.
Su preocupación por el pudor del niño le sorprendió. A ninguno de los curanderos anteriores le había preocupado exponerlo desnudo ante la gente, quizá creyéndole demasiado enfermo para enterarse o preocuparle. No obstante, David tenía diez años, y aunque podría estar demasiado enfermo para protestar, era lo suficiente mayor para avergonzarse ante una multitud de espectadores boquiabiertos.
—Volved a vuestros asuntos —les ordenó Alex acercándose a la puerta—. Se os informará si hay algún cambio en el estado de mi hijo.

Con manifiesta renuencia, el clan se dispersó. MacDunn lanzó una última mirada a Gwendolyn mientras ésta tiraba de la camisa de David. Los hombros y costillas del niño estaban cubiertos por una tirante piel lechosa. Si esta enfermedad no le mataba pronto, su hijo moriría sencillamente de desnutrición. Incapaz de soportar tal pensamiento, se retiró al pasillo y cerró la puerta.

Marjorie volvió unos minutos más tarde para ayudar a Gwendolyn a terminar de mudar la cama, y luego se llevó las sábanas sucias. Gwendolyn le dio al niño un poco de agua para que se enjuagara la boca y le vendó el brazo. A continuación añadió más leña al fuego y abrió una de las contraventanas, invitando al aire fresco a entrar en la habitación.

—¿Cómo te encuentras, David? —le preguntó en voz baja, acercándose a la cama.

No respondió. Su rostro macilento reposaba presionado contra la almohada, su respiración tenía un sonido pausado y profundo, revelando que se había quedado dormido. Aquello que le hubiera causado el terrible ataque de vómitos parecía haber pasado, al menos por el momento. Gwendolyn le retiró un rizo sedoso de pelo rojizo de la frente. Estaba fría y seca. No era la fiebre, por tanto, la que le había reducido a ese lamentable estado. Pensó que debería intentar darle de beber algo de agua para reponer el líquido que había perdido, pero decidió que podría esperar hasta que se despertara. Dado lo inesperado de este brote, no quería marcharse de su lado, por si acaso se ponía malo otra vez. También temía que Elspeth decidiera que sabía más que su laird cuando se trataba de curas y volviera para sangrar en secreto a David mientras estaba desatendido. Dispuesta a impedir un asalto de ese tipo, arrastró su silla más cerca déla cama, se sentó, y posó su cálida mano con gesto protector sobre los alargados dedos del muchacho, preparándose para vigilar a su paciente durante toda la noche.

La noche se había cerrado como una capa de carbón cuando Alex con paso quedo recorrió el pasillo en dirección al dormitorio de su hijo. Tan sólo había una antorcha iluminando el lúgubre pasillo, y su oleoso parpadeo emitía un pequeño destello de luz anaranjado sobre el suelo de piedra. No se sorprendió de encontrar el pasillo vacío. Había dado una orden a su clan, y aunque pudieran cuestionar el control de sus sentidos, aún le respetaban lo suficiente como para obedecerle.

Si David muriese, sus sentidos le abandonarían por completo y nunca más tendría garantizado ese respeto.

Se detuvo antes de entrar en la habitación, intentando reunir las fuerzas necesarias para enfrentarse a la visión de su hijo moribundo. Le había ocurrido lo mismo con Flora, reflexionó con dolor. Cada vez que iba a visitarla, vacilaba ante la puerta, rogando a Dios que le hubiera dado milagrosamente la fuerza para recuperarse de su enfermedad durante su ausencia. No pensaba que su petición fuera egoísta. Después de todo, Flora representaba todo aquello que era bondad, pureza y perfección. Si por alguna razón se tenía que sacrificar una vida de este castillo, entonces tendría que ser la suya propia. La vida de Alex estaba lejos de haber sido virtuosa, ya que era un hombre y un guerrero, y había concedido poca importancia a la salvación de su alma en los momentos de pasión y en las batallas. Naturalmente su clan le necesitaba, pero sabía que si era él el que moría, se encontraría a otro para actuar como laird mientras su amada esposa educaba a su hijo hasta la edad adecuada. Flora tenía que vivir, porque era la única mujer que había conocido en el mundo, capaz de amar por completo, sin reservas ni interrogantes, y quería que su hijo conociera ese amor. Pero Dios había ignorado sus plegarias. Cada vez que Alex entraba en la habitación de Flora, la encontraba más débil, un poco más alejada de él, al igual que una sombra deslizándose por los últimos haces de luz del día.

Qué irónico era que necesitara este instante para armarse de valor, mientras su hijo soportaba con tanta gallardía el constante tormento de la enfermedad. A veces sentía que debería decirle al chico lo orgulloso que estaba de él. Pero sabía que si le hablaba con esa ternura manifiesta, su corazón se quebraría y sería reducido a un imparable mar de lágrimas,

Era mejor permanecer en silencio y al menos dar la sensación de fortaleza.

Levantó el picaporte y con precaución abrió la puerta. El hedor a enfermedad había desaparecido, sustituido por el fresco aliento del aire bañado por la lluvia que flotaba a través de la ventana abierta. Sólo quedaba una vela ardiendo, y el fuego se había rebajado a un montón de ascuas centelleantes de color rosa y gris, que irradiaban algo de calor pero que contribuían poco al velo oscuro de luz. Alex avanzó titubeante, en la penumbra, temiendo la visión de su hijo. La figura pequeña del muchacho yacía inmóvil bajo las mantas cuidadosamente arregladas, pálido y frío, un diminuto cadáver perfecto preparado para ser enterrado. David no se quejaba ni temblaba, ni siquiera las mantas se movían con el débil ritmo de su respiración.

No podía, porque estaba muerto.

La congoja le vapuleó las entrañas, la misma angustia contra la que abía luchado con furia la noche que murió Flora, cuando sintió resque-ajarse su mente como un trozo de leña seca. Era más de lo que podía portar, admitió, arrastrando sus pies de plomo por el suelo de piedra, :rder a la otra persona que amaba de verdad, este muchacho enfermizo |ue era su último lazo de unión con Flora. Reconocía su debilidad como go patético e impropio de un hombre. La vida era un campo de batalla; labia montones de hombres que habían sufrido pérdidas mucho más horribles que la suya, y a pesar de todo, en cierto modo consiguieron con-linuar con la ardua labor de vivir. Pero aquellos hombres no habían co-ocido lo que era compartir sus vidas con una mujer como Flora, y por nto no podían tener noción de la herida abierta dejada tras su muerte. hora esa herida se había abierto aún más, hasta el límite de no quedar ada por lo que mereciera la pena luchar, ningún motivo para mantener *i* mente fracturada de una pieza.

Gwendolyn se había quedado durmiendo en una silla junto a David, on su fina mano sujetando la del pequeño, ignorando que su paciente se bía escapado de su control terrenal. Alex la contempló con la mirada icrdida, sin sentir la rabia ni el remordimiento que había pensado que perimentaría si su hijo moría bajo su cuidado. Había hecho lo que po-lía. Quizá, con más tiempo, sus métodos poco ortodoxos podrían haber iyudado al niño. Si alguien tenía que ser culpado, Alex descubrió con pureza, tendría que ser él, por esperar tanto tiempo antes de ir en busca : la hechicera y traerla allí.

Un suspiro apagado salió del rostro macilento que reposaba sobre la almohada. Sorprendido, Alex levantó la vista. Su hijo le miraba con ojos tristes y vidriosos, con la huella aún de la enfermedad, pero inconfundi-Ihlemente vivos.

—David —susurró Alex.

David lo miró confundido, como si luchara por recordar dónde esta-, o quizá intentando encontrar sentido al hecho de que su padre estufera junto a su cama en medio de la noche. Finalmente, la fatiga venció a su preocupación. Sus párpados cayeron con un revoloteo y giró la ca-icza, dejando su mano salvaguardada en la de Gwendolyn.

La esperanza le atravesó como una flecha, eliminando lo peor de su igonía. Su hijo estaba vivo. Respiró hondo, restableciéndose del miedo •que casi le había paralizado. Mientras David viviera, él podría seguir adelante. Echó un vistazo a la habitación con inquietud, sintiendo la necesidad de ayudar a acelerar la recuperación de su hijo pero inseguro de lo que debería hacer. El fuego tenía muy poca intensidad, decidió. Colocó con cuidado unos cuantos troncos en la chimenea, luego los atizó hasta

conseguir que las brillantes llamas los envolvieran. Satisfecho de que la estancia se mantendría cálida durante el resto de la noche, se volvió para echar un último vistazo al niño durmiente. Sin embargo, fue Gwendolyn quien atrajo su atención al acercarse.

Se había acurrucado en la silla, con un brazo desnudo todavía extendido para poder sujetar a David y el otro cruzado con fuerza contra su pecho, dando la impresión de que intentaba encontrar algo de calor. Su sedoso pelo color azabache, le descendía por los hombros para caer ondulante sobre su espalda, pero aquello no era protección suficiente contra la brisa húmeda de la noche que se deslizaba por la ventana. Parecía pequeña y vulnerable, allí sentada como un ovillo, su piel casi tan cérea como la de su hijo, su frente pálida marcada por una línea profunda de preocupación. Incluso durmiendo no encontraba alivio, advirtió Alex, sintiendo una espontánea afinidad con ella

Quitó el tartán doblado a los pies de la cama de David y tras abrirlo lo dispuso con delicadeza alrededor de ella, envolviéndola con su suave calidez. Al inclinarse e inhalar la fragancia pura y fresca a verano que perfumaba su cuerpo, el deseo se despertó sorprendiéndole de nuevo. Ansiaba alargar sus brazos y rodearla, tenderla en el suelo y deslizarse junto a ella, atrayéndola, como lo había hecho la primera noche que la vio temblando en el suelo. Su cuerpo se endureció al recordar la aterciopelada *fuerza,* de su cuerpo grácil ejerciendo presión contra él; la dulce calidez de su boca cuando la asaltó con su lengua, el glorioso sonido estremecedor que dejó escapar cuando él presionó sus labios contra su pecho.

Aturdido por el hecho de que pudiera tener esos pensamientos lascivos en la presencia de su hijo moribundo, se volvió con brusquedad y abandonó la habitación, preguntándose si el poder que tenía sobre su mente era más endeble de lo que él percibía.

Capítulo 6

¡Alguien le estaba apretando la mano.

Gwendolyn abrió los ojos. David dormía tranquilamente, su respiración era regular, y sus mejillas y frente aunque pálidas estaban secas. Dijo con rapidez una oración de gracias, porque sabía que su recuperación tenía poco que ver con sus cuidados, si es que tenía algo que ver.

Lo que le preocupaba era la posibilidad de que, por su inexperiencia, ella le hubiera provocado de algún modo ese acceso, como toda la gente del clan parecía creer.

Enderezó su espalda entumecida, luego acarició con ternura la suave piel tirante de sus nudillos. Era posible, supuso, que el baño hubiera agotado su ya débil cuerpo, o quizá la conmoción fuera demasiado fuerte para su sistema endeble. No obstante, había tenido cuidado de que no se enfriara; parecía frágil pero calmado cuando lo arropó en su cama y lo dejó para ir a hablar con MacDunn. ¿Qué había provocado que el cuerpo de David sufriera un espasmo tan violento? Se preguntó. Recordaba que le había dicho que debía intentar comer al menos un poco durante la cena cuando se marchó. Era obvio que el ataque le sobrevino mientras comía, ya que la bandeja estaba tirada en el suelo cuando volvió. ¿Había alguna excrecencia extraña o veneno en su cuerpo que le hacía rechazar la comida? Si era así, ¿qué podía hacer ella para curarlo?

Los primeros parpadeos cenicientos de la luz del día se filtraban por las ventanas, la lluvia golpeaba con fuerza en el exterior, purificando al mundo y aromatizando el aire con la fragancia de la tierra mojada y de la thierba. Preocupada porque la habitación se humedeciera en exceso,

Gwendolyn se levantó, confundida al ver el cálido tartán deslizarse de su cuerpo y caer al suelo. Era el que estaba en la cama de David, pero no recordaba haberse envuelto en él antes de quedarse dormida. Pensando que estaría demasiado cansada para recordarlo, lo recogió en sus brazos y lo extendió sobre David con cuidado de no despertarle. A continuación se dirigió a la chimenea y añadió más leña. Una vez que ardió con fulgor, echó otra mirada rápida a su paciente y, satisfecha de que estuviera durmiendo plácidamente, abandonó la habitación en silencio.

El castillo estaba especialmente tranquilo cuando se apresuró por el pasillo y las escaleras que conducían a su alcoba ubicada en la torre. Se alegró de haberse levantado temprano ya que no deseaba encontrarse con nadie hasta que no tuviera la oportunidad de asearse y cambiarse de vestido. Las enredadas ondas negras que se esparcían sobre sus hombros sugerían que su pelo debía tener un aspecto terrible, y su vestido, sucio y destrozado, estaba ahora también arrugado y mojado por el chapoteo del juego durante el baño de David. Sólo tenía el vestido carmesí para cambiarse, el cual parecía extremadamente elegante para dedicarse al cuidado de David, pero ya que no tenía otra prenda, tendría que valer.

El olor acérrimo a humo la recibió al encontrarse ante la puerta. Gwendolyn abrió la pesada puerta de madera de un empujón, encontrándose la habitación sellada por completo y cargada con una nube grisácea. Exasperada, avanzó hacia las ventanas y las abrió de par en par, entonces examinó con rapidez la habitación en busca del recipiente con las hierbas ardiendo. Sin embargo, el velo de humo provenía de la chimenea. Gwendolyn se acercó sorprendida, preguntándose quién sería lo bastante considerado para entrar en su habitación por la mañana tan temprano y encender un fuego, aunque sofocante. Al acercarse miró con ojos de asombro el material que se consumía amontonado con abandono sobre los troncos. La tela estaba chamuscada hasta el límite de ser irreconocible, excepto por una tira pequeña que de algún modo

había conseguido eludir el calor y las llamas; un fragmento de lana carmesí bordado en oro.

Una furia amarga la sacudió. ¿Cómo se atrevían los MacDunn a entrar en su alcoba y destruir una de sus pocas posesiones preciadas, y aún peor, una que su propio laird le había regalado? La mezquindad de tal acto era abominable. Se volvió como un torbellino hacia la puerta, resuelta a buscar a MacDunn e informarle del despreciable comportamiento de su clan. Pero se quedó paralizada al ver la nota clavada con crueldad en la almohada.

Avanzó con cautela, su enfado mitigado por la precaución. Retiró el pe- Iqueño espetón de madera que sesgaba un trozo de papel arrugado, en el•cual alguien había escrito un mensaje con mano categórica y poco elegante.

Apresúrate y márchate, antes de que sufras la misma suerte que tu vestido.

Gwendolyn luchó por reprimir el pánico que crecía en su pecho. Sa-pía que no se trataba de una fútil amenaza. Llevaba el tiempo suficiente•en aquel lugar para darse cuenta de que la repulsión a las brujas de los MacDunn era incluso mayor que la de los MacSween. Con el bienestar le ambos, del presente y del futuro laird, en peligro, esta gente no ten-dría ningún tipo de escrúpulo en sujetarla con firmeza a un poste y pren-erle fuego, tal y como los MacSween habían hecho con su madre e in-tentado con ella.

Lo que le sorprendía era que la advirtieran.

La nota cayó al suelo, seguida del espetón tallado con esmero que hora le resultaba tan grotescamente apropiado. Debía escapar ahora, esa misma mañana, antes de que esa gente horrible tuviera la oportunidad de•hacerle daño. MacDunn había prometido mantenerla a salvo, pero ni si-quiera él podía controlar el temor desacertado de su clan. No estaba a•salvo en el castillo. Sería demasiado fácil para cualquiera entrar en su•aposento sin ser visto, o capturarla mientras avanzaba por un corredor•oscuro, o verter veneno en su comida mientras la llevaban desde la coci-Jfia. Los métodos con los cuales podría ser asesinada eran infinitos. No se•quedaría para darles a los MacDunn la oportunidad de triunfar en lo que ¡su clan había fracasado.

—¡Ah! ¿Estás haciendo un conjuro? —preguntó una voz tímida. I Gwendolyn respiró hondo, intentando calmar las palpitaciones de su (corazón. Una mujer joven con cabellos del color brillante de la madera ¡oscura se encontraba de pie en la puerta, manteniendo peligrosamente en ¡equilibrio una bandeja ante la enorme extensión de su cuerpo embarazarlo. A pesar de la sorprendente redondez de sus formas, Gwendolyn popa intuir por los brazos esbeltos que sujetaban la bandeja que la chica en ¡su estado normal era menuda, llevándole a la conclusión de que o bien ¡esperaba a más de un niño o que el retoño estaba a punto de llegar en ¡cualquier momento.

—Pensé que quizá estarías hambrienta—le explicó la chica. ¡ —No lo estoy —le aseguró Gwendolyn tensa. ¿Era aquello algún ¡complot para envenenarla? ¿O planeaban los MacDunn drogaría con al-¡|una hierba y luego asesinarla mientras dormía?

—Bueno, la dejaré aquí, entonces —dijo la joven, entrando con un contoneo en la habitación y dejando la bandeja sobre la mesa—. Es aún temprano, pero puede que más tarde sientas las tripas extremadamente vacías —suspiró al tiempo que presionaba la mano contra sus ríñones, dándose un masaje en los doloridos músculos—. ¿Por qué estás quemando tu precioso vestido? —le preguntó mientras miraba la chimenea con curiosidad—. ¿Forma parte de algún ritual?

—¡No finjas no saber nada!

La chica la miró circunspecta. Luego desvió los ojos a la nota que estaba en el suelo de piedra. Con un esfuerzo considerable se agachó y lo recogió.

—¡Ah, ya veo! —murmuró al examinar el mensaje.

—Vosotros, MacDunn habéis dejado claro que no me queréis aquí —repuso Gwendolyn con frialdad—. Es obvio que haréis cualquier cosa para deshaceros de mí.

—Eso es cierto con respecto a la mayoría del clan —asintió la joven, sin parecer demasiado preocupada por la nota—. Los MacDunn tienen miedo de que hagas daño al pequeño David y, como puedes ver, no son del tipo de gente que se quedará quieta y observará cómo lo haces. De todas formas, yo no creo que tengas intención de hacerle sufrir.

—¿Ah, de verdad? —dijo Gwendolyn con escepticismo.

—Al principio, lo creí —confesó—, pero eso fue antes de observar cómo atendías al muchacho anoche. Supe que una mujer no podía cuidar a un niño con tanta ternura y al mismo tiempo tener el propósito de matarle.

—Todo el mundo del clan cree que el ataque de anoche fue por mi culpa.

—Todo el mundo, no —corrigió la joven, acomodando con cuidado su abultada figura en una silla. Su apretado vestido se levantó un poco al hacerlo, revelando unos tobillos y unos pies que tenían aspecto de estar doloridos por la hinchazón. Entrelazó sus dedos abotargados encima de su estómago y miró a Gwendolyn sosegada—. MacDunn, es evidente, que no lo cree, si no, no te habría dejado al lado de su hijo. Y yo tampoco. David se pone así de enfermo todo el tiempo. Lleva haciéndolo durante meses, desde la primera vez que se puso realmente malo.

Gwendolyn vaciló. La chica daba la impresión de ser franca, pero Gwendolyn no sabía si debía creerla. Era posible que hubiera sido enviada por los otros para ganarse su confianza y luego usarlo contra ella.

—Nunca he visto a nadie enfrentarse a Elspeth del modo en que tú lo hiciste —subrayó la joven, dibujándose una sonrisa en su bonita boca—.

Sé que nunca he tenido el coraje para hacerlo, aunque lo he deseado bastante a menudo.

—¿Es cierto? —A pesar de su determinación a continuar siendo prudente, a Gwendolyn estaba empezando a gustarle su visita.

—Así es —respondió—. Elspeth no desea otra cosa que no sea estar al mando, especialmente cuando la gente está enferma e indefensa. Tiene el convencimiento de que la enfermedad es o bien obra del diablo o castigo del Señor. Cualquiera que sea la razón, dice que sólo a través del sufrimiento y la expiación uno puede perfeccionarse. Eso e innumerables sangrías para expulsar el mal y purificar el cuerpo.

—A juzgar por los cortes de los brazos de David, pienso que el muchacho debería estar absolutamente inmaculado a estas alturas.

—Ha habido muchas veces que la sangría ha funcionado —señaló la muchacha—, pero otras, cuando el veneno y la perversidad se han extendido demasiado, ni siquiera una buena sangría puede salvar un alma perdida.

Pensativa acarició su tirante barriga, como si estuviera calmando un dolor extraño. Era evidente que hablaba por propia experiencia. Gwendolyn se encontró preguntándose que mal había obligado a esta joven a soportar los cuidados severos de Elspeth.

—Mi Cameron dice que tienes poder para quitar el dolor —continuó la chica con elocuencia—. Dice que, en vuestro viaje al castillo, invocaste a unos espíritus y les pediste que mitigaran el dolor de la brecha de su enorme cabeza hueca. ¿Fue así?

Gwendolyn la miró sorprendida.

—¿Eres la mujer de Cameron?

—Eso es —contestó, divertida ante la sorpresa de Gwendolyn—. Soy Clarinda. La mayoría de la gente piensa que un gran bruto como él debería haberse casado con un gigante —se rió entre dientes al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro—. Puede que sea pequeña, pero tengo ambas cosas, temperamento y voluntad para rivalizar con ingenio con cualquier hombre, grande o flacucho. Además, Cameron puede ser un león como guerrero pero, cuando se trata de su esposa, es tan suave como un cordero.

Gwendolyn rememoró a Cameron abriéndose paso entre los guerreros de Robert cuando luchaba para rescatarla de los MacSween. En aquel momento ella le había comparado con un oso feroz. Pero Clarinda tenía razón, con esa melena rojiza, realmente se asemejaba más a un león.

—¿Así que es verdad? —insistió Clarinda, claramente intrigada—. ¡Puedes hacer desaparecer el dolor?

Gwendolyn dudó. Se le pasó por la cabeza que Clarinda estaba con toda probabilidad preocupada con el nacimiento del niño. Gwendolyn no quería hacerle creer que podía protegerla del dolor inherente al parto.

—A veces —contestó con cuidado—, depende de lo fuerte que sea el dolor; y mis conjuros no funcionan siempre.

Clarinda reflexionó sobre esto mientras acariciaba ausente su enorme barriga.

—Es un poder maravilloso, la habilidad de mitigar el sufrimiento —subrayó—, especialmente si consideramos que la mayoría de los curanderos sólo son capaces de infligir más. Supongo que todo está en manos de Dios, en realidad. Cuando Él decide que ha llegado tu hora, te lleva y eso es todo —su tono de voz era realista, pero Gwendolyn detectó un matiz triste en ella.

—A menudo esa es la verdad —admitió, comprendiendo el temor de la joven—. Pero a veces, si luchas con todas tus fuerzas, Él puede cambiar de idea y permitirte permanecer un poco más.

Clarinda se quedó en silencio con la mirada perdida. Y de repente, pestañeó y se agitó a sí misma, desterrando cualesquiera que fueran los pensamientos que la habían puesto melancólica.

—¿Tienes ya hambre?

Gwendolyn echó una ojeada desconfiada a la bandeja. La imagen del fiambre en filetes, del pan negro, del queso y las rodajas de manzana dispuestas con gracia en forma de flor, le recordaron de súbito el vacío que sentía en el estómago.

—Lachlan no ha tenido oportunidad de echar ninguna de sus pócimas en ella —le aseguró Clarinda con tono de burla—. Mira —dijo al tiempo que se servía una ración grande de queso—, yo misma tomaré un poco.

—¡Espera!

Clarinda la miró sorprendida.

—Alguien ha podido envenenar la comida sin que te des cuenta —le explicó Gwendolyn agitada—. No debes comerlo. Clarinda sonrió.

—No creo que a una bruja con intenciones de destruir un clan le importara que alguien cayera muerto mientras prueba la comida destinada a ella —observó Clarinda—. Pero esta bandeja la he preparado yo misma, Gwendolyn y sé que está perfectamente —diciendo se metió un trozo de queso en su boca.

Gwendolyn la estudió preocupada por un momento, preguntándose que debería hacer si Clarinda caía de repente enferma. Pero Clarinda se

limitó a tragarlo, sirviéndose acto seguido otra porción de queso y un filete grueso de carne, dándole a entender que el embarazo le daba un apetito enorme *y* que la comida no estaba envenenada.

—Tengo bastante hambre —confesó Gwendolyn. Se sentó en el borde de la cama y comenzó a mordisquear una rodaja de manzana—. Siento si te he parecido grosera cuando entraste. Lo cierto es que me conmo-cionó bastante encontrar el vestido en la chimenea. ¿Tienes idea de quién podría haber dejado esa nota para mí?

—Podría haber sido cualquiera —contestó Clarinda, encogiéndose de hombros—. Los MacDunn tienen una larga tradición de temor a las brajas, hadas, elfos y otros espíritus malignos. Y como es natural, desde que la esposa de MacDunn murió, hemos tenido que ser especialmente cuidadosos en mantener alejado el mal.

Oír nombrar a la mujer de MacDunn hizo vacilar a Gwendolyn. Quizá su salud delicada podía ofrecer alguna pista reveladora respecto a lo que afectaba a David.

—¿De qué murió la mujer de MacDunn?

—Unos dicen que murió porque tenía una constitución débil —replicó Clarinda—. Pero aparentaba ser bastante fuerte cuando MacDunn la trajo por primera vez siendo ya su esposa. Fue después del nacimiento de David cuando Flora comenzó a decaer. Se quedó embarazada dos veces más, y en ambas ocasiones los pobres retoños murieron, nacieron demasiado pronto para vivir siquiera un instante —posó sus manos con gesto

protector sobre su hinchado estómago—. Después del segundo, se quejó de un dolor terrible, y se encontraba demasiado enferma para levantarse de la cama. MacDunn vencido por la preocupación, mandó a buscar a los mejores curanderos del país, quienes vinieron de lugares tan lejanos como Scone. Eran unos brutos pretenciosos, le aseguraron a MacDunn que no había enfermedad que no hubieran tratado. La sometieron a sangrías, purgas, usaron sanguijuelas y la obligaron a beber toda clase de pócimas repulsivas. Pero Flora no hacía más que empeorar y cada vez estaba más débil.

Gwendolyn sintió una apremiante compasión por la mujer. No dudaba de que sufrió miserablemente.

—Por supuesto que Elspeth también la asistió durante la enfermedad —continuó Clarinda—. Tenía el convencimiento que eran los malos espíritus los que le estaban robando la salud, y decía que todos nosotros teníamos que ayudarla a echarles. La pobre Flora continuó sufriendo cerca de un año. Y finalmente murió. Otros dicen que fue su propia tristeza la que la destruyó, a causa de la pérdida de sus dos retoños. —Al decir

esto describió un círculo con la palma de la mano sobre su tripa—. Supongo que es posible —admitió—. Pero Flora adoraba a MacDunn y al hijo que tenía ya. No puedo imaginar cómo una mujer con un niño pequeño se dejaría llevar hasta la muerte si tuviera alguna elección al respecto. Además, a Flora le preocupaba muchísimo lo que le pudiera pasar a MacDunn si ella moría.

—¿Qué quieres decir?

—Hay hombres que toleran bastante bien a sus mujeres —explicó Clarinda—, pero no se atormentarían demasiado si perdieran una y tuvieran que buscar otra. La vida para una mujer puede ser corta, especialmente porque el deber del alumbramiento nos ha sido encomendado. Creo que muchos hombres se dan cuenta de ello y preservan sus sentimientos conforme a esa realidad.

Gwendolyn pensó en aquello. Un gran número de mujeres del clan había muerto o bien durante o bien poco después del alumbramiento. No era extraño encontrar a sus afligidos maridos casados de nuevo unos meses más tarde; sobre todo si el niño había sobrevivido. No era el amor lo que inspiraba estas uniones repentinas, sino el sencillo lado práctico de la vida. El pequeño necesitaba una madre, el hombre una esposa.

—Los sentimientos de MacDunn hacia Flora eran mucho más profundos —continuó Clarinda—. Cuanto más larga se hacía su recuperación, más absorto estaba con ella, hasta que apenas pudo atender a sus responsabilidades como laird. Cuando finalmente murió Flora, MacDunn quedó destrozado. Y entonces —terminó bajando la voz—, fue cuando la locura se apoderó de él.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Gwendolyn.

—Estuvo enfurecido durante mucho tiempo. Gritaba contra Dios y contra el diablo al límite de sus pulmones, llamándoles por los nombres más espantosos y profiriendo toda clase de amenazas terribles. Les estaba provocando, ¿entiendes?, porque quería que se lo llevaran a él también.

Así que ese era el dolor que MacDunn llevaba en lo más profundo de su ser. En varias ocasiones Gwendolyn había vislumbrado una angustia viva en sus ojos, pero no comprendía su origen. Y ahora su apreciado hijo, que era su único vínculo viviente con la memoria de su esposa, se estaba muriendo también. La crueldad implícita era prácticamente insondable.

No era de extrañar que se hubiera arriesgado él mismo, a sus guerreros de más confianza y la seguridad de su clan para raptar a Gwendolyn y llevarla allí.

—¿Cuánto duró su cólera?

—Nunca se ha mitigado —le contestó Clarinda—. Tan sólo ha•aprendido a controlarla mejor, para que no pudiéramos percibirla con•claridad. Pero empezó a actuar de modo extraño y descubrimos que•nuestro laird no era el mismo.

Gwendolyn arrugó la frente.

—¿Qué hacía?

—Durante cerca de un año bebía cada noche hasta perder casi la con-ciencia. El hecho en sí no podría considerarse algo fuera de lo normal,•pero ninguno de nosotros había visto beber a MacDunn antes. Era un•hombre orgulloso y verdaderamente consciente de sus responsabilida-Ides. Un borracho no encaja como guerrero, ni como padre ni laird, y I MacDunn lo sabía. Se encerraba en su aposento, o cabalgaba con su caballo, desapareciendo durante días, bebiendo y descuidando sus deberes I para con su clan, por no hablar de su hijo. Más tarde —añadió con voz baja—, la gente le oyó hablar con Flora.

—¿Con su difunta esposa?

Clarinda asintió.

—Tenía largas conversaciones con ella, a todas horas del día o de la noche. Abrigábamos la esperanza de que fuera tan sólo una manera de dar i salida a su angustia y que finalmente pasara. Pero no fue así. Cada vez que I alguien iba a su dormitorio a consultarle sobre cualquier asunto, le ordenaba que se marchara, diciendo que no debía ser molestado cuando estuviera hablando con su esposa —su expresión se tornó más grave—. Supimos entonces que la locura se estaba apoderando de él. Con rapidez la I palabra llegó a otros clanes y comenzaron a llamarle MacDunn el Loco.

—¿Sigue pensando el clan que está loco? Clarinda vaciló.

—Aproximadamente un año después de la muerte de Flora, ocurrió ¡algo que hizo que MacDunn dejara de beber en exceso. Continuó hablando a Flora, pero su actitud hacia casi todo había mejorado tanto, que ¡anadie le importaba. Después de todo, puede que ella esté revoloteando a su alrededor, contestándole. Durante un tiempo dio la impresión de que estaba cuerdo de nuevo, aunque, por supuesto había cambiado. Más tarde, David cayó enfermo. Una vez más MacDunn mandó a buscar a los mejores curanderos que pudo encontrar, y una vez más, no fueron capaces de curar al chiquillo. Finalmente los echó. Todos tememos que si David muere, será más de lo que MacDunn pueda soportar.

—Y ahora, además, MacDunn ha traído a una hechicera para que cure a su hijo —añadió Gwendolyn—. Eso hace que el clan cuestione aún más la estabilidad de su juicio.

—Porque la gente teme aquello que no entiende —formuló una voz animada—. Depende de aquellos que entienden intentar calmar su ansiedad. Pero esa es una lección que todavía no has aprendido, ¿verdad, querida?

Gwendolyn se volvió y encontró a Morag de pie en la puerta. La anciana adivina llevaba un voluminoso vestido color zafiro de terciopelo, sobre el cual su cabello largo caía como una cascada plateada. Uno de sus brazos se apoyaba en el bastón exquisitamente esculpido, mientras el otro cargaba con un montón arrugado de telas color esmeralda, oro y púrpura intenso.

—Parece que te hace falta un vestido —observó Morag, sus ojos verdemar despidiendo destellos al entrar en la habitación—. Estos se encontraban entre mis preferidos cuando tenía tu edad más o menos. Me complacería verlos puestos otra vez.

Gwendolyn arqueó las cejas con recelo.

—¿Cómo has sabido que necesitaba otro vestido?

—Ha sido tan sólo un presentimiento —replicó Morag con alegría mientras depositaba sus regalos en la cama—. ¿Te gustan?

Gwendolyn extendió la mano para posarla indecisa sobre el montón suave de telas.

—Son preciosos —admitió, recorriendo el bordado de uno de ellos con la yema del dedo. Si estos vestidos habían pertenecido de verdad a Morag debían de tener más de cincuenta años. Sin embargo, las telas y las costuras no estaban apenas desgastadas, los colores tenían aún brillo, dando la impresión de que posiblemente no se remontaran a ese tiempo.

—Siempre he cuidado mucho mis vestidos —explicó Morag, como si hubiera leído su pensamiento—. Y, como verás, el estilo clásico persiste de una generación a la siguiente.

—Siempre he dicho lo mismo —subrayó Clarinda, levantándose con dificultad de la silla para unirse a Gwendolyn junto a la cama—, lo cual es de suma importancia cuando procedes de una familia de nueve hermanos —añadió con ironía.

—No puedo aceptarlo —dijo Gwendolyn al tiempo que deslizábala mano con veneración sobre la seda firme del vestido dorado.

—Naturalmente que puedes —repuso Morag agitando su mano venosa en el aire—, mis días para lucir unas prendas tan pequeñas pasaron hace mucho tiempo, puedo asegurártelo. Estos vestidos te han estado esperando.

Gwendolyn se quedó pensativa, tentada. A continuación hizo un gesto negativo.

—Es un regalo demasiado generoso. Y odiaría que les ocurriera cual-i-quier cosa —añadió, echando una mirada a la tela negra, quemada, que se I encontraba en la chimenea.

—Es una pena —subrayó Morag, sin desviar la vista hacia las as-tcuas—. Pensaba que estabas perfectamente adorable con el color carme-I sí. Quizá encuentre algo parecido en alguno de mis arcones. Hasta en-Jtonces, creo que estos te quedarán muy bien.

Gwendolyn dudó. Estaría mal por su parte si los aceptaba, pensó. ¡No le había importado aceptar el vestido de MacDunn, porque él la ha-pía secuestrado y era en parte culpable de que su vestido estuviera ahora ten ese estado tan miserable. Sin embargo, Morag le estaba ofreciendo este regalo como un gesto de amistad. Gwendolyn no estaba acostumbrada a ese tipo de generosidad y no deseaba sentirse en deuda con ella.

—Un regalo verdadero es aquel que es entregado sin esperar nada a ¡cambio —señaló Morag.

Gwendolyn la miró sorprendida, desconcertada por el modo que ¡Morag parecía leerle el pensamiento.

—Hoy te pondrás el esmeralda —decidió Morag—. Es de lana y te ¡protegerá bien cuando salgas fuera.

—Gwendolyn no puede salir fuera hoy —protestó Clarinda—. Está I cayendo una lluvia torrencial, no ha parado desde anoche. Morag miró a Gwendolyn con gesto divertido. —Es pprque la lluvia se complementa con su humor. Si a una hechi-I cera no le gusta el tiempo, entonces tendrá que cambiarlo. Gwendolyn contuvo las ganas de reír. Era patente que la historia de Brodick y Cameron sobre la tormenta, que supuestamente convocó ella I durante el viaje de camino al castillo, había inducido al clan a pensar que leí tiempo estaba sometido a sus poderes.

—Me gusta la lluvia —declaró, como si fuera responsable de la Itnisma.

—A mí, también —dijo Morag con un tono agudo y animado—. Pu-Jrifica el mundo y te permite empezar de nuevo —se volvió para encaminarse hacia la puerta—. Creo que descubrirás, no obstante, que al resto de los MacDunn no les agrada tanto.

Se rió, dejando tras de sí un sonido agudo y melodioso que inundó la I habitación.

—Un mal terrible ha invadido nuestro clan.

Los MacDunn asintieron con solemnidad cuando Lachlan hizo esa apremiante declaración.

—Le advertí a MacDunn que no fuera en su busca —dijo Reginald—. Le dije que una bruja entre nosotros sólo nos traería problemas,

—Yo podría vivir con esos problemas —les aseguró Garrick—. No me importa ver un extraño recipiente volando, si es hasta ahí donde llega el asunto.

—¡Es muy sencillo para ti decirlo —gruñó Munro—, no fue a ti a quien te persiguió por todo el patio antes de que esa cosa se dejara caer en picado y te golpeara en la maldita cabeza! ¡Tengo suerte de estar vivo para contarlo!

—Discúlpame, Munro, pero ser coronado con una vasija parece un método impropio de una bruja con intenciones de matar a un hombre —repuso Owen—. Quizá estaba jugando contigo. La cara de Munro enrojeció de cólera.

—¡Convirtió mis piernas en piedra para que no pudiera escapar corriendo! —dijo con un rugido—. ¡Intentó matarme, no cabe duda!

—¿Por qué iba a querer matarte? —preguntó Reginald.

—Porque sabe que puedo ver más allá de su atractiva apariencia

—explicó Munro.

Los ojos de Owen se abrieron con sorpresa.
—¿Quieres decir que la joven no es como aparenta ser?

—¡Es tan vieja y fea como un dedo arrugado del pie —contestó—, con unos horribles nudos abultados por toda la cara!

—¡Lo sabía! —gritó Lachlan, frotándose sus huesudas manos con regocijo—. ¡Esta noche deberé empezar a trabajar en una nueva pócima, que revelará su verdadera y arrugada apariencia! —frunció sus blancas cejas, confundido—. ¿Has dicho que se parece a un dedo viejo del pie?

—Si quería matarte, ¿por qué estás todavía vivo? —insistió Reginald, escéptico.

—Se necesita más de una bruja flacucha para acabar con este MacDunn —alardeó Munro—. Además, esta *cabeza,* es más dura que una piedra. —Al decir esto se golpeó el cráneo con su puño fornido e hizo una mueca de dolor.

—¡No puedo creerme que MacDunn se haya arriesgado a provocar una guerra con los MacSween por traerla aquí! —se quejó Lachlan—. ¡Es probable que esté de camino un ejército para despedazarnos mientras dormimos! ¿Cómo se supone qué voy a descansar por la noche?

—Esos cobardes MacSween no son rivales para nosotros —se mofó Reginald—. laird MacSween es un loco sin carácter. ¡Deja que vengan
—decjaró al tiempo que echaba mano a su espada— y esto será lo que obtendrán! —tanteó por un momento el cinto vacío, luego frunció el leño y bajó la vista para buscar su arma, como si pensara que podría estar escondida en algún sitio del tartán—. Es muy extraño... estoy seguro que la llevaba conmigo.

—Es de David de quien nos tenemos que preocupar ahora —interluso Elspeth—. El estado en el que estaba anoche demuestra que la bru-I ha venido para destruirlo.

—Un tiempo extraño el que estamos teniendo desde que ha venido -advirtió Owen, con la mirada fija, de repente fascinado, en la superfi- resbaladiza por el agua de las ventanas—. Antes de que llegara, los jías eran magníficos. —Se rascó la cabeza, intentando recordar—. ¿O fie el verano pasado?

—Han ocurrido muchas cosas peculiares desde que la bruja está aquí -añadió Letitia, una joven preciosa de cabello oscuro y rizado—. Anote, mi pequeñín Gareth estuvo llorando toda la noche, y normalmente p más silencioso que un ratón.

—¡Por el amor de Dios, Lettie, fue la semana pasada cuando llori-heó cada noche hasta el amanecer! —objetó Ewan, su marido—. ¡Casi le dejó sordo!

—Le estaba saliendo un diente —le replicó a la defensiva—. Pero eso ¡a ha pasado. No había ninguna razón para que berreara de ese modo noche.

—Excepto mantener a los vecinos despiertos —refunfuñó Quentin, lie vivía en la casa próxima a la de ellos.

—Anoche escuché un alarido siniestro —dijo Garrick, cambiando de tema.

—Eso fue el bebé de Lettie —bromeó Quentin, provocando las risas leí clan.

—No era un chillido de este mundo —continuó Garrick—. Iba en Bisca de mi perro, Laddie, bajo la tormenta, pero el grito me heló la sanie, así que corrí a casa, cerré la puerta con la tranca y le pedí a Dios que lyiera misericordia.

—¿Y que ocurrió después? —preguntó Reginald, que había cesado de buscar la espada.
Garrick se encogió de hombros. —Me bebí una jarra de cerveza y me quedé dormido.
—Exactamente, ¿cuántas jarras de cerveza te bebiste antes de oír ese lito? —preguntó Lachlan incrédulo. —Dos o tres —confesó.

—¿Encontraste al final a tu perro? —preguntó Owen. I Movió la cabeza con un gesto negativo.

—La bruja lo raptó para uno de sus conjuros. Todos suspiraron compadeciéndose.

Un sonoro y largo eructo resonó en todo el vestíbulo, seguido del ruido de una copa al chocar contra la madera.

—La cerveza está pasada —informó Farquhar mientras se secaba la boca con la manga—. Apenas puedo bebería. —Con los ojos borrosos, agarró una jarra y llenó de nuevo la copa hasta que se desbordó.

—Yo también lo he notado —asintió Quentin—. Justo desde que llegó la bruja. Y la carne se ha quemado todas las noches.

—¡De ninguna manera! —rezongó Alice, la cocinera.

—Bueno, no estoy diciendo que sea tu culpa, Alice —le aseguró con rapidez Quentin—. Sólo digo que, desde que llegó la hechicera, las cosas se han chamuscado un poco; lo cual es obra suya por completo —añadió con sumisión—, no tuya.

—¿Si sabía tan horrible, entonces por qué estabas atiborrando tu boca, anoche, como si fuera un saco vacío? —le preguntó malhumorada,

—Creo que podemos estar de acuerdo en que se han dado muchas coincidencias desde la llegada de la bruja —interrumpió Lachlan.

—Incluso MacDunn ha estado actuando de una manera extraña

—comentó Robena.

—La hechicera le ha hecho algún conjuro —declaró Elspeth—. ¡Ese es el motivo por el cual le permitió permanecer con David anoche, cuando debería haber encerrado a esa arpía perversa en una mazmorra!

—MacDunn siempre actúa de un modo extraño —señaló Regi-nald—. Yo diría que más bien es por eso.

—Es cierto —suscribió Lachlan—. Está un poco raro desde que murió Flora.

Owen suspiró.

—Le partió el corazón, eso hizo. Y quebró su juicio en el proceso.

—No le ha vuelto a hablar, ¿verdad? —preguntó Marjorie preocupada.

—No —se oyó una voz grave que arrastraba la respuesta—, no lo he hecho.

Un silencio incómodo se apoderó del clan al entrar Alex en el vestíbulo. Cameron, Brodick y Ned le seguían, sus rostros contraídos en un gesto desaprobatorio.

—Si alguno de vosotros está preocupado por el bienestar del clan

—comenzó diciendo, abarcando con su mirada a la inquieta asamblea—, preferiría que lo discutierais abiertamente conmigo.

—¡En efecto, muchacho, en efecto! —asintió Owen, meneando su

i cabeza de arriba abajo—. ¡Absolutamente, correcto! Estábamos a nto de hacerlo.

—Por eso nos hemos reunido en el vestíbulo —añadió Lachlan, si-blando inocencia—. Para poder hablar contigo.

—Y ahora estás aquí —terminó Reginald—. Muy oportunamente, lo

noyó.

Alex cruzó los brazos.

—¿Y, bien?

—Bueno, muchacho —comenzó Owen vacilante—, estábamos telendo justo ahora una pequeña charla sobre la atractiva bruja que has laido.

—Munro dice que en realidad su aspecto es el de un dedo del pie vie-|y marchito —informó Lachlan.

—¡Por el amor de Dios, Lachlan! —gruñó Reginald—. ¡A MacDunn) le interesa escuchar eso!

—¿Por qué no? —preguntó Lachlan—. ¡Si yo fuera él, me gustaría berlo, antes de que su falso atractivo me volviera condenadamente ico!

—Si su apariencia es así de grotesca —dijo Alex, haciendo acopio de ciencia—, entonces le agradezco que me la oculte. ¿Hay algo más?

—Va a matar a tu hijo, MacDunn —le advirtió Elspeth—. Es por eso brío que está aquí. Alex hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Estás equivocada, Elspeth. Gwendolyn MacSween está aquí por-: después de salvarla de la hoguera le pedí que viniera y ella generosa-icnte aceptó.

; Aquello era desfigurar la verdad considerablemente, pero Alex no eía que el que supieran que Gwendolyn había sido arrastrada contra su Juntad hasta allí, aplacara la ansiedad de nadie del clan.

—Está aquí para ayudar a David —le aseguró—, no para hacerle ño.

—No puedes creerte eso, Alex —objetó Robena—. Uno no puede irse de una bruja. Estaba condenada a la hoguera por su propio clan. j|ebe haber hecho algo horrible para merecer tal castigo. ¡Sin duda habrá atado a otros!

—Fue juzgada por brujería, Robena —le replicó Alex, dando a en-tender con su tono que este había sido su único crimen y no muy grave.

le disgustaba decepcionar a su gente, y se sintió especialmente culpable por mentir a Robena, cuya amistad había sido sólidamente inquebrantable.
Pero su hijo se estaba muriendo, y los poderes de Gwendolyn, cualesquiera que fueran o de dónde vinieran, eran su única esperanza. Tenía que conseguir que su clan aceptara su presencia hasta que David estuviera bien de nuevo.

—No puedo imaginarme a esa adorable muchacha matando a nadie —subrayó Owen—. O en cualquier caso, no a propósito.

—Eso es porque no puedes verla como es en realidad —objetó Lach-lan— ¡Un trago de mi pócima, y no serás capaz de mirar a esa vieja arpía verrugosa sin vomitar tu desayuno!
Owen frunció la frente desconcertado.
—¿Por qué iba a querer yo beber una pócima como esa?
—¡Tú, no! —balbuceó Lachlan con impaciencia—. ¡Ella!

—¿Si no tiene intenciones de hacer daño al muchacho, por qué lo está sometiendo al aire frío y a los baños helados? —puso en duda Els-peth—. ¿Por qué ha quitado todas las hierbas curativas de su dormitorio y le ha obligado a acostarse temblando sobre la cama con apenas un tartán para cubrirle? ¿Y por qué impidió que le sangrara anoche, cuando su cuerpo estaba hirviendo con veneno que era necesario expulsar?

—Porque sus métodos curativos son diferentes a aquellos a los que estamos acostumbrados —contestó Alex—. Me doy cuenta de que todos vosotros le tenéis miedo y no puedo cambiar eso. Pero Gwendolyn MacSween es una curandera experta y compasiva que ha usado sus poderes para salvar a docenas de personas que estaban dadas prácticamente por muertas. Y —terminó con tono solemne—, ha jurado a cambio de su propia alma que curará a mi hijo.

Era completamente mentira, en efecto. No tenía ninguna idea de a cuantas personas había curado en realidad; Gwendolyn como prisionera suya había aceptado contra su voluntad intentar curar a David, nada más. Sin embargo el clan no lo rebatió y lo miraron en silencio, totalmente intrigados. Aprovechando este inesperado cambio de humor, Alex continuó con determinación.

—No ocurrirá en un día y no será el resultado de tan sólo un conjuro, Pero os pido que seáis pacientes y la ayudéis en lo que podáis. Gwendolyn MacSween puede que sea una bruja, pero sus poderes sobrenaturales también la convierten en una curandera excepcional y experimentada. Por encima de todo eso —terminó—, es mi última esperanza de ver a mi hijo fuerte y sano otra vez.

—Ese es un gran peso, MacDunn —formuló una voz tranquila—. Ser la última esperanza de alguien.
Alex se volvió y vio a Gwendolyn detrás de él. Su expresión era reservada, haciendo difícil averiguar su estado de ánimo. Sus ojos grises lo miraban atentos sugiriendo, no obstante, que había escuchado lo suficiente de su cuento para saber que estaba mintiendo con descaro a su propia gente. En ese momento temió que ella desbaratara sus falsas alegaciones y le comprometiera ante su clan. Ella quería marcharse con desesperación, y su gente quería que se marchara. Todo lo que tenía que hacer era decirle a todos que no podía curar a David y su clan la invitaría con alegría a que tomara su camino. Cuestionarían el sano juicio de su laird y le relegarían de sus responsabilidades, convencidos de que actuaban por el bien de ambos, de su hijo y el clan. Gwendolyn se marcharía. Su hijo moriría.
Y la mente de Alex se resquebrajaría por completo.

La miró en silencio sepulcral, esperando que le denigrara ante su gente. Había sido un loco, recapacitó con tristeza. Sólo un loco seguiría teniendo esperanza en que Dios tuviera misericordia y perdonara la vida a su hijo.

Dios le odiaba y estaba resuelto a destruir el último fragmento de su vida.

—Tu hijo se encuentra mejor esta mañana, MacDunn —le informó Gwendolyn—. Ahora mismo está durmiendo, pero cuando se despierte puede que esté preparado para tomar un poco de caldo de carne. Tendremos que esperar y ver.

Alex la miró, inseguro de haber entendido correctamente. ¿Estaba diciendo que se quedaba?

Gwendolyn percibió la confusión de MacDunn, pero no se veía capaz de poder asimilar la suya propia. Aparte de su padre, nadie se había alzado en su defensa antes, ni siquiera para decir algo remotamente amable o generoso de ella. Era cierto que nadie había creído que fuera

capaz de hacer algo puro y bueno, como salvar la vida de un niño indefenso. Desde su infancia había sido culpada de todos los incidentes perversos y miserables que recaían en su clan, hasta que llegó a preguntarse si quizá había algo de verdad en aquellas acusaciones horribles. Aparte del amor y la consideración hacia su padre, no había tenido ninguna oportunidad de explorar o demostrar su capacidad para la compasión. En realidad, los MacSween no le habían inspirado ningún sentimiento de ternura y, aparte de David, tampoco ninguno de los MacDunn.

Hasta ese momento.

—Eso son... buenas noticias. —Alex, de un modo extraño, se sintió vulnerable al mirarla, como si hubiera expuesto algún secreto íntimo que no tenía intención de desvelar ante ella. Desconcertado, apartó los ojos de su intensa mirada e intentó centrarse en otra cosa, como el suave con-

torno de sus mejillas, la caída azabache de su cabello, el corte elegante de su vestido esmeralda. Frunció el ceño.

—Este no es el traje que te regalé.

Un estremecimiento nervioso se adueñó del clan, en silencio, pero perceptible a Gwendolyn, sin embargo. Había bajado con la mismísima intención de hablarle a MacDunn acerca del comportamiento desa-! gradable de su gente. No toleraría el hostigamiento y esperaba sinceramente que MacDunn les disciplinara. Pero al mirar al grupo de caras ansiosas ante ella, se encontró a sí misma de repente reacia a desvelar su acto cobarde. MacDunn se pondría furioso al enterarse de lo que habían hecho. Sin duda, querría castigar a los perpetradores, y si estos no lo confesaban voluntariamente, podría incluso decidir castigar a todo el clan.

—Gwendolyn —insistió Alex, empezando a desconfiar—, ¿qué le ha pasado a tu vestido?

Unos cuantos miembros del clan empezaron a toser y otros sintieron un repentino interés por sus pies. Percatándose de su inquietud, Alex barrió con la mirada a su gente.

—¿Y bien?

—MacDunn —habló Garrick inquieto—, me temo que tenemos algo que confesarte...

—Lo he quemado —se adelantó Gwendolyn. Alex la miró perplejo.

—¿Que hiciste, qué?

—Accidentalmente, por supuesto —aclaró con rapidez—. Estaba demasiado cerca de la chimenea y no me di cuenta cuando saltó una chispa ardiendo y le prendió fuego. Para cuando reparé en lo que había sucedido, el vestido estaba destrozado por completo. Morag ha sido muy amable al regalarme unos cuantos vestidos que ya no utiliza, y de ahí es de donde he conseguido este. —Frotó con energía la tela, sacudiendo unas partículas imaginarias de pelusa—. ¿Te gusta?

Alex la miró con escepticismo, luego estudió al clan. Sus expresiones de aprensión revelaban que no estaba escuchando un relato fiel del destino del vestido de Gwendolyn.

—¿Os gustaría a alguno de vosotros contarme lo que ha sucedido en realidad?

—Lo he quemado —insistió Gwendolyn, deseando que diera por zanjado el asunto—. No hay nada más que contar.

—Entiendo —dijo Alex—. Esperemos que no le ocurran más accidentes a tus vestidos ni a ti, o me disgustaré bastante más —y al decir esto echó una mirada severa a los presentes.

—Estás adorable con esa prenda —comentó Owen, rompiendo la tensión—. Siempre me he sentido especialmente atraído por el verde.

—O al menos *pareces* adorable —rectificó Eachlan, entrecerrando los ojos como si intentara verla mejor. Gwendolyn no supo cómo interpretar ese comentario.

—Estaba pensando en ir al bosque esta mañana en busca de hierbas y raíces para hacer medicinas para David —dijo volviéndose a Alex—. Como me pediste que no saliera del castillo sin compañía, presumo que querrás que alguien me escolte.

Alex echó un rápido vistazo al clan. Dada la profunda animadversión hacia Gwendolyn, no estaba seguro de querer que cualquiera de ellos saliera a solas con ella.

—Cameron te acompañará—anunció Clarinda—, ¿verdad, querido?

—Sí—contestó Cameron al tiempo que avanzaba pesadamente hacia Gwendolyn. Sin mediar palabra, Ned se colocó al otro lado.

—No puedes estar pensando en salir ahora, joven —protestó Owen.

—¿Por qué no? —preguntó Gwendolyn.

—Porque está lloviendo a cántaros —le contestó Reginald—, torren-cialmente.

—Pero como es natural, lo sabes —añadió Lachlan con un matiz acusador.

—Está a punto de parar —dijo Gwendolyn, haciendo un gesto hacia las ventanas—. Mirad, está saliendo el sol.

El clan observó estupefacto cómo los pequeños riachuelos que corrían por las ventanas se paraban de repente y aparecían los haces resplandecientes de los rayos de sol.

—¡Dios santo! —murmuró Owen, sacudido por la impresión—. ¡Habéis visto lo que ha hecho la muchacha?

—¡Yo lo definiría como algo espléndido! —subrayó Reginald con entusiasmo—. ¿Podrías hacer que el invierno fuera un poco más suave este año? Noto que el frío hace que mis articulaciones se resientan.

—¿Cómo podemos saber que el tiempo ha cambiado de verdad? -señaló Lachlan enigmático—. Puede que nos haya hechizado a todos, para hacernos creer que ya no llueve.

—Este sol calienta, Lachlan —dijo Owen girando su arrugada mejilla hacia la luz—. ¡Si es tan sólo mi imaginación, entonces es un magnífico truco!

—No es un truco —les aseguró Gwendolyn dirigiéndose hacia el pasillo con Cameron y Ned.

Cameron abrió la pesada puerta principal de golpe y dio un paso al exterior con prudencia, dando la impresión de que no se fiaba mucho del repentino esplendor del día. Gwendolyn parpadeó al internarse en el dorado destello del sol. Se preguntaba por qué nadie más había sido capaz de ver que el tiempo iba a cambiar. Era obvio que la atención de los MacDunn había estado centrada en algo más. Recordó la repentina tormenta que había estallado en el bosque cuando intentaba hacer un conjuro, y se encontró casi sonriendo.

El tiempo estaba cooperando notablemente.

Capitulo 7

—... *Y* con estas palabras gallardas el Increíble Torvald golpeó con fuerza el cuello de Mungo con su espada, cerrando los ojos ante la lluvia caliente de sangre despedida al rodar la cabeza de Mungo desde su cuerpo convulsivo.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó David, encantado—. ¿Se levantó Mungo y continuó luchando sin cabeza?

—Lo intentó —le respondió Gwendolyn—, pero mientras buscaba a tientas su espada, que se le había caído, el Increíble Torvald hundió su acero en lo más profundo de sus entrañas, luego tiró hacia arriba con un movimiento enérgico, abriéndole por la mitad como a un fétido melón podrido.

—¡Oh, querida Gwendolyn —exclamó Clarinda, con aspecto de estar mareada—, es una historia realmente horrible!

—Eso no es nada —se burló David—. Deberías oír la que cuenta sobre el monstruo que vive en el lago y que se traga a las personas enteras y hace que vivan dentro de su estómago oscuro y pegajoso mientras las va digiriendo lentamente. A veces pasan años allí dentro, con su carne descomponiéndose...

—No creo que Clarinda esté en condiciones de escuchar esa, David —le interrumpió Gwendolyn—. Quizá en otra ocasión.

—Es sólo una historia —le aseguró a Clarinda, llegando a la conclusión de que se lo estaba tomando en serio.

—Me temo que mi tolerancia ante esos cuentos tan espantosos no es lo que era —Clarinda suspiró al tiempo que centraba su atención de nuevo en el diminuto faldón que estaba cosiendo—. Quizá una vez que el bebé haya nacido *y* no sienta como si me hubiera tragado algo entero, puedas contármelo otra vez.

—¿Es eso lo que se siente? —preguntó David, de repente fascinado—. ¿Como si tú fueras el monstruo y el bebé una criatura indefensa que te has comido?

Clarinda rió.

—Supongo que esa es una manera de describirlo. Pero la mayoría de las veces siento que es el bebé el que me está comiendo, al tiempo que se va haciendo enorme en el proceso. ¡No sé cómo seré *capaz* de alojarlo un minuto más!

—¿Cuánto tiempo crees que queda, Clarinda? —le preguntó Gwen-dolyn.

—No estoy segura —respondió mientras acariciaba la rígida curva de su estómago—. Unas cuantas semanas más, creo. Pero nunca se sabe,,, algunas veces tienen una prisa enorme por llegar y otras les gusta tanto donde están, que empiezas a pensar que no saldrán nunca.

—¿Te duele? —preguntó David—. ¿El estar tan inflada?

—No. Es una sensación maravillosa. Mira —se levantó de la silla y con andares semejantes a los de un pato se dirigió a él—. Coloca tu mano contra ella y sentirás cómo se mueve el pequeño. —Se sentó junto a él, agarró su minúscula mano y se la puso con firmeza en el abdomen.

David frunció el ceño.

—No siento nada.

—Tienes que ser paciente. Espera.

—Tu estómago está muy duro —dio con la punta del dedo como tanteando—. Creía que sería blando como el de Alice.

—Alice no tiene un bebé dentro —le explicó Clarinda, sonriendo— A ella lo que le pasa es que le gusta comer.

De repente, David abrió la boca horrorizado y apartó la mano con rapidez.

—¡Se ha movido algo ahí dentro!

—Eso ha sido el pequeño —dijo Clarinda, intentando no reír—. No pasa nada. Ven, puede que se mueva otra vez —tomó su mano y la presionó contra ella una segunda vez—. Ahí tienes, ahora... me está dando pataditas. ¿Puedes sentirlo?

David notó el estómago de ella latir, conmocionado.

—¿No te hace daño? —preguntó alarmado.

—No, tan sólo es un poco extraño. Mira, Gwendolyn, ven y siéntelo.

Gwendolyn miró a Clarinda sorprendida. Nunca había tocado la tripa de una mujer embarazada. En realidad, no recordaba haber tocado a ninguna otra mujer. Suponía que había sido abrazada y tomada en los brazos de su madre, pero ésta había sido quemada en la hoguera cuando Gwendolyn tenía sólo cuatro años, y apenas podía recordarla. Desde aquel día su padre cuidó de ella, y cuando sufrió el ostracismo creciente de los MacSween, él se convirtió en su único amigo. No se les permitía a ninguno de los hijos de los MacSween jugar con ella, y por tanto nunca había tenido una amiga con la que reír y compartir sus secretos. Toda su vida se había repetido que no le importaba. Pero a veces, por la noche, cuando se encontraba tumbada en la cama despierta, se sentía sola y despreciada, se preguntaba por qué estaba destinada a pasar toda su vida siendo evitada por los otros. Con seguridad era por ello que la invitación de Clarinda la había confundido tanto. Después de toda una vida de ser temida y rechazada, le resultaba desconcertante que una mujer pudiera invitarle a posar su mano contra su claustro materno y sentir la vida preciada que se agitaba en su interior.

Clarinda reía ahora.

—Corre, Gwendolyn, el bebé está golpeando con toda su fuerza. A pesar de su reticencia, Gwendolyn se encontró rodeando la cama y sentándose junto a Clarinda.

—Aquí—dijo Clarinda tomando la mano de Gwendolyn y sujetándola contra su abultado cuerpo.

David tenía razón, pensó Gwendolyn. El estómago de Clarinda era mucho más duro de lo que esperaba. Tenía el aspecto de una gran cúpula lisa, sin músculo, pero firme y tensa, como si hubiera una presión enorme empujando contra ella.

—¡Dios mío! —dijo con la boca muy abierta, sorprendida por un latido repentino contra la palma de su mano—. ¿Qué ha sido eso?

—Un pie, creo —dijo Clarinda, riendo de nuevo—, o puede que un puño. Es difícil saberlo.

—Es muy fuerte —dijo maravillada Gwendolyn, presionando de nuevo con un tanteo su mano contra Clarinda.

—Así es, este es fuerte como su padre. Sólo espero hacer un buen trabajo trayéndole al mundo.

—Estoy segura de que lo harás estupendamente, Clarinda —le dijo Gwendolyn animándola.

—Sí, estoy segura de que lo haré.

—¿Cómo respira el niño ahí dentro? —preguntó David con el ceño fruncido—. ¿Hay un agujero para que entre el aire?

—Hasta que nazca, respira como un pez en el agua, no necesita aire —le explicó Clarinda.

David bostezó.

—¿Tiene branquias?

—¡Espero que no —exclamó—, o Cameron tendría algo que decir al respecto!

Los tres dejaron escapar unas risitas.

—Creo que ahora deberías descansar, David. —Gwendolyn ajustó las mantas sobre él—. Y voy a hacerte un caldo especial para cenar.

—No estoy cansado —protestó, conteniendo otro bostezo.

—Muy bien —Gwendolyn volvió a recostarse en su silla—, te quedarás quieto tumbado y te contaré otra historia.

—-Yo me marcho —anunció Clarinda, avanzando con un leve contoneo hacia la puerta—, así que puedes recrearlo tan espantosamente como desees.

—Cuéntame el de la serpiente gigante con dos cabezas —le sugirió David, cerrando los ojos por la fatiga—, que se traga a dos doncellas ala vez y se le atrancan en la garganta.

—De acuerdo —aceptó Gwendolyn, segura de que no llegaría siquiera a la mitad del cuento antes de que David se durmiera—. Una vez, en una tierra lejana, vivía una serpiente gigante que tenía no sólo una sino dos cabezas terribles. Era una gran bestia monstruosa, cubierta de gruesas escamas verdes, tan duras como una armadura, con cuatro ojos amarillos como el fuego y dos viscosas lenguas bífidas que podían atrapar a un hombre por la cabeza y las piernas y partirlo en dos...

Su voz se fue haciendo un susurro a medida que recreaba su relato macabro, adormeciendo a David si no con su tono, con sus palabras. Gwendolyn observaba divertida cómo el muchacho luchaba por permanecer despierto, levantando de vez en cuando los párpados para mirarla, como en un intento por demostrar que estaba aún escuchando. Pero justo cuando la serpiente estaba envolviendo con su lengua pegajosa a una de las doncellas que gritaban, el cansancio venció a David. Gwendolyn continuó hablando durante otro minuto, hasta que su respiración regular le aseguró que su sueño era profundo. Con ternura apartó un mechón rebelde de pelo de su pálida mejilla, luego se colocó de nuevo en la silla para contemplarlo unos instantes.

Había transcurrido más de una semana desde que los MacDunn le habían quemado su vestido. Desde aquel día se había entregado al cuidado exclusivo de David. Cuando no estaba cuidándole, se aventuraba en el bosque con Cameron y Ned, rastreando el terreno en busca de hierbas, raíces y trozos de hojas y cortezas que su madre había descrito en sus notas. Una vez que acumulaba una selección, volvía a su habitación y pasaba las horas triturándolas, secándolas, poniéndolas en infusiones y mezclándolas; de este modo las transformaba en polvos y pócimas que había memorizado de los escritos de su madre.

Había administrado varios de estos elixires a David, pero los resultados habían estado lejos de ser alentadores. Aunque mejoraba durante algunas horas e incluso quizá un día, inevitablemente se ponía enfermo de nuevo, su delgado cuerpo era mortificado con espasmos dolorosos y vómitos. Ya había padecido dos veces una erupción cutánea, con un salpullido rojo urticante que le hacía sentirse muy mal. La primera vez que Gwendolyn vio aparecer los pruritos, le entró pánico al pensar que accidentalmente se los había provocado con sus pócimas. Pero Marjorie y Clarinda le aseguraron que ya había sufrido en otra ocasión esa extraña reacción en la piel, y aunque era desagradable, normalmente desaparecía en un día o poco más. Gwendolyn le había bañado en agua fría y aplicado a su piel una pasta seca de avena molida muy fina, lo cual aliviaba sus picores y parecía curar las llagas.

Ella creía que le estaba yendo un poco mejor ahora que respiraba aire puro y fresco y no se le sangraba ni purgaba noche y día. No obstante, continuaba delgado y débil, y cada día su incapacidad para retener la comida provocaba en ella una alarma apremiante. Las notas de su madre hacían hincapié en el hecho de que un cuerpo no podía estar fuerte a menos que consumiera las cantidades suficientes de comida sana; por tanto, Gwendolyn había intentado restablecer la fuerza de David dándole alimentos que contenían la riqueza de la leche, los huevos, el queso, la carne y el pescado. Aunque el pequeño no tuviera apetito, intentaba con valentía complacerla comiendo lo que le traía. A veces la comida era asimilada, pero con más frecuencia David se ponía violentamente enfermo, haciendo que Gwendolyn se preguntara si estaba ayudándole o hiriéndole al hacerle comer.

Si el clan creía que ella era la causa de su sufrimiento, nadie la acusaba abiertamente de ello. En realidad, la mayoría de los MacDunn la evitaban. Era evidente que aún la temían, por la rapidez con que abandonaban una habitación o con que se escabullían del vestíbulo si la veían acercarse, especialmente si era de noche o había tormenta fuera, lo cual les hacía pensar en su estado de ánimo. Sin embargo, en cuanto a la mayoría del clan parecía haber aceptado su presencia como un mal necesario. Sólo Clarinda, Marjorie y Morag no daban

la sensación de estar preocupadas por el hecho de que tuviera la intención de hacer un espantoso conjuro contra ellos. Por supuesto, Morag dándoselas de adivina pensaría probablemente que, si no había tenido ninguna visión de Gwendolyn haciéndole daño, no había ningún peligro en su relación. Marjorie tenía devoción por David y, aunque no estaba segura de Gwendolyn, había dejado claro que quería ayudar a atender al muchacho. Cla-rinda, sin embargo, era un misterio.

Clarinda era la única persona que no sólo mostraba no tenerle miedo sino que parecía disfrutar de su compañía de verdad. Cada tarde, entraba con su contoneo a la habitación de David y se sentaba con ellos, hablando mientras primorosamente cosía algún diminuto faldón o alguna calceta minúscula. Aunque Gwendolyn disfrutaba de su compañía, no era tan loca como para permitirse pensar que Clarinda la consideraba una amiga. La gente no se hacía amiga de las brujas, porque las brujas eran de condición perversa y nunca se podía confiar en ellas. Pero la presencia de Clarinda era agradable y cálida como un rayo de luz en contraste con el lúgubre castillo. Gwendolyn se sorprendió a sí misma esperando con ansias compartir los días con ambos, con David y Clarinda.

MacDunn, sin embargo, era otra cuestión.

Apenas lo había visto desde el día que le sorprendió dirigiéndose al clan en el gran salón. Se sentía aliviada por el hecho de que sus pasos se encontraban rara vez. Su cuerpo se estremecía al recordar haber estado sujeta con firmeza contra él, su boca explorándola mientras ella lo envolvía con sus brazos. No podía explicarse su chocante comportamiento lujurioso cuando se encontró a solas con él, en ambos sitios, en el bosque y en su habitación. Ningún hombre se había atrevido a tocarla, sin duda por temor a que le convirtiera en un sapo o provocara que su miembro viril se encogiera y cayera, como había amenazado con descaro a Brodick.

Su infancia aislada había destruido en efecto cualquier ilusión de poder casarse y formar una familia. Ningún hombre la querría jamás como esposa. Y no podía soportar la idea de sentenciar a un niño inocente a una existencia como la suya, por siempre atormentada como la progeni-tora del mal. La falta de interés de los hombres se ajustaba bien a ella. Era mejor vivir casta y sola, sin tener a nadie de quién preocuparse excepto de ella. Una vez se sintió agonizar por el destino de su padre si algo le ocurría a ella. Ahora no habría nadie que lamentara su desaparición, nadie que derramara siquiera una lágrima en su entierro. Era una revelación desoladora, pero también liberadora en cierto modo.

No era responsable de nadie.

Por el contrario, las responsabilidades de MacDunn para con su clan eran inmensas. Estaba siempre trabajando con su gente, resolviendo disputas, inspeccionando el castillo y los cultivos, supervisando las nue-vas fortificaciones, dirigiendo la producción de armas y previendo las re-servas de comida para almacenar, y por supuesto entrenando a la cabeza a sus hombres. Sus guerreros representaban a diario simulacros de ata-ques en el castillo, analizando todos los posibles puntos débiles de la im-presionante fortaleza y desarrollando una estrategia para reforzarla. En un principio, Gwendolyn había asumido que esos ejercicios eran parte del entrenamiento rutinario del clan. Pero un día escuchó por casualidad a dos hombres quejándose del nuevo régimen arduo de MacDunn y del hecho de que era la presencia de ella la que había influido en ello.

Era un recordatorio categórico de que Robert vendría finalmente por ella.

Al principio, pensó que la impresionante carga de ocuparse de las ne-cesidades de su clan impedía a MacDunn pasar tiempo con su hijo. Veía a David sólo una vez al día, y la visita era breve y peculiarmente formal. MacDunn le preguntaría con tranquilidad a Gwendolyn cómo le iba a su hijo, y luego lo examinaría un minuto, como si no se fiara mucho de su informe. Una vez convencido de que el muchacho no estaba en inmi-tiente peligro, se volvería con frialdad y se marcharía, dando la impresión de que había asuntos de mayor importancia que requerían su atención. Ni siquiera una vez, Gwendolyn había visto a MacDunn intercambiar una palabra amable con David, o posar con ternura la mano sobre su

me-jilla, o inclinarse para besar su frente suave. La conducta áspera de Mac-Dunn con su hijo desconcertaba a Gwendolyn. Recordaba el intenso do-lor que nublaba sus ojos la primera vez que le presentó a su hijo moribundo. En aquel momento creyó que su devoción por David era arrolladora. Pero a medida que pasaban los días y las visitas de MacDunn se hacían cada vez más lacónicas y tirantes, se hizo evidente que apenas conocía al muchacho. Comenzó a preguntarse si la determinación de MacDunn por salvar a su hijo no era motivada por el amor, sino por la necesidad más pragmática de preservar la vida del laird sucesor.

— Buenos días, Gwendolyn — dijo Robena al entrar en la habitación con una bandeja — . Vengo a ver cómo está David.

Al igual que MacDunn, Robena también había convertido en un há-bito visitar a David una vez al día. Daba la impresión de querer al mu-chacho y siempre se preocupaba de sus progresos. Aunque en un principio había dejado claro que no apoyaba los métodos de Gwendolyn, parecía haber aceptado la disposición de MacDunn respecto a que Gwendolyn estaba ahora encargada del cuidado de David, y era siempre amable con ella.

—Está durmiendo —susurró Gwendolyn cuando Robena depositó la bandeja sobre la mesa.

—¿Cómo está?

—Está bien por el momento —respondió con prudencia Gwendolyn—. Voy a dejar que descanse un rato y luego intentaré conseguir que coma algo.

Robena se inclinó sobre la cama y lo examinó.

—Está terriblemente pálido.

—Lleva muchos meses enfermo y no ha estado fuera desde principios de la primavera —señaló Gwendolyn—. No es de extrañar que no tenga color.

—Quizá no —admitió Robena. Ajustó las sábanas de David, tirando de ellas hasta la altura de la nariz del niño, luego avanzó hacia la bandeja—. Clarinda me ha mencionado que no has comido nada desde esta mañana temprano. Te he traído un poco de pan y fruta.

Gwendolyn la miró sorprendida. Robena no tenía costumbre de preocuparse por su bienestar.

—El pan está hecho de esta mañana, así que todavía está blando —continuó mientras llenaba una copa con vino.

—Ha sido muy amable por tu parte. Robena sonrió y le ofreció la copa.

—Toma.

Antes de que Gwendolyn pudiera rodear la copa con sus dedos, esta resbaló y cayó en su regazo, empapándola de vino.

—¡Oh! —exclamó Robena—. Realmente lo siento, Gwendolyn. Gwendolyn se puso en pie y fijó los ojos con tristeza en la mancha roja que se extendía por la tela dorada de su vestido.

—Si te lo quitas rápido y lo enjuagas en agua fría, puede que se vaya la mancha —le aconsejó Robena en tono servicial—. Sería una pena que se estropeara el vestido que Morag ha conservado durante todos estos años. Debe haber sido uno de sus preferidos.

Con toda probabilidad tenía razón, reconoció sintiéndose culpable. Morag había conservado con cuidado este vestido desde su juventud, por tanto era obvio que era preciado para ella. Gwendolyn se horrorizó ante la idea de tener que contarle que lo había estropeado.

—¿Por qué no subes a tu habitación, te cambias, y yo cuido a David mientras te ocupas de tu vestido?

Gwendolyn vaciló, inquieta al pensar en dejar a David con Robena.

—Pero si se despierta...

—Si se despierta y necesita algo, iré a buscarte. Entre tanto, debes quitarte ese vestido húmedo y ver si se puede salvar.

—Muy bien —dijo Gwendolyn con reserva. Se acercó a la cama y retiró las mantas que Robena había colocado sobre la cara de David para que pudiera respirar aire fresco de nuevo. A continuación se dirigió a la puerta—. Gracias, Robena. No tardaré mucho.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo Robena con tono amistoso al tiempo que se acomodaba en la silla—. Estaré aquí cuando vuelvas.

Gwendolyn se apresuró por el pasillo y por las escaleras estrechas que conducían a su dormitorio, ansiosa por quitarse el vestido empapado de vino. Cuando empujó la puerta para abrirla, distinguió una nota que había en el suelo. Acordándose del contenido ominoso de la última misiva, la recogió con cierta turbación.

Querida Gwendolyn:

Debes venir a mis aposentos inmediatamente. He tenido una visión sobre la que te tengo que prevenir.

Morag

Gwendolyn sonrió. La primera vez que vio a Morag pensó que la anciana tan sólo simulaba tener aquellas visiones místicas. Parecía un engaño bastante inofensivo, y dado que Morag había asegurado a MacDunn convenientemente que Gwendolyn era una bruja con grandes poderes, Gwendolyn no vio necesidad de rebatir sus falsas habilidades. Pero se estaba haciendo evidente que Morag creía en realidad que podía ver cosas que otros no podían.

Gwendolyn dejó la nota en la mesa y se desprendió con rapidez del vestido. Lo colocó en la pila de piedra y echó con cuidado agua de la jarra sobre la mancha de vino, observando cómo el agua clara se volvía roja y desaparecía. Cuando eliminó lo peor del rodal, puso el tapón en el aguamanil y sumergió la falda en agua fría. Robena tenía con toda probabilidad razón, pensó, frotando con energía la tela entre sus puños. Si dejaba el vestido en el agua durante un rato, la mancha podría desaparecer. Después de visitar a Morag, iría a buscar agua limpia y lo lavaría otra vez, decidió mientras se ponía el vestido verde.

El aroma a especias de la carne asándose y de las verduras cociéndose impregnaba el aire, recordando a Gwendolyn lo hambrienta que estaba. Ansiosa por volver al lado de David y de la bandeja que le había llevado Robena con tanta consideración, avanzó con rapidez a través de los

corredores tenuemente iluminados. La antorcha en la parte alta de las escaleras que conducían a la planta más baja del castillo, se había extinguido, haciendo desaparecer los angostos escalones en una inmensa caverna oscura. Recogiéndose la falda con las manos, bajó corriendo las escaleras al tiempo que se preguntaba qué disparate iba a contarle Morag.

De repente se precipitó en la penumbra y reprimió un grito de alarma silenciado al chocar su cabeza contra la piedra fría del suelo.

Había luces y sombras.

Unas punzadas acuciantes la despertaron lentamente de un sueño profundo, aunque no relajante. El dolor empezó a extendérsele por todo el cuerpo, con lentitud al principio, a continuación apremiante, rodeándole con sus tentáculos la cabeza, los hombros, descendiendo, hasta que finalmente estaba totalmente envuelta en él como en un capullo. Se movió hacia un lado. Una nueva punzada de dolor la atravesó como un rayo, directo y afilado. No había posibilidad de dormir. Haciendo alarde de lo que *parecía,* un esfuerzo extraordinario, abrió sus ojos, parpadeando con la mirada perdida en la penumbra que la rodeaba.

MacDunn estaba sentado en una silla junto a la cama, con sus largas y musculosas piernas estiradas ante él, sumido en un sueño profundo. Las líneas de su rostro bien marcadas a la luz de las velas, haciéndole aparentar bastantes más años de los que tenía. Su pelo le caía en descuidados mechones dorados sobre la camisa arrugada y manchada de color escarlata. Gwendolyn se quedó mirando las manchas, confundida, preguntándose si su herida se había abierto dejando esas marcas de sangre. Quizá debería haber cosido el corte de nuevo con hilo apropiado al llegar al castillo. Sus ojos se dirigieron hacia las ventanas. ¿Cómo había anochecido tan rápido? Sin duda David se habría despertado y preguntado dónde se encontraba.

Se incorporó y luego cerró los ojos, desorientada por el gran esfuerzo que ello le supuso. Cuando los volvió a abrir, MacDunn estaba mirándola, su expresión severa tan sólo aplacada en cierto modo por lo que podría haber sido un indicio de alivio.
—David —dijo con voz áspera—. ¿Está bien?
—Está bien, Gwendolyn.

Lo miró desconfiada, preguntándose si le estaría mintiendo. El aire feroz de su rostro no ayudó a aliviar su preocupación.
—Debo verle —dijo echando hacia atrás los cobertores—. Ahora. Una sensación de mareo y náuseas obstaculizó sus movimientos, obligándola a detenerse y llevarse los dedos a la sien.

Las poderosas manos de MacDunn se fijaron a sus hombros y con amabilidad la acomodaron de nuevo hacia atrás.
—Está durmiendo. Puedes verle por la mañana.
—Quiero hacerle un caldo especial.

—Puedes hacerlo más tarde. Cuando te sientas mejor. —Acercó una copa de agua a sus labios. Cuando bebió suficiente, MacDunn alargó los brazos hasta una palangana de agua, escurrió un paño y se lo colocó sobre la frente.

—No estoy enferma —le dijo Gwendolyn, extrañada por cómo la estaba tratando, con esa amabilidad tan impropia de él—. Jamás me enfermo.
—No, no lo estás —dijo dándole la razón.

Ella asintió a su vez. Como si un rayo le atravesara, sintió que se le partía el cráneo. Se echó la mano a la cabeza, en un intento por hacer que el dolor desapareciera. Su cabello estaba enredado y pegajoso, y se le había formado una costra de sangre en el cuero cabelludo.
—Te encontré tumbada al final de las escaleras en la planta de abajo
—le explicó Alex al ver su confusión—. Te golpeaste la cabeza mientras caías y dejaste el suelo hecho un desastre.

Aquello explicaba el dolor. Pasó los dedos, indecisa, sobre su cabello, notando la superficie de la parte pegajosa.

—Las heridas en la cabeza suelen sangrar mucho —musitó, recordando la noche que cosió el cuero cabelludo de Cameron.

—Sí. Hace difícil determinar la gravedad de la herida. Especialmente cuando la víctima se niega a despertarse.
—Difícilmente puedes culparme por descansar un poco, MacDunn
—refunfuñó Gwendolyn a la defensiva.

—Quizá no —reconoció Alex—. Pero cuando a una persona que se ha golpeado la cabeza no se la puede animar, uno empieza a ponerse en cierto modo...

Hizo una pausa, buscando la palabra adecuada. ¿Frenético? ¿Aturdido? ¿Aterrado? Él había sentido todo eso, y más aún, aunque había intentado por todos los medios que su clan no lo notara; se reducirían a pensar que la locura se estaba cebando en él de nuevo. Y a pesar de todo, se había negado a que nadie más se sentara con ella, ni siquiera Brodick, Cameron, ni Ned, a cada uno de los cuales les confiaba su vida. La bruja poseía la clave para la recuperación de su hijo, les había dicho. Aquella era la razón por la que quería cuidar de ella personalmente.
Incluso mientras se lo decía, sabía que era mentira.

—Preocupado —terminó diciendo. Parecía una palabra bastante inofensiva.

Cuando se enteró de que había desaparecido, la furia le había embargado. Creía que había escapado, su traición era imperdonable, no sólo porque hubiera roto su promesa, sino porque había abandonado con crueldad a su hijo. Alex había ordenado que se rastreara el castillo y los alrededores y él mismo había participado en la búsqueda, resuelto a encontrarla y arrastrarla de vuelta.

Cuando la descubrió yaciendo inconsciente en aquel oscuro pasaje, con sus mejillas pálidas descansando en un charco de sangre, se quedó tan paralizado por el miedo que a duras penas pudo obligarse a tocarle el cuello en busca del pulso.

—Has estado sumida en un sueño profundo desde ayer a última hora de la tarde. Dentro de poco amanecerá —le explicó él, ladeando la cabeza hacia la ventana.

Un delicado velo de luz ámbar se reflejaba sobre su mejilla con incipiente barba dorada. Gwendolyn lo miraba perpleja. MacDunn era un laird ocupado, que apenas encontraba tiempo para pasar un momento con su propio hijo enfermo. ¿Por qué estaba sentado allí cuidando de ella como cualquier niñera?

—¿Qué estabas haciendo allí abajo, Gwendolyn?

Tenía la mente obnubilada por el dolor; no podía concentrarse.

—Creo que iba a ver a Morag —cerró los ojos, esforzándose por recordar—. Me dejó una nota en mi dormitorio que decía que quería prevenirme de algo.

Alex arqueó una ceja.

—Quizá quería advertirme de esas escaleras —reflexionó Gwendolyn con ironía.

—¿Dónde pusiste esa nota?

Pensó unos instantes, luego levantó los hombros con un débil movimiento.

—Supongo que la dejé sobre la mesa.

Alex se levantó para buscarla. Inspeccionó la mesa, el arcón y buscó con detenimiento en el suelo.

—No está aquí.

—Puede que la llevara conmigo y se me cayera en el pasaje —sugirió Gwendolyn sin mostrar mucho interés.

—¿Estabas sola cuando bajaste las escaleras? Gwendolyn cerró los ojos.

—Supongo que lo debía estar. Recuerdo que estaba muy oscuro; creo que la antorcha de la parte superior de las escaleras se había apagado —tras decir esto bostezó—. Eso debe explicar mi caída.

Alex reflexionó en silencio un momento.

—Descansa ahora —le dijo mientras se levantaba de la silla.

—Tengo que ver a David —protestó Gwendolyn, su voz poco clara a causa del sueño.

—Lo verás más tarde cuando hayas descansado.

Demasiado cansada para discutir, Gwendolyn suspiró y hundió la cara en la almohada. Alex observó cómo el sueño se apoderaba otra vez de ella. Estaba cansada, llena de sangre y dolorida, pero se convenció a sí mismo que podría despertarla si así lo decidía. Le apartó un mechón ensangrentado de pelo negro que le caía por la mejilla amoratada, luego, suavemente, recorrió con el dedo el contorno delicado de su mandíbula. Había visto en las batallas más heridas en la cabeza de las que hubiera deseado y sabía que la suya no era grave. Pero la imagen de ella, allí tumbada, tan pequeña, tan débil e indefensa, le trajo recuerdos de Flora. Esto no era una enfermedad, se recordó con brusquedad.

Esto era una herida, y tenía intención de averiguar quién o qué era el responsable directo de ello.

La antorcha sobre las escaleras que conducían a las entrañas del castillo estaba encendida, y despedía destellos aceitosos de luz sobre los húmedos escalones de piedra. Alex permaneció en la parte de arriba de la escalera, esforzándose por decidir si la iluminación era adecuada. Estaba acostumbrado a la penumbra, puesto que había pasado la mayor parte délos últimos cuatro años tumbado despierto en la oscuridad de la noche, o a veces deambulando por los pasillos vacíos, hablando con Flora. En muchos de los escalones crecía un verdín oscuro, que en cierta manera los convertían en unos obstáculos muy traicioneros. Si la antorcha estaba apagada y alguien que no conocía las escaleras muy bien, las bajaba deprisa, era fácil comprender cómo podría haberse resbalado. Si no fuera por el hecho de que Gwendolyn era temida por el clan, junto a la nota que recordaba de Morag, podría sencillamente haber ordenado que se frotaran bien las escaleras y se colocara otra antorcha enganchada en la pared opuesta. En cambio, descendió con lentitud, luego volvió a subirlas una vez más, examinando con detenimiento cada escalón en busca de algo aparte del residuo de color verdusco y negro que cubría la superficie.

En el quinto escalón empezando por arriba lo encontró.

Un trozo largo de guita, fino y negro, se encontraba escondido en el fango. Alex la recuperó del lodo mugriento y descubrió que estaba atada aun clavo pequeño incrustado en la argamasa, entre las piedras del muro.

La guita estaba hecha de *quizá,* una docena o más de hilos entrelazados entre sí, que la hacían fina pero asombrosamente fuerte. No era lo bastante larga para cubrir el ancho de la

escalera, pero los extremos deshilacliados sugerían que se había desprendido de un trozo más largo. Se agachó para examinar el otro muro. Allí estaba el segundo clavo, con *su* trozo de guita colgando aún de él. Habían sido clavados a la altura del tobillo de una persona, justo en el borde del escalón. La víctima inconsciente no pisaría directamente sobre la cuerda oscura estirada entre ios dos clavos, pero no podría evitar enganchar su pie en ella. Quien hubiera preparado aquello no se molestó en retirar las pruebas después de que Gwendolyn fuera encontrada. O bien habían sido extremadamente descuidados o querían que alguien descubriera que la caída de Gwendolyn no había sido un accidente.

Alex arrancó con furia los clavos de la pared y bajó a toda prisa los escalones, sin prestar atención a la superficie resbaladiza. Con grandes zancadas rápidas atravesó el pasaje que conducía a las habitaciones de Morag y abrió la puerta de golpe.

—Buenas noches, Alex —dijo Morag animada, impávida ante su entrada inesperada—. ¿O debería decir buenos días?

Estaba de pie ante una larga mesa con marcas, llena de tinajas cascadas y jarras de todos los tamaños imaginables, vertiendo un líquido espeso marrón a través de un trozo de tela verde, que estaba estirada sobre una jarra. Mantenía fruncidas las plateadas cejas y su mirada permanecía absorta mientras observaba cómo la pócima filtrada cambiaba de un marrón oscuro a un matiz cremoso. Alex esperó.

—Sí —dijo finalmente, sus ojos verdes aún fijos en su tarea—. Sabía lo de la guita.

—¿Quién lo hizo? —preguntó él.

Morag depositó el frasco con el líquido marrón y suspiró.

—Eso no lo sé. La visión no fue clara, como no lo son la mayoría ahora. No pude ver quién la colocaba ahí.

—¿Fue por eso que le dejaste una nota a Gwendolyn en su dormitorio? ¿Para prevenirla del peligro?

—Sabes que no dejé ninguna nota, Alex. No sé escribir. Él asintió.

—Pensé que quizá hiciste que alguien la escribiera por ti.

—No.

Se pasó las manos entre el pelo, agitado.

—Hay alguien que quiere que se vaya.

—Hay muchos dentro del clan que quieren que se vaya —le corrigió

Morag. Recogió la jarra, sujetó su bastón y avanzó hacia la chimenea—. Con toda seguridad, eso no te sorprende.

—Tenía la esperanza de que aunque la temieran, aprenderían a tolerarla. Por el bien de mi hijo.

—¿Sólo por el bien de David?

—La traje para que curara a mi hijo. Eso es todo.

Morag se inclinó hacia delante y comenzó a verter el líquido cremoso desde la cántara a un caldero que humeaba. Una espuma espesa y musgosa se elevó por encima del recipiente, el aire se hizo picante y seco. Ella agarró una cuchara de madera y movió la mezcla despacio.

—Quizá David sea la razón por la cual la trajiste —admitió Morag—, pero él no es el motivo por el que quieres mantenerla aquí.

—Le he dicho que una vez que cure a mi hijo puede marcharse.

—Porque no tuviste otra opción. Pero incluso mientras lo decías, no estabas seguro de quererlo.

—Quiero saber quién está intentando echar a Gwendolyn, Morag -refunfuñó Alex.

—Entonces debes vigilarla atentamente. Los poderes de la bruja son enormes. Hay muchos que los destruirían y luego están aquellos que les gustaría tenerlos para su propio beneficio.

No necesitaba más advertencias. Se dirigió resuelto con grandes zancadas hacia la puerta, maldiciéndose por haber dejado a Gwendolyn sola en su habitación. Al abrir la puerta de golpe, vaciló.

—¿Si sus poderes son tan enormes, entonces por qué no ha curado a David todavía? Morag sonrió.

—Algunas cosas no pueden realizarse con rapidez. El curar lleva su tiempo.

—La muerte también —replicó Alex, sin saber si hablaba de su hijo o de él mismo.

Abrió la puerta con cuidado, sin hacer ruido, como solía hacer cuando entraba en la habitación de Flora, no deseando molestarla en el caso de que durmiera.
Se había ido.

El pánico se apoderó de él. Se volvió sobre sí y descendió los escalones de la torre de dos en dos, intentando pensar. Debe haberse ido tambaleándose, confundida y desorientada, y haber caído de nuevo. Podría ser eso o bien que quien deseara que se fuera, más intrépido ahora, había decidido secuestrarla en su habitación. Alex se maldijo por su descuido al dejarla sola. Le había prometido mantenerla a salvo, y sin embargo, parecía que no podía protegerla ni siquiera dentro los muros de su propio castillo.

—¡Cameron! ¡Brodick! ¡Ned! —gritó, bajando con un estruendo al vestíbulo.

Ned en silencio se deslizó desde las sombras y apareció en un fino haz de luz de primera hora de la mañana.

—Gwendolyn ha desaparecido de nuevo —dijo Alex; la agresividad de su tono enmascaraba su miedo.
—Está con David. Yo la seguí hasta allí.
Alex asintió de repente, como si hubiera considerado esa posibilidad,

—¿Estás aquí, Alex? —gritó Brodick, corriendo por el pasillo con Ned a su lado—. Hemos estado buscándote por todos lados.
—¿Qué ocurre?

—Una misiva de laird MacSween —dijo Cameron, entregándole un rollo rígido de papel—. Hace un momento llegó el mensajero. Está esperando tu repuesta.

Alex rompió con impaciencia el sello carmesí y desenrolló el documento.

MacDunn:

Tu obsequio ha sido muy generoso, pero no puedo permitir que ella, se quede contigo. Su libertad se ha conseguido a un precio muy alto, por no hablar de cómo has deshonrado a mi clan. Te ruego la envíes de vuelta, o me veré obligado a declararte la guerra.

MacSween

El tono civilizado de su petición dejaba claro que laird MacSween había redactado el documento por sí solo. De haber sido elaborado por Robert, el tono hubiera sido bastante más amenazador. Aunque Alex había esperado que el cofre de oro y la carta de disculpa que había enviado aplacaría la ira de los MacSween, laird MacSween tenía toda la razón en darle este ultimátum. Alex había raptado a uno de los miembros de su clan, obstruido la justicia de los MacSween, y matado a unos cuantos guerreros, todo aquello mientras era su invitado. Laird MacSween podría creer que Alex estaba loco y como consecuencia no del todo responsable de sus actos, pero aquello no significaba quedar impune.

—¿Es en agradecimiento a tu obsequio? —preguntó Brodick con ironía, presintiendo que se avecinaban problemas.
—Piensa que fue muy considerado por mi parte —contestó Alex—, pero la quiere de vuelta de todos modos. El rostro de Cameron se iluminó.
—Entonces, eso significa la guerra, ¿verdad?

—No en tanto podamos retrasarla —comentó Alex—. El clan está lo suficiente fino descontento con la presencia de Gwendolyn sin necesidad de pensar que ella está provocando la guerra. La caída de ayer demuestra que hay quienes estarían demasiado contentos de entregarla ellos mismos de nuevo a los MacSween.
Brodick lo miró incrédulo.

—¿No puedes creer que alguien del clan le haría daño intencionadamente?

—Alguien le dio el motivo para que estuviera en aquellas escaleras y luego se aseguró de que cayera.

—¡Por todos los santos —gruñó Cameron—, cuando atrape a la alimaña cobarde que lo hizo, le haré picadillo!

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Brodick.

—No se la puede dejar sola ni un minuto —instruyó Alex—. Ned, tú liarás el primer turno de vigilancia, luego Cameron y después Brodick. Quienquiera que esté intentando hacerle daño, puede probar a hacerlo otra vez. Quiero asegurarme por todos los medios de que no tenga esa oportunidad.

—No le gustará —dijo Ned—. Odiará sentirse vigilada todo el tiempo.

—Gwendolyn no lo sabrá —repuso Alex—. Seréis lo más discretos posible. De ese modo, la persona que quiere echarla se descubrirá ante nosotros involuntariamente.

—¿Y qué hay de los MacSween? —preguntó Cameron—. ¿Vas a contestarles?

—No en este momento. Brodick, comunícale al mensajero que estoy indispuesto y no puedo dar una respuesta ahora mismo. Recurre a la idea de que me he vuelto temporalmente loco y que no se sabe cuando estaré cuerdo de nuevo. Invítale a que espere y que se una a ti para comer. Luego emborráchale y déjale en el establo para que se sobreponga durmiendo. Retrasaremos su salida todo el tiempo que podamos, más tarde le daremos un mensaje que hará pensar a los MacSween que queremos evitar una guerra por todos los medios y que tenemos la intención absoluta de enviarles de vuelta a Gwendolyn.

—¿Te preocupa que no podamos superar a los MacSween en la batalla? —preguntó Brodick.

—No dudo que el clan luchará para proteger nuestras propiedades, pero no estoy seguro de hasta qué punto desearán sacrificarse por una bruja. Lo mejor será retrasar el ataque todo lo posible.

—Entonces, ese mensajero no irá a ningún sitio hoy —anunció Bro-dick con una sonrisa—. Ni mañana, ni tampoco pasado mañana.

—Bien —dijo Alex—. Cameron, haz un inventario de nuestras armas. Ordena que se hagan suficientes flechas nuevas de reserva, que se afilen todas las espadas, dagas y lanzas; y dile a los hombres que se reúnan enseguida para el entrenamiento de primera hora de la mañana. Me reuniré contigo tan pronto como me sea posible.

Brodick y Cameron partieron para cumplir sus órdenes, entretanto Ned se deslizó de nuevo en un hueco oscuro del pasillo.

Alex inspiró a fondo, preparándose una vez más para enfrentarse al estado en el que podría encontrar a su hijo, luego silenciosamente abrió la puerta de su habitación.

—... así que bajé rebotando las escaleras como la cabeza de Mungo —decía Gwendolyn mientras lavaba la cara de David con un paño húmedo—. ¡He debido ser digna de ver!

—¿Había sangre?

—Litros de sangre. Creí con certeza que iba a ahogarme. Sus ojos azules se abrieron de puro horror.

—En realidad, no fue en absoluto para tanto —corrigió con rapidez, percatándose de que David no disfrutaba tanto con la sangre cuando se trataba de la vida real—. Apenas me hice un rasguño en la cabeza.

David la miró dubitativo.

—¿Entonces, qué es esa horrible plasta en tu pelo? Gwendolyn se llevó con timidez la mano a su pegajoso pelo.

—Verás... había un charco de lodo viscoso en el suelo, y me temo que rodé justo en medio. ¡Cuando tu padre me encontró, no sabía si llevarme a mi dormitorio o arrojarme al pozo!

—Ahora que lo pienso, creo que hubiera sido lo mejor.

Gwendolyn se subió apresurada el tartán que se le había caído por la cintura alrededor de los hombros. Miraba a Alex con expresión de culpabilidad, al igual que un niño que hubiera sido sorprendido desobedeciendo una orden.

—Me sentía mejor —le dijo a la defensiva—, así que decidí hacer una visita a David.

Su desconcierto aumentó el placer de Alex mientras la observaba allí de pie. Se encontraba encaramada en la cama de David, la punta de su pie asomando desnudo por debajo del fino camisón, envuelto de cualquier forma por un tartán rojo y negro que se le seguía deslizando por la sedosa piel de sus hombros. La mancha púrpura de su mejilla

tenía un aspecto más horrible a la luz del día, pero quizá se debiera a la palidez extrema de su piel que resaltaba en contraste con el morado. Depositó el paño que había estado usando para lavar el rostro de David y con ternura le pasó la mano por el cabello para retirar un mechón caprichoso de pelo, como si quisiera ponerle más presentable ante su padre. Alex se sintió conmovido por el gesto, y por el hecho de que en el mismo momento que se sintió con fuerzas para levantarse de la cama, su primer pensamiento fue ocuparse de su hijo. Había ocurrido lo mismo con Flora, reflexionó, al principio de su enfermedad, antes de que su cuerpo cada vez más debilitado la enterrara finalmente en su lecho.

Arrojó el doloroso recuerdo al lugar más recóndito de su mente.

—Vas a enfriarte corriendo por ahí vestida de esa manera —le dijo con brusquedad—. Te irás a tu dormitorio y te meterás en la cama enseguida.

—Pero no estoy enferma —protestó Gwendolyn—, y me siento mucho mejor.

—Has tenido una caída muy seria. Necesitas descansar.

—¿Es eso sangre? —dijo David, mirando con curiosidad la camisa manchada de Alex.

—No, es vino —le aseguró con rapidez Gwendolyn—. He descansado toda la noche —le dijo a Alex, disgustada por el hecho de ser tratada como una enferma—. No quiero reposar más. Además, David me necesita.

—Le serás de poca ayuda si te pones mala con fiebre o de repente te desmayas por ahí. Hoy descansarás y si tienes mejor aspecto mañana, entonces puedes volver a atender a David.

—De verdad, MacDunn, no soy ni por lo más remoto tan frágil como piensas. Todo lo que necesito es un baño caliente —dijo al tiempo que se levantaba de la cama—, y me sentiré perfectamente...

Una punzada de dolor le atravesó la cabeza. Contuvo el gemido y se sentó de nuevo en la cama, sujetándose la cabeza entre las manos.

Con dos zancadas Alex se arrodilló ante ella.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó sujetándole la barbilla en el hueco de su mano—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —consiguió decir Gwendolyn, aunque no estaba muy segura de ello—. Tan sólo me duele un poco la cabeza. —Cerró los ojos, luchando por vencer el dolor.

—¡Ned! —gritó Alex con voz contundente.

En un instante, Ned apareció en el umbral de la puerta.

—Acompaña ahora mismo a Gwendolyn hasta su habitación *y* comprueba que se mete en la cama y permanece allí.

—No necesito ayuda —dijo Gwendolyn con obstinación.

—Puedes permitir a Ned que te ayude, o yo mismo te tomaré en brazos y te llevaré. La elección es tuya.

Gwendolyn le lanzó una mirada contrariada. Dándose cuenta de que no tenía otra salida, se volvió a David y le dedicó una débil sonrisa.

—Vendré a verte esta tarde, David. Hasta entonces, le pediré a Cla-rinda que venga a sentarse contigo.

David la miró con miedo en sus ojos.

—¿Te pondrás bien?

—Por supuesto que me pondré bien —le aseguró Gwendolyn, acariciándole la mejilla—. Sólo estoy un poco cansada.

—Cuando vuelvas, te contaré la historia del gigante que trituraba los ojos de los guerreros para hacer una masa para sus tortitas de maíz —le propuso David—. Esa siempre me hace sentirme mejor.

—¿Qué clase de historias horribles le has estado contando al muchacho? —preguntó Alex.

Gwendolyn se levantó con prudencia de la cama y aceptó el brazo de Ned.

—Unos cuantos cuentos tontos —le replicó Gwendolyn con tono inocente—. Como estoy segura que sabrás, a David le gustan las historias con un poco de sangre y cuchilladas.

Alex frunció el ceño. No tenía idea de las historias que prefería su hijo.

—Quizá podrías sentarte un rato con él hasta que venga Clarinda, y David te contará una —le sugirió.

—Te contaré una del Increíble Torvald —se ofreció David ansioso—. El era un poderoso guerrero como tú, que vivía en una tierra muy lejana llamada...

—No tengo tiempo para cuentos —le interrumpió Alex con impaciencia—. De hecho ya se ha perdido la mitad de la mañana. Debo guiar a mis hombres en el entrenamiento.

—Naturalmente —dijo Gwendolyn—. Quizá otra vez será. Cuando puedas dedicar un momento a cosas menos importantes —su voz era fría y con reproche.

Satisfecho de que ambos, Gwendolyn y su hijo, estuvieran a salvo por ahora, Alex abandonó la habitación y centró sus pensamientos en la posibilidad inminente de un ataque de los MacSween.

Sin embargo, toda aquella mañana le embargó la extraña sensación de haber contrariado a Gwendolyn, aunque no podía imaginar cómo, ni por qué eso debería importarle.

—¿Quién haría una locura semejante?

El pequeño grupo de gente reunido en la casa de Ewan y Lettie se miraba entre sí inquieto, perturbados por la pregunta de Owen.

—Una cosa es quemar un vestido —observó Reginald—, ya que en realidad nadie sale herido. Pero si alguien intenta hacer daño a la joven intencionadamente, eso es otra cosa.

—No sabemos si no fue un accidente —argumentó Lachlan—. La bruja podría haber entrado en algún tipo de trance perverso, y mientras concentraba todos sus poderes sobrenaturales en asesinarnos brutalmente cuando dormíamos, cayó rodando.

—¿Por qué iba a querer una joven tan dulce matarnos? —preguntó Owen.

—No es dulce —contraatacó Lachlan—, y tampoco hermosa, ni joven. Munro nos ha dicho ya que su aspecto es el de un dedo del pie viejo y arrugado.

Owen se frotó su cabeza cana, reconsiderando aquello.

—¿Cómo es posible que Munro la vea tal y como es, y el resto de nosotros no?

—Yo tengo un don —se jactó Munro.

—Yo diría una maldición —observó Garrick—. ¡Si su aspecto es tan condenadamente espantoso! Los miembros del clan rieron.

—Puede que se cayera porque estaba borracha —sugirió Farquhar. Tomó un largo sorbo de cerveza, luego se secó la boca con la manga y añadió—: Ella bebe, ya lo sabéis.

—Paso más tiempo en su compañía que tú, y nunca la he visto tomar más de una copa de vino —contraatacó Clarinda nerviosa.

—Esas escaleras de la planta más baja son muy resbaladizas —señaló Robena—. Es fácil imaginar cómo alguien puede caer rodando... sobre todo si la antorcha se ha apagado.

—No pudo apagarse así de sencillo —objetó Quentin—-. Comprobé las antorchas justo ayer y me aseguré de que todas tuvieran bastante aceite y mucha mecha para arder. Esa antorcha tenía muchas horas de luz por delante.

—Quizá hubo una ráfaga repentina de viento —sugirió Robena.

—¿Desde dónde? —preguntó Ewan—. No hay ventanas en ese pasaje.

—La bruja pudo levantar aire en forma de viento al caminar —dedujo Lettie—. ¿No habéis notado lo extraño que está el tiempo desde que llegó ?

—Siempre llueve cuando su humor es de perros —rezongó Lachlan.

—¿Y cómo sabes de qué humor está? —preguntó Owen.

—Con la lluvia podría tener algo que ver, pero nunca la he visto apagar una antorcha sólo por pasar junto a ella —dijo Reginald.

—¿Visteis lo preocupado que estaba MacDunn cuando la encontró? —preguntó Marjorie—. Sentado junto a ella como un poseído, sin permitir que nadie más se acercara.

—Quizá esté poseído —dijo Lachlan—. ¡No hay duda de que es parte de su malvado plan!

—Es la locura —suspiró Clarinda, agitando la cabeza—. Pobre hombre. Verla tumbada, indefensa e inmóvil de ese modo debe haberle recordado a Flora.

—La bruja no se parece en nada a Flora —le contradijo Robena con brusquedad.

—Pero ¿se da cuenta de ello, MacDunn? —preguntó Garrick—. ¿O su mente le está volviendo a hacer una faena?

—MacDunn ve la diferencia entre una bruja y su difunta esposa —rebatió Marjorie—. Tan sólo estaba trastornado porque la hechicera es su última esperanza para curar al pobre David.

—Pero si estuviera en su sano juicio se daría cuenta de que está matando a David —dijo Elspeth—. Sumergiendo al pobre muchacho en baños de agua helada, exponiéndole a corrientes y permitiendo que el veneno invada su cuerpo. ¿Visteis el horrible bulto rojo que le salió el otro día en la nariz?

—Ya lo ha tenido antes, Elspeth —le recordó Marjorie—. Cuando estaba bajo tu cuidado.

—Debería haber sido sangrado por ello de inmediato —le espetó Elspeth—. No se le ha hecho una buena sangría desde que llegó... Odio pensar lo corrompida que debe estar su pobre carne.

—En realidad parece encontrarse a veces un poco más fuerte de lo que solía —observó Clarinda—. Creo que Gwendolyn puede estar haciéndole algo de bien.

—Si ella le fortalece, es sólo para poder sacrificarlo al diablo —replicó Elspeth—. Ese es su plan.

—¿Qué hay de ese muchacho que llegó hoy de parte de los Mac-Sween? —dijo Owen—. ¿Conoce alguien el mensaje que traía?

—La última vez que lo vi, estaba sentado en el hall bebiendo con

Brodick —informó Quentin—. No sé lo que ha sido de él después de eso.

—No hay duda de que MacSween lo ha enviado para declararnos la guerra —se quejó Lachlan—. ¡Y mañana por la mañana nos despertaremos para descubrir que hemos sido despedazados mientras dormíamos!

—Disculpa, Lachlan, pero si somos despedazados, ¿cómo nos despertaremos? —le preguntó Owen.

—¡Iré a buscar a ese ruin bribón y le haré tragarse sus entrañas de desayuno! —declaró Reginald con ferocidad—. ¡Veamos qué piensan los MacSween de eso! —Alargó el brazo para coger su espada, frunció el ceño, a continuación miró con detenimiento entre sus larguiruchas pan-torrillas para comprobar que no se le había escurrido por detrás—. Es extraño, estaba seguro de que la llevaba encima.

—Dudo de que Brodick compartiera una jarra de cerveza con alguien que tiene intención de atacarnos —dijo Ewan razonando—. Es probable que MacSween haya enviado al mensajero para agradecerle a MacDunn su regalo. De otro modo, ¿cómo iba Brodick a tratarle como a un invitado?

—Si es un invitado, ¿por qué no nos ha sido presentado al resto de nosotros? —preguntó Garrick.

—Quizá MacDunn lo haya olvidado —sugirió Lettie—. Hoy estaba muy preocupado.

—¡Estaba absorto preparando al clan para la batalla —dijo Lachlan—, porque sabe que estamos a punto de ser asesinados!

—MacDunn siempre da la sensación de estar preocupado —subrayó Clarinda—. Es porque está escuchando a Flora.

—Si los MacSween atacan, tendremos que luchar contra ellos. Es así de sencillo —declaró Reginald.

—Yo digo que les entreguemos a la bruja y asunto zanjado —dijo Lachlan—. No tiene sentido sacrificar nuestras vidas por una hechicera que va a matarnos de todas formas.

—MacDunn nunca nos permitirá hacer una cosa parecida —protestó Marjorie—. Todavía cree que puede curar a su hijo.

—Y es posible que pueda —añadió Clarinda—. Hay momentos que David realmente parece estar recuperándose.

—¡Eso es espléndido! —exclamó Owen con entusiasmo.

—Y está claro que otras veces da la sensación de estar muriéndose.

—dijo Elspeth.

El rostro de Owen se transfiguró.

—Eso es terrible.

—Yo creo que debemos ser pacientes —propuso Reginald—. Si la joven consigue de algún modo curar a David, entonces quizá MacDunn se recupere de la melancolía que le embarga desde que el niño se puso malo por primera vez.

—Lleva cuatro años melancólico —explicó Clarinda—, desde que murió Flora.

:—Ha habido momentos que ha sido feliz —repuso Robena.

—¿Feliz? —repitió Owen, arrugando la frente, considerándolo—. Ha reconstituido su mente hecha añicos relativamente bien, y con toda certeza ha sido un laird que se ha entregado y trabajado duro. No obstante, conozco al muchacho desde que nació, y yo no diría que ha sido feliz.

—Su mente está resquebrajada —añadió Reginald—. Si David muere, se romperá del todo. Lo perderemos para siempre.

—Entonces debemos permitir que Gwendolyn haga lo que pueda para salvar a David —dijo Clarinda con firmeza—, y asegurémonos de que no le ocurren más accidentes, ni a ella, ni a sus vestidos.

—La muchacha tiene razón —puntualizó Owen—. Deberemos aguantar un poco más, por el bien de MacDunn y del pequeño.

—¿Y si David muere a consecuencia de los cuidados de la arpía? —preguntó Elspeth.

—Entonces la enviaremos de vuelta a los MacSween —dijo Lachlan con firmeza—, y les diremos que la quemen.

Capítulo 8

-*Me* duele.

Gwendolyn hizo una pausa en su relato y miró a David preocupada.

—¿Qué quieres decir?

Se incorporó y a continuación se dejó caer pesadamente contra la almohada, agitado.

—Quiero decir que me duele.

—¿Dónde? —le preguntó ella intentando comprenderle. Sus pequeñas cejas se arrugaron con irritación.

—Por todos lados —respondió con sequedad, como si la respuesta fuera obvia—. La espalda, las piernas, los brazos... Me duele todo.

Gwendolyn retiró el tartán y las sábanas que le cubrían y con delicadeza le levantó el brazo.

—¿Te duele esto? —le preguntó, al tiempo que movía de un lado a otro el miembro que se asemejaba a un ramita.

—No.

Le dobló el brazo por el codo y luego se lo volvió a estirar.

—¿Y esto?

—No.

Le dio la vuelta con cuidado para que reposara sobre su estómago, colocó sus manos en la espalda y comenzó a masajear ligeramente la superficie huesuda.

—¿Te duele cuando te froto la espalda?

—No —murmuró, suspirando contra la almohada—. Parece que estoy mejor.

Gwendolyn presionó un poco más fuerte, describiendo lentos y regulares círculos sobre la estrecha vereda de su dorso. Ni un gramo de carne de sobra recubría la tirante caja de sus costillas, y cada uno de sus huesos formaba una rígida ondulación que se resistía al suave movimiento de sus dedos. Poco a poco fue subiendo las manos hacia sus hombros, luego a su cuello, a sus brazos y finalmente las movió hacia sus piernas, friccionando su dolorido cuerpo con delicadeza sólida, devolviéndole el movimiento y la sangre a los músculos entumecidos. David no se quejaba de dolor mientras le tocaba, por el contrario su cuerpo se fue relajando gradualmente, indicándole que encontraba alivio con sus masajes.

No le sorprendía que tuviera el cuerpo dolorido. Después de estar prisionero en esta cama durante tantos meses, era inevitable que sus músculos y extremidades empezaran a debilitarse y a molestarle. Las notas de su madre hacían hincapié en que el cuerpo requería aire puro, luz del sol, y, si un paciente se encontraba lo bastante bien, una dosis razonable de ejercicio. La falta de actividad, su madre advertía, debilitaba tanto como privar de comida al cuerpo.

—Aparte del dolor de tu cuerpo, ¿cómo te encuentras hoy, David? —le preguntó Gwendolyn, trabajando con las manos su delgada panto-rrilla a lo largo.

Se encogió de hombros.

—¿Te molesta el estómago?

—No.

—¿Te duele el pecho?

—No.

—¿Estás cansado?

—Estoy cansado de estar tumbado en la cama —se quejó—. Estoy cansado de no hacer nada.

Aquello le pareció a Gwendolyn una buena señal. Continuó dándole un masaje, pero se quedó pensativa. Finalmente le preguntó:

—¿Te gustaría salir hoy?
Se volvió sobre su espalda y la miró confuso.
—¿Fuera de esta habitación o fuera del castillo?

—Bueno, fuera del castillo, por supuesto. Es un día espléndido y soleado; incluso yo empiezo a estar cansada de estar dentro desde mi caída. Te arroparemos bien con algo bonito y de abrigo, le pediré a Cameron que te lleve al patio. Llevaré incluso una cesta con comida, y podremos sentarnos en la hierba a comer algo. Un poco de aire puro y de sol nos hará un gran bien a los dos.
Un destello de placer iluminó sus ojos, pero aún la miraba dubitativo.
—A mi padre no le gustará —le advirtió.

—*Tu* padre me ha confiado tu cuidado —le replicó Gwendolyn—. Y creo que te beneficiará una pequeña excursión fuera de esta habitación. Si lo vemos, haré que lo entienda.

Gwendolyn empezó a echar un vistazo entre las prendas cuidadosamente dobladas en el arcón que había junto a su cama, buscando algo para vestirle. No estaba muy segura de que MacDunn apoyara su decisión de llevar a David al exterior, pero si el muchacho se encontraba lo suficiente bien, no creía que su padre le negara el placer de estar fuera.

En media hora David estaba vestido, envuelto en un pesado tartán y cómodamente instalado en los poderosos brazos de Cameron. Gwendolyn seguía al fornido guerrero y a su carga escaleras abajo, llevando una gran cesta en la cual había metido leche fresca, varias porciones de queso, algo de fiambre y pescado, y unos cuantos huevos cocidos. Tenía la esperanza de que el aire fresco y un poco de ejercicio estimularía el escaso apetito de David.

—¡Dios de los espacios infinitos! —balbuceó Owen, mirando sorprendido al trío—. Discúlpame, querida, pero ¿qué demonios haces con ese chiquillo enfermo?

—Vamos a salir para respirar un poco de aire puro, Owen —le contestó—. ¿Te gustaría unirte a nosotros?

—No puedes —protestó Reginald, claramente horrorizado—. MacDunn nunca permitiría una cosa así.

—Pero lo ha hecho —sólo estaba desfigurando un poco la verdad. MacDunn le había dado autoridad para cuidar de su hijo del modo que considerara oportuno. Ese día consideraba oportuno sacarlo fuera.

—Esa canasta parece muy pesada —observó Lachlan, ojeándola con desconfianza—. ¿Qué cosas espantosas estás planeando hacerle al pequeño?
—Estaba pensando en alimentarle, Lachlan.

—Creo que sería mejor que esperaras a que MacDunn regresara de inspeccionar la frontera del sur —dijo Owen con tono preocupado al tiempo que se frotaba sus manos nudosas—. Sí, estoy bastante seguro de que sería lo mejor.

—Pero no sabemos cuándo volverá y es ahora que el sol está luciendo con todo su esplendor —señaló Gwendolyn. Abrió empujando la pesada puerta de madera de la entrada, dejando entrar un haz de luz refulgente en el oscuro vestíbulo.

Los tres ancianos dejaron escapar un jadeo de conmoción, echándose las manos a los ojos.

—¡Dios mío, me ha cegado! —rugió Lachlan—. ¡La bruja me ha quemado los ojos!

—¡Y los míos también! —gritó Reginald—. ¡Se están derritiendo en sus cuencas!

—Sólo es la luz del sol —les aseguró Gwendolyn, preguntándose cuándo habría sido la última vez que se aventuraron a salir de la penumbra del castillo—. No puede haceros daño.

Los tres ancianos vacilaron, luego lentamente bajaron las manos y pestañearon.

—Tiene razón —señaló Reginald después de un momento, inmensamente aliviado—. ¡Puedo ver otra vez!

—Pero hay puntos por todos sitios —dijo Owen, mirando alrededor fascinado—. Como grandes bolas de colores —agitó la mano en el aire intentando capturar una.

—La bruja nos ha hechizado —insistió Lachlan, restregándose los ojos con los puños—. ¡Lo sé!

—Te pondrás bien —le prometió Gwendolyn—. Los puntos desaparecerán en un instante —avanzó al exterior, dejando a Cameron y David que le siguieran.

Una capa de humo que producía picor salía despedido de la caseta del horno. Había también un aroma acre y terroso que estaba congestionando el patio; pronto Gwendolyn

descubrió el origen de este al observar al joven Eric emerger de los establos y arrojar una pala llena de estiércol fresco y paja empapada de orina a una enorme montaña marrón que estaba formando. El olor sofocante a ganado y a las letrinas que desembocaban a lo largo de los muros del castillo añadía otro elemento a esta amalgama de esencias, provocando un hedor que era prácticamente abrumador.

—Aquí no es conveniente —le informó a Cameron—. Vayamos a la cima de aquella colina, donde podremos sentarnos y disfrutar de nuestro almuerzo entre la hierba y las flores.

Cameron agitó la cabeza.

—A MacDunn no le gustará que llevemos al muchacho más allá de las murallas del castillo.

—No puedo permanecer aquí —protestó David, arrugando la nariz con repugnancia—. Huele como las entrañas putrefactas de un dragón.

—Tienes toda la razón —asintió Gwendolyn, avanzando hacia la verja—. Tendremos que recordar este desagradable olor para una de nuestras historias, David. Vamos, Cameron. Te prometo que no nos alejaremos.

Los MacDunn que trabajaban en el patio se detuvieron para mirar sorprendidos cómo Cameron de mala gana seguía a Gwendolyn hacia la verja.

—¡Detenedla! ¡Detened a la bruja!

Gwendolyn se volvió para ver a Elspeth corriendo hacia ellos, su cara de cansancio crispada por la furia.

—¡Lleva enseguida al muchacho de vuelta a su dormitorio! —le ordenó—. ¡Está demasiado enfermo para sacarlo fuera!

—Cameron, ¿serías tan amable de llevar a David al otro lado de la puerta y esperarme allí? —le pidió Gwendolyn.

Una vez que se aseguró de que David y Cameron se encontraban bastante alejados, se volvió y se enfrentó a Elspeth con autoridad férrea.

—David está ahora a mi cuidado, Elspeth —le dijo con firmeza—. MacDunn ya te lo ha dicho.

—Lo matarás —protestó Elspeth con voz silbante—. ¿Es eso lo que quieres?

—Por supuesto que no. A pesar de lo que crees, estoy intentando curar al pequeño. Un poco de aire y de sol le harán bien.

—Se enfriará y morirá, igual que su madre.

—David no es su madre. La enfermedad de ella empezó cuando perdió a dos bebés. Cualquiera que fuera la causa de su muerte no es lo que afecta a David.

—Eso no importa. Tiene la misma constitución delicada de su madre.

—¿Cómo lo sabes?

—No hace falta más que mirarle. Naturalmente, eso es algo que tú no podrías comprender. ¡Es la misma imagen de su madre!

—El hecho de que se parezca a su madre no quiere decir que comparta su fragilidad física —señaló Gwendolyn—. David es de la misma carne y sangre de MacDunn, y MacDunn es enérgico y fuerte.

—Puedes haber confundido a MacDunn con tus palabras, bruja, pero no podrás confundirme a mí. ¡Tu maldad se aferra a ti como un terrible feto a las entrañas!

Gwendolyn se sobrecogió pero no lo exteriorizó. Era evidente que Elspeth la odiaba, y Gwendolyn sabía que no podía hacer nada para evitarlo. Todos esos largos años durante los que había sido temida y odiada por los miembros de su propio clan le enseñaron que una animadversión tan arraigada no podía ser superada.

—Piensa lo que quieras, Elspeth. Eso no cambia el hecho de que estoy aquí para intentar curar a David, no para hacerle daño.

Tras decir esto, se volvió y se encaminó hacia la verja, luchando por
que las palabras desabridas de Elspeth no erosionaran aún más su ya vulnerable equilibrio.

—... y aquella nube de allí es un pequeño hombre regordete con una enorme tripa —continuó Gwendolyn, protegiéndose los ojos del sol mientras contemplaba el cielo—. En realidad, se parece en cierto modo a Munro. ¿Lo ves David?

No le respondió. Gwendolyn le echó un vistazo y vio que se había quedado dormido.

—Yo la veo —dijo Cameron—. Pero creo que se parece más a la gran bola redonda de mi mujer.

—Esa es una observación muy galante —subrayó Gwendolyn con ironía—. Me aseguraré de contarle a Clarinda cómo la ves.

—No le importará —dijo Cameron, recostando su enorme cabeza sobre las manos—. Está demasiado feliz de volver a tener finalmente un retoño en sus entrañas como para preocuparse de su figura.

Gwendolyn lo miró confusa. Clarinda nunca le había mencionado que tenía otro niño.

—¿Otra vez? Él asintió.

—Tuvimos un bebé hace más de dos años; una niña diminuta. Murió mientras Clarinda daba a luz... ahogada con el mismo cordón umbilical.

Ese era el motivo por el cual Clarinda parecía tan preocupada cuando acariciaba su tripa, pensó Gwendolyri. «Tan sólo espero poder hacer un buen trabajo al traerle al mundo», le había dicho. Gwendolyn había asumido que Clarinda en el fondo estaba expresando su desaliento como cualquier mujer joven a punto de tener su primer hijo. Sin embargo, Clarinda ya había estado en otra ocasión redonda y pesada, había colocado su mano contra la curva firme de su estómago y reído al notar los movimientos del retoño dentro de ella; y esperado con excitación el día en que podría sujetar en sus brazos a su amado bebé.

En cambio, había dado a luz a un pequeño sin vida.

—¡Qué horrible para ella! —murmuró Gwendolyn.

—Lo fue —asintió Cameron con tristeza—. Rogó ver a la niña. Quizá después de todos esos meses sintiéndola crecer y moverse en su interior, no podía creer que estuviera realmente muerta. Pero Elspeth le dijo que era pecaminoso que una madre quisiera contemplar atónita a su retoño muerto..., una niña que había muerto por los pecados terrenales de su madre —su boca se contrajo con desdén—. Yo me encontraba arriba, en la torre principal con Alex y Brodick a la espera de noticias del alumbramiento. Todo el mundo me aconsejó que era lo mejor. Fue una cobardía por mi parte, supongo, pero no creí que fuera capaz de soportar escuchar a mi dulce Clarinda gritar de agonía. Incluso Clarinda me había pedido que permaneciera bien alejado hasta que todo hubiera acabado. Pero el hecho de no encontrarme con ella significó que no pude decirle a Elspeth que cerrara su mojigata boca y que le diera la niña muerta para que mi mujer la sujetara —se quedó mirando con tristeza al cielo durante un instante, luego sacudió la cabeza—. Quizá eso fue lo mejor. La imagen de la pobre criatura sólo podría haber hecho las cosas más difíciles para Clarinda.

Gwendolyn guardó silencio. De haber sido Clarinda, no podía imaginarse si hubiera tenido el valor o no de mirar a su hija muerta.

—Cuando llegué allí, se habían llevado a la pequeña y Clarinda estaba enloquecida por la congoja. Fue imposible saber qué era lo mejor para ella. Sin embargo, durante los meses que siguieron lloró por el hecho de que no le hubieran permitido ver o sujetar a su pequeña niña. Incluso llegó a darle un nombre: Cathaleen. Decía que necesitaba un nombre bonito para cuando se encontrara con todos los pequeños sin bautizar a los que no se permitía la entrada al cielo, y esperaba que su hija no sintiera que no se la quería porque su madre no le había dado un beso de despedida —hizo una pausa para frotarse los ojos—. Fueron unos tiempos difíciles para nosotros; sin duda alguna. A veces se quedaba en mis brazos y lloraba toda la noche, hasta el límite de llegar a pensar que se me rompería el corazón. E incluso sabiendo que había sido la voluntad de Dios el que nuestra pequeña muriera, no podía evitar sentirme como si le hubiera fallado a Clarinda por no haber estado allí cuando sucedió.

—No fue culpa tuya, Cameron —le aseguró Gwendolyn con tranquilidad—. Clarinda lo sabe.

Cameron examinó el cielo en silencio.

—Esta vez será diferente —anunció con voz ronca—. Dicen que los partos son cosas de mujeres y que es mejor dejar a los hombres fuera. Puede que sea cierto, pero esta vez, pongo a Dios por testigo, que no me moveré de su lado.

En ese momento David abrió de pronto los ojos.

—Gwendolyn —empezó con voz débil y temblorosa—, me siento mal...

Ese fue el único aviso que pudo dar antes de que empezaran los vómit

«No morirás.»

Había repetido sin cesar esta promesa mientras atendía al débil y exhausto niño que yacía ante ella. Comenzó a decirlo al sujetar su cabeza cuando vomitaba en la hierba allá en la colina, y había continuado al seguir ansiosa a Cameron con el pequeño jadeante acunado en sus brazos de vuelta al castillo. Al atravesar el patio, seguida por las miradas condenatorias de los MacDunn, en el gran salón, pasando ante los horrorizados ancianos del consejo y las miradas de satisfacción de Elspeth y Robena. Siguió repitiéndolo al subir las escaleras, a lo largo del pasillo, y en la habitación de David, donde Cameron había tendido al muchacho con delicadeza sobre la cama con la respiración entrecortada; luego miró a Gwen-dolyn impotente, preguntándose qué era lo siguiente que debía hacer.

En aquel momento, el pobre niño empezó de nuevo a vomitar violentamente.

Una vez que el interior de David estuvo finalmente vacío, Gwen-dolyn lo limpió con una esponja, teniendo especial cuidado al pasar rozando sobre las marcas de un rojo intenso de su cara. Con la ayuda de Clarinda le puso una camisa de dormir limpia, luego cubrió su trémula figura con varios tartanes gruesos. Encendió el fuego y a continuación consiguió que David bebiera un poco de agua, dada su inmensa preocupación por la cantidad de líquido que había perdido su cuerpo. Durante todo ese tiempo, Elspeth había permanecido en el corredor, profiriendo de un lado para otro la necesidad apremiante de sangrar al niño antes de que el mal enconado en el interior de su corrompido cuerpo le matara.

En un momento de desesperación, Gwendolyn estuvo casi a punto de permitirle que lo hiciera, dada la impaciencia que la embargaba por verle aliviado de su sufrimiento.

—¿Morirá?

Aquella voz era tranquila y extrañamente despreocupada. Estrechando aún la mano de David, Gwendolyn se levantó de su silla para mirar a MacDunn.

—No, MacDunn. No le dejaré.

Permaneció en el umbral de la puerta, las hermosas líneas de su rostro parecían petrificadas en valles abruptos. Finalmente se aproximó a la cama, con lentitud, sus enormes puños aferrados a ambos lados de su cuerpo, al igual que un hombre obligándose a mirar algo que no cree que pueda soportar. Sus ojos afligidos se deslizaron por su hijo, advirtiendo su color calizo, las horribles marcas rojas salpicando su rostro, los grandes surcos morados alrededor de sus ojos; la profundidad de sus mejillas hundidas. La respiración de David era débil y superficial, como si le doliera inspirar más aire del absolutamente necesario.

Alex examinó a su hijo durante un largo y agonizante momento, en cierto modo controlándose para no arrojarse sobre el muchacho y llorar. Si permitía que el desaliento le arrollara, su mente empezaría a astillarse; esta vez no sería capaz de recomponer los fragmentos de nuevo. Respiró hondo, luchando por controlar sus emociones, por centrar su atención en algo diferente a ese miedo nauseabundo que le desgarraba el corazón. Y allí, arrebatándose junto a su angustia, encontró un núcleo de ira. Era sombrío y amargo, pero le ofrecía algo a lo que sujetarse, y se aferró a él como un náufrago. Su anterior descenso por el torbellino de la desesperación le había enseñado que era poco el consuelo que se podía encontrar dirigiendo su furia contra lo intangible. Pero ahora era diferente. David había prácticamente muerto hoy porque había sido privado de la seguridad y el calor de su habitación y expuesto a la dureza del exterior.

Por aquel terrible crimen, Gwendolyn sería castigada.

—Acompáñame a mi estancia —le ordenó con aspereza—. Ahora.

—No... no puedo abandonar a David —balbuceó Gwendolyn, desconcertada por el cambio brusco de actitud.

—Creo que por hoy has hecho bastante por mi hijo —subrayó Alex con frialdad burlona en sus palabras—. A partir de este momento, estás relevada de tus obligaciones.

Elspeth entró en la habitación. Un trapo manchado colgaba descuidado de su brazo, y en sus manos resplandecían su puñal oscurecido y la cubeta.

—No —protestó Gwendolyn, sujetando aún la mano de David—. No debes sangrarle, Elspeth. Ha perdido ya cada gota de líquido de su estómago y de sus intestinos. Sólo le debilitarás más extrayéndole sangre.

—Su cuerpo está luchando por purgarse él mismo del veneno maligno que fluye por su interior —dijo Elspeth—. Debo limpiarlo o morirá —avanzó dispuesta hacia la cania.

—¡No! —Gwendolyn miró desesperada a MacDunn—. ¡Por favor, MacDunn..., sé que estás enfadado, y sé que temes por tu hijo! ¡Ha sido una imprudencia por mi parte sacarle al exterior, y por ello lo siento profundamente! ¡Castígame de la manera que consideres más oportuna, pero te suplico, no dejes que Elspeth le haga una sangría! ¡Eso sólo le hará sufrir!

—¡Miente! —gruñó Elspeth—. ¡Dice eso para que David siga sufriendo!

—No puedes creerlo, MacDunn —le suplicó Gwendolyn, su voz quebrada por la emoción—. No importa lo que penséis tú y tu clan de mí, pero no podéis creer que haría daño intencionadamente a este precioso niño.

Alex vaciló. Una vez más se encontraba ante el espantoso dilema de decidir qué era lo mejor para la salud de su hijo que se deterioraba con tanta rapidez. Se había visto obligado a tomar las mismas decisiones imposibles cuando Flora estaba muñéndose. Y al final la había perdido. ¿Hubiera sido diferente, se preguntaba, si hubiera insistido en un método distinto para curarle? ¿Si hubiera detenido a aquellos que sabían más que él para que dejaran de abrirle las venas, de forzarle a beber las pócimas más fétidas que se podían imaginar, y que sólo conseguían que se retorciera con espasmos violentos de náuseas y dolor, o que la enviaban a un estado delirante en el que ya no reconocía ni a su propio hijo, ni al hombre que la amaba más allá de la razón?

Tragó saliva, suprimiendo el sollozo que amenazaba con emerger de su garganta.

Ambas, Gwendolyn y Elspeth tenían la mirada fija en él, esperando ansiosas su decisión. Cerró los ojos, deseando frenéticamente escapar de aquel momento, de aquella habitación, de aquella vida y de aquella abrumadora e insoportable responsabilidad.

«No sé qué hacer. ¿Qué harías tú, Flora?»

Por un momento sintió como si pudiera sucumbir bajo el peso de su decisión. Pero cuando abrió los ojos, la respuesta parecía notablemente clara.

—Elspeth —empezó lentamente—. Te confío el cuidado de mi hijo...

Gwendolyn dejó escapar un grito de alarma y se acercó a David. Elspeth le lanzó una sonrisa triunfal.

—... pero no le sangrarás hasta que no lo reconsidere mejor. La expresión de Elspeth se fundió en un gesto de incredulidad.

—El mal está dentro de él...

—No le sangrarás —repitió Alex con severidad—. Esas son mis órdenes —al decir esto extendió la mano. Elspeth vaciló.

—Dámelo, Elspeth.

Dio un paso hacia delante contra su voluntad y posó su puñal en la palma de la mano de Alex. El frío del metal le traspasó la piel. Rodeó con los dedos la pesada hoja oscurecida, intentando no pensar en las innumerables veces que había sido utilizada tanto en su esposa como en su hijo.

—Acompáñame a mi habitación —le ordenó a Gwendolyn mientras avanzaba hacia la puerta. Sin mirar si ella le seguía, desapareció en el pasillo.

—No creas que has ganado, bruja —le dijo Elspeth con desprecio, su cara trémula de odio—. MacDunn ha visto a través de tu máscara, y ha puesto de nuevo a su hijo en mis manos. Ahora serás castigada por el mal que has traído. Luego, MacDunn enviará lo que quede de ti, de vuelta a tu clan, donde finalmente serás condenada a las llamas del infierno. Y yo expulsaré el mal que has engendrado en el alma diminuta de este chiquillo —le juró—, para que pueda entrar en el cielo con el espíritu limpio.

Cameron, Brodick y Ned le esperaban en el pasillo cuando salió veloz de la habitación, sus rostros sombríos. Sin duda estaban presentes para ayudar en el castigo, reflexionó Gwendolyn. Aunque comprendía que su lealtad a MacDunn exigía que cumplieran sus órdenes, la presencia de los tres la hirió. Mantuvo la *cabeza* erguida mientras seguía a MacDunn, no deseando dejar traslucir su desolación ante ellos.

—Una palabra, Alex—dijo Cameron, adelantándose—. Quisiera explicar...

—Más tarde —le espetó Alex—, cuando haya terminado con Gwendolyn.

Cameron le bloqueó el paso.

—Pero yo soy el responsable de haber sacado a David del castillo. Yo mismo llevé al muchacho. Yo soy el que debe ser castigado.

—Sin la ayuda de Cameron, Gwendolyn nunca hubiera podido moverlo —añadió Brodick, colocándose al lado de Cameron—. No se le puede hacer responsable de lo que ocurrió.

Ned se unió a Brodick.

—Debes castigar a Cameron en su lugar.

Alex miró a los tres guerreros perplejo. ¿Estaban en realidad intentando defenderla?

—Si estás tan ansioso por recibir un castigo, Cameron, estoy seguro de que puedo encontrar uno para ti —dijo con sequedad—, pero tus actos no redimen a Gwendolyn del riesgo que hoy corrió con mi hijo. Ahora apartaos.

Los tres lanzaron una mirada de ansiedad a Gwendolyn, luego con desgana dejaron el paso libre a su laird. A pesar de su agitación, ella se conmovió por el inesperado apoyo recibido.

—Todo irá bien —les susurró, intentando tranquilizarles—. No es necesario que os preocupéis.

Sus expresiones sombrías le sirvieron de poco para aplacar su miedo.

Alex empujó la puerta de su habitación y arrojó la daga manchada que fue a parar contra el muro con tal fuerza que hizo saltar un trozo de piedra antes de caer con estrépito sobre el suelo.

—Cierra la puerta —le ordenó con *tirantez* al entrar Gwendolyn tras él.

Se dirigió hacia la mesa y se sirvió una copa de vino. Se la bebió de un trago, la volvió a llenar y la agotó con rapidez de nuevo. En cierta medida dominando sus emociones vertiginosas, rellenó por última vez el vaso, a continuación sujetó la copa con fuerza entre los dedos y examinó a Gwendolyn.

—Por el amor de Dios, ¿por qué llevaste a mi hijo moribundo más allá de las murallas del castillo? —su voz la golpeó con la fuerza de un látigo.

—Yo... pensé que le sentaría bien —balbuceó Gwendolyn—. Parecía encontrarse bastante bien esta mañana. Creí que un poco de aire fresco y ejercicio podría reconfortarle.

—Sabes bien lo excesivamente frágil que es; cómo puede dar la sensación de estar casi estable en un segundo y al siguiente empezar a vomitar y a respirar con dificultad. ¿ Cómo es posible que arriesgaras su vida exponiéndole a las condiciones exteriores?

—Se quejó de que estaba cansado de estar tumbado en su dormitorio —le explicó Gwendolyn, precipitándose sus palabras en un torbellino frenético—. Habiéndome visto yo misma obligada a permanecer entre estas lúgubres paredes los últimos días, sé lo espantoso que es sentirse privado de la caricia del sol en tus mejillas y del aroma de la tierra, de la hierba y de las flores. Tú tienes todas esas cosas cada día; por tanto no sabes lo que significa el que te sean negadas. Además, David aparentaba encontrarse realmente bien; sólo empezó a devolver después de que comiéramos.

Aquella observación la hizo detenerse. ¿Había sido instigada la enfermedad de David por la ingestión de comida en mal estado? Frunció el ceño, intentando recordar lo que había empaquetado en la cesta. Al terminar de hacer un repaso de todos los alimentos, cayó en la cuenta de que Cameron y ella habían comido lo mismo que él y a ninguno de los dos le había sentado mal. Aún así, la posible conexión entre lo que David había comido y la violenta reacción que sufrió era preocupante.

—Por muy inocentes que hayan podido ser tus intenciones, no puedo ignorar el hecho de que hoy mi hijo ha estado peligrosamente cerca de la muerte —expuso Alex con tono mordaz—. Mi hijo, si sobrevive, es el próximo laird de este clan. No puedo permitirte que lo pongas en pe-

ligro de nuevo. Como consecuencia, a partir de ahora quedas relegada de tus obligaciones como curandera suya. —Echó la cabeza hacia atrás y vació la copa.

La estaba enviando de vuelta, descubrió Gwendolyn desconsolada. Había fallado en su intento de curar a David, así que MacDunn la devolvía a los MacSween. No le preocupaba tanto ser quemada en cuanto llegara como el hecho de abandonar a David al cuidado de Elspeth. «Expulsaré el mal que has engendrado en el alma diminuta de este chiquillo, para que pueda entrar en el cielo con el espíritu limpio.» Con Gwendolyn ausente, Elspeth sería libre para absorber la vida de David con sus desafortunados métodos para expulsar el mal del muchacho. David sería de nuevo sepultado en una oscura y sofocante alcoba, donde sería constantemente sangrado y purgado, y ahogado con un aire viciado y un calor insoportable.

Y moriría.

—No puedes hacer eso —le dijo desesperada—. No debes poner a David otra vez bajo el cuidado de esa horrible mujer. Alex entrecerró los ojos.

—¿Te atreves a decirme lo que puedo hacer con mi propio hijo? —el tono grave de su voz era amenazador.

—¡Elspeth está tan decidida a purificar su alma, que no le importa si lo mata en el proceso! —le replicó Gwendolyn—. No permitiré que le sometas a una crueldad semejante. No me importa lo que me hagas, MacDunn. Castígame por lo que sucedió hoy como creas conveniente. Pero si intentas devolverme a mi clan, me escaparé y volveré. David me necesita.

Alex la miró en silencio, perplejo. No tenía intención de enviarla de nuevo a su clan. La estaba despojando de la responsabilidad de curar a su hijo, eso era todo. En el fondo no había reconsiderado el asunto más allá, pero no se le había ocurrido en absoluto que debiera marcharse. En el momento que diera un paso más allá de sus tierras, sería capturada por Robert y sus guerreros, devuelta a su clan, y quemada en la hoguera. Alex estaba desolado porque no había sido capaz de curar a David, pero no tenía intención de sentenciarla a muerte.

Una fuerza extraordinaria emanaba de ella mientras permanecía de pie ante él, su rostro pálido pero resuelto, sus pequeñas manos aferradas con firmeza a sus caderas. Era una *fuerza,* que le desconcertaba por completo. Gwendolyn era mucho más ligera y delicada de lo que Flora jamás había sido, al menos antes de la espantosa enfermedad. La palidez de la piel de Gwendolyn revelaba claramente una sangre poco densa y una constitución frágil. Y sin embargo, esta diminuta bruja había soportado ser arrestada, encarcelada, y casi ser quemada. Había cabalgado durante tres largos días y a un ritmo trepidante para llegar al castillo sin lamentarse ni una vez, ni siquiera había pedido descansar. Incluso se había abierto la cabeza y sangrado por todas la escalera, y sin más, un poco después, se encontraba relatando, animada, el episodio a su hijo.

¿Cómo podía esta chiquilla de fragilidad inconcebible tener una fortaleza tan increíble?

Lo estaba mirando con ojos desafiantemente fríos, esperando una respuesta. Sus cabellos azabaches se habían deslizado del lazo y caían sueltos con una ondulación sobre sus hombros. Las mangas de su vestido esmeralda habían sido remangadas con despreocupación hasta los codos, *el* vestido, en sí, estaba manchado y arrugado. Extrañado, Alex encontró esa apariencia desaliñada inmensamente agradable. Era evidente que Gwendolyn no se concedía siquiera un pensamiento a sí misma mientras estaba al cuidado de su hijo; todo lo contrario de Robena, que emergía de la habitación de David con el mismo aspecto impecable con el cual había entrado. El ligero paño de lana del vestido de Gwendolyn fluía como una cascada sobre ella con un murmullo líquido, creando una seductora línea sobre la pequeña curva de su pecho. Alex se sorprendió recordando la exquisita suavidad de este cuando ahuecó su mano sobre él, y el sabor dulce-salado de su piel al deslizar su lengua con languidez sobre ella.

Su cuerpo se inflamó por el deseo.

Perplejo, luchó por sofocarlo. No sería dominado por su degradante sed carnal. Había traído a la bruja para castigarla, se recordó con severidad. Pero en lugar de llorar y suplicar el perdón como habría sido de esperar, Gwendolyn le había confundido declarándole con tranquilidad que no tenía intención de obedecerle, invitándole a hacer lo que quisiera con ella. Su aparente falta de miedo era incomprensible. Las mujeres siempre se habían sentido intimidadas en su presencia. Aparte de su formidable porte, Alex era laird del poderoso clan de los MacDunn y estaba por consiguiente acostumbrado a cierta deferencia tanto por parte de los hombres como de las mujeres. En la situación en que se encontraba, cualquier mujer razonable estaría ahora

temblando ante su furia. Sin embargo, esta hechicera parecía totalmente indiferente mientras alzaba su mirada fría hacia él, negándose, intrépida, a obedecer sus órdenes. Su descenso a la locura ¿habría resquebrajado tanto su porte que incluso chiquillas diminutas ya no le temían? Pensarlo le enfureció.

En aquel instante le sobrecogió una necesidad apremiante de hacer que le temiera; sólo un poco.

Gwendolyn consiguió mantenerse firme cuando MacDunn se dirigió a ella con paso airado, sus azules ojos hirviendo con una emoción que desconocía. Una parte de ella quería huir, pero su determinación por quedarse junto a David no le permitiría ser tan cobarde. Había sido amenazada e intimidada durante toda su vida, se recordó con resolución. La habían llamado por los nombres más vulgares que se pudieran imaginar y acusado de los pecados más abominables. Se habían mofado de ella, la habían empujado y echado miradas lascivas, tirado piedras a su paso con tanta frecuencia que había aprendido a escucharlas cuando cortaban el aire mucho antes de que pudieran golpearla. Por último su padre había sido asesinado y ella arrojada como una delincuente a la más hedionda de las prisiones, golpeada por la muchedumbre, atada a una estaca, y había estado a punto de morir abrasada. No había nada que MacDunn pudiera hacerle que fuera peor de lo que ya había soportado, pensó al tiempo que él la agarraba por los hombros con fuerza y haciéndole daño. Nada. Ella lo miró con una tranquilidad controlada, resuelta a mostrarle que no le temía ni lo más mínimo.

Alex la miró fijamente durante un momento largo y glacial, sus manos permanecían aferradas con tanta dureza a sus delgados hombros que pensó que sus huesos podrían hacerse añicos bajo la solidez de sus garras. Quería sacudirla, alarmarla de tal forma que, cuando mirara a esos ojos gris claro, viera temor en lugar de esa calma fría y fingida. La furia que latía en su interior era alarmante, porque la cólera siempre erosionaba el leve control que tenía sobre su mente. Pero Flora estaba muerta, su hijo se estaba muriendo, y esta hechicera, que había sido su última esperanza, le había fallado. Su pequeño iba a morir, llevándose el último fragmento de Flora con él. Era más de lo que podía soportar, esta enfermiza angustia que le destrozaba el alma. Le despojaba de su capacidad para pensar, reduciéndole a una espiral de agonía. Quería fustigar al mundo entero, destrozar todo lo que se encontrara a su alcance; y también quería tumbarse y cerrar los ojos, llorar para siempre. No hizo nada de eso. Se limitó a permanecer allí de pie, sujetando a Gwendolyn, sintiéndose perdido, furioso e impotente, con la sensación de que no podría soportar su vida ni un momento más.

De repente bajó la cabeza y estrechó su boca contra la de ella con violencia.

Gwendolyn asustada, intentó apartarlo, pero MacDunn la rodeó firmemente con los brazos, aprisionándola. Le golpeó con los puños el pecho, pero fue inútil su esfuerzo al descubrir su cuerpo protegido con una pesada armadura de músculos, el asalto parecía costarle más a ella que a él. Enfurecida, echó hacia atrás su pie y le golpeó en la espinilla tan fuerte como pudo. MacDunn hizo una mueca de dolor y relajó los brazos, sólo ligeramente, pero lo suficiente para darle la oportunidad a ella de escabullir sus manos entre los dos y empujarle. Fue como empujar a una montaña. Abandonando esa táctica, se dispuso a atacarla otra espinilla.

Lo siguiente que supo fue que sus pies flotaban en el aire mientras MacDunn la sujetaba en alto con sus brazos con la misma facilidad que si se tratara de un niño.

Gwendolyn se revolvió e intentó protestar, pero el sonido fue amortiguado por el implacable sello de sus labios. MacDunn la retuvo férreamente contra él mientras atravesaba la habitación, apresando su boca con la lengua durante todo el tiempo. Ella quería que se detuviera, estaba segura de ello, pero al hundirse en la suave profundidad del colchón y sentir a MacDunn estirarse sobre ella, soportando su peso con sus brazos fornidos por los músculos mientras retenía a su cautiva debajo de él, una resignación confusa se apoderó de ella. Era como si una parte de sí misma siempre hubiera sabido que este momento entre ellos llegaría, y ya no podía luchar contra ello. De pronto, Alex apartó la boca de la suya para besarle la mejilla, el contorno de su mandíbula, la sedosa columna de su cuello, rozando ávidamente sus labios contra ella. Su lengua la saboreó describiendo lánguidos remolinos apasionados, cada vez más acuciantes a medida que su cabeza descendía y sus manos comenzaban a surcar la tela arrugada de su vestido. Ella era consciente de la corriente fría que recorría su piel, y entonces MacDunn fue acercando su ansiosa boca al vértice de su pecho.

Una espiral de placer recorrió su cuerpo, acelerando su sangre y mermando la fuerza de sus extremidades. Entrelazó sus manos entre el oro pálido de su cabellera y lo sujetó contra ella, observando con enigmática excitación prohibida cómo acariciaba el capullo rosáceo con sus labios, contrayéndose al contacto de su resbaladiza lengua férvida. Él pasó rozando con su áspera mejilla sobre la elevación de su pecho, a través del pequeño valle que lo surcaba, para continuar devorando su otro seno, besándolo, saboreándolo y absorbiendo hasta que se endureció de deseo. Un dolor desconocido estalló dentro de ella, extraño, hueco y apremiante, y percibió un calor dulce entre sus piernas. La mano de MacDunn siguió el rastro de sus piernas desde las pantorrillas, levantando su vestido y la sayuela; ahora acariciaba la piel aterciopelada del interior de su muslo. Antes de que pudiera protestar, su dedo se deslizó dentro de su cálida y dulce humedad. Un gemido gutural escapó de sus labios, y su boca fue de nuevo cubierta por la de él, saboreándola desde lo más profundo al tiempo que su dedo revoloteaba levemente a través del satén resbaladizo de sus pliegues.

Gwendolyn le rodeó con sus brazos por los hombros y le besó con vehemencia, queriendo que la tocara más, la besara más, queriendo sentir el poderoso muro de los músculos de su tórax y sus brazos y piernas presionando contra ella mientras sus dedos describían círculos dentro y fuera, lentamente, luego más rápido; suavemente, luego más fuerte, atrayéndola hacia él con cada caricia dolorosa, hasta que finalmente se encontró perdida en un torbellino abrumador de éxtasis. Comenzó a vibrar contra él, elevándose y cayendo al ritmo exquisito de su mano, besándole con urgencia mientras se abría más a él. Sintió cómo su placer se inflamaba, con más intensidad y más premura y más furor, hasta que no hubo nada más excepto MacDunn y sus caricias y sus besos, y el calor compacto de su cuerpo contra el de ella mientras se aferraba con desesperación a él. De repente, se paralizó; cada una de sus extremidades, cada uno de sus músculos y tendones exigían más de esta increíble y gloriosa tortura. Con más vehemencia, más urgencia, más intensidad; hasta que no pudo moverse, ni respirar, ni hacer nada excepto devorar la boca de MacDunn mientras sus dedos se hundían en la masa cincelada de sus hombros. Y entonces empezó a desmoronarse, como una estrella de verano al explosionar contra la cortina aterciopelada de la noche, y gritó de satisfacción y júbilo, sintió como él la aferraba con más fuerza contra sí, manteniéndola a salvo.

Alex la besó con intensidad al tiempo que se estrechaba a su exquisita humedad, esforzándose por controlarse. Su clan la había acusado de ramera, pero habían mentido. A pesar de su arrebatador deseo de enterrarse con rapidez dentro de ella, sabía que debía ser delicado. Y de esta manera, entró en ella con lentitud, dándole tiempo para que se adaptara a él. Sus párpados se abrieron con un leve revoloteo y lo miró atenta, sus ojos grises acuosos refulgían de deseo. Buscó en su oscura mirada algún trazo de vacilación, jurándose detenerse si veía algo. Se retiró lentamente para volver a entrar en ella, un poco más esta vez, reunió los vestigios de su decadente control y se retiró una vez más, sintiendo como si pudiera morir a causa de esta magnífica e insoportable agonía.

Gwendolyn lo envolvió con sus brazos y lo arrastró hacia ella, hundiéndole con firmeza en su sedoso calor húmedo.

Alex gimió. Quería ir despacio, para que este momento sublime durara eternamente. Pero hacía muchos años que no yacía con una mujer, y no podía controlar el fuego avivado dentro de sí. De modo que se rindió

ante su pasión y comenzó a entregarse dentro de Gwendolyn, llenándola, estirándola, fundiendo sus cuerpos mientras besaba los oscuros recodos de su boca, la suavidad de su mejilla, el oscuro río de seda de su cabello. Una y otra vez se sumergió en ella, absorto en su calor y belleza, su inexplicable delicadeza elegante, y la vertiginosa pasión que dejaba al descubierto mientras se elevaba ávida para encontrar cada uno de sus movimientos. Sus uñas clavándose en su espalda mientras bebía de ella, con intensidad, fervientemente, las caricias de su lengua rotas por los pequeños y rápidos jadeos que se escapaban en diminutas ráfagas desde la garganta de Gwendolyn. Ahora con un movimiento más duro y rápido penetró en ella, sujetándola con fuerza contra sí, consciente de cada uno de los sonidos de su respiración, de cada caricia, queriéndola hasta el límite de la locura, hasta que finalmente pensó que su mente se quebraría bajo la fuerza impresionante de su deseo. Nunca había sido así, ni siquiera con Flora, la constatación de aquello le conmocionó y le aterró al mismo tiempo. Se introdujo en ella tan profundo como pudo, sintiéndose perdido y asustado. Y

entonces empezó a caer en el precipicio del éxtasis, y gritó y hundió el rostro en su garganta. Gwendolyn lo envolvió protectora entre sus brazos al tiempo que lo estrechaba férreamente dentro de sí.

En aquel instante, quiso permanecer de ese modo para siempre, unido a Gwendolyn, inhalando su fragancia a luz del sol y a pradera, en lugar de respirar la enfermedad y la muerte.

Gwendolyn yacía inmóvil, sintiendo el latido regular del corazón de MacDunn golpear contra su pecho. Nada la había preparado para aquello. Había creído que él tenía intención de castigarla y enviarla de vuelta a su clan. En cambio, había despertado una tempestad de emociones en su interior que no sabía que existieran. Se mordió con fuerza el labio inferior, obligándose a no llorar. Era como si MacDunn la hubiera atrapado, vinculándola a él con lazos más sólidos que unas cadenas. No podía llegar a interesarse por él, se dijo con desesperación. No podía encariñarse con nadie de este lugar, ni siquiera con David, aunque sabía que era demasiado tarde para ello. Iba a abandonar aquel lugar, recuperar la piedra de su madre, y hacer que Robert pagara por la muerte de su padre. Nada podía alterar ese plan. La dureza de MacDunn dentro de ella se le hizo insoportable, su enorme peso demoledor. Abrumada, le empujó a un lado y se levantó de la cama, ajustándose con frenesí su desaliñado vestido.

La frialdad de la razón fluyó de nuevo en Alex al observar la expresión atormentada de Gwendolyn. ¿Qué había hecho? Había prometido no volver a tocar jamás a una mujer después de la muerte de Flora. No sólo había roto su promesa, sino que había violado a una chiquilla que había jurado proteger. Su comportamiento era tan cobarde como inexplicable. ¿Se había debilitado tanto el control sobre su mente que ya no podía reprimir la innoble necesidad de su cuerpo?

Se cubrió con su tartán al levantarse de la cama. Quería decir algo, intentar explicarse, pero él mismo no lo entendía. De modo que se preocupó de ajustarse con torpeza los pliegues de su tartán, esperando que Gwendolyn hablara. No lo hizo. Finalmente, arreglado su tartán con cierta apariencia de orden, alzó los ojos hacia Gwendolyn.

Estaba mirándole fijamente, sus grises ojos empañados de lágrimas, los dedos alzados sobre sus sensuales labios, intentando evitar que temblaran. Parecía ahora poco más que una niña ante él. Su sentimiento de culpabilidad se multiplicó por mil.

—No pretendía que sucediera esto, Gwendolyn —le dijo con tristeza—. Nunca debería haberte tocado.

Su cuerpo se estremeció. Bajó las manos hacia los lados y se agarró el vestido, como si buscara algo a lo que sujetarse. Alex observó con desolación cómo sus nudillos se tensaban y emblanquecían.

Quería tomarla en sus brazos y sujetarla, acunarla contra él mientras sumergía su rostro en su sedoso cabello negro y le susurraba palabras amables de consuelo. Pero su cuerpo ardía ya en deseo, y temía que si la tocaba, la despojaría de su vestido y la poseería de nuevo.

En cuanto a las palabras de consuelo, no tenía para ofrecer.

—Asumirás de nuevo tus responsabilidades como curandera de mi hijo —dijo con un tono formal incongruente teniendo en cuenta los momentos anteriores de pasión.

Gwendolyn lo miró desconcertada.

—Eso es todo. —Se volvió, dando permiso para que se marchara.

—Yo... yo no quiero otra cosa que la recuperación de David —le dijo con voz débil y áspera.

No le respondió, pero permaneció de espaldas a ella, mirando por la ventana la oscuridad.

Finalmente, sin saber qué más decir, Gwendolyn levantó el pestillo y abandonó la habitación.

Cuando tuvo por fin la certeza de que se había ido, Alex cayó de rodillas, mirando implorante a la estrella resplandeciente de Flora, suplicando en silencio el perdón de su esposa.

Capitulo 9

Alguien estaba golpeándole la cabeza con un mazo.

Alex gruñó y se echó sobre el costado. Su cerebro continuaba retumbando, con una fuerza y una furia incesantes. Soltó una maldición y enterró la cabeza bajo la almohada, esforzándose por perderse de nuevo en el sueño.

—¡MacDunn! —rechinaba la voz de una mujer—. ¡MacDunn!

El grito agudo penetró la densa coraza de su fatiga. Exasperado, arrojó la almohada al suelo y entreabrió un ojo. La alcoba estaba envuelta en un manto de luz carbón, advirtiéndole de que aún no había amanecido. Se sentó con lentitud, con la mano presionada con fuerza contra la frente palpitante.

—¡MacDunn! —gritó Elspeth desde el pasillo—. ¡Despiértate! —ti estrepitoso ruido de la puerta se intensificó, hasta que Alex tuvo la certeza de que le iba a explotar el cráneo.

—¡Por el amor de Dios, que cese ese alboroto! —rugió. Tiró de los cobertores hacia atrás y atravesó furioso con paso airado la habitación, su pie fue a parar contra una jarra de vino vacía. Profiriendo una blasfemia dio un puntapié malhumorado al objeto antes de abrir de un tirón la puerta de su habitación.

—¿Qué diablos pasa?

Su expresión debió ser digna de ver, pues ni Elspeth ni Alice parecían capaces de hablar. Sus ojos estaban tan abiertos como copas, y el atizador de hierro que Alice había estado usando para aporrear la puerta se encontraba en el aire paralizado.

—¡Hablad!

—Ee... el muchacho —balbuceó Elspeth, encontrando finalmente la lengua.

—¿Qué ocurre con él?

—La bruja está... privando de comida a David —consiguió decir Alice.

—¿Cómo diablos va a privarle de comida? —les espetó Alex—. ¡Por el amor de Dios, estamos aún en plena noche!

—¿Qué hay, joven? —preguntó Owen, saliendo de su habitación medio dormido y arrastrando los pies. Estudió a Alex durante un instante, se frotó los ojos con los puños y volvió a mirarle—. Ya no son lo mismo desde que la bruja me los fundió —murmuró.

—¡Por todos los santos, estoy preparado! —La puerta de Reginald se abrió de golpe y emergió él, arrastrando su espada tras de sí. Al ver a Alex, se detuvo y lo miró, perplejo—. ¡Dios santo, muchacho, no puedes presentarte a la batalla de esa forma!

—No estaba pensando en ir a ningún sitio salvo a la cama de nuevo.

—¡Pero estamos bajo un ataque! —Reginald alzó la espada, luego miró alrededor confundido y vio al pequeño grupo reunido en el pasillo—. ¿No es así?

—Ya te dije que no era nada —reprendió Marjorie, saliendo al corredor con un tartán por encima—. Ahora vuelve a la cama antes de que encuentres la muerte de un... —Se detuvo de repente, con los ojos fijos en Alex.

—¿A qué se debe este maldito ruido? —preguntó Lachlan malhumorado—. Un hombre requiere una mínima cantidad de sueño, y no sé cómo se supone que puedo conseguirlo con todos vosotros aquí fuera montando una escena como si se tratara de una condenada... Digo yo, MacDunn, ¿no tienes frío, corriendo por ahí desnudo como vas?

—No está desnudo —le aseguró Owen a Lachlan—, son tus ojos. Alex se miró, perjuró en voz baja, y se retiró a su habitación.

—Cuéntame qué ha sucedido —le ordenó al tiempo que envolvía su cintura con el tartán.

—La bruja bajó a la cocina y le dijo a Alice que David no debe tomar nada excepto agua y pan —explicó Elspeth—. Nada.

—Ni siquiera un huevo, ni un trozo de carne, ni una porción de queso —enumeró Alice—, ni una minúscula gota de leche, ni una taza de levadura, ni un pescado fresco, ni tampoco bayas dulces...

—Comprendo —la interrumpió Alex—. ¿Dijo por qué?

—¡Porque quiere matarle de hambre! —exclamó Elspeth—. Y no será una tarea difícil con el niño tan enfermo y tan lastimosamente delgado. ¡Se morirá en un día... dos a más tardar!

—Le rogué que recapacitara y me permitiera llevarle un poco del magnífico estofado de conejo que hice ayer —dijo Alice—. ¡Y me dijo que no debía llevarle nada en absoluto, a menos que estuviera dispuesta a enfrentarme a tu ira!

—¿Mi ira?

—Dijo que le habías confiado de nuevo el cuidado de David y que habías jurado que si alguien desobedecía sus órdenes, tú te encargarías de que fuera severamente castigado.

Alex intentó recordar en vano haber hecho esa promesa. Gwendolyn inundaba su mente, sus esbeltos dedos entrelazados entre su cabello mientras le sujetaba contra la palidez de su pecho, su cuerpo palpitando frenéticamente al tiempo que un grito entrecortado se desgarraba desde lo más profundo de su garganta...

—... ¿Alex? —le llamó Owen, un poco más fuerte esta vez. Alex inhaló con brusquedad intentando extinguir el deseo que inflamaba su cuerpo.

~¿sí?..

—¿Dijiste eso?

Todo el mundo tenía sus ojos posados en él, sus rostros sombríos. Las punzadas en la cabeza se le intensificaron. ¿Le había dicho eso a Gwendolyn? No podía recordarlo. Todo lo que sabía era que la había llevado a su alcoba y que se había impuesto a ella como un animal. Y más tarde fue a buscar varias jarras de vino y procedió a emborracharse por completo, lo cual era la causa de este condenado golpeteo en su cabeza. Se frotó la sien, en un intento por aclarar sus ideas.

«Si intentas devolverme a mi clan, me escaparé y regresaré. David me necesita.»

Había permanecido de pie ante él mientras le decía esto, su determinación casi eclipsando su miedo. En aquel momento, quería permanecer allí... sin otro motivo que cuidar de su hijo. Después de lo que Alex le hizo la noche anterior, no podía culparla si decidía huir. En cambio, se encontraba en la planta baja antes de que salieran las primeras luces, embarcándose en otro nuevo método de curación. No podía hacerse una idea de lo que esperaba conseguir alimentando a su hijo con sólo agua y pan. Quizá se trataba de algún ritual de purificación como preparativo para un conjuro. Todo lo que sabía era que le había dicho la verdad.

No importaba lo que le hiciera, ella no abandonaría a su hijo.

—Respetaréis las instrucciones de Gwendolyn —ordenó, rezando porque estuviera tomando la decisión adecuada—. Si dice que el muchacho sólo debe comer pan y agua, que así sea. Nadie debe interferir, o alimentar al pequeño a escondidas. ¿Lo habéis entendido?

—¡Lo matará de hambre! —protestó Elspeth, horrorizada.

—O puede que mejore —replicó Alex, aunque en el fondo no veía cómo—. Tendremos que esperar y ver lo que ocurre.

—... y entonces el terrible gigante masticó a los guerreros hasta que sus carnes y huesos quedaron reducidos a una pulpa blanda y sangrienta.

David miró con ojo crítico a la bandeja de figuras de pan contrahechas.

—Estos son demasiado gordos para ser guerreros.

—Se hicieron un poco robustos a medida que se horneaban —admitió Gwendolyn—. Pero el gigante prefería unos hermosos guerreros regordetes a unos huesudos. —Le dio uno.

—¿Por qué van desnudos? —preguntó, arrancándole una pierna y metiéndosela en la boca.

—Intenté vestir a la primera hornada con tartanes, pero cuando los saqué del horno sus tartanes se habían hinchado tanto que parecían pequeñas tortugas.

—¿Puedo verlos?

—También salieron quemados —confesó—, así que los tiré. Pero mira, tengo un apetitoso plato de pescado para ti. Sus ojos azules se abrieron expectantes.

—¿Pescado de verdad?

—No, pescado de pan. Arrugó la nariz con hastío.

—Estoy cansado de comer pan —se quejó, al tiempo que tiraba de la cabeza de un guerrero y la aplastaba con el pulgar.

—Puede que si mañana te sigues encontrando bien, intentemos con un poco de caldo.

David puso los ojos en blanco.

—El caldo no es comida —le informó—. Quiero algo que pueda masticar.

—Muy bien —cedió Gwendolyn, animada por el hecho de que estuviera realmente desarrollando el apetito—; pondré algo en el caldo que puedas masticar. Ahora termina de comer.

Observó cómo mutilaba con furia a los guerreros restantes antes de comérselos lentamente. No podía culparle de sentirse frustrado. Desde hacía cinco días lo había alimentado con sólo pan y agua. El primer día estaba demasiado enfermo para importarle mucho, pero al segundo día empezó a sentirse un poco mejor y a quejarse enseguida. Como no deseaba abandonar su experimento demasiado pronto, Gwendolyn intentó hacer su dieta más interesante para él, horneando el pan con formas divertidas. Cada mañana temprano, Alice le suministraba masa, y Gwendolyn la trabajaba dándole formas que podrían divertir a David. Desgraciadamente, esas formas se horneaban con diversos grados de éxito.

El primer día, la magnífica manada de caballos que había creado se bufó más de lo que esperaba, hasta que sus barrigas estuvieron infladas y sus piernas se asemejaban a pequeños muñones. Le dijo a David que eran jabalíes, pero él subrayó que sus colas eran demasiado largas. Al día siguiente, lo intentó con un castillo complejo y moldeó un laird y un surtido de pequeños miembros del clan para que lo habitaran. El castillo, excelentemente recreado con todo detalle, emergió del horno convertido en un gran pegote, y sus habitantes como una colección chamuscada de pequeños pegotitos. Decidiendo que necesitaba simplificar sus esfuerzos, se dedicó a las formas de las estrellas, la luna, y unas cuantas flores. Sin embargo, resultaba muy difícil recrear una historia sangrienta lo bastante atractiva con unos personajes tan inocuos. Ahí fue cuando David le sugirió que probara suerte con monstruos. Esos salieron como bloques con chichones de largos cuellos, y los afilados colmillos y garras que había moldeado con tanto esmero para ellos se extendieron y se hornearon juntos, convirtiéndose en patas palmeadas y ridiculas cabezas contrahechas. Cuando Gwendolyn le dijo lo que se suponía que eran, David rompió a reír y, entonces, percibiendo su desolación, con cortesía le aseguró que en realidad tenían el aspecto de terribles monstruos.

Por el contrario, mientras sus intentos como panadera resultaban ser un auténtico fracaso, la dieta frugal de David, hasta el momento, estaba dando resultados muy prometedores. Los puntos rojos de su rostro y su cuello habían desaparecido, y no había sufrido ningún arrebato de náuseas, vómitos, o diarrea. Naturalmente, Elspeth lo achacaba a que no tema nada dentro, y decía que estaría muerto en cuestión de un día si no le daba una comida decente. Sin embargo, Gwendolyn se aseguró de que David consumiera una cantidad suficiente de pan y agua de modo que su cuerpo pudiera aguantar si vomitaba. Milagrosamente, pasaron cinco días sin náuseas. Aunque esto no probaba que su enfermedad fuera causada por la comida que ingería, era posible que aquello que fuera mal en su organismo hiciera ciertos alimentos intolerables para su cuerpo. Por tanto, Gwendolyn razonó que si controlaba atentamente lo que comía, su cuerpo podría tener la oportunidad de descansar y fortalecerse de nuevo. Si al día siguiente continuaba encontrándose mejor, planeó dejarle tomar un nuevo alimento, quizá un huevo o una porción de queso, *j* ver cómo respondía a ello.

—¿Cuándo podré ir de nuevo al exterior? —preguntó, mordisqueando con poco entusiasmo el brazo inflado de un guerrero.

—No hasta que pase un poco de tiempo —le contestó Gwen-dolyn—. Debemos esperar a que te encuentres mejor.

—Ahora me siento mejor. Estoy cansado de estar tumbado en la cama todo el tiempo.

—Lo sé. Pero tu padre ha dicho que no debes abandonar el castillo sin su permiso. Si quieres salir, debes preguntarle si te da su consentimiento.

—Lleva días sin visitarme —se quejó David—. ¿Está fuera?

—No. Frunció el ceño.

—¿Entonces, por qué no viene a verme?

—Imagino que estará muy ocupado. Quizá te visite hoy y puedas preguntarle lo de salir.

—Si no viene, ¿lo buscarás y se lo preguntarás por mí?

—No.

—¿Por qué no?

«Porque no puedo soportar mirarle a la cara», pensó con impotencia.

No había visto a MacDunn desde la noche que lo acompañó hasta su habitación. Tenía intención de castigarle, y lo había hecho, aunque de un modo que, en su vida, ella jamás había imaginado. En lugar de golpearla, la había embrujado llenándola de una oscura pasión que le hacía desearlo ardientemente. Con cada caricia delicada sobre su piel, cada compungido sorbo de sus senos, y con el cálido y poderoso contacto de su cuerpo al extenderse sobre ella, manteniéndola a salvo dentro de su sólido abrazo, la había ligado a él con más fuerza que si hubiera usado cadenas. Un fuego refulgente había hecho estragos dentro de ella aquella noche, y cada vez que pensaba en MacDunn el calor de este se avivaba de nuevo en su interior. Había intentado tomarla por la. fuerza, pero al final ninguna fuerza fue necesaria. Había yacido con él y se había entregado, se había sentido en llamas, húmeda y ávida de él; y cuando todo terminó y se encontraba ya sola, acurrucada en su propia cama, la vergüenza la consumió como una fiebre abrasadora.

Su clan tenía razón, reconoció con tristeza; era una ramera.

Aunque había evitado a MacDunn intencionadamente, estaba segura de que en el momento que se enterara del inusual método que estaba aplicando a su hijo, se enfrentaría otra vez con ella debido especialmente a que todo el mundo en el clan creía que estaba matando a David de hambre. Pero MacDunn no había ido en su busca. Era evidente que le había dicho a los otros que no interfirieran, ya que nadie había cuestionado su derecho para cuidar a David desde la primera mañana cuando Elspeth y Alice juraron que harían que MacDunn la detuviera. Aunque él no tenía deseos de ver a ninguno de ellos, ni a ella ni a su hijo, estaba dispuesto a concederle una oportunidad más para que curara a David.

—¿Si no puedo salir, al menos puedo sentarme junto a la ventana y ver lo que pasa en el patio? —preguntó David, arrastrándola fuera de sus pensamientos—. Están haciendo mucho ruido ahí fuera.

Gwendolyn se levantó de la silla y se dirigió a la ventana. Una multitud de MacDunn observaba sorprendida cómo Garrick y Quentin atravesaban a caballo la entrada, guiando a una mujer joven sobre una magnífica montura blanca. El cabello castaño de la mujer caía por sus hombros con gruesos mechones enmarañados, su elegante capa de montar color escarlata estaba hecha jirones y salpicada de barro. A pesar de su aspecto desaliñado, el porte de la mujer resultaba de una frialdad regia mientras miraba airada a los MacDunn que se estaban reuniendo a su alrededor.

—¡Dios santo —exclamó Gwendolyn—, es Isabella! David instantáneamente echó hacia atrás los cobertores y se dirigió con pasos quedos a la ventana.

—¿Es una amiga tuya? —le preguntó, asomándose para poder ver el patio.

—Es la hija de laird MacSween.

¿Qué demonios estaba haciendo Isabella allí?

—¿Tiene siempre ese aire tan mezquino?

—Me temo que sí.

—Mira, Lachlan le está llevando algo para beber —dijo David señalando—. Eso debería hacer que se sintiera bien acogida.

Gwendolyn dejó escapar un suspiro y salió corriendo de la habitación.

—¡Aparta tus manos de mí, sucio bruto peludo! —ordenó Isabella al tiempo que le daba un golpe repentino en la mano a Garrick.

—Sólo intentaba ayudarla a bajarse de su caballo —gruñó.

—¡Es otra bruja! —dijo Munro, ojeándola con temor—. ¡Viene a extender el mal entre nosotros!

—¡No soy de ninguna manera una bruja! —declaró Isabella, indignada—. Soy la hija de laird MacSween.

—Bueno, esa es una historia de locos, joven —dijo Ewan, agitando la cabeza—. Ningún laird permitiría a su hija ir cabalgando sola por el país.

—¿Dónde está tu magnífica escolta? —preguntó Lettie.

—¿Y por qué estás tan sucia? —añadió Farquhar.

—Ahora, toma, muchacha —dijo Lachlan, emergiendo de entre la multitud con una copa en la mano—. Debes estar completamente destrozada. Dale un pequeño sorbo, y te sentirás mucho mejor.

—Por fin, alguien que sabe como recibir adecuadamente a un invitado honorable —dijo con una aspiración. Con arrogancia estiró el brazo para tomar la copa.

—¡No... Isabella!

Todo el mundo miró a Gwendolyn con sorpresa.

—¡Gwendolyn! —suspiró Isabella—. ¡Estás viva! —Sus ojos con una expresión de conmoción, que hacía imposible decir si esa revelación le agradaba o le molestaba.

—Lachlan —empezó Gwendolyn, con tono desaprobatorio—, no deberías ofrecer a nuestra invitada una bebida tan fuerte.

—Tan sólo es vino —le replicó con voz inocente, mirándola con los ojos entrecerrados a través de la brillante luz del sol. Gwendolyn lo miró con severidad.

—No le hará daño —le aseguró—, después de todo es una bruja.

—No, no lo es. Es la hija de laird MacSween.

Lachlan clavó sus ojos, incrédulo, en Isabella.

En realidad, Gwendolyn no podía culpar a los MacDunn de su incredulidad. El cabello de Isabella pendía con bastos mechones viscosos sobre la capa manchada por completo; sus mejillas y su frente estaban veteadas con suciedad. El sol había quemado su nariz dándole un color rojo brillante, que contrastaba enormemente con la sombra morado oscuro que rodeaba sus ojos. Mantenía un admirable aire de desdén estudiado, pero Gwendolyn detectó un ápice de desesperación en su mirada.

—¿Estás segura de que no es una bruja? —preguntó Lachlan.

—Completamente segura.

Este suspiró y bajó la copa contrariado.

—Gwendolyn, debes llevarme ante MacDunn enseguida —ordenó Isabella.

Gwendolyn se esforzó por controlar su ansiedad. ¿Por qué había venido Isabella hasta aquí?

—MacDunn no está aquí —dijo Ned, colocándose junto a Gwendolyn—. Ha ido a cazar con algunos de los hombres.

—¿Cuándo regresarán? —preguntó Gwendolyn. Ned se encogió de hombros.

—Probablemente esta noche, tarde.

—A menos, por supuesto, que sea más temprano —dijo Garrick.

—Podría ser incluso mañana —señaló Lachlan—. Nunca se sabe con MacDunn.

—¿Por qué no entras y descansas un poco, Isabella? —sugirió Gwendolyn—. Debes estar exhausta después de un viaje tan largo.

—Requiero un baño de agua caliente —informó Isabella a Lachlan, desmontándose del caballo—. Con cuatro precisas cucharadas llenas de vuestro mejor aceite de rosas en el agua; ni una más; y dos ollas extra de agua caliente para mantener el baño templado. También necesitaré un vestido nuevo, preferentemente rojo, con bonitas puntadas en el escote, puños y bajo. Aseguraos de que la tela sea suave —advirtió con firmeza—, o no me lo pondré.

Lachlan la observó, enmudecido.

—¿Estás sugiriendo que busque esas cosas para ti?

—Naturalmente que no. Puedo ver que sois demasiado decrépito para arreglároslas solo con una pesada tina. Llévese a estos dos jóvenes brutos para que le ayuden —hizo un gesto hacia Garrick y Quentin—. Gwendolyn le dirá cuáles van a ser mis aposentos.

También tomaré una bandeja de pollo asado, pan caliente recién hecho, una manzana pelada y en rodajas y un plato de bayas maduras con crema. Y quiero también para beber, cerveza —lanzó una mirada crítica al líquido espumoso de la copa que sujetaba Lachlan—. Ese vino es demasiado joven para servirlo.

Se ajustó la capa veteada con barro alrededor de los hombros y estudió con aire regio a la multitud de MacDunn, dejando a Lachlan mirándola atónito detrás.

—¿Te has escapado? —dijo Gwendolyn, sorprendida—. Pero ¿por qué?

—¡Porque mi vida estaba acabada! —sollozó con dramatismo Isabella mientras se dejaba caer en la cama de Gwendolyn—. ¡Nunca podré volver a mi clan!

—¿Qué ha ocurrido?

—Poco después de que MacDunn me abandonara tan cruelmente en el bosque, Robert me encontró finalmente.

—MacDunn no te abandonó, Isabella —subrayó Gwendolyn—. Te estaba dejando libre, como le había prometido a tu padre. Y sabía que Robert había venido a buscarte y que te encontraría pronto.

—¡Ese loco me abandonó! —se quejó levantando la voz—. ¡Dejándome para que me las arreglara yo sola en el bosque! ¡Podría haberme muerto de hambre, o helada en medio de la noche!

Gwendolyn se contuvo de decirle que MacDunn le había dejado bastante comida, agua, y un fuego bien alimentado.

—Robert estaba de un humor espantoso porque MacDunn había matado a todos sus hombres —continuó Isabella—. ¡No tuvo ningún interés en escuchar por lo que había pasado! ¡Durante todo el camino de vuelta no hizo más que repetirme que yo había tenido toda la culpa de que tú escaparas; como si yo hubiera tenido alguna alternativa con ese canalla de Brodick sujetando una daga contra mi cuello! ¡No parecía estar preocupado ni lo más mínimo de que pudiera haber sido asesinada... o peor aún! —dijo al tiempo que sollozaba contra un trozo de lino.

«No —pensó Gwendolyn—, Robert no se compadecería del tormento de su sobrina. Estaba demasiado preocupado por encontrar a Gwendolyn y robar la piedra.»

—Cuando llegamos a casa —continuó Isabella—, mi padre se sintió aliviado porque había sido devuelta sana y salva y estaba dispuesto a dejar las cosas en paz. Pero Robert le dijo que estaba arruinada porque había sido raptada y obligada a pasar una noche con MacDunn, el Loco, y sus hombres. Les aseguré que no había sido violada, pero Robert dijo que estaba mintiendo. Convenció a mi padre de que ningún hombre me querría jamás como su esposa, y que tendría que ser enviada lejos inmediatamente, por si acaso llevaba en mis entrañas la semilla de los MacDunn. De ese modo, una vez que el niño hubiera nacido podría ser asesinado en secreto. Mi padre se negó a enviarme a ningún sitio diciendo que ofrecería una fortuna en oro al hombre que se casara conmigo y restaurara mi honor. ¡Así que Robert hizo que su guerrero más repulsivo y brutal, Derek, se ofreciera por mí, de manera que Robert podría compartir su recompensa!

—Seguro que tu padre lo rechazaría. Isabella rompió a llorar.

—Le rogué para que lo hiciera. Le dije que preferiría morir antes que casarme con Derek. Mi padre dijo que le dolía enormemente verme tan turbada, pero que cuando fuera mayor vería que esta era la única manera de salvar mi vida. Y Robert juró que tan pronto como Derek y yo estuviéramos casados, encabezaría un ejército hasta aquí para destruir a los MacDunn y vengar mi honor.

Así que se trataba de eso, reflexionó Gwendolyn. Robert estaba uti-feando la supuesta deshonra de Isabella como excusa para atacar a los MacDunn y capturar a Gwendolyn de nuevo.

Y cuando tuviera a Gwendolyn como su prisionera, usaría cualquier recurso con tal de forzarla a que le diera la piedra.

—Ya que prefería morir a casarme con Derek, decidí escapar —terminó Isabella con desolación.

—Pero ¿por qué viniste aquí? Con toda certeza odiarás a MacDunn y a sus guerreros después de haberte deshonrado a ti y a tu clan.

—¡Me gustaría verles a todos despedazados en pequeños trozos con sus sangrientas entrañas humeantes pudriéndose al sol! —dijo Isabella enfurecida. Con delicadeza se dio unos toques en la nariz con el trozo arrugado de lino y suspiró—. Pero son los únicos que saben que mi honor está intacto. Y además, ¿dónde podría ir si no?

—Pero ¿cómo supiste encontrar el camino para llegar aquí?

—Me acordé de la dirección que tomamos cuando MacDunn me raptó. Después de pasar el bosque, tan sólo hube de cabalgar en la misma dirección. Por supuesto, estaba absolutamente aterrorizada por la posibilidad de ser comida por los lobos, pero continué recordándome cómo preferiría morir a verme obligada a casarme con Derek. Finalmente, esta mañana esos dos horribles brutos me encontraron. Les dije que estaba buscando a MacDunn, el Loco, y me dijeron que pertenecían a su clan y que aceptaban traerme hasta aquí.

—Y cuando hayas descansado, esos mismos horribles brutos te escoltarán a tu casa —dijo una voz áspera, arrastrando las palabras.

La respiración de Gwendolyn se entrecortó al entrar MacDunn en la habitación con Cameron y Brodick.

—Bella —dijo Brodick, su voz marcada por la preocupación—, tienes un aspecto absolutamente espantoso. ¿Qué te ha ocurrido?

—¡No te acerques a mí, bestia horrible! ¡Te odio! —Se dejó caer contra la almohada de Gwendolyn y rompió en un mar de lágrimas.

—Parece que la joven no se ha recuperado, Brodick —comentó Cameron con ironía.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? —preguntó Alex, sus ojos clavados con dureza en Gwendolyn.

—Isabella se ha escapado de casa —explicó—, y ahora busca refugio en ti.

Alex miró incrédulo.

—¿Ha perdido la cabeza?

—No llores, dulce Bella —dijo con tono meloso Brodick, sentando-
se junto a Isabella en la cama—. Sea lo que sea lo que va mal, nosotros lo arreglaremos.

—No se puede arreglar —gimoteó Isabella de un modo desconsolador—. ¡Mi vida ha sido destrozada por tu culpa, cobarde deshonrador de hermosas mujeres inocentes! —Se incorporó y le golpeó con la almohada, luego se dejó caer de nuevo y se descompuso en lágrimas una vez más.

—Creo que todavía le gustas, Brodick —observó Ned.

—¿Sería alguien tan amable de explicarme qué es lo que está ocurriendo? —preguntó Alex, haciendo una mueca ante el alboroto que estaba provocando Isabella.

Parece que Robert ha convencido a laird MacSween de que su hija ha sido mancillada por todos vosotros —explicó Gwendolyn.

—¡Eso es ridículo! —se burló Cameron—. Jamás nadie puso una mano sobre la joven.

—Y en un intento por salvar su ultrajada reputación, Robert ha persuadido heroicamente a uno de sus guerreros más brutos para que tome a Isabella como esposa a cambio de una fortuna en oro —terminó.

Alex miró a Gwendolyn incrédulo.

—Con toda certeza MacSween rechazará a ese guerrero...
—No —dijo Gwendolyn—, MacSween ha accedido al matrimonio. Y como consecuencia Isabella se ha escapado. El gimoteo de Isabella se intensificó.

—Cálmate, ahora, dulce Bella —dijo a media voz Brodick, acariciándole la espalda—. Todo se solucionará. Ahora estás a salvo.

—No puede quedarse aquí —dijo Alex—. Robert ha estado ansioso por una guerra desde que rescatamos a Gwendolyn, pero MacSween ha estado reteniéndole. Hemos enviado ya a su mensajero a sus tierras con otra carta de disculpa y una bolsa de oro, pero si mantenemos a su hija aquí, en contra de su voluntad como padre, MacSween no tendrá otra elección que mandar un ejército en su busca. Debemos llevarla de vuelta.

—¡No! —gritó Isabella.

—Sinceramente, Alex, no puedes pretender eso —protestó Brodick.

—No tengo otra opción, Brodick. No puedo poner en peligro la seguridad del clan porque a Isabella no le gusta el esposo que su padre le ha elegido.

—Sin embargo, tú eres el responsable de su situación —señaló Gwendolyn.

—Soy yo acaso el culpable de que tenga a una persona con sangre de horchata como padre y a un bastardo por tío —contraatacó Alex.

— Isabella no pidió ser raptada, MacDunn — argumentó Gwendolyn, levantándose para mirarle — . La usaste como rehén para que tú y tus hombres pudierais escapar conmigo. Te guste o no, al llevártela has destruido su honor, y ahora está sufriendo las consecuencias. Ha venido aquí para pedir protección, y es tu deber aceptar la responsabilidad por lo que has hecho y ayudarla de la manera que puedas.

— La joven tiene razón, Alex — asintió Cameron — . Le hemos hecho daño.

— ¡Estamos hablando de una guerra, por el amor de Dios! — estalló Alex.

— Ese era un riesgo que estábamos dispuestos a aceptar cuando decidimos raptar a Gwendolyn — observó Brodick — . ¿Qué importa si empezamos una guerra por una mujer o dos?

— Llevarnos a Gwendolyn fue diferente — dijo Alex.

— ¿Cómo? — preguntó Ned.

«Porque necesitaba una hechicera para curar a mi hijo, y por ello hubiera arriesgado cualquier cosa», reflexionó Alex con frialdad. Pero de repente se dio cuenta de lo terriblemente egoísta que resultaba. No se había arriesgado a una guerra porque era su deber como laird salvar al sucesor. Lo había hecho porque no podía soportar ver a su hijo sufrir y morir.

Y porque en el momento que vio a Gwendolyn supo que no podía quedarse sin hacer nada y observar cómo era engullida por las llamas.

Todo el mundo tenía los ojos puestos en él, en silencio desaproba-torio.

— De acuerdo — murmuró — , puede quedarse.

Isabella parpadeó, como si no hubiera entendido.

Y de pronto, estalló con un ensordecedor sollozo histérico.

— Me complace ver que mi decisión te hace feliz — comentó Alex con tono irónico.

— Tiene potencia, ¿verdad? — subrayó Cameron, haciendo una mueca de desagrado.

— Siento una necesidad repentina de inspeccionar los alrededores de las murallas — anunció Alex — . ¿Vamos, Cameron? ¿Ned?

— Sí, claro — dijo Cameron, ansioso por escapar del alboroto que estaba provocando Isabella.

— Yo también iré — se ofreció Brodick.

— No es necesario — dijo Alex — . Aprecio que Isabella disfruta de tu compañía. Insisto en que te quedes con ella.

— No creo que sea necesario... — protestó Brodick.

—Es evidente que encuentra tu presencia reconfortante —bromeó Cameron, saliendo por la puerta detrás de Alex.

Un dolor punzante atravesó la cabeza de Alex cuando el gimoteo de Isabella alcanzó de nuevo sus cotas más altas. Cuando Robert viniera con el prometido de Isabella, Alex lo ataría y le obligaría a escuchar sus berridos.

Unas cuantas horas soportándolo y el pobre bastardo se curaría de espanto y abandonaría cualquier deseo de casarse con ella.

—¡Apunta a su garganta! ¡Eso es... ahora clávale la espada en sus entrañas, donde se ha quedado descubierto!

Cameron complaciente empujó el acero hacia delante.

—¡Brodick, ten cuidado! —dijo con voz chillona Isabella. Distraída su atención, Brodick dio un salto hacia atrás un segundo demasiado tarde y acabó cuan largo era en el suelo.

—Estás un poco lento de reflejos hoy, amigo mío —se burló Cameron, la punta de su espada presionando en el estómago de Brodick—. ¿Hay algo que te distraiga?

—Tu querida esposa —dijo Brodick—. Hay algo de fantástico en una hermosa mujer que lleva una vida dentro de sí.

Sonriendo abiertamente con orgullo, Cameron se volvió para mirar. Al instante, Brodick levantó su acero con un movimiento amplio en arco, enviando la garrancha de Cameron por los aires.

—¡Cameron! —vociferó Alex—. ¡Concéntrate en tu adversario!

—Pensé que había terminado el combate —dijo entre dientes Cameron, al tiempo que lanzaba una mirada furiosa a Brodick.

—Ten un poco de piedad, Alex —dijo Brodick, levantándose—; el pobre hombre está desesperadamente enamorado de su esposa.

—No será de gran valor para ella si le abren el estómago por la mitad.

—Nadie se me acercará lo suficiente para abrirme nada —gruñó Cameron, guiñándole un ojo a Clarinda—. Estarán muertos bastante antes de que puedan siquiera hacerme un rasguño.

Gwendolyn observó cómo Clarinda lanzaba una sonrisa exasperada a Cameron y luego dirigía su atención de nuevo a la flecha en la que estaba ajustando una pluma. El cruce de miradas entre marido y mujer fue fugaz, pero Gwendolyn se conmovió por su tierna relación.

—Si has terminado de fanfarronear delante de tu mujer, Cameron, quizá podríamos continuar con el entrenamiento —sugirió Alex.

—Naturalmente —dijo Cameron, aún sonriendo.

—Bien. Brodick, lleva a un grupo de setenta y cinco hombres a la muralla oeste y que practiquen sólo con las lanzas. Cameron, tú continúa guiando a este grupo con la espada. Ned, tú conducirás a otros cien hombres a los objetivos fuera de la muralla y afina sus habilidades con el arco. Yo trabajaré con el resto la lucha a cuerpo descubierto.

Isabella añadió a su exiguo montón la flecha pobremente empendo-lada con la que había estado trabajando y suspiró.

—Tengo calambres en las manos por todo este trabajo —se quejó— Creo que pararé un rato y daré un paseo.

—Deberías quedarte aquí para ver cómo mi padre enseña a luchar sin armas a los hombres —dijo David—. Mi padre es magnífico en ello.

—Estoy segura de que lo es —asintió Isabella con amabilidad—, pero encuentro el esgrimir una lanza mucho más fascinante —diciendo esto, se apresuró a seguir a Brodick y a sus hombres hacia la muralla oeste.

—Da la sensación de que le gusta bastante nuestro Brodick, pobre criatura —observó Clarinda, sacudiendo la cabeza—. Sin duda la hechizó desde el momento en que se vieron.

—En realidad, él sujetaba una daga contra su cuello y amenazaba con matarla —dijo Gwendolyn, retirando la pluma retorcida de una de las flechas de Isabella y reponiéndola.

—¿Lo hizo? —dijo David boquiabierto, evidentemente intrigado. Observó cómo Isabella con elegancia se abría paso a través del laberinto agitado de refunfuñones guerreros, para acercarse a Brodick—. ¿Cómo le puede gustar a Isabella si él le hizo eso?

—Es una cosa muy extraña, cuando pierdes el corazón por un hombre —reflexionó Clarinda, sonriendo—. A veces ocurre cuando estás prácticamente segura de que no puedes aguantarlo.

—¡Isabella, por el amor de Dios, ten cuidado! —Brodick se precipitó hacia donde luchaban para agarrarla—. No deberías acercarte tanto a los hombres cuando están entrenando.

—Después de arruinar mi vida, no veo por qué ibas a preocuparte de que sea o no salvajemente mutilada por una de estas lanzas —dijo con tono airado Isabella—. Supongo que te complacería si fuera abierta entera y yaciera aquí desangrándome hasta la muerte en el suelo mientras estos brutos machacan mis huesos hasta convertirlos en polvo.

—Bella, ¿cómo puedes decir cosas tan horribles? —preguntó Brodick, tomándola del brazo y guiándola fuera de la zona de entrenamiento—. Sabes que no haría nada que te...

Gwendolyn meneó la cabeza, incapaz de comprender por qué Brodick continuaba siendo tan galante con Isabella.

—¿Tienes frío, David? —preguntó, arropándole con el tartán que le había puesto encima—. El viento viene cada vez más fuerte.

—Estoy bien.

—No deberíamos quedarnos aquí fuera mucho más tiempo. Tu padre te dio permiso para que vieras cómo entrenaba a los hombres, pero sólo durante un rato.

—Pero mira —gritó David, señalando—, los hombres están empezando a cargar. ¿Podemos quedarnos y verlos?

Sus azules ojos brillaban suplicantes y sus mejillas delgadas estaban ligeramente sonrojadas por el aire frío que soplaba contra su piel pálida. Habían pasado seis largos días desde aquella terrible tarde que Gwendolyn lo sacó al exterior. Desde entonces lo había mantenido en su dormitorio, vigilándole, mientras con lentitud se recuperaba del violento ataque de la enfermedad. Pero con la llegada de Isabella, el día anterior, el castillo se hallaba inmerso en un torbellino de actividad ya que el clan se preparaba para un inminente ataque de los MacSween, y David parecía haberse contagiado de aquella energía. No deseando por más tiempo permanecer en su cama, había rogado con insistencia a que su padre le concediera el permiso para observar a los hombres mientras practicaban sus técnicas de combate en el patio. MacDunn le dijo al muchacho que podía divisar la actividad desde la ventana de su cuarto, pero David se mantuvo sorprendentemente pertinaz en su petición. Le había asegurado a su padre que la pequeña excursión le sentaría bien, y le prometió que avisaría a Gwendolyn en el momento que se encontrara mínimamente cansado o enfermo.

Finalmente, MacDunn había cedido.

—Bueno, yo tengo frío —dijo Gwendolyn frotándose los brazos—. Si vamos a quedarnos aquí un rato más, debo ir a buscar un chai. Clarin-da, ¿cuidarás de David mientras voy corriendo a mi alcoba?

—Por supuesto. ¡Mira, David, observa lo bien que lucha tu padre con tan sólo sus manos!

—Es exactamente igual que el Increíble Torvald —dijo David con orgullo—, en la historia que Gwendolyn cuenta, cuando debe combatir contra un feroz monstruo marino...

El gran vestíbulo estaba vacío cuando Gwendolyn lo atravesó a toda prisa y subió las escaleras que conducían a la torre. La inminente llegada de Robert y su ejército había obligado a los MacDunn a ponerse a trabajar
para prepararse para el ataque. Alex había asignado tareas a todo el mundo del clan conforme a sus capacidades. Mientras los hombres más en forma entrenaban para el combate, los ancianos trabajaban en la fortificación del castillo y en la preparación de las armas. A aquellos que eran demasiado jóvenes para participar en la batalla se les había encomendado reunir piedras pesadas de los alrededores y amontonarlas en el parapeto, desde donde serían arrojadas sobre los MacSween cuando intentasen trepar por los muros. Las mujeres MacDunn estaban ocupadas almacenando grandes cantidades de comida en previsión de un posible y largo sitio y también ayudaban a fabricar miles de flechas. Incluso las más jóvenes trabajaban duro, llenando los enormes calderos colocados sobre la puerta de la muralla con innumerables cubos de agua, que se mantendrían hirviendo hasta que fueran volcados sobre los MacSween cuando intentaran romper la puerta. Cuando llegara Robert, encontraría a los MacDunn preparados para recibir su ataque.

Hasta qué punto estarían dispuestos a sacrificarse por una bruja no grata y por la hija fugitiva de un laird, era otro asunto.

Gwendolyn frunció el ceño y pestañeó ante la penumbra al empujar la puerta de su habitación. Alguien había cerrado las contraventanas, bloqueando la entrada de la luz de la tarde. Al principio sospechó que era para conservar la esencia de alguna hierba humeante con objetivo de alejar su perversidad, pero el aire estaba relativamente despejado. Incapaz de imaginar por qué alguien querría privar su dormitorio de luz, avanzó hacia la ventana e intentó abrir las contraventanas. No cedieron. Se dirigió a la siguiente y comprobó que también se encontraba totalmente cerrada. Se inclinó para examinar el pestillo, intentando descubrir qué era lo que las mantenía bloqueadas. De repente consciente del susurro de un sonido, comenzó a volverse.

El dolor estalló en su cabeza, brillante y paralizador.

Y entonces no hubo nada.

—¿Es verdad que Brodick sujetó un puñal contra tu garganta? —le preguntó David.

—Ten por seguro que el muy bestia lo hizo —contestó Isabella, aún enfadada porque le habían ordenado volver a su sitio al otro lado del patio—, y me dijo que si respiraba lo más mínimo me cortaría la cabeza y la pisotearía bajo los cascos llenos de excrementos de su caballo.

David consideró esto por un momento.

—Costaría mucho trabajo cortar la cabeza de alguien con un puñal. En los cuentos de Gwendolyn los guerreros usan una espada o bien un hacha,

—Supongo que habría recurrido a su espada una vez que me hubiera desplomado en el suelo —conjeturó Isabella—. ¡Pero no hasta después de que hubiera sufrido el dolor más terrible, siendo mi última visión la de él sentado en su montura a más altura que yo, su boca contraída con una sonrisa perversa mientras contemplaba mi sangre fluir como un río escarlata a mi alrededor!

—¡Eso es fantástico! —exclamó David—. ¿Cuentas historias?

—Por supuesto que no —replicó, contrariada.

—¡Pero serías magnífica en ello! Como Gwendolyn. Isabella lo miró vacilante durante un momento, entonces se dio cuenta de que en realidad le estaba haciendo un cumplido.

—¿Tú crees?

—Desde luego sabes dar color a las palabras —observó Clarinda, añadiendo otra flecha empendolada con minuciosidad al gran montón apilado junto a su silla.

Isabella estaba encantada.

—¡Vaya, gracias, Clarinda! Eres muy amable.

—Quizá podrías venir a mi habitación esta noche y contarme una historia —sugirió David—. Estoy seguro de que a Gwendolyn no le importará, ya que eres una amiga de su clan.

—¿Te dijo eso Gwendolyn? —preguntó Isabella, sorprendida.

—Por supuesto —dijo David, aunque en el fondo no podía recordar sus palabras exactas—. Vimos tu llegada desde la ventana de mi dormitorio, y me dijo quién eras. No se me permitió salir para saludarte, naturalmente, porque estoy enfermo.

—Pareces estar muy bien hoy —comentó Isabella.

—Me siento mejor desde que Gwendolyn dejó de alimentarme.

—¿Dejó de alimentarte?

—Es parte de un conjuro —le explicó—, para ayudar a curarme.

—Sí te alimenta —interpuso Clarinda—, pero sólo con determinados productos y en cantidades limitadas.

—¿No pasas hambre? —preguntó Isabella.

—Algunas veces —admitió—. Pero hoy me ha permitido comer un cuenco de gachas de avena con mi pan, y si mañana sigo encontrándome bien, puede que tome una rodaja de manzana.

—Ese hechizo nunca funcionaría conmigo, me temo —dijo Clarinda, con una sonrisita—. ¡Con mi pequeño creciendo tanto, ahora como más que Cameron!

—Tengo un poco de hambre —Isabella aspiró aire y arrugó la nariz—. MacDunn debería realmente hablar con los hombres del horno. Están quemando el pan hasta las cenizas.

—¡Fuego! —gritó Cameron, señalando de repente con su espada—. ¡En la torre oeste!

Alex miró horrorizado a la nube negra que salía de las ventanas cerradas de la alcoba de Gwendolyn. Bajó la vista hacia el lugar donde había estado sentada con David, esperando encontrarla allí.

Y entonces empezó a correr.

El humo salía por debajo de la puerta. El corazón de Alex en un puño mientras tiraba del pestillo de la puerta hacia arriba. La pesada puerta no se movió. La golpeó con los hombros, soltando un gruñido por el esfuerzo. Al ceder la puerta, una nube abrasadora y asfixiante salió proyectada desde la habitación. Tosió violentamente y tropezó al entrar. Estaba oscuro excepto por las llamas refulgentes que bailaban sobre la cama, deleitándose con voracidad sobre un montículo inmóvil. Fue arrollado por un miedo paralizador. Su voz, quebrada por la desesperación, pronunció su nombre. Apretó los puños mientras clavaba los ojos inútilmente en la pira resplandeciente, pestañeando por el contacto con la punzada acre del humo. Le había fallado. La había salvado del fuego una vez, pero no importaba. Al final las llamas la habían

encontrado. Se dejó caer de rodillas y gimió, luchando por sujetar los hilos tensos de su cordura, los cuales amenazaban con soltarse mientras observaba cómo las llamas la consumían.

De repente se escuchó una tos amortiguada.

Desconcertado, Alex se puso en pie.

—¡Gwendolyn! —gritó, buscando en la oscuridad nebulosa.

De nuevo se oyó la tos, un sonido minúsculo, semejante al de un pájaro, que fue suficiente para guiarle hasta ella.

Con los ojos llorando a causa del terrible humo, pasó tambaleándose junto a la cama que ardía y la encontró desplomada en un montículo sobre su propio cuerpo en el suelo. La tomó en sus brazos, estrechándola con fuerza contra su pecho y salió corriendo de la abrasadora tumba.

—¡Dios santo, Alex! —dijo Brodick. Corrió hacia él para tomar a Gwendolyn de sus brazos mientras una docena de hombres con cubos de agua irrumpían en la habitación para combatir las llamas.

—Yo la llevaré —dijo Alex con voz crispada, agarrándola aún con más furor.

—¡Despejad la escalera! —ordenó Cameron, agitando las manos a los hombres que se estaban agolpando escaleras abajo—. ¡Dejad paso!

Alex se precipitó por ellas con su preciada carga, completamente consciente de lo pequeña y frágil que era entre sus brazos. «No morirá
—se dijo para sí con furia, en una carrera a lo largo del corredor—. No puede.»

—¡Dios mío, Alex! ¿Está muerta? —gritó Robena, apareciendo de repente por el vestíbulo. Su rostro pálido por la conmoción.
—No —le respondió con sequedad—, está viva. Robena lo miró en silencio compasivo, como si pensara que su locura le imposibilitara aceptar la realidad.

En ese momento Gwendolyn tosió de nuevo.

—Llévala a mi habitación —se ofreció Robena, recuperando con rapidez la serenidad—. Yo la atenderé.

Alex no se detuvo, sino que continuó por el pasillo hacia sus aposentos.

—¡Alex, no puedes llevarla a tu habitación! —protestó Robena—. ¡No es apropiado!

Abrió la puerta de una patada.

—¡Maldita sea, no me importa en absoluto si es correcto o no!
—gruñó—. ¡Me pertenece, y cuidaré condenadamente bien de ella!

Entró y depositó a Gwendolyn con cuidado en la cama. Emitía unos sonidos horribles por la asfixia, luchando por expulsar el humo de sus pulmones.

—Tranquila, ahora —la calmó Alex, ayudándola mientras se esforzaba por sentarse—. Respira despacio, Gwendolyn. Tranquila.

Gwendolyn no podía responder, ya que su pecho y garganta estaban tensos, haciéndole imposible inhalar siquiera una gota de aire. Tosía y tenía arcadas, era evidente que de un momento a otro iba a verse anegada en una flema espantosa y ardiente que latía en su garganta.

De repente se echó hacia el lado de la cama y vomitó.

—Elspeth debe sangrarla —dijo Robena al tiempo que Elspeth entraba por la puerta.

—Su cuerpo debe ser purgado —corroboró Elspeth.

—¡No la tocarás, Elspeth! —dijo Clarinda con furia, entrando con su característico contoneo de pato detrás de ellas—. ¡Sólo quieres hacerle daño!

—¡Cómo te atreves! —exclamó Elspeth, sus ojos crispados de ira—. ¡Decir una cosa así después de los cuidados que te presté cuando trajiste a ese niño muerto al mundo!

—¡Ah, sí! —respondió Clarinda con sarcasmo—. ¡Y durante todo el proceso cuando gritaba atormentada mientras estaba dando a luz, me decías que era castigo de Dios y que debía soportarlo en silencio, y cuando mi pobre pequeña nació estrangulada, me dijiste que había enfurecido a Dios con mis pecados y mi lujuria, y por ello se llevó a mi bebé como castigo! ¡Fueron unos cuidados magníficos, realmente buenos!

—Clarinda y yo la atenderemos —anunció Marjorie, quien había entrado también a la habitación—. No necesitamos tu ayuda, Elspeth.

—MacDunn —dijo con firmeza Elspeth—, no puedes permitir...

—¡Fuera de aquí! —gritó Alex—. ¡Todas! Las mujeres lo miraron
desconcertadas.

—¡Fuera! —rugió, avanzando amenazador hacia ellas.

Se volvieron y se escabulleron con rapidez en el pasillo.

Alex cerró la puerta de golpe, bloqueando el paso a los miembros del clan que se habían reunido en el corredor. Estaban impresionados por su comportamiento. No había duda de que pasarían el resto del día discutiendo si estaba volviéndose de nuevo loco o no.

Quizá lo estaba.

Gwendolyn dejó de vomitar y yacía debilitada sobre la cama, tosiendo. Alex humedeció un paño, se sentó junto a ella, y empezó a limpiarle la cara.

—Respira hondo, Gwendolyn —le pidió con voz queda, pasando el paño con agua fría sobre sus mejillas manchadas y por los labios—. Eso es, despacio... ahora suelta el aire. Muy bien. Ahora inspira de nuevo.

Continuó murmurándole palabras de consuelo mientras su respiración se iba haciendo regular. Cuando su pecho empezaba ya a elevarse y descendía con relativa facilidad, fue a buscar una copa de agua para ella.

—Enjuágate la boca y escupe luego en esta cubeta. —La incorporó una vez más y le sujetó el pelo hacia atrás, asegurándose de que la seda negra no caía cerca del recipiente. Gwendolyn se apoyó alicaída contra el brazo de él, tomó la copa de sus manos y obediente se enjuagó la boca.

—Ahora da unos pequeños sorbos de agua. Te ayudará a calmar el ardor de la garganta. Muy bien —la consoló Alex—. Tu vestido está ennegrecido por el humo. Deja que te ayude a quitártelo.

Demasiado enferma para preocuparse por el pudor, Gwendolyn alzó los brazos y permitió que Alex desabrochara su vestido por detrás y se lo sacara por la cabeza, dejándola sólo con la combinación. Arrojó el vestido al suelo, con rapidez le quitó los zapatos y las calcetas, a continuación echó hacia atrás los cobertores de su cama y la tumbó sobre las sábanas limpias.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó, cubriéndola delicadamente con un tartán.

Asintió e hizo una mueca de dolor.

Alex con cautela recorrió con los dedos su cabeza. Gwendolyn se encogió cuando le rozó un bulto enorme en la coronilla. Controlando su expresión, observó la sangre que manchaba sus dedos. Si Gwendolyn se hubiera desmayado a consecuencia del humo, no se hubiera desplomado sobre la coronilla.

Alguien la había golpeado y abandonado para que muriera presa del fuego, advirtió con dureza.

Se inclinó y empezó a limpiar el vómito del suelo, intentando controlar su ira. Limpiar vómitos era una tarea a la que se había acostumbrado durante los largos meses que cuidó a Flora. Al principio tuvo a todos los curanderos que pudo encontrar junto a su lecho, pero al final, cuando era obvio que iba a morir, se negó a permitir que ninguno de ellos se acercara y prefirió cuidar de ella él mismo. El frotar la piedra desgastada le ayudó a aclarar sus pensamientos. Dios le había negado a Flora y a su hijo la bendición de una salud adecuada, y pesar de toda la ira y determinación de Alex, finalmente no había nada que él pudiera hacer para protegerles. Pero no había sido Dios el que había encerrado a Gwendolyn en su alcoba y prendido el fuego.

Fue alguien de su clan.

—¿Puedes decirme lo que sucedió, Gwendolyn? —le preguntó dejando a un lado el paño y la cubeta.

—No... no estoy segura —dijo con voz rasposa. Alex acercó una silla a la cama para sentarse.

—¿Había fuego en tu habitación cuando entraste?

—No. Recuerdo que estaba muy oscura, porque las contraventanas estaban cerradas. Pero aquello era extraño porque yo nunca las cierro.

Lo cual quería decir que quien prendiera el fuego las había cerrado primero, reflexionó Alex. O bien querían retener el humo para hacerlo más mortífero, o intentaron asegurarse de que nadie notara la nube escapándose de la torre hasta que fuera demasiado tarde. Su cólera reprimida se intensificó.

—¿Qué ocurrió luego?

—Fui a la ventana e intenté abrir las celosías. Pero resultó imposible. Me dirigí a otra y no pude abrirla tampoco. Y entonces... —se detuvo de pronto, recordando.

—¿Y entonces, qué?

Gwendolyn vaciló. Sabía que los MacDunn la temían y despreciaban. Nunca lo habían ocultado. Pero aunque no era bien recibida por ellos, esta última semana se había permitido a sí misma pensar que al menos aceptaban su presencia. Se había equivocado, reconoció, tragando saliva con dificultad. Los MacDunn querían destruirla, exactamente como su propio clan.

—¿Quién te golpeó, Gwendolyn? Ella lo miró sorprendida.

—Tienes un bulto sangrando en la cabeza —le explicó—, que no pudiste hacerte al caer al suelo. Y cuando caíste la vez anterior por la escalera —añadió vacilando—, te ayudó a hacerlo un cordel largo estratégicamente colocado.

La conmoción le arrebató la última señal de color de su rostro.

—Morag no te envió jamás esa nota —continuó con expresión siniestra—; no sabe escribir.

Reflexionó sobre todo esto durante un momento antes de preguntarle con serenidad.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Temía que te pudieras marchar —le explicó con tono de disculpa—. Y necesitaba que te quedaras... por el bien de David. Así que ordené a Cameron, a Ned y a Brodick que te protegieran.

Es por eso por lo que siempre había uno cerca. Gwendolyn había pensado que los guerreros estaban observándola para asegurarse de que no escapaba. Por el contrario estaban intentando velar por su seguridad.

—Desgraciadamente, esta tarde te escabullíste del patio mientras los tres estaban ocupados en el entrenamiento —declaró Alex con frustración—. No nos dimos cuenta de que te habías ido hasta que vimos el humo.

—Deberías habérmelo dicho, MacDunn.

Tenía *razón,* reconoció. Quizá si lo hubiera sabido, hubiera tenido más cuidado.

—¿Viste quién te golpeó, Gwendolyn? Hizo un movimiento negativ con la cabeza.

—Estaba oscuro y quienquiera que lo hiciera estaba detrás de mí. Cuando me desperté la habitación estaba en llamas y tú me llevabas en brazos.

Cerró los ojos, luchando contra la congoja que la embargaba. Ya fuera por el fuego de la hoguera o el de su dormitorio, o por una caída por las escaleras en la que se rompiera el cuello, siempre existirían aquellos que quisieran matarla. Era inevitable mientras la gente pensara que era una bruja. Y nunca sería capaz de convencer a los MacDunn de que no lo era. Irónicamente, había aceptado aquel papel para salvar su vida. Se ag rró a la manta, sintiéndose perdida y asustada.

Alex vio cómo sus nudillos emblanquecían en contraste con el verde oscuro de su tartán.

—Encontraré a la persona que lo hizo, Gwendolyn. Y cuando lo haga, la mataré.

—¿Y qué harás si descubres que es todo el clan quien quiere mi muerte, MacDunn? —le preguntó a media voz—. ¿Los matarás a todos?

—No es todo el clan.

—Eso no lo sabes con certeza. Cada vez que David empeora, tu gente cree que lo estoy matando. Parece que han olvidado que estaba gravemente enfermo bastante antes de que yo llegara.

—Tienen miedo de ti y de tus métodos. Pero eso no quiere decir que estén conspirando para matarte. Si fuera verdad, hubieras muerto hace mucho tiempo.

—Podría haber muerto, si hubiera bebido una de las pócimas de Lachlan.

—Es cierto. Pero ¿no has notado que ha dejado de ofrecértelas?

—Eso es porque tiene miedo de tu cólera.

—Quizá. O puede que le hayas empezado a gustar. Gwendolyn lo miró incrédula.

—A Lachlan no le gusta nadie.

—Claro que sí. —Alex se levantó de la silla—. Lo que ocurre es que no es muy bueno demostrándolo —la arropó mejor con la manta—. Descansa un poco, Gwendolyn —le

murmuró, apartando un mechón azabache de su mejilla—. Me quedaré y cuidaré de ti, así sabrás que estás a salvo. Intenta apartar esto de tu mente y duerme.

No estaba a salvo, reflexionó Gwendolyn desconsolada, y jamás lo estaría mientras permaneciera allí. Sin embargo, las palabras amables de Alex habían caído sobre ella como agua templada, haciéndole recordar el timbre grave de la voz de su padre cuando solía acostarla y ella era pequeña. Gwendolyn se rindió ante su agotamiento y cerró los ojos. Oyó cómo Alex se reclinaba en su silla, preparándose para vigilar su sueño.

Y justo cuando empezaba a sumergirse en la oscura neblina del sueño, él posó su poderosa mano sobre la de ella con gesto protector, y, por un instante fugaz, se sintió a salvo.

Capitulo 10

la lluvia azotaba la enorme fortaleza sombría, haciéndola resplandecer como una joya negra en contraste con el cielo plúmbeo.

Era una impresionante estructura desoladora, con el objetivo de intimidar más que de atraer. No se había hecho ningún esfuerzo por agraciar el castillo con una pizca de calor o un toque caprichoso. En cambio era un baluarte de defensa, con altísimas murallas de unos dieciocho metros, coronadas con sólidas almenas, y cuatro inmensas torres redondas distribuidas a intervalos regulares con abrumadoras aspilleras. Unas plataformas inteligentemente fabricadas habían sido construidas en la parte exterior de la muralla principal, desde las cuales los guerreros estarían mejor situados a la hora de arrojar pesados cantos rodados y agua hirviendo sobre los atacantes que treparan para alcanzar la muralla. La base de los muros también se extendía a unos seis metros de profundidad, haciendo temerario el intento de excavar bajo ella. Robert sentado sobre su montura, estudiaba la fortaleza, sin prestar atención a la lluvia glacial que le golpeaba. El castillo de MacDunn no iba a ser fácil de penetrar. Pero incluso las fortificaciones más formidables tenían una debilidad.

Sonrió.

Cuan fortuito era el hecho de que su sobrina hubiera buscado asilo en el mismísimo hombre que la había raptado. Cuando, en un principio, Isabella regresó de su secuestro, su hermano, un loco perdido, se había negado a permitir que Robert condujera un ejército a las tierras de MacDunn. Isabella estaba en casa a salvo tal y como MacDunn había prometido, y además MacDunn había enviado una generosa recompensa junto a una extraña nota de disculpas, declarando que necesitaba a la bruja para comunicarse con sus pajaritos, cuya compañía encontraba mucho más estimulante que la de las personas. En cuanto a Cedric, esto confirmaba el hecho de que el laird estaba completamente loco y por lo tanto no se podían tener en cuenta sus extraños actos. Por lo que se refería a Cedric el asunto estaba zanjado. Culpó a Robert de la muerte de sus guerreros; MacDunn no se hubiera visto obligado a asesinarlos si Robert hubiera obedecido sus órdenes de no ir tras él. Con respecto a la bruja, Cedric pensaba que su captura no tenía grandes repercusiones, ya que los MacDunn planeaban quemarla de todas formas.

Robert se encolerizó e intentó hacer ver a su insípido hermano que era su deber como laird vengar la ofensa de los MacDunn. Al no poder disuadirle de ningún modo, Robert, para despertar el interés de Cedric, le contó que los MacDunn habían violado a su hija y que esta estaba embarazada. Horrorizado ante la perspectiva de tener un nieto bastardo, Cedric propuso una inmensa dote en oro a aquel hombre que se casara con su humillada hija enseguida. Robert de inmediato dispuso que uno de sus guerreros se ofreciera a Isabella, bajo la condición de que, en secreto, toda la dote fuera a parar íntegra a sus manos. Convenció con facilidad a Derek de que la boda con su sobrina era recompensa suficiente. La chica era desesperadamente estúpida y consentida, pero muy atractiva, y su terquedad podía ser doblegada; una labor con la cual el guerrero musculoso disfrutaría con toda seguridad. Isabella era poco menos que una niña que había pasado toda su vida criada entre algodones y un bocado tan tierno sería fácil de controlar. Una sola noche obligada a soportar la brutalidad de los juegos amorosos de Derek, y empezaría a gimotear y a suplicar misericordia.

Desgraciadamente para Robert, mientras que por un lado Cedric aceptaba la propuesta de matrimonio de Derek, por otro aún se negaba a ordenar un ataque. ¿Qué se conseguiría, se preguntaba su hermano, con enviar a tantos hombres para combatir a un laird medio loco? ¿Valía la pena ir a la guerra por la pérdida de una condenada bruja? Por más que lo intentó, Robert no consiguió que cambiara de parecer. Y entonces, Isabella se escapó.

Aunque Cedric no podía comprender por qué su hija iba a regresar con el hombre que la había violado, no había duda de que debía ser traída de vuelta. De este modo, finalmente Robert consiguió su ejército, con la orden de buscar a su sobrina. Por supuesto, Cedric pensaba que la fuerza no era necesaria. Pero ahora que tenía a sus guerreros, Robert es-taba al fin al mando. En realidad, no le importaba en absoluto el que Isa-bella regresara o no con él.

Todo lo que quería era a Gwendolyn y la piedra. Cuando MacDunn apareció por primera vez en su busca, Robert temió que estuviera enterado de la existencia de la piedra y que la quisiera para él, y ese arriesgado rescate de Gwendolyn cuando estaba a punto de ser quemada, reforzó sus sospechas. Pero al encontrarse con MacDunn en el bosque aquella misma noche, no estaba seguro de que tuviera conocimiento del poderoso talismán dejado a Gwendolyn por su madre, a pesar de las insinuaciones de MacDunn. Gwendolyn y su padre habían guardado cautelosos su secreto durante muchos años, tanto como debieron.

Durante el año anterior, Robert había estado observando a Gwendolyn, consciente de que la silenciosa y extraña niña a quien todo el mundo consideraba una bruja se había convertido de repente en una mujer. Al principio la ojeaba desde la distancia, incapaz de comprender qué era lo que le atraía hacia ella. Toda su vida había preferido a las rubias, de hermosas carnes, con pecho redondeado y sonrientes bocas sonrosadas. Sentía un increíble placer al ver la alarma nublar sus ojos de conejas y observar cómo la dulce sonrojez de la inocencia desaparecía para tornarse en puro terror mientras las sujetaba con fuerza dañina y las poseía. Ninguna chica volvía a ser la misma después de que acabara con ella.

Con ese manto azabache de cabello cayendo sobre esa piel tan pálida, y ese cuerpo tan delgado que parecía como si pudiera quebrarse con apretarlo demasiado fuerte, Gwendolyn no se parecía nada al tipo de chica por el que normalmente se sentía atraído. Y sin embargo, no había sido capaz de dejar de pensar en ella. Noche tras noche se la imaginaba atrapada bajo su cuerpo mientras se introducía en ella, apretando con sus manos aquellos diminutos senos blanquecinos, sus piernas inmovilizando sus esbeltas piernas que se retorcían con violencia. Aquella imagen lo hechizaba, hasta que finalmente sus preferencias por otras mujeres se disiparon. Tendría a Gwendolyn, aunque sólo fuera para aplacar su lujuria y demostrar que no era tan remotamente seductora como se la imaginaba.

Comenzó a visitar su casa, fingiendo una amistad con su padre para tener mejor acceso a ella. El padre de Gwendolyn había llevado una existencia aislada de los MacSween a causa de su hija y estaba más que entusiasmado de disfrutar de la compañía honorable del hermano del laird. Sin embargo, Gwendolyn siempre se mostraba fría, retirándose a su habitación o abandonando la casa cuando los visitaba. De un modo extraño, el hecho de que ella no se sintiera atraída por él ni le tuviera miedo despertaba aún más su lascivia. Robert llevaba generosos regalos de vino y cerveza a su padre, con la esperanza de que finalmente cayera en un sueño profundo, dejando a Robert a solas con su presa. Una noche, después de una docena de jarras de una cerveza particularmente fuerte, John MacSween embriagado enterró su cabeza entre los brazos y empezó a sollozar. Se lamentó de la cruel pérdida de su mujer y de la responsabilidad de criar a una niña huérfana de madre que estaba destinada a heredar sus grandes poderes. Pensando que se refería a los rumores sobre la brujería, Robert terminó su copa y se mofó de que su hija no era más bruja que él.

El padre de Gwendolyn lloró incluso con más frenesí y le habló de la piedra encantada que Gwendolyn iba a heredar.

Había afirmado que se trataba de una gema de claridad excepcional y de una belleza sin par, que perteneció en otro tiempo a Kenneth MacAl-pin, rey de los pictos, unos trescientos cincuenta años antes. Se decía que Kenneth había robado la piedra a una hechicera y usado sus poderes para ganar una batalla vital. Sin embargo, la siguiente vez que Kenneth invocó a la piedra para vencer a su enemigo le falló, ya que tenía el poder para conceder un único deseo cada cien años. De cualquier modo la piedra cayó en poder de la familia de la madre de Gwendolyn y fue confiada a través de los siglos de madre a hija; cada depositario era encargado de mantenerla a salvo hasta que llegara la hora de invocar sus poderes una vez más. Y ese, su padre atestiguaba, era el legado de Gwendolyn, ya que la piedra estaba de nuevo preparada con poderes.

Despertada su curiosidad, Robert le pidió ver la piedra, pero el padre de Gwendolyn se negó, diciendo que era demasiado peligroso. Robert se enfadó y le ordenó que le entregara la piedra, diciendo que lo que pertenecía a un miembro del clan era por derecho propiedad del laird, y que

por tal *razón* lo denunciaría a su hermano. John le acusó de quererla para sí mismo. Enfurecido por su hostilidad, Robert empezó a destrozar la casa, buscando la gema. El padre de Gwendolyn intentó detenerle, pero el anciano loco embriagado no era rival para él. En la lucha que continuó, Robert rodeó el cuello del anciano con sus brazos, tirando de él y se lo rompió. No tenía intención de matarlo, pero el alcohol le había nublado el juicio y no fue consciente de la fuerza con la que apretó. John MacSween cayó de espaldas muerto, justo cuando entraba Gwendolyn.

Robert no tuvo otra opción que culparla de la muerte.

—Hoy parece estar todo muy tranquilo por allí —observó un guerrero de cabellos oscuros y una horrible brecha bajo el ojo. Derek detuvo el caballo junto a él.

—Es evidente que no les gusta mojarse —resopló con desdén.

—Puede que no estén entrenando, pero MacDunn tiene guerreros apostados a cada tres metros a lo largo del parapeto —replicó Robert—. Es difícil verlos a causa de la lluvia. Y apostaría a que en cada aspillera de aquellas torres hay un arquero vigilante y preparado.

—Si sabe que venimos, ¿por qué no atacamos sencillamente ahora?

—preguntó Hamish, frunciendo el rostro contra la lluvia—. Llevamos ya tres días acampados aquí. Los hombres están empezando a inquietarse.

—¿Crees sinceramente que tendríamos alguna posibilidad atacando en medio de esta recia tormenta, mientras que los MacDunn están calientes y secos entre esos muros? —preguntó Robert—. Sólo un loco enviaría a unos hombres empapados a combatir, medio cegados por la oscuridad y la lluvia.

—Deberíamos haber atacado ayer cuando la torre estaba en llamas

—reflexionó Giles, moviéndose incómodo sobre su caballo—. Hubiera sido fácil sorprenderles mientras su castillo estaba ardiendo.

—Y cada hombre sano armado por completo y listo para la batalla

—Robert arrastró las palabras con sarcasmo—. Preferiría no irrumpir mientras los guerreros de MacDunn están reunidos fuera practicando. Además, no había manera de saber lo grave que fue. Dado lo rápido que lo controlaron, daba la impresión de ser poco más que una chimenea

bloqueada.

—¿Así que cuándo vamos atacar? —preguntó Derek impaciente.

—Cuando dé la orden —espetó Robert—. Ahora volved a vuestras posiciones.

Los tres guerreros se miraron entre sí malhumorados; a continuación guiaron a sus caballos de vuelta al campamento. Derek estaba ansioso por reclamar a su prometida, mientras que los otros odiaban a MacDunn por haberles robado a su bruja y matado a miembros de su clan. La venganza y la brutal restauración del honor de los MacSween predominaba en sus mentes. Robert les había dejado claro que podían hacer lo que quisieran con las mujeres MacDunn, pero no se debía tocar a la bruja. Por el contrario, ella e Isabella serían llevadas a su presencia, de modo que pudiera conducirlas de nuevo a sus tierras. En el momento que tuviera la piedra, se haría a sí mismo soberano de Escocia.

En cuanto a Gwendolyn, disfrutaría destrozándola antes de darle muerte.

-Es una habitación sombría —dijo Gwendolyn, intentando en vano calentarse las manos junto al fuego.

—¿Lo crees? —Morag se reclinó sobre su silla y echó un vistazo alrededor—. Siempre he pensado que es una alcoba bonita, para mí... mucho más agradable que la de la torre. En un día soleado, esas ventanas de arco dejan entrar una cantidad de luz maravillosa. Por supuesto, nunca te lo imaginarías con esta terrible tormenta todavía bramando ahí fuera —lanzó una mirada significativa de soslayo a Gwendolyn.

—Yo no comencé esta tormenta, Morag.

—Nunca dije que lo hicieras, ¿verdad?

—No tengo el control absoluto sobre el tiempo, lo sabes.

—Desde luego que no.

Gwendolyn suspiró. Desde hacía dos días se había desatado una violenta tormenta, y los MacDunn estaban convencidos de que ella era la causante. A ella no le gustaba el frío más que a ellos, aunque ciertamente reflejaba su humor. Hasta que no se vio envuelta en aquel fuego, no había comprendido la dimensión del odio de los MacDunn hacia ella. Sabía que la temían, pero nunca se le había ocurrido que podrían realmente intentar asesinarla. La intensidad de su aversión la hirió profundamente, ya que había sido una estúpida por permitirse pensar que los MacDunn habían empezado a aceptar gradualmente su presencia. Se había equivocado. Los MacDunn no la aceptaban más de lo que había hecho su clan.

Ahora que había comprendido lo mucho que querían deshacerse de ella, tenía que marcharse. Pero ¿quién cuidaría de David cuando se hubiera ido? Se preguntó con desesperación. ¿Qué ocurriría si caía gravemente enfermo de nuevo ? Elspeth se aferraría a él como una sanguijuela gigante, atormentándole con sus métodos repulsivos, intentando dichosa purgar la perversidad de Gwendolyn de su diminuto cuerpo. El pobre David se encontraría indefenso para hacer nada excepto estar tumbado en la cama. Se sentiría abandonado por Gwendolyn. Y si muriese, ¿qué ocurriría con MacDunn? Ella conocía a Alex lo bastante bien para comprender que, a pesar de toda su fuerza, la muerte de su hijo le destrozaría. Podría descender al refugio de la locura, para nunca jamás volver a resurgir. ¿Cómo podría dejarles sabiendo esto? Tiró del tartán que le cubría los hombros con fuerza, sintiéndose sola y confundida.

—Quizá la tristeza que sientes viene desde dentro—sugirió Morag con voz sosegada.

Gwendolyn consideró esto por un momento, luego agitó la cabeza.

—He sentido la tristeza en esta habitación desde el instante que entré. El espacio está cargado de infelicidad; está en las paredes, en el techo, en el suelo... en el mismo aire. Y la alcoba nunca se caldea, ni siquiera cuando el fuego está ardiendo —se frotó sus heladas manos—. ¿A quién pertenece esta estancia?

—A nadie. Fue ocupada un cierto tiempo por la esposa de MacDunn, Flora. Murió aquí.

Por tanto aquel era el sufrimiento que Gwendolyn sentía. La mujer de MacDunn había yacido allí padeciendo un dolor espantoso, sabiendo que iba a morir y apenada por dejar a su marido e hijo solos. Sin duda su angustia había empapado esas paredes de gruesas piedras.

—¿No compartía Flora la habitación de MacDunn? —preguntó.

—Lo hizo hasta que su enfermedad la confinó en su lecho. Después de aquello los curanderos dijeron que su habitación debía ser sellada para prevenir los efectos nocivos de la luz excesiva y del aire exterior, y la llenaron de humo curativo. Flora no quería que MacDunn tuviera que soportar el calor constante y la penumbra, así que pidió que la trasladaran a una habitación independiente próxima a la de él. Pero Alex permaneció aquí con ella cada noche a pesar de sus protestas. Él le dijo que no podía dormir sin ella, haciendo parecer como si ella le estuviera ayudando al permitírselo. Creo que también le hacía sentirse mejor a él; por la noche, la mantenía a salvo en sus brazos, intentaba protegerla —reflexionó en silencio—; ciertamente reconfortaba a Flora. Hacia el final, cuando era obvio que ya no se podía hacer nada por ella, Alex la cuidaba también durante el día. Sabía que Flora podía necesitarle en cualquier momento, y quería estar con ella cuando llegara la hora.

Gwendolyn pensó en ello en silencio. Dado que Alex nunca pasaba tiempo cuidando a David, Gwendolyn siempre había supuesto que no tenía experiencia en tratar con la desgracia de la enfermedad, aparte de como testigo impotente y atormentado. Pero después de lo del fuego, cuando él la había atendido y limpiado con tranquilidad y habilidad bondadosas, se había dado cuenta de que estaba equivocada. MacDunn estaba demasiado familiarizado con los deberes relacionados con la atención a un enfermo.

Y los había aprendido en aquella misma habitación.

—¿Es ésta la cama en la que murió Flora? —preguntó, examinando el mueble elegantemente tallado en el centro de la estancia.

—No —respondió Morag—. La cama de Flora estaba adornada con un espléndido dosel amarillo que MacDunn mandó hacer especialmente para ella. El interior estaba bordado con montañas, y flores silvestres, y una pequeña cascada que daba la sensación de fluir justo hasta el extremo del dosel. Quería que tuviera algo agradable a lo que mirar mientras estaba tendida aquí. Pero los curanderos mantenían la habitación tan humeante y oscura, que era

difícil para ella poder verlo. No obstante, Flora nunca dejó que MacDunn se enterara de ello —sonrió con tristeza—. Le dijo que había memorizado cada flor y brizna de hierba, de modo que podía verlo incluso cuando tenía los ojos cerrados. Era una joven muy dulce, lo era. El clan la adoraba. —Su expresión se hizo distante.

«Y obviamente era también muy amada por MacDunn», meditó Gwendolyn.

—¿Por qué MacDunn no ha conservado la cama aquí, Morag?

—Después de su muerte, MacDunn mandó quemarla. Gwendolyn la miró sorprendida.

—¿Por qué? ¿Temía que albergara su enfermedad?

—No. Dijo que no podía soportar mirarla. Le hacía pensar en el sufrimiento de Flora.

Gwendolyn se quedó pensativa al respecto antes de declarar con serenidad.

—La amaba mucho, ¿verdad?

—Así es. La amaba. Y Flora le amaba a él. Esa es la razón por la que les fue tan difícil despedirse.

—¿Lo dices porque MacDunn aún le habla? Morag vaciló.

—Sí —murmuró, volviendo la vista al fuego—. A eso es a lo que me refiero.

—Es fantástico ver que estás levantada, Gwendolyn —dijo Clarinda, entrando con su característico anadeo y una enorme bandeja—. Mira, te he traído un pequeño bocado.

—De verdad, Clarinda, no deberías coger cosas tan pesadas —le reprendió Gwendolyn. Se levantó para tomar la bandeja de sus manos, luego miró atónita a la montaña de comida—. ¿Viene más gente a cenar conmigo?

—Sólo yo —dijo sentándose—, y Morag puede que desee tomar algo.

—Me temo que no —dijo Morag, alargando el brazo hacia el bastón—. Estoy muy ocupada trabajando en una nueva crema para reducir las arrugas, y es hora de añadir más aceite de pescado. Si funciona, os daré a las dos un poco. Nunca es demasiado pronto para empezar a cuidarse la piel —aconsejó, desapareciendo por la puerta.

—¡Hay comida suficiente para alimentar a un pequeño ejército! —exclamó Gwendolyn.

—O a una mujer exageradamente embarazada —rió Clarinda, alargando la mano hacia un gran muslo asado de pollo—. No sé por qué, pero estos días tengo un hambre voraz. ¡Cameron dice que si continúo comiendo tanto, no quedará sitio dentro de mí para el bebé!

—Tienes muy buen aspecto. Debes de estar a punto de dar a luz. Clarinda relamió sus dedos con delicadeza.

—Creo que sí. Eso es por lo que me complace tanto ver que te encuentras mejor hoy. Esperaba que me ayudaras cuando el retoño decida finalmente que es hora de salir y ver el mundo.

—Yo... yo no puedo, Clarinda —balbuceó. Gwendolyn no tenía conocimientos sobre partos y no podía fingir que sabía. Además, había decidido dejar a los MacDunn tan pronto como fuera posible; quizá al día siguiente—. Elspeth no me permitiría atenderte. Estoy segura que cree que tener a una bruja presente en un nacimiento sólo traerá maldad.

—No importa lo que crea Elspeth; ella no estará allí.

—Pero Elspeth es la curandera del clan. Ella trae al mundo a todos los bebés de los MacDunn, ¿no es así?

—Sí, pero no a éste. Vas a hacerlo tú.

Gwendolyn se la quedó mirando fijamente, sin palabras. La magnitud de lo que Clarinda quería que hiciera era abrumadora. Cuidar de un niño moribundo a quien nadie había sido capaz de ayudar era una cosa, pero traer a un diminuto bebé era absolutamente otra cuestión. No podía fingir tener conocimientos o experiencia en un asunto tan delicado; no cuando la mismísima vida de Clarinda, o la del niño, podrían depender de ello.

—No puedo hacerlo Clarinda —dijo con voz de disculpa—. Nunca he asistido a una parturienta.

—Eso está bien —dijo Clarinda, sirviéndose un trozo enorme de pan—. Tengo intención de hacerlo sola. Lo único que necesito es que me ayudes en el proceso. Quizá puedas hacer un conjuro para mitigar el dolor, o hacer que el nacimiento vaya un poco más rápido.

Gwendolyn hizo un gesto negativo.

—Debe haber alguien más en el clan que pueda ayudarte.

—No quiero a nadie más. Quiero que seas tú.

—Pero no puedo...

—No puedo hacer esto sola, Gwendolyn. Y nadie más se atrevería a aceptar, por miedo a la cólera de Elspeth, y luego ella podría negarse a atender a sus familias cuando la necesitaran. Si me quedo sin nadie para que me ayude, Elspeth entrará cuando esté sobrecogida por el dolor y seré incapaz de mandarla fuera. ¿Lo entiendes? Posó sus manos con gesto protector sobre la enorme curva de su vientre—. No podría soportar tenerla cerca, diciéndome cómo Dios me está castigando por mis pecados provocándome dolor. Y si algo le ocurriera al pequeño y no me permitiera verlo... —su voz se quebró de repente.

Gwendolyn bajó la vista. No podía soportar ver a Clarinda preocupada.

—Te estoy pidiendo que me ayudes, Gwendolyn —dijo Clarinda, secándose las lágrimas que inundaban sus ojos—. Necesito que estés conmigo cuando no tenga fuerzas para continuar por mí misma. Si eres realmente mi amiga, no puedes negarte. Yo no te abandonaría si me necesitaras.

«Si realmente eres mi amiga.»

Aquellas palabras resultaban extrañas para Gwendolyn, ya que nunca había tenido una amiga. Jamás nadie de su clan había tenido deseos de relacionarse con ella. Después de todos aquellos años de aislamiento y rechazo, había aceptado la realidad de que nunca habría nadie en su vida, excepto su padre, que se preocupara por ella. Sin embargo, allí estaba Clarinda, que nunca le había demostrado nada sino su bondad y preocupación, pidiéndole su ayuda. Una sensación de calor fluyó de repente a través de Gwendolyn, disipando el frío que se había apoderado de ella en estos últimos días. Al ver que Clarinda había comenzado a temblar, Gwendolyn silenciosa se levantó de la silla y colocó su chai sobre su amiga.

—Traeremos a ese pequeño al mundo juntas, Clarinda —le dijo, arrodillándose para poder rodearla con sus brazos—. Te prometo que no me moveré de tu lado.

Clarinda la miró incrédula.

—¿Estás segura?

Gwendolyn apretó su mejilla contra la suave caída castaña de su cabello, al igual que una madre consolando a su hijo.

—Estoy segura —le susurró con suavidad.

—La tormenta se ha aplacado por fin —anunció Owen con alivio—. La bruja debe estar sintiéndose mejor.

—Una tempestad acérrima, si señor —dijo Lachlan, vertiendo con cuidado un poco de su última pócima en una copa—. Por todos los santos, debe haber estado furiosa. —Con cautela inhaló la bebida, arrugando a continuación la nariz con desagrado.

—¡Creo que yo también hubiera estado furiosa —dijo Marjorie—, si alguien hubiera intentado abrasarme viva en mi propia habitación!

—Fue un día triste para nuestro clan —lamentó Reginald, sacando brillo a su espada con un enorme trapo viejo—. No hay nada de honroso en encerrar a una mujer en una habitación en llamas. Un método muy repugnante para matar a alguien; incluso aunque se trate de una bruja.

—¿Y supongo que sería más honroso atarla a una estaca y prenderle fuego? —repuso Clarinda—. ¿Con todo el mundo presente para verlo?

—Dios mío, no —le aseguró Owen, con expresión de horror—. Bruja o no, nunca podría aprobar que alguien hiciera una cosa tan terrible.

—Ni MacDunn —añadió Morag—. Por eso la salvó de los Mac-Sween.

—La cuestión es ¿quién la golpeó en la cabeza y prendió fuego a su dormitorio? —se preguntó Munro.

—¿Por qué no nos lo explicas tú, Munro? —sugirió Robena, usando un tono áspero acusatorio—. La odias desde el día que dejó caer ese recipiente sobre tu cabeza.

—¡Jamás haría una cosa parecida! —los ojos de Munro se salieron de su órbita—. No tengo ningún motivo para desear su muerte.

—Dijiste que aparecía ante ti como un viejo dedo gordo del pie —señaló Lachlan—. Cualquier hombre podría cansarse de mirar algo así.

—No es tan espantosa como pensé en un principio —les aseguró Munro con rapidez—. En realidad, hay momentos en los que es casi atractiva.

—A mí también me lo parece —asintió Owen con entusiasmo—. Por supuesto, no es remotamente tan atractiva como tú, Morag —rectificó precipitado—; nadie lo es.

—Sinceramente, Owen —dijo Morag, ruborizándose—, qué soberano disparate.

—MacDunn estaba encolerizado cuando ocurrió —dijo Farquhar—. Ha jurado encontrar al culpable que lo hizo —dio un largo sorbo a su cerveza antes de terminar—. No me gustaría estar cerca cuando eso ocurra.

—También ha dicho que todos debemos cuidar de ella y asegurarnos de que no le ocurren más accidentes —añadió Ewan.

—¡Qué idea tan excelente! —exclamó Owen, frotándose las manos—. Me haría feliz cuidar de la joven. Empezaré ahora mismo. —Avanzó unos cuantos pasos, a continuación se detuvo y se volvió—. ¿Dónde se encuentra exactamente?

—Ha salido afuera con David —dijo Lettie, acomodando a su hijo en los hombros.

—¿Fuera? —dijo Owen—. ¡Dios mío, no creo que quiera irme afuera! Todo ese sol resplandeciente...

—¿Afuera? —estalló Reginald, espantado—. ¡Por Dios, los Mac-Sween pueden venir en cualquier momento! —Arrojó el trapo viejo y se precipitó hacia la puerta, arrastrando la espada consigo.

—¿Te encuentras bien, David?

—Estoy bien, Gwendolyn —le aseguró—. Por favor dame otra vuelta.

Sus mejillas estaban sonrosadas y sus ojos azules despejados mientras se inclinaba para dar unas palmaditas en el cuello de su caballo. Al principio Gwendolyn estaba preocupada de que el ejercicio resultara excesivo para él, pero el aire fresco y la excitación por sentarse a horcajadas en un caballo por primera vez le habían infundido una energía infantil que no había antes en él.

—Muy bien —cedió—, pero es la última vez. Después vamos a sentarnos en la hierba con Ned y comeremos. —Comenzó a guiar lentamente al pequeño caballo en un círculo hasta el fondo del patio, fuera de la vista de donde MacDunn estaba entrenando con sus hombres—. Apenas puedo creer que nunca hayas montado a caballo antes, David. Eres un jinete nato.

—¿De verdad lo crees? —Su cara resplandecía de orgullo.

—Absolutamente. ¿No opinas lo mismo, Ned?

—Tiene un aspecto increíble ahí arriba —replicó Ned, tallando un palo largo.

—Tendremos que decirle a tu padre que te dé lecciones de equitación —dijo Gwendolyn—. Quizá, si sigues encontrándote lo bastante bien, podrías empezar mañana.

El rostro de David se ensombreció.

—Mi padre no lo permitirá.

—¿Porqué no?

—No quiere que monte.

—Eso es porque has estado muy enfermo. En cuanto te encuentres bien, estoy segura de que le complacerá ayudarte a aprender. Todos los padres quieren que sus hijos aprendan a montar.

David agitó la cabeza.

—Mi padre nunca me lo ha permitido, incluso antes de ponerme enfermo. Decía que podía caerme y hacerme daño.

—Bueno, naturalmente que puedes caerte. Caerse forma parte del aprendizaje. Las caídas ocurren sobre todo al principio, cuando estás aprendiendo, y luego ya no te vuelves a caer.

—Pero mi padre no quiere que me caiga. Él siempre dice que tengo una constitución débil y que podría romperme mis frágiles huesos.

—No creo que vaya nada mal con tus huesos —dijo Gwendolyn, ligeramente exasperada con MacDunn por inducir al chico a que pensara que era así—. Y en cuanto a tu constitución...

—¡Quédate ahí, joven! —gritó Reginald, apareciendo por una esquina del castillo—. ¡Ya voy! —Se cubría los ojos con el brazo al tiempo que se encaminaba con dificultad y determinación hacia ella, seguido de un grupo agitado de MacDunn.

—¿Qué ocurre, Reginald? —preguntó con tirantez—. ¿Algo va mal?

—Sí, algo va mal, desde luego —le dijo Reginald, sus ojos y blancas cejas reducidos a una hendidura—. ¡Este sol es tan brillante que apenas puedo verte! ¿Cómo se supone que voy a protegerte con mis ojos ardiendo fuera de mi cabeza?

—Bien, muchacha, es fantástico ver que te encuentras mejor —añadió Owen, entrecerrando los ojos a través de su mano afilada—; pero, ¿no podrías reducir la luz tan sólo un poquito? Es duro para un anciano que no sale mucho.

—No sé de que estás hablando —dijo Lachlan, uniéndose a ellos—. Nunca sales en absoluto. —De repente advirtió a David sobre el caballo—. ¡Por el amor de Dios, baja al chico de esa bestia colosal! ¡Se caerá y se aplastará el cerebro!

—David está bien, Lachlan —le aseguró Gwendolyn—. No se va a caer, y si así fuera, este caballo es tan pequeño que tan sólo se haría un morado.

—¿Tan sólo un morado? —masculló Reginald, incrédulo—. ¡El muchacho es tan frágil que su cuello se partirá como una ramita seca!

—¡La altura de esa criatura es la suficiente para hacer que pierda el conocimiento! —añadió Owen.

—En realidad, David se siente muy bien hoy —les informó Gwendolyn—. Y está disfrutando montando al caballo; ¿verdad, David?

—Sí —dijo David moviendo la cabeza de arriba abajo—. Me encuentro muy bien —sonrió al grupo ansioso reunido ante él—. ¿Os gustaría verme montar alrededor del patio?

—¡No! —estallaron al unísono todos.

La sonrisa de David se disolvió instantáneamente.

Gwendolyn suspiró.

—Muy bien, entonces —avanzó para ayudarle a desmontar.

—Desde luego que nos gustaría verte montar, David —dijo Clarinda de repente—. Enséñanos lo que has aprendido hoy. David miró a Gwendolyn vacilante. Ella asintió.

Volviendo su atención al grupo, David se irguió.

—Debes sentarte erguido cuando estés en un caballo —les informó, su mirada azul seria—. Y debes sujetarte bien con las piernas y prestar atención al ritmo del corcel, de manera que puedas moverte a su par. Y debes darle palmaditas y elogiarle a menudo, para que sepa que eres su amigo. Que no estás obligándole a ir donde tú quieres —les dijo con seriedad—, sino que estáis los dos ahí cabalgando juntos.

El grupo de MacDunn lo miraba, enmudecido.

—Muy bien, David —le elogió Gwendolyn—. Ahora vamos a enseñarles cómo cabalgas —comenzó a guiar al caballo a través de la hierba.

—¡Santo Dios, habíais oído alguna vez hablar tanto al muchacho? —preguntó Owen, sorprendido.

—Nunca —dijo Lachlan, igualmente perplejo—. Siempre pensé que era demasiado tímido para pronunciar más de una palabra o dos.

—Y entonces, ¿cómo es que de repente habla por los codos como una anciana? —preguntó Reginald, apoyándose en su espada.

—¿Y por qué está aquí fuera cabalgando, cuando hace tan sólo unos días estaba prácticamente muerto? —se preguntó Ewan.

—Pensé que se suponía que estaba muriéndose de hambre —añadió Munro, rascándose la cabeza—. A mí no me parece que esté desnutrido.

—Es brujería —dijo Robena enfadada—. Le ha hecho un conjuro para que parezca que está bien, cuando en el fondo se está muriendo.

—No lo creo, Robena —interpuso Marjorie—. Si Gwendolyn pudiera hacerle aparentar estar bien por medio de la brujería, entonces ¿por qué no lo hizo el día que llegó y hubiera acabado?

—Marjorie tiene razón —declaró Reginald.

—¿Entonces cómo explicas el hecho de que ha estado matando de hambre a David durante días y, sin embargo, tiene la fuerza para cabalgar? —rebatió Robena.

—No le ha estado matando de hambre —contraatacó Marjorie—. Ha limitado lo que puede comer.

—Y ha pasado muchas horas hablando con él y contándole historias maravillosas —añadió Clarinda, observando cómo Gwendolyn y David hacían un círculo lento y regular sobre la hierba—. Eso es por lo que David ha mejorado expresándose.

El reducido grupo contemplaba en silencio cómo David, feliz, seguía a Gwendolyn en el caballo.

—¡Bien, yo diría que es espléndido! —declaró Owen de repente—. ¡Absolutamente espléndido! ¡Joven! —gritó, arrastrando los pies en dirección a ella—. ¿Crees que podrías curar mis manos?

Gwendolyn se detuvo y miró al anciano confundida.

—¿Perdón?

—Mis manos —repitió Owen más fuerte, manteniendo sus abultados apéndices en alto—. Tengo un dolor intenso estos días; especialmente cuando el tiempo es tan horrible. No es que te culpe por ello —le aseguró con rapidez—. Tenías todo el derecho a estar enfadada. Una cosa espantosa, estar a punto de ser quemada. Sencillamente, macabro. Me complace ver que estás mejor, aunque este sol sea cegador. ¿Puedes curármelas? —Volvió las manos para mostrar sus pálidas y arrugadas palmas.

—Yo... yo no sé —¿estaba Owen realmente pidiéndole ayuda?

—Es que como has hecho un trabajo tan magnífico con el muchacho, pensé que un par de viejas manos podrían ser fáciles de arreglar —se las miró durante un instante, luego suspiró—. No importa, querida. Casi me he acostumbrado al dolor. Forma parte del ser viejo e inútil, supongo. Disculpa. —Empezó a marcharse.

—Owen.

Se volvió y la miró esperanzado.

—Haré un ungüento reconfortante para ellas —se ofreció—. Debes darte un masaje en las articulaciones tres veces al día —dijo echando un vistazo a sus dedos rígidos y venosos—. Si quieres —añadió dubitativa—, puedo frotarlas por ti, para que no te duelan incluso más por el esfuerzo.

—¿Un ungüento, dices? —parecía disgustado—. ¿No quieres purgar mis entrañas? ¿O hacerme un conjuro?

—Haré un conjuro, si lo prefieres —dijo Gwendolyn, advirtiendo que quería algo más excitante que un simple ungüento—. Pero deberás usar la pomada también si no el hechizo no funcionará.

—¿Y qué hay de mis intestinos?

—Esperemos y veamos cómo te va con la pomada —le sugirió Gwendolyn.

—Y el conjuro —le recordó Owen.

—Y el conjuro.

—¡Excelente! —se volvió a los otros y gritó excitado—. ¡La hechicera va hacerme un conjuro para curar mis manos! El grupo, impresionado, soltó una exclamación. A continuación se precipitaron a ella y la rodearon.

—Mi estómago, después de comer, se retuerce como mil demonios gruñendo —se quejó Reginald—. ¿Puedes hacer un hechizo para curarlo?

Gwendolyn lo miró estupefacta. Los MacDunn no habían ocultado el hecho de que le tenían miedo y de que querían deshacerse de ella. ¿Por qué estaban estos miembros del consejo de repente confiando en ella para que les hiciera un conjuro?

—Si puedes convocar un conjuro para Owen, no veo por qué no puedes hacer lo mismo por mí —añadió Reginald, sintiéndose herido por su vacilación.

—Puedo intentarlo —dijo Gwendolyn. De pronto había recordado una bebida especial que las notas de su madre recomendaban para las simples molestias del estómago—. Pero te prepararé una pócima que debes beber al mismo tiempo.

—Mientras no sea como los brebajes repulsivos que hace Lachlan —replicó Reginald—. Odiaría quemarme y hacerme un agujero en el intestino.

—No hay nada de malo en mis pócimas —gruñó Lachlan, ofendido.

—Nada de malo si ya estás muerto —dijo entre dientes Reginald. Una tos terrible cortó en seco sus bromas.

—Esta condenada tos lleva fastidiándome durante semanas —informó Ewan, al tiempo que se golpeaba con fuerza en el pecho—. ¿Tienes un hechizo para eso?

—Puede —accedió Gwendolyn, pensando en la bebida con miel de su madre para los resfriados—-_. Sí, y también hay un brebaje caliente que funciona con él.

—Al final del día me siento débil y no me sostengo bien en pie. Apenas puedo llegar a mi casa —se quejó Farquhar. Hizo una pausa para tomar un buen trago de cerveza, acto seguido se secó la boca con la manga—. ¿Puedes hacer un hechizo para esto?

—No vayamos a tener, ahora, a la joven aquí de pie, sujetando al caballo —dijo Owen—. ¿Por qué no nos sentamos allí en la hierba?

—¿Qué hay en la cesta? —preguntó Munro—. Tengo hambre.

—Me temo que no es mucho —repuso Gwendolyn—. David está comiendo los alimentos más simples. Hoy tomaremos pan con miel y man-
zanas.

—¡Eso suena estupendamente! —dijo Clarinda—. Me muero de hambre. —Empezó a andar con su característico anadeo hacia la cesta, seguida del resto del grupo.

—¡Apuntad un poco más arriba! —gritó Alex—. ¡Disparad todos a la *vez...* ahora!

Una ráfaga de flechas recubiertas de almohadillas voló alto en el cielo, describiendo un lento y grácil arco antes de golpear a los guerreros situados debajo.

—¡Demonios! —dijo Cameron, bajando su espada para frotarse la cabeza—. ¡Estas cosas pican!

—Ese es uno de los riesgos de tener una cabeza tan grande, amigo mío —bromeó Brodick—. Quizá deberíamos buscar un cubo para que te lo pongas.

—Te hará más falta a ti que a mí —le reprendió Cameron—. Odiaría ver esa bonita cara tuya desfigurada.

—Creo que a Brodick le gustaría tener una o dos cicatrices en la mejilla —bromeó Garrick—. Si no fuera tan atractivo, quizá Isabella le dejara solo más de un minuto.

—Yo diría que todo lo contrario, estaría llorando alrededor de él —resopló Quentin—. La joven disfruta realmente con un buen llanto.

—Yo creo que estallaría en uno de sus arrebatos de cólera y juraría destripar al pobre individuo que se atreviera a tocar a Brodick —predijo Cameron—. Tiene un don para dar color a las palabras, sí señor.

—¿De verdad? —dijo Brodick, sus cejas alzadas con gesto de sorpresa—. No lo había notado. Los guerreros rieron.

—Me complace que encontréis tan divertido prepararse para la batalla—les espetó Alex—. ¿Creéis que podríais prestarme vuestra atención un poco más de tiempo, o deberíamos sencillamente sentarnos y entretenernos los unos a los otros mientras los MacSween atacan?

Sus hombres lo miraron sorprendidos.

—Discúlpanos, MacDunn —dijo Brodick protocolario—. No volveremos a hablar.

La formalidad poco habitual de su amigo le indicó a Alex que su actitud era irrazonable. Enseguida lamentó sus palabras de mofa, pero con seguridad no podía retirarlas. Hacerlo sugeriría debilidad, y no podía permitirse ser débil. Un ejército de MacSween estaba a punto de atacar, para intentar llevarse a Gwendolyn y a Isabella. A pesar de la lealtad de su clan para con su laird, no tenía idea de la dureza con la que lucharían para proteger a esas dos invitadas no gratas. Dado que ansiaban verse liberados de Gwendolyn, no podía creer que ofrecieran mucha resistencia. Había prometido mantenerla a salvo, pero Alex, por sí solo, no podía defenderla contra todo un ejército.

Pensarlo le intranquilizó.

Echando a un lado aquel pensamiento, ordenó:

—Reanudaremos el ataque en la muralla sur. Suponiendo que Robert venga con un mínimo de doscientos hombres, necesitaremos arqueros apostados en las almenas a cada dos metros aproximadamente. Podrán retener a los MacSween durante unos minutos, pero una vez que los atacantes hayanposicionado sus escaleras... Un revuelo de risas estalló en el aire.

—¡Requiero toda vuestra atención! —les espetó.

—No son los hombres —dijo Cameron—. La risa viene de la muralla exterior.

Alex escuchó. La risa se había transformado ahora en una algarabía animada. ¿Cómo diablos se suponía que iba a entrenar con todo ese ruido?

—Practicad vuestra táctica con la espada —les ordenó, dirigiéndose a grandes zancadas hacia la puerta.

Entró en el patio y se sorprendió al encontrarlo completamente vacío. Siguiendo el ruido dio la vuelta en un lateral del castillo y descubrió una enorme reunión de los MacDunn sentados en la hierba en la esquina del fondo del patio, escuchando ansiosos cómo Gwendolyn les contaba una historia.

«—Entregad vuestras armas —ordenó el Increíble Torvald, su propia espada resplandeciente como un rayo de plata, ante él—, o moriréis.

»—Nunca me rendiré ante vos —masculló enfadado el terrible Mac-Rory—, ya que sois vos quien va a morir. Ni siquiera puedes mantenerte en pie, la sangre fluye a borbotones de vuestro cuerpo.

»—Puede que muera —asintió Torvald—, pero moriréis vos primero.

»Y el terrible MacRory bajó su espada y rió.

»—¡Ja! Os cortaré en trozos pequeños y os echaré a los lobos —prometió—, y luego asesinaré cruelmente a vuestra mujer e hijos.

»—¡Jamás! —rugió Torvald. Y diciendo esto se precipitó sobre MacRory, la sangre saliendo de su cuello, su brazo izquierdo firme de no ser por el delgado hilo de carne—. ¡Muere, repugnante granuja! —gritó. Reuniendo el resto de sus fuerzas, el Increíble Torvald hundió su espada en lo más profundo del estómago de MacRory, pinchándole como a un conejo en un espetón para el fuego.»

Los MacDunn tenían sus ojos clavados en ella, hechizados.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó Lachlan, rompiendo el silencio—. ¿Sobrevivió el Increíble Torvald?

—Desde luego que sobrevivió —interpuso Reginald—. ¿Qué clase de historia sería si muriera?

—No puedo entender cómo iba a sobrevivir con todas esas terribles heridas —meditó Owen—. Con toda seguridad se ha desangrado hasta morir.

—No se murió desangrado —repuso Marjorie—; después de eso,probablemente bajó la montaña a cuatro patas y llegó a la casa de una anciana, y ella lo metió dentro y lo curó.

—¿Cómo podría andar a gatas con la garganta abierta y uno de los brazos a punto de desprendérsele? —preguntó Ewan.

—Puede que la anciana estuviera paseando por la montaña y lo encontrara y se lo llevara a su casa —sugirió Lettie.

—Se hubiera muerto mucho antes de llegar allí —se burló Lachlan.

—No, no se moriría —objetó Munro—. Después de todo es el Increíble Torvald. Es lo bastante fuerte para soportar cualquier cosa.

—No puede sobrevivir con el cuello acuchillado y el brazo hecho trizas —repuso Farquhar.

—Podría si consiguiese ayuda rápidamente —rebatió Clarinda.

—¡Ninguna anciana en una casa de campo podría salvar a un hombre con esa clase de heridas! —dijo Lachlan, casi gritando ahora.

—Sí podría si fuese bruja —sugirió Ned a media voz.

El grupo se quedó en silencio al instante, reconsiderándolo.

—Claro —dijo Owen finalmente, complacido de que Ned hubiera resuelto el problema—. Podría si fuera bruja.

Alex miró a los miembros de su clan, incrédulo. Exceptuando a unos cuantos, su gente despreciaba a Gwendolyn. El incidente de las escaleras y de la torre dejaba muy claro que no querían otra cosa que deshacerse de ella. Por tanto, ¿por qué diablos estaban apiñados a su alrededor, embelesados como niños, escuchándola contar esas ridiculas historias?

—¡Padre! —gritó David, advirtiendo de pronto su presencia—. ¡Gwendolyn me ha dejado montar a caballo! Alex parpadeó.

—¿Ella, qué?

—He montado a caballo —repitió David, su voz menuda rebosante de orgullo—. Yo solo.

—Y muy bien, por cierto —dijo Owen—. Me ha recordado cuando eras un muchacho, Alex —frunció el ceño—. Por un momento pensé

que eras tú.

—El pequeño tenía una apariencia espléndida ahí arriba, MacDunn —añadió Reginald—. Derecho como una flecha.

—¿Lo has subido a un caballo? —preguntó Alex. La mirada que lanzó a Gwendolyn podría haber helado el fuego.

—David se encontraba muy bien —dijo ella—, así que pensé que sería bueno para él...

—¿Qué? —le interrumpió Alex con su voz áspera—. ¿Caerse y romperse el cuello?

—No iba a caerse, MacDunn. —Gwendolyn se levantó para mirarle a la cara—. Yo tenía el caballo sujeto, y David sólo estaba...

—¡Es demasiado débil para estar sobre un caballo! —vociferó Ales[1] furioso—. ¡Podría haberse desplomado de repente y quedarse atrapado bajo los cascos del animal! ¡O el ejercicio podría haberle llevado a otro arrebato espantoso de náuseas, como ocurrió el día que tú, despreocupada, lo llevaste más allá de las murallas! ¿Por el amor de Dios, estás intentando matar a mi hijo?

Gwendolyn lo miró circunspecta, resuelta a no dejarle ver lo mucho que le hería su condena delante del clan. Por un breve e increíble momento, mientras los MacDunn estaban sentados apiñados alrededor de ella sobre la hierba calentada por el sol, escuchando sus relatos, casi tuvo la impresión de que empezaban a aceptarla. Había sido extraño tener a tanta gente ansiosa por compartir su compañía; extraño y nuevo, y completamente maravilloso. Y en menos de un segundo, MacDunn había destruido todo. Los MacDunn nunca la aceptarían ahora, recapacitó decaída. Su laird lo había dejado dolorosamente claro; él mismo no confiaba realmente en ella.

—Vamos, David —dijo con serenidad, extendiendo su mano hacia él—. Tu padre preferirá que descanses ahora.

David deslizó su mano entre la de ella y la apretó con fuerza. Era un pequeño gesto silencioso, pero Gwendolyn sintió cierto consuelo por ello. Evitando las miradas de los MacDunn, se volvió y con rapidez guió a David de vuelta al castillo.

El gran salón estaba excepcionalmente silencioso aquella noche.

Alex centró su mirada en los planos de la batalla extendidos ante él, intentando ignorar las silenciosas miradas furtivas que su clan seguía lanzando en su dirección. Sabía que pensaban que había actuado irracionalmente esa tarde. También sabía que temían que eso significara que la locura estaba sacando sus garras de nuevo. Sin duda, se preguntaban a qué profundidad le llevaría el monstruo esta vez, y por cuánto tiempo.

Le rogó a Dios que él mismo lo supiera.

Lo había sentido clavándose en él desde el momento que sacó a Gwendolyn del fuego. No significaba que su locura le hubiera abandonado alguna vez; era lo bastante honesto consigo mismo para admitirlo. Pero durante algún tiempo, ahora, había sido capaz de mantenerla más o menos a raya, como a un lobo aullando al que se le ha obligado a permanecer en un rincón. Desde el fuego había sentido a ese lobo ir avanzan- do. El dolor de su cabeza se había hecho más frecuente y sus fugaces ratos de sueño más superficiales e inquietos.

Lo peor de todo, no podía hablar ya con Flora.

Sus conversaciones con su esposa se habían hecho cada vez más esporádicas desde que trajo a Gwendolyn. Se había asegurado a sí mismo que era debido a su cansancio por las noches, pero era mentira, ya que le era imposible dormir. Y después de haberse impuesto a Gwendolyn, haberla poseído salvajemente en el mismo lecho donde había pasado tantas noches tiernas con su amada mujer, había sido embargado por una vergüenza tan abrumadora que ya no fue capaz de dejarse llevar para hablar con Flora. ¿Qué podría decirle? Se preguntaba con amargura. ¿Qué disculpa inconsistente podría ofrecerle? Había traicionado a su esposa, a quien había jurado honrar durante toda la vida.

—He oído que David se subió a un caballo hoy —subrayó Morag, rompiendo el silencio que sepultaba la sala—. ¿Cómo le fue? Nadie respondió.

—Le fue espléndidamente bien —dijo Owen después de un rato—. Sentado ahí arriba como un bravo guerrero joven. Morag sonrió.

—Es evidente que se parece a su padre. ¿Se cayó?

—El caballo no iba lo bastante rápido para que se cayera —resopló Reginald, lazando una mirada intencionada a Alex—. Gwendolyn lo subió sabiamente en el viejo Duff. Esa bestia no ha trotado desde antes que naciera David. Pero para asegurarse, Gwendolyn lo guiaba con una cuerda.

—Aún así podría haberse caído —objetó Robena—. Podría haberse matado.

—Incluso, si se hubiera caído, no se hubiera hecho daño —se burló Lachlan—. Tan sólo se hubiera hecho unos cuantos morados.

—Las caídas forman parte del aprendizaje —añadió Ned, repitiendo las palabras de Gwendolyn—. Todo el mundo sabe eso.

—Fue algo muy arriesgado —dijo Robena—. La bruja no tiene derecho a correr esos riesgos con David.

—Está intentando matarle —añadió Elspeth—. Os lo he dicho.

—Poner a un niño en un caballo parece un modo extraño de matar a alguien —observó Owen.

—Eso quiere decir que todos los presentes fuimos prácticamente asesinados por nuestros padres —bromeó Cameron.

Alex mantuvo la vista clavada en los papeles y no dijo nada. ¿Qué diablos le ocurría a su gente esa noche? Se preguntaba. Su hijo era muy débil para montar a caballo, y no había nada más de qué hablar. Se negó a tomar parte en la discusión.

Se hizo de nuevo el silencio en el salón.

—Hay un silencio terrible aquí —dijo Isabella con voz aguda y animada, aparentemente inconsciente de la tensión que rezumaba en el vasto salón. Se volvió a Brodick, que estaba sentado junto a ella—. ¿Por qué no hay en tu clan músicos que toquen durante la cena?

—A MacDunn no le gusta —le contestó secamente.

—Solíamos tener música —añadió Owen—. Hace unos cuantos años, había música y bailes casi todas las noches en este salón —sonrió al recordarlo—. En aquellos días, yo era un poco bailarín.

—Eras terrible —interpuso Lachlan—; parecías un tejón saltando sobre carbón ardiendo.

—Eso era la danza —replicó Owen ofendido—. Exige que uno mueva un pie hacia arriba y hacia abajo con bastante rapidez. Por supuesto, como tú no bailas, Lachlan, no lo sabes.

—Me gustaría verlo —dijo Isabella.

—No, no te gustaría —le aseguró Lachlan.

—Si hubiera música, me encantaría enseñarte, joven —dijo Owen, ignorándole.

—Gracias a Dios que no hay —murmuró Lachlan.

—En mi clan, siempre teníamos músicos tocando cuando cenábamos —explicó Isabella—. Hacía las veladas más agradables. ¿No crees que algo de música podría hacer esta noche más agradable, Brodick?

—No podría hacerla peor —dijo refunfuñando.

—Exactamente —asintió Isabella, no reconociendo su sarcasmo. Se puso en pie y dio unos golpecitos a su copa para acaparar la atención del clan—. ¿No hay alguien que tenga un instrumento que pueda tocar?

—¡Ay de mí! Mis gaitas están guardadas desde hace más de nueve años —suspiró Ewan—. Dudo de que ahora pueda conseguir sacar de ellas algo más que un chirrido.

—¿Y qué diferencia habría con lo que solías tocar en ellas? —bromeó Lettie.

—¿Alguien más? —preguntó Isabella. No respondió nadie.

—Bueno, entonces creo que tendré que cantar —decidió—. No será lo mismo sin acompañamiento, pero lo haré lo mejor que pueda —pensó un momento—. Esta canción trata de un guerrero que está atormentado por la pérdida de su único gran amor...

—Eso suena un poquito lúgubre —interrumpió Reginald—. ¿Conoces algo más alegre?

—Discúlpame, joven, pero no puedo bailar con una canción que trata de un melancólico guerrero —dijo Owen—. Necesito algo con lo que pueda zapatear.

—Muy bien —dijo Isabella—. ¡Ya la tengo! —declaró de repente—. Esta trata de una doncella que se suicida cuando se entera de que su amor la ha traicionado.

—¿Estás segura de que es alegre? —preguntó Owen, con expresión desconfiada.

—Al principio es lenta —reconoció Isabella—, pero sube de tono bastante hacia el final, cuando la están enterrando.

—De acuerdo, joven —dijo Reginald—, cántala.

Isabella inhaló aire con fuerza, a continuación se dispuso a llenar el salón con su espantosa voz. Alex hizo una mueca de disgusto, contrajo la mandíbula y finalmente reunió sus papeles y se levantó de la silla, incapaz de soportar los terribles chillidos ni un minuto más.

En ese momento Gwendolyn apareció en la base de las escaleras, con la cabeza erguida mientras examinaba la habitación; David, nervioso, estaba junto a ella.

Llevaba puesto un vestido negro intenso, con un complejo bordado de hilo plateado brillante. La oscura tela se escotaba a la altura de la curva cremosa de su pecho, haciendo que su piel apareciera más pálida que nunca, las mangas largas se ceñían apretadas a sus elegantes brazos, realzando su magnífica silueta. La cascada azabache de su cabello se derramaba sobre el satén blanco de sus hombros como una capa de seda, resplandeciente a la luz de las antorchas. Parecía casi etérea, allí de pie; un misterioso y frágil espectro de otro mundo, y mientras Alex bebía de su belleza, casi temió que pudiera desaparecer de repente. Observó cómo Gwendolyn lanzaba una sonrisa tranquilizadora a David y le tomaba la mano, ofreciendo a su hijo la fuerza y el consuelo a medida que se enfrentaban a la concurrida reunión.

Fue un pequeño gesto silencioso, casi imperceptible de no haber sido porque Alex los miraba con atención, y por el que se sintió profundamente conmovido. A Flora le encantaba coger de la mano a David cuando era un bebé, maravillada de cada pequeño dedo con sus minúsculos y arrugaditos nudillos, riéndose de las increíblemente diminutas conchas rosáceas de sus uñas. Y a continuación le pedía a Alex que extendiera su mano, presionando la diminuta palma contra la enorme de MacDunn. Su tacto como el de una suave flor aterciopelada flotaba sobre su callosa palma, y Alex se la quedaba mirando fascinado, preguntándose cómo sería posible que algo tan diminuto, fino y perfecto pudiera posiblemente crecer hasta llegar a parecerse a la dura y áspera piel de la mano que la sujetaba.

No había sujetado la mano de su hijo desde hacía años.

Los berridos de Isabella terminaron cuando Gwendolyn y David se acercaron a la mesa del laird. Gwendolyn era consciente de que todos los miembros del clan tenían sus ojos clavados en ella, preguntándose cómo se atrevía a aparecer en público después del arrebato de cólera de Mac-Dunn en el patio. Soportó sus miradas escrutiñadoras con experimentada indiferencia. Ninguno de ellos se había alzado en su defensa cuando MacDunn se había enfurecido con ella momentos antes aquel día. Los MacDunn habían fingido confiar en ella pidiéndole ayuda, pero cuando su laird injustamente la acusó, se mantuvieron en silencio. No debería haber esperado nada más, reflexionó con amargura. Para ellos era una bruja, y una bruja no era digna de defender. Había aprendido bien aquella lección cuando su propio clan la había sentenciado a la hoguera por la muerte de su padre.

De no ser por David, abandonaría ese lugar aquella misma noche.

El muchacho no quería cenar con su padre en el gran salón, ya que MacDunn lo había intimidado lo suficiente esa tarde como para hacerle estremecer con sólo sugerírselo. Pero Gwendolyn fue amablemente persistente, y David accedió al final. Era hora de que MacDunn se diera cuenta de que el hijo que había engendrado no era de cristal.

O de piedra.

La expresión de MacDunn era dura a medida que se aproximaban y, por un momento, Gwendolyn temió que les pudiera ordenar que salieran del salón enseguida. Colocó sus manos sobre los pequeños hombros de David, sujetándolo con firmeza al situarse frente a su padre.

—Buenas noches, MacDunn —dijo ella, con voz fría—. David se siente bien esta noche, y pensé que disfrutarías del placer de su compañía. Con tu permiso, le he dicho que puede quedarse en tanto no se fatigue y limite su comida a lo que puede comer.

Alex miró a su hijo perplejo. El chico estaba recién bañado, y su cabello del color de las llamas estaba aún húmedo, lor rizos le caían sobre el cuello y la frente, como en otro tiempo lo había hecho el de Flora. Las mejillas y la nariz habían sido besadas por el sol, y un puñado de

pecas que Alex nunca antes había visto, salpicaban su habitual piel caliza. Gwendolyn le había vestido con una camisa azafranada y un tartán verde y amarillo que era una versión en miniatura del suyo, e incluso le había provisto de una daga pequeña para que la enganchara a su cintura. Su hijo guardaba poca semejanza con el chico enfermizo que él había contemplado deteriorarse en esos últimos meses.

Una tenue chispa de felicidad se prendió dentro de él.

—Únete a mí —le ordenó Alex con brusquedad. Al ver vacilar a David, se dio cuenta de su error. Apartó la silla vacía junto a él y dio unos golpecitos—. Aquí.

David alzó sus ojos interrogativos a Gwendolyn. Ella asintió. Tras retirar las manos de sus hombros, observó cómo el niño subía vacilante a la tarima con arambel escarlata y se sentaba junto a su padre.

—¡Bueno, yo diría que es espléndido! —soltó Owen—. Es tan agradable ver al muchacho sentado junto a su padre; ¿no estás de acuerdo, Lachlan?

—Sí —suscribió de un modo inusual Lachlan—. Muy agradable.

—El muchacho parece estar medio desnutrido —subrayó Regi-nald—. Disculpa, Gwendolyn —añadió con rapidez—. No tenía intención de sugerir que estés matando al chico de hambre. De ninguna manera. Es evidente para todo el mundo presente en este salón que has hecho maravillas con este chico. Verdaderas maravillas. Un poco más de carne en sus huesos, y estará listo para entrenar con los guerreros. Te gustaría eso, ¿verdad, muchacho?

—Sí, señor —dijo David; sus ojos resplandecían de satisfacción.

—Bien, entonces, come —Reginald movió una bandeja de grasicnta carne asada hacia él.

—No, David —dijo Gwendolyn—. No quieres ponerte malo esta noche, ¿verdad?

David hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Entonces seguiremos con nuestra dieta de manzanas, pan, y un poco de caldo. Mañana probaremos con algo nuevo.

Alex esperaba que su hijo protestara.

En cambio el pequeño, obediente, alargó la mano hacia un trozo de pan.

Gwendolyn casi sonrió. Aunque se había imaginado que la visión y el aroma de tantas bandejas diversas de comida serían tentadores, David estaba más excitado por el hecho de estar cenando en el gran salón con su padre.

—Entonces, tengo que dejarte, David —dijo Gwendolyn—. Regresaré más tarde para llevarte a la cama.

—¿Dónde vas? —preguntó Alex.

—A mi dormitorio.

—¿Has cenado esta noche?

—No tengo hambre.

—Comerás algo —le ordenó, disgustado por el hecho de que se fuera—. Enfermarás si no lo haces.

—No tengo hambre, MacDunn —repitió con firmeza.

—De todas formas, comerás.

—No, MacDunn —repuso, su voz tensa—. No soy tu prisionera, ni tampoco soy de tu clan. No puedes obligarme a comer, ni ordenarme que permanezca en esta sala en contra de mi voluntad. ¿Lo entiendes? Puedes mandarme cuando se trata del cuidado de tu hijo, pero sólo yo decido cómo tengo que cuidarme. Y si caigo enferma, es solamente problema mío, no tuyo. —Se volvió y comenzó a alejarse.

—Gwendolyn.

Había un leve matiz de ruego en su voz que la hizo detenerse. Se volvió y le lanzó una mirada interrogativa,

—¿Sí, MacDunn?

Alex vaciló. Sabía que estaba enfadada con él. Hasta aquella tarde siempre la había defendido, al menos delante de su gente. Pero hoy la había abandonado. La había acusado de ser despreocupada con su hijo, cuando todo lo que había intentado siempre era ayudar al muchacho. Quería disculparse, pero posiblemente no podía hacerlo delante de todo su clan. Eso sólo reforzaría su creencia de que su arrebato había sido injustificado y que no controlaba sus emociones.

Lo cual era cierto.

—Quédate, joven, y toma al menos una copa de vino —sugirió Owen—. Estaba a punto de hacer un pequeño baile.

—Sí, quédate, Gwendolyn—dijo Isabella—. Puedes cantar conmigo.

—Yo no canto —murmuró Gwendolyn, sin apartar los ojos de Alex.

Alex la miró con profundo interés. «Perdóname.»

Se quedó allí de pie un momento, su mirada bloqueada en la de él, ignorando al resto de los presentes.

Y a continuación subió a la tarima y se sentó en la silla que él le ofreció.

Alex se mantuvo en las sombras, escuchando.

Un extraño vacío le sobrecogió al observar cómo Gwendolyn y David abandonaban el salón, sus manos agarradas con fuerza entre sí. El deber le exigía permanecer y discutir el ataque pendiente de los MacSween con su clan, y se había sentido extrañamente contrariado por no poder seguirles. En el momento que le fue posible marcharse, se encaminó hacia el corredor que había fuera de la habitación de David. Allí encontró a Ned, junto a la puerta, sacándole punta a un palo al tiempo que escuchaba a través de la gruesa madera a Gwendolyn relatando otra espantosa historia para David. Alex se ofreció a relevar a Ned y cuidar él mismo de Gwendolyn durante un rato. Ned le aseguró que no era necesario. Alex tuvo prácticamente que ordenar a su guerrero que se marchara.

Al final Ned accedió, pero sólo después de hacerle prometer a Alex que escucharía bien para poder contarle cómo acababa la historia.

«—... y entonces el Increíble Torvald alzó su espada hacia el destello del sol, astutamente, cegando a la serpiente gigante al tiempo que lanzaba su daga contra ella con su otra mano. La daga voló clavándose hasta el fondo del espantoso ojo amarillo del monstruo, la criatura chilló de agonía mientras la sangre hirviendo le salía a borbotones de la herida, abrasando la mismísima hierba sobre la cual se retorcía...»

Con toda certeza, Gwendolyn tenía una gran habilidad para contar historias, meditó Alex. Se preguntaba qué clase de cuentos le contaría Flora al pequeño antes de caer enferma. En cierto sentido no podía imaginarse a su amable esposa relatando las narraciones macabras que Gwendolyn inventaba. Desde luego, David era más pequeño entonces, y no hubiera disfrutado con esos estremecedores cuentos. ¿Cuándo había desarrollado esa fascinación por la sangre y los cuchillazos? Después de la muerte de Flora y de su propio descenso a la locura, Alex no había tenido tiempo para prestar atención al cambio en los gustos de su hijo.

«—... y con esas palabras el Increíble Torvald arrojó el corazón apergaminado y oscuro de la bestia al mar, donde se hundió en el fondo como una piedra y yació para siempre en el más viscoso de los fangos, demasiado duro y amargo para que ni siquiera el más hambriento de los peces lo mordisqueara.»

Hubo unas palabras en voz baja que Alex no pudo entender, y acto seguido unas risitas. Presionó el oído contra la puerta, esforzándose por escuchar. Quería entrar, pero no podía impulsarse a hacerlo, sabiendo que cualquiera que fuera el cálido momento que estuvieran compartiendo se destruiría en el instante que apareciera. Reinaba una confianza agradable entre Gwendolyn y su hijo, que era algo que Alex jamás había compartido con el muchacho.

El recuerdo de la diminuta palma de David presionada contra la suya apareció de nuevo, dolorosamente dulce y triste. ¿Cómo aquel bebé indefenso, de repente se había convertido en el muchacho atractivo y seguro de sí que se había sentado con orgullo junto a él esa noche en el salón?

La puerta se abrió 7 apareció Gwendolyn llevando un candil.

—¡Ah! —dijo ella, con expresión de sorpresa—. ¿Viniste a dar las buenas noches a David?

Su pálida piel, cálida por el resplandor de la llama, la hacía aparecer excepcionalmente radiante.

—¿Está durmiendo mi hijo? —consiguió preguntar.

—Casi —ella abrió la puerta un poco más para que pudiera ver.

Tres candiles centelleaban junto a la cama, cubriendo la habitación de una neblina dorada. No había rastro de enfermedad que cargara el aire, en cambio la fragancia a brezo y pino se deslizaba por las ventanas, mezclándose con la leve esencia del jabón. David estaba hecho un

ovillo sobre la cama, respirando profundamente, su cabello rojizo lanzando destellos en contraste con el blanco de su almohada. Alex avanzó con cautela, no queriendo despertar al pequeño. El niño entre sueños se frotó el ojo, luego dejó caer su mano cerrada en un puño, junto a su rostro. Apenas guardaba relación con la diminuta palma que en otro tiempo Flora había presionado contra la suya, pero aún quedaba la pequeña mano suave de un niño. Si Alex alargara su mano para sujetarla, se preguntaría aún cómo podría crecer para llegar a ser grande y áspera como la suya.

En parte encontró consuelo en ello.

Se volvió y le indicó a Gwendolyn que se disponía a salir.

—¿Dónde está Ned? —le preguntó, buscándole con la vista por el pasillo.

—Le he dicho que se retire por esta noche. Lo miró con curiosidad.

—Estaba cansado.

No hizo ningún comentario. Juntos recorrieron en silencio el pasillo.

Cuando se encontraba ante la puerta de la habitación de Gwendolyn, Alex dudó. No había entrado a ese dormitorio desde la noche que Flora murió. Detrás de esa puerta había miles de recuerdos agonizantes de los cuales deseaba escapar. Su *corazón* comenzó a golpear y a aprisionarle el pecho, dificultándole la respiración. «Ábrela —se ordenó en silencio—. Ahora.»

Sus brazos permanecieron plúmbeos en sus costados.

Era un cobarde, advirtió desolado. Sólo un cobarde podría estar tan aterrado de una habitación vacía. Miles de hombres habían perdido a sus mujeres, o incluso a varias, y no acababan parloteando sin cesar consigo mismos o llegaban a tener miedo de entrar en una habitación dentro de su propio condenado castillo. Quería marcharse, retirarse a un rincón oscuro y ahogarse en la bebida hasta que su mente estuviera nublada y su miedo aplacado. Entonces, quizá, podría intentar atravesar esa puerta de nuevo. Pero no podía permitir que Gwendolyn entrara sola al aposento, por miedo a que le esperara dentro alguna amenaza.

Consideró decirle que esperara mientras iba en busca de alguien para que la acompañara a atravesar el umbral.

«Ábrela, maldita sea. Tan sólo es una habitación.»

Haciendo acopio de valor, tiró con brusquedad del pestillo y entró en la opresora oscuridad. Inhaló con cautela el aire, buscando en él algún rastro de la miseria que sabía pervivía allí. La esencia bañada por el sol de los brezos y la hierba inundaron su olfato, al igual que en la habitación de David. Sin embargo, no se dejó confundir por la fragancia superficial. El padecimiento de Flora había penetrado en aquellos muros, y la habitación rezumaría sufrimiento y muerte hasta que las mismas piedras del castillo se desintegraran.

Él estaría muerto mucho antes de que llegara esa hora.

Gwendolyn entró y empezó a encender los candiles de la estancia. Poco a poco la oscuridad se desvaneció, hasta que por fin la habitación fue invadida por una luz del color de la miel. Los muebles eran diferentes, advirtió Alex petrificado. Naturalmente que lo eran. Después de la muerte de Flora, había ordenado que quitaran todo y fuera almacenado en lo más profundo de las entrañas del castillo. Salvo su cama. Aquella maldita prisión la había mandado quemar, en un intento vano por exorcizar el recuerdo de Flora muriendo atrapada en ella.

Desgraciadamente, el recuerdo pervivía.

Volvió la vista hacia la sencilla estructura de refinado roble que ahora agraciaba el centro del dormitorio. Un tartán rojo y azul, dispuesto con esmero, la cubría; había algo de color macilento sobre la almohada. Movido por la curiosidad, se acercó. Un hueso pesado y suave, de dos palmos de largo, descansaba ahuecado sobre la lana suave.

—¿Qué es esto? —preguntó, recogiéndolo—. ¿Un amuleto para alguno de tus hechizos?

Gwendolyn se aproximó lentamente, con los ojos fijos en el hueso. Extendió la mano y lo cogió, a continuación recorrió ligeramente la superficie seca con los dedos.

—Es un hueso de la pata de un caballo —dijo con serenidad—; se usa como talismán contra el mal. Alex frunció el ceño.

—¿Estás usando esto para curar a mi hijo? Ella lo negó con la cabeza.

—Alguien lo ha dejado con la esperanza de alejarme de aquí. —Le dio la vuelta al hueso y lo examinó—. Dicen que los caballos están relacionados con la diosa celta, Epona, y por tanto tienen poderes especiales...

—¿Cómo puedes quedarte tan tranquila al respecto? —le preguntó, su voz tensa por la furia—. ¡Alguien ha entrado en tu dormitorio y ha dejado esto para asustarte!

—¿Qué querrías que hiciera, MacDunn? —le rebatió, su fingida compostura resquebrajándose—. Durante toda mi vida la gente me ha estado dejando objetos como este. Desde que era una niña, mi propio clan solía colocarlos en el umbral de la casa de mi padre, o los arrojaba a través de las ventanas, o los ataban a un palo y los lanzaban a mi paso. Una vez, cuando tenía once años un niño me arrojó un trozo de hierro y me hirió en la cabeza. —Se levantó la espesa cortina de pelo y le mostró la cicatriz dentada que le desfiguraba el borde del nacimiento de su cabello.

—Corrí llorando hacia mi casa en busca de mi padre —continuó Gwendolyn—, la sangre cayéndome por el rostro y por el vestido. Le dije que odiaba a todo el mundo excepto a él, y que deseaba que murieran todos. ¿Y sabes lo que hizo?

Alex sacudió la cabeza. Sí sabía con certeza, como que el infierno existía, lo que hubiera hecho él. Hubiera buscado al pequeño bastardo que la había golpeado y le hubiera azotado hasta que no pudiera sentarse durante un mes.

—Mi padre me limpió y vendó la herida, a continuación se sentó y me rodeó con sus brazos. Y mientras yo lloraba y maldecía, me dijo que era mucho mejor amar a mis enemigos que odiarles, y que finalmente se avergonzarían de su crueldad y pararían.

—Pero nunca lo hicieron —conjeturó a media voz. Dejó escapar una sonrisa amarga.

—Uno podría pensar que al final, al menos, se darían cuenta de que sus talismanes no tenían poder sobre mí, porque nunca me marché. Pero eso no evitaba que constantemente intentaran expulsarme, con sus reliquias sagradas y sus plegarias beatas, y sus bolsas de hierbas repulsivas, ramas de serbal, huesos; trozos de hierro y lana roja. —Se volvió con brusquedad y arrojó el hueso con toda su fuerza a la chimenea. Sonó con estrépito contra la rejilla antes de hundirse en las ascuas frías. Luchando contra las lágrimas que empañaban sus ojos, Gwendolyn apoyó las manos contra la fría piedra del manto y se mordió con dureza su labio tembloroso.

—Odio esto, MacDunn —le confesó destrozada—. Odio todas estas cosas, y odio tener que enfrentarme sola a ello. Sin embargo, me he acostumbrado tanto al miedo y al ostracismo de los demás, que no sé cómo será vivir sin ello —su voz se desmoronó en un susurro áspero al terminar—. Nunca lo sabré.

Su desaliento le arrolló. Sobrecogido por la necesidad de consolarla, posó sus manos sobre sus menudos hombros y la volvió para tenerla de frente. Ella no lo apartó, pero en cambio Ib miró con los ojos bien abiertos y llenos de dolor, al igual que un cervatillo herido que no puede comprender por qué ha sido creado para sufrir. Quería aplacar su tormento, hacer desaparecer todo rastro de soledad y crueldad que se había visto obligada a soportar, y hacerle ver que había al menos una persona en este mundo que no la temía ni la despreciaba. Era una bruja, sí; pero sólo la había visto usar su magia para ayudar a su hijo. ¿Cómo podría eso hacerla perversa? Los MacSween la habían condenado por el asesinato de su padre, pero Alex sabía desde hacía tiempo que eso era una mentira. Gwendolyn había amado a su padre, y su muerte la había dejado completamente abandonada en un mundo que estaba resuelto a destrozarla. Si Alex no la hubiera raptado por el bien de su hijo, los MacSween lo hubieran conseguido.

Y David estaría hoy muerto en lugar de estar durmiendo plácidamente con su pequeña mano acurrucada junto a su mejilla pecosa.

—Gwendolyn —susurró, alzando su mano para describir el contorno de su mandíbula—, no estás sola.

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Lo estoy, MacDunn. Siempre lo estaré.

—No —murmuró, bajando sus labios hasta dejarlos suspendidos a un escaso respiro de los de ella—. No mientras yo viva.

Con esta solemne promesa apretó sus labios a los de ella, rodeándola con sus brazos y arrastrándola hacia sí. La besó con intensidad, ansiedad; queriéndose perder en el placer de sujetarla y besarla, y tocarla. La boca de Gwendolyn era suave y enigmática, dulce como el vino, como la fruta madura, cálida por el beso del sol; olía a praderas y a sol de verano, una esencia que le había vuelto loco desde aquella primera vez que la sujetó. No oponía resistencia como había hecho antes, ni siquiera un poco, pero en cambio sollozaba y le rodeaba con sus brazos, buscando el consuelo de su sólido cuerpo pegado a ella. Alex le respondió estrechándose a ella, sintiendo cómo su figura delicada prendía fuego a cada centímetro de su ser, hasta que sus genitales palpitaron y sus rodillas se debilitaron. Tomó su mano y la guió bajo su tartán, luego la presionó con firmeza contra la solidez de sus muslos. Gwendolyn se paralizó durante un instante, su aterciopelada palma fijada a él, insegura. Y entonces, vacilante, empezó a explorarle, sus dedos deslizándose arriba y abajo, revoloteando con curiosidad atormentadora a través de su piel ardiente. Arriba, después abajo, a continuación un poco más arriba, hasta que finalmente pensó que se volvería loco por la necesidad de que ella se apoderase de él, Sumergió su lengua en lo más profundo de su boca y hundió su mano en las profundidades de su vestido negro, capturando la riqueza prohibida de sus pechos. Apartando su boca de la de ella, tiró hacia abajo con los dientes, de la tela bordada en plata que cubría sus hombros, haciendo que el corpino cayera sobre su cintura. Luego bajó la cabeza y cerró sus labios alrededor del dulce vértice de su seno, bebiendo del oscuro fruto de su pezón hasta que se endureció contra su lengua juguetona.

Gwendolyn gimió de placer, echando la cabeza hacia atrás, ofreciéndole más de sí a Alex al tiempo que exploraba la suave curva de sus nalgas, la forma cincelada de sus muslos, los surcos férreos de músculo alineados a lo ancho de su estómago. Daba la impresión de haber sido esculpido en granito, salvo que era cálido y poderoso al gemir y arquearse bajo la suavidad de su tacto. La mano de Alex se arrastraba pronta vestido arriba, sin embargo, ella apenas fue consciente de ello hasta que su dedo se deslizó dentro de su cálida humedad mientras absorbía con furor su pecho. Un placer febril restalló dentro de ella, haciéndole gritar. Abandonando su timidez, Gwendolyn cerró su mano con firmeza alrededor de la aterciopelada longitud dura de su virilidad. Alex gimió y enterró su rostro entre el sedoso hueco de sus pechos, estremeciéndose al roce de sus caricias mientras él la mimaba con su dedo. Ella abrió más sus muslos, ofreciendo más de sí, y él respondió férvido, presionando sus dedos más dentro de ella con cada impulso lánguido contra la mano de Gwendolyn.

Los dedos de Alex estaban bañados en la dulce humedad de Gwendolyn y los pétalos intrincados de su cuerpo, turgentes y deslizantes, le advertían de lo mucho que deseaba ser liberada. Incapaz de soportar sus caricias por más tiempo, se dejó caer de rodillas y levantó su vestido, a continuación estrechó su rostro entre la seda cremosa de sus muslos y comenzó a beber de sus cálidos pliegues rosados. Ella dejó escapar un grito y agarró sus hombros, esforzándose por permanecer erguida, y entonces suspiró y se abrió incluso más, invitándole a descubrir los lugares más recónditos y calientes de su cuerpo. Le sujetó el vestido en la cintura con una mano y ahuecó la otra sobre sus nalgas, atrayéndola más hacia él al tiempo que bebía y probaba cada centímetro deleitable de su ser, inhalando su fragancia femenina a medida que la llevaba cada vez más cerca de la cresta del éxtasis.

Gwendolyn permaneció inmóvil, aferrada indefensa a los inmensos hombros de Alex mientras su lengua revoloteaba dentro y fuera de ella. Su respiración se estaba reduciendo a minúsculos jadeos al tiempo que su corazón latía con fuerza contra su pecho, hasta el límite de casi poder percibir su sangre precipitarse en una carrera a través de su encrespada carne. Y aún se abrió más, estrechándose sin timidez contra su boca mientras él le rendía culto con su lengua, deseando que la saboreara más, en lo más profundo, más; deseando que nunca acabara y sin embargo consciente de que posiblemente no pudiera aguantarlo ni un minuto más. Colocó sus manos contra la aspereza de su mandíbula y entrelazó sus dedos entre la espesura dorada de su cabello, sujetándolo contra ella, experimentando una excitación misteriosa y prohibida al contemplar cómo degustaba apasionadamente su más preciada intimidad. Y de repente su placer comenzó a ascender vertiginosamente. Jadeó y lo sujetó aún con más furor. Alex respondió deslizando su dedo más adentro, llenando el dolor hueco que había florecido en el interior. Dentro y fuera con su dedo; arriba y abajo con su lengua, acariciando y arremetiendo; besando hasta que ella no pudo hacer nada excepto permanecer allí, aferrada a él, semiinconsciente. Y a pesar de ello, las sensaciones en su interior continuaban arremetiendo e inflamándose cada vez

más, y Alex la saboreaba con más frenesí, más rápido, hasta que de repente el éxtasis dulce y puro estalló dentro de ella, y gritó, todo su ser inundado por un goce caliente al tiempo que se desplomaba debilitada contra él.

Alex sujetó a Gwendolyn con firmeza, acariciando su pelo sedoso mientras su aliento acelerado traspasaba la tela arrugada de su camisa, templando su tórax. Su propio cuerpo estaba endurecido y clamaba doloroso liberarse, pero el contacto de Gwendolyn descansando saciada en sus brazos era un instante demasiado glorioso y frágil para renunciar a él. Así que permaneció como estaba, arrodillado sobre el frío suelo de piedra, rodeándola con sus brazos, su barbilla reposada en su cabeza mientras escuchaba su respiración regularse gradualmente. ¿Con qué clase de conjuro le había hechizado esta diminuta bruja, se preguntaba, que despertaba en él ese deseo acuciante por ella? ¿Cómo era posible que despertara una pasión tan arrolladora en él, cuándo ninguna mujer había sido capaz de encender ni siquiera la más ínfima chispa de deseo después de la muerte de Flora? La deseaba con una intensidad que le desbordaba, *y* apenas parecía importar ni cuándo ni dónde. El hecho de que la hubiera tomado allí, en esa habitación donde Flora había sufrido tan espantosamente durante tanto tiempo, era una prueba inminente de la depravación de sus instintos.

Cerró los ojos, luchando contra el arrebato de culpabilidad que amenazaba con devorarlo.

Un ruido estruendoso lo arrancó de sus pensamientos.

—¡Alex! —gritó Brodick—. ¡Por el amor de Dios abre la puerta! ¡Nos están atacando!

Alex soltó a Gwendolyn y saltó sobre sus pies.

—¡Cúbrete! —le dijo con brusquedad, apenas dándole tiempo a ajustarse el corpino al abrir de un tirón la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Brodick y Cameron lo miraron confusos, sus puños aún golpeando contra la puerta de su alcoba a unos cuantos metros más allá en el pasillo. Sus ojos rápidamente se fijaron en su pelo alborotado y en sus atavíos desaliñados.

—¡Son los MacSween! —explicó Cameron, recuperando primero la calma—. Robert ha llegado con un ejército. Están rodeando las murallas del castillo.

—¿Cuántos son? —Alex ajustó con rapidez su tartán.

—Parece que son unos doscientos —replicó Brodick—, pero podría haber más esperando en el bosque.

—¿Queda alguien en las villas?

—No —le aseguró Cameron—, Garrick estaba fuera buscando a su perro y divisó a algunos de los hombres de Robert cuando se estaban reuniendo en la colina este. Alertó a todo el mundo mientras corría en dirección al castillo y entraron con sigilo por el portal.

—Cameron, dile a Robena y a Marjorie que lleven a todas las mujeres y niños a las bodegas de la planta baja —ordenó Alex—. Pon a cinco guerreros para que los protejan. Brodick, asegúrate de que las torres están bien guarnecidas y distribuye tres líneas de treinta hombres cada una en el patio para que esperen a Robert en el caso de que consiga romper la puerta. Luego reunios conmigo en la muralla principal. Combatiremos esta batalla desde el nivel más alto, y la terminaremos mucho antes de que Robert y sus hombres tengan alguna esperanza de entrar en el castillo. ¡Moveos!

Los dos guerreros fueron al instante a cumplir sus órdenes.

Alex se volvió y encontró a Gwendolyn de pie ante la chimenea, contemplando el hueso semienterrado en las cenizas.

—Entonces —murmuró—, finalmente ha venido por mí.

—Recoge a David y llévalo a las bodegas con el resto de las mujeres y niños. Allí estarás a salvo.

—¿A salvo? —repitió con tono sarcastice. Se volvió para mirarlo—.

Tu gente me desprecia, MacDunn. Me quieren muerta o que me vaya, y Robert acaba de llegar para cumplir ambos deseos. ¿Crees honestamente que tu clan luchará por mantenerme aquí?

—Harán lo que les diga —le aseguró—. Soy el laird.

—Creen que estás loco. Pensaron que estabas loco por traerme aquí *j* confiarme a tu hijo, y seguramente piensen que lo estás aún más por arriesgar sus vidas para protegerme. Pueden ver que David está mejorando y que no me necesita más. ¿Por qué iban a sacrificarse por proteger a una bruja?

—¡No tengo tiempo para discutir eso! —gruñó Alex exasperado—. ¡Recoge a mi hijo y llévalo abajo!

Gwendolyn hizo un gesto negativo.

—No me esconderé, ni le pediré a tu gente que me proteja en contra de su voluntad. Ellos no han hecho nada para provocar este ataque. Esta es mi batalla, MacDunn, no la suya. —Comenzó a avanzar hacia la puerta.

Alex la agarró por los hombros con una fuerza atormentadora, sujetándola con rapidez.

—Escucha bien, Gwendolyn. Llevarás a mi hijo abajo y te quedarás allí, ¿lo entiendes?

—¿No puedes entender que esta es una batalla que no puede ser ganada? Robert no descansará hasta que no me haya hecho de nuevo su prisionera. ¿Por qué obligar a tu gente a sufrir y morir por mí?

—¡Porque yo protejo lo que es mío!

—Pero yo no te pertenezco, MacDunn —los grises ojos de Gwendolyn despedían fuego—. ¡No pertenezco a nadie!

Estaba temblando bajo su férreo puño; si era por la furia o por el miedo, Alex no lo sabía. La encontraba dolorosamente hermosa en ese momento, con su manto de ébano derramándose salvaje sobre la seda pálida de sus hombros, y el tenue resplandor del placer aún coloreando sus mejillas exquisitamente esculpidas.

—Estás equivocada, Gwendolyn —liberó su puño de sus hombros para trazar con ternura la grácil curva de su barbilla con los dedos. Estrechó su boca contra la de ella, aplacando cualquier posible protesta. Acto seguido se apartó y la miró con severidad—. Prométeme que llevarás a mi hijo abajo, con las otras mujeres y niños.

—Tu gente no quiere luchar en esta batalla, y Robert no tendrá misericordia con ellos —bajó la vista, incapaz de mirarlo al terminar con un susurro ahogado por las lágrimas—. Serán degollados.

Alex ahuecó la mano en su barbilla y le levantó la cabeza para que le mirara.

—Ten fe, Gwendolyn. Mi gente será capaz de resistir contra Robert —la soltó y avanzó con grandes zancadas hacia la puerta—. Yo mismo les entrené, lo sabes.

La examinó una última vez, luego desapareció en el pasillo.

Gwendolyn se quedó allí de pie sola, escuchando los primeros gritos de la batalla resonar en la noche.

Y entonces salió corriendo de la habitación para ir a buscar a David.

Capitulo 11

—¡Alex!—gritó Robena ansiosa—. ¿Qué vas a hacer?
—Voy a derrotarlo, Robena —contestó Alex, al tiempo que se dirigía a grandes zancadas hacia las escaleras que conducían a las almenas—. No me deja otra opción.
—¡Eso es una locura! ¡No puedes permitir que tu gente muera por el bien de esa ramera! Alex se detuvo.
—¿Qué has dicho? —en un tono de voz bajo y amenazador. Dándose cuenta de que había ido demasiado lejos, Robena se retractó con prudencia.
—Quiero decir que es sólo una bruja, Alex —comenzó a retorcer el exquisito pañuelo de hilo que sujetaba en su mano al tiempo que continuaba con un tono dócil—. La trajiste para que curara a tu hijo, pero ahora parece que está mejor. Ya no la necesitamos. Sería mejor para todos que sencillamente se la devolvieras a los MacSween.
—¿Para que puedan matarla?
—Aquello que decidan hacer con ella es asunto suyo, no nuestro. Es una de ellos, y tienen el derecho de castigarla por sus crímenes perversos. No es responsabilidad tuya protegerla.
—Estás equivocada, Robena. Desde el momento que rescaté a Gwendolyn de la hoguera, se convirtió en mi responsabilidad. Y la defenderé lo mismo que haría con cualquier miembro de mi clan.
—Pero no pertenece a este lugar, Alex —insistió—. Seguramente puedes entender eso.

—Pertenezca a este lugar o no, se la protegerá. Entrecerró los ojos.

—Elspeth dijo que la bruja traería miseria y muerte al clan, y así lo ha hecho. ¡Y te ha hechizado con sus encantos de mujerzuela hasta el límite de que estás demasiado ciego para ver la verdad!

Alex la miró fijamente, impresionado por el repentino cambio en su comportamiento. El pañuelo de hilo que sujetaba en la mano estaba arrugado en una bola blanda, y el destello de temor femenino que se reflejaba en sus ojos hacía unos instantes fue arrasado por puro odio.

—Me disgustas, Robena —le dijo con tirantez—. Hubiera pensado que tú, de entre toda mi gente, tendrías más fe en mí.

—Pero Alex... —comenzó, posando una mano suplicante sobre su hombro.

—Baja tú misma a las bodegas. Tengo una batalla a la que enfrentarme.

Apartó con un movimiento de hombros su mano y remontó las escaleras, profundamente preocupado al reconocer que Robena no era con probabilidad la única en pensar de aquel modo.

—¡Fuera de mis murallas, tú, montón de piel infectada de piojos! —gri-Munro, al tiempo que arrojaba con dificultad una pesada piedra por el
to parapeto.

Farquhar se incorporó y observó con ojos turbios cómo el canto rodado caía con estruendo en el suelo, fallando a un puñado de MacSween
por un metro.

—Fallaste —informó. Dio un largo trago de cerveza y eructó con
fuerza.

—Dios, esos cabrones son rápidos —se quejó Munro mientras se secaba el sudor de la frente con la manga.

—Ahora están subiendo por la escalera —observó Farquhar, reflejando su voz una excesiva preocupación—. ¿Por qué no lo intentas otra vez?

—¿Cuántos hay? —preguntó Munro, comprobando con ojo crítico la enorme montaña de cantos rodados a su disposición.

—Tres... no... cuatro... no... uno ha sido disparado... pero ahí viene otro... y ese de ahí suman cinco... o mejor cuatro y medio... el último tipo es una birria... —hizo una pausa para tomar otro trago de cer veza

—Por el amor de Dios, Farquhar, ¿cuántos? —rugió Munro

Dejó escapar un eructo.

—Definitivamente, cinco.

—Este parece que vale cinco puntos —decidió Munro, seleccionando un enorme canto del montón. Acarreó la pesada piedra hasta el borde, soltó un enorme gruñido y la dejó caer.

—¡Un golpe limpio! —le halagó Farquhar, observando cómo los cinco guerreros MacSween eran sacudidos fuera de la escalera.

—¡Tomad eso como lección, vosotros, hediondos terrones de boñiga! —gritó Munro triunfante—. ¡Ah, no! —dijo divisando a otro grupo que avanzaba con otra escalera—. ¿Queréis un poco de lo mismo, verdad? ¡Bien, no os defraudaré!

—Quedaos atrás para que pueda dispararles —dijo Ned, escurriéndose entre ellos con su arco y flechas.

—Vamos, Neddie; Farquhar y yo tenemos esta pequeña área controlada —protestó Munro—. ¿Por qué no te mueves por ahí y te buscas un sitio para ti?

—Está muy concurrido —refunfuñó Ned. Munro suspiró.

—Muy bien. Ven para acá. Pero intenta derribar a los MacSween que están más alejados, y deja a los que gatean por las escaleras para nosotros.

Ned complaciente apuntó a un guerrero que les estaba enfocando con una flecha ardiendo hacia ellos.

—Vaya una estupidez —comentó Cameron, acercándose por detrás de ellos—. ¿No se da cuenta de que la llama de esa flecha lo convierte en un blanco perfecto?

Ned soltó la cuerda del arco, enviando la flecha por los aires. El guerrero MacSween dejó escapar un bramido de dolor cuando el proyectil afilado penetró en su pecho.

—Me apostaría a que ahora sí lo sabe —reflexionó Ned.

—¡Dispersaos! —ordenó Alex, al tiempo que introducía su espada en el estómago de un MacSween que había alcanzado casi el extremo de su escalera—. ¡Están subiendo por el ala este!

Los MacDunn instantáneamente dispersaron filas, cubriendo las zonas expuestas.

—¡Aquí estamos, muchachos! —anunció Owen a bombo y platillo, emergiendo en la muralla principal. Entrecerró los ojos contra la oscuridad, luego con torpeza se abrió camino a tientas a lo largo del parapeto. De pronto tropezó y se agarró del tartán de Cameron, tirando de él hasta los tobillos del enorme guerrero—. Perdona, joven —se disculpó con apremio—. No hay mucha luz aquí fuera, ¿verdad?

—¡No si tienes en cuenta la luz de la luna que rebota en la espalda de Cameron! —bromeó Brodick, que acababa de arrojar a un MacSween del parapeto.

—Quédate por aquí, Cameron. ¡Puedes ayudarme a ver mejor estas piedras! —vociferó Munro, prácticamente doblado por la risa.

—¡Por todos los santos, esos MacSween las van a pagar ahora! —gritó Reginald, apareciendo con su espada temblorosa ante él—. ¡Los haré trizas y echaré sus rancias y hediondas entrañas a las ranas!

—¡Qué desagradable! —dijo con tono altivo Lachlan que le seguía mientras hacía equilibrios con una jarra llena de espuma—. Has pasado mucho tiempo con esa Isabella.

—Eso no es de Isabella —protestó Reginald, su anciano brazo trémulo mientras luchaba por blandir la espada—. Eso es lo que dice el Increíble Torvald cuando va a combatir contra los Gunns.

—Disculpa, Reginald —interrumpió Owen—, pero creo que son perros y no ranas.

Reginald dejó caer la espada y se rascó su blanquecina cabeza.

—¿Estás seguro? —preguntó, desconcertado.

—Por el amor de Dios, ¿cuánto tiempo supones que llevaría dar de comer un hombre a un montón de ranas? —preguntó Lachlan exasperado—. ¡Años!

—Eso es lo que hace la amenaza tan espantosa —explicó Reginald—. Todas esas criaturas verdes y viscosas saltando dentro y fuera...

—¡Agachaos! —vociferó Alex, corriendo hacia el trío de ancianos—.

¡Ahora!

Ned, Cameron y Brodick automáticamente se abalanzaron sobre los miembros del consejo, echándolos al suelo y protegiéndolos con sus cuerpos. Una ráfaga de flechas ardiendo sobrevoló las almenas y aterrizó a su alrededor.

—¡Vaya, eso ha estado condenadamente cerca! —maldijo Cameron, apartando con furia de una patada una de las flechas encendidas.

—¡Soltad el primer caldero! —ordenó Alex, observando cómo un grupo de MacSween llegaban hasta el portal con un enorme tronco.

—¡Esperad! —gritó Lachlan, aún acunando entre sus manos la jarra llena de espuma. Gateó con precipitación para levantarse, se acercó arrastrando los pies y vertió la mezcla en el caldero de agua hirviendo—. Todavía no —ordenó, haciendo un gesto a Garrick, Ewan y Quentin para que se apartaran—. Tiene que madurar.

—¡Por el amor de Dios, Lachlan, maldita sea, quítate de en medio!—gritó Alex.

—De acuerdo, supongo que tendrá que valer —cedió Lachlan—. Pero no me culpéis si no funciona.

Los MacDunn volcaron el recipiente gigante hacia un lado. Los MacSween sorprendidos, abandonaron al instante el tronco al llover sobre ellos el agua hirviendo. Hubo unos cuantos gritos de dolor y un poco más de palabras llenas de colorido, pero nada que sugiriera heridas de gran consideración. Echando un vistazo precavido hacia la parte alta de la muralla principal, el puñado de MacSween retrocedieron para recuperar el tronco.

—Observad esto, —dijo Lachlan, asomándose con cuidado por el parapeto.

Cuando se encontraban tan sólo a unos pocos pasos del tronco abandonado, los MacSween comenzaron a tener náuseas.

—¡Cristo todopoderoso! —se quejó uno de ellos—. ¿Qué demonios es este hedor?

—¡Lo descubriréis enseguida! —gritó Lachlan divertido, haciéndoles señales—. ¡Tan sólo seguid avanzando!

—¡Golpead con el ariete, estúpidos! —rugió Robert con impaciencia desde algún lugar en la oscuridad—. ¡Enseguida!

Con tos y asfixiándose, los MacSween, valientes, continuaron hacia su objetivo.

—¡Preparados para lanzar el próximo caldero! —ordenó Alex.

—No, no —dijo Lachlan—. Esperemos a ver si ha funcionado mi pócima.

—Lachlan —empezó Alex, haciendo acopio de paciencia—, no es momento de...

—Sólo llevará un segundo —le aseguró Lachlan—. Espera y verás.

—Bien —dijo entre dientes Alex, profundamente exasperado.

Tapándose la nariz con los dedos, los MacSween alcanzaron el tronco. En el instante que dejaron libres los orificios para recogerlo, la mitad de ellos comenzó a vomitar.

—¡Veneno! —berreó uno de ellos, cayendo sobre sus rodillas—. ¡Dios mío, nos han envenenado!

—¡El leño está chorreando de porquería! —subrayó otro, mirando horrorizado sus manos cubiertas de una especie de baba—. ¡Por Dios, el olor!

—¡Está en tu ropa! —gritó otro—. ¡Diablos, estamos cubiertos!

—¡Ha funcionado! —soltó Lachlan, bailando con júbilo. Se inclinó sobre el parapeto, intrépido—. Se os ha estropeado el hermoso leño, ¿verdad? —rió con regocijo—. ¡Ahora

sería mejor que buscarais un arroyo para frotaros bien, antes de que el fango se convierta en fuego y os queme la piel hasta vuestros miserables huesos!

Los MacSween dejaron de dar arcadas y lo miraron horrorizados.

Acto seguido se volvieron y echaron a correr, tropezando unos contra otros en su premura por encontrar un arroyo.

—Dios santo, Lachlan, ¿es cierto que esa porquería comenzará a arder? —preguntó Alex, incrédulo.

—No —admitió con malicia—, pero no les hará daño creerlo, ¿no es así?

—¡Vaya eso es una maldita contrariedad! —se quejó Reginald, apoyándose en su espada—. Si haces eso con todos ellos, ¿quién quedará para que lo eche a las ranas?

—Quiere decir, perros —le aseguró Owen a Alex.

—¡MacDunn! —bramó una voz grave y furiosa.

Alex observó cómo Robert avanzaba con el caballo hacia delante desde su posición ventajosa flanqueado por un grupo de guerreros a caballo que portaban antorchas. Levantó su espada, indicando al resto de los guerreros MacSween que abandonaran el ataque y formaran una barrera protectora frente a él. Avanzaron con una deliberada precisión y elegancia, propia de un ejército de élite; sus corazas y espadas reverberando bajo el titubeo ambarino de las antorchas. En el momento que Robert sintió una ráfaga del brebaje fétido de Lachlan se detuvo, a unos veinte metros de las murallas del castillo. Los guerreros que portaban las antorchas se reagruparon, rodeándole con seguridad con un círculo de caballos y fuego.

—Buenas noches, Robert —gritó Alex cordial—. ¡Qué espléndido que te hayas decidido a unirte a nosotros! Sinceramente estaba empezando a echar de menos tu agradable presencia.

—Entrégamela, MacDunn —le ordenó Robert con frialdad—. No tienes derechos sobre ella.

—Tienes toda la razón —asintió Alex—, no los tengo —suspiró—. El problema está, Robert, en que no quiere irse contigo.

—Me trae sin cuidado lo que quiera ella —gruñó Robert—. Debe serme devuelta para ser quemada.

—¡Dios santo! —dijo Alex con tono de perplejidad—, eso es un poco duro, ¿no lo crees?

—Ese es su castigo.

—Bueno, no puedo decir que lo apruebe —meditó Alex, chasqueando la lengua—. Quiero decir, que si todos fuéramos por ahí quemando a todas las jóvenes que rechazan a su pretendiente...

—No estoy hablando de Isabella —espetó Robert. Alex lo miró desconcertado.

—¿Ah, no?

—Entrégame a la bruja, MacDunn, o no descansaré hasta que todos los hombres, mujeres y niños de tu clan sean reducidos a un estofado caliente de carne y sangre.

Alex frunció el ceño.

—¿Significa eso que no quieres a Isabella?

—Olvida a Isabella —vociferó.

—Bueno, esa es una proeza que es más fácil decirla que hacerla —le dijo Alex—. Quizá no lo hayas advertido, pero la joven adora ser el centro de atención... lo cual, sospecho le viene de ti...

—¡Escuchadme, MacDunn! —gritó Robert, decidiendo apelar directamente al clan—. Vuestro loco laird os ha puesto en un terrible peligro al traer una bruja perversa y asesina a vuestro entorno...

—¡Tonterías! —gritó Owen, agitando su abultado dedo en el aire—. ¡La joven nunca ha hecho daño a un alma!

—... que asesinó a su padre atrozmente —continuó Robert—, haciendo un espantoso conjuro sobre él que le absorbió el espíritu y se lo entregó directamente al diablo.

—¿De verdad lo hizo? —resopló Reginald—. ¡Entonces quizá deberíamos pedirle que hiciera lo mismo contigo!

Robert, confundido, miró fijamente a los ancianos burlones. ¿Por qué diablos esos patanes ignorantes no temían a Gwendolyn, como su propio clan lo había hecho?

—La bruja ha hecho un conjuro provocando una pestilencia sobre mi gente y mis tierras —les dijo con dramatismo—, para castigarnos por intentar poner fin a su brujería. Desde el día que vuestro laird, débil mental, se la llevó, miles de MacSween han muerto con la agonía más horrenda, sus carnes consumidas por unas fétidas llagas negras. Nuestros cultivos se han perdido a causa de unas tormentas violentas, durante las cuales unos vientos infernales han arrastrado casas, árboles, y del mismo modo animales, machacándolos contra el suelo. Ella intenta destruirnos...

—¡Embustero! —gritó una voz enfurecida de mujer—. ¿Cómo puedes plantarte ahí y decir unas mentiras tan viles?

Sorprendidos todos, tanto los MacDunn como los MacSween, se volvieron hacia Isabella, que estaba asomada a una de las ventanas del castillo.

—¡Isabella! —la llamó Brodick a voz en grito—. ¡Vuelve dentro enseguida!

—No —replicó Isabella desafiante—. ¡No mientras mi tío se siente ahí inventando historias tan ridiculas! —Se inclinó más hacia delante para asegurarse de que todo el mundo podía verla—. ¿Debería contarles la verdad, querido tío?

—Ve y arrástrala dentro, Brodick —le ordenó Alex con los dientes apretados—, antes de que se caiga y se rompa su condenado cuello.

—Cuando llegue hasta ella, puede que se lo rompa yo mismo —murmuró Brodick, alejándose con rapidez.

—Isabella, niña mía —dijo Robert con suavidad—, me alivia profundamente ver que te encuentras bien. Tu querido padre ha sido embargado por la preocupación. Ven conmigo y te llevaré a casa.

—¿Me llevarías a un lugar donde los desnutridos MacSween están muriendo a causa de un siniestro azote, y donde los vientos están destruyendo los bosques y las casas? —le preguntó Isabella con sarcasmo—. Tu interés por mi bienestar es realmente conmovedor.

—Resulta un poquito extraño —observó Owen, juntando sus canas cejas.

—¡No hubo ninguna plaga cuando Gwendolyn se marchó —gritó Isabella— ni tormentas, ni vientos, ni sucesos inusuales de ningún tipo! Lo dice sólo para haceros creer que es perversa, cuando en realidad la única persona perversa aquí es el hombre que veis delan...

Su diatriba terminó bruscamente cuando Brodick la agarró por la cintura y tiró de ella hacia atrás desde la ventana.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Isabella con voz aguda, revolviéndose por escapar de sus garras—. ¡No he terminado!

—¡Sí, lo has hecho —le aseguró Brodick—, y si te encuentro otra vez haciendo una locura semejante, Isabella, te juro que me aseguraré de que no puedas sentarte durante un mes!

—¿Cómo te atreves? —dijo enfurecida, intentando liberarse—. ¡Estoy intentando ayudar a Gwendolyn! ¡Robert está llenando sus cabezas con mentiras!

—Ya la has ayudado. Has revelado que los cargos de Robert contra ella son falsos. No necesitas ponerte más en peligro, cayéndote por la ventana o recibiendo un disparo de alguno de los hombres de Robert.

—¡No! —gritó, luchando con violencia contra él—. ¡Debo ayudarla • i
mas!

—¡Isabella, para! —la zarandeó con fuerza—. ¡Basta ya!

Sorprendida por el tono de enfado de su voz, dejó de pronto de moverse y se le quedó mirando, sus ojos brillantes por las lágrimas.

—Perdóname, Isabella —se disculpó, aflojando al instante la presión de su mano sobre ella—. No tenía intención de hacerte daño. Isabella tragó saliva con dificultad y meneó la cabeza.

—No lo has hecho —dijo con voz débil y triste—. No es por eso.

—Entonces, ¿qué ha sido?

Vaciló un momento, luego respiró con ansias y susurró abatida.

—No lo sabía.

—¿No sabías qué? —preguntó Brodick, atrapando con ternura la gota plateada que corría por su mejilla—. Cuéntame.

—Eran tan crueles con ella —dijo sus palabras ahogadas por el sufrimiento—. Todos lo eran, porque pensaban... pensábamos que era diabólica. Era del dominio de todos, por tanto ninguno de nosotros nunca pensó en cuestionarlo. Y siempre que alguien se ponía enfermo o moría, o se perdían los cultivos, o la leche se agriaba, o el pan no se elevaba, culpábamos a Gwendolyn.

La mirada de Brodick era sombría, y no dijo nada.

—Pero cuando dijeron que había matado a su padre... yo supe que no podía ser verdad —se mordió su labio tembloroso—. Yo los había visto, ¿sabes?, paseando juntos por las colinas. Solía irme a veces y me escondía entre la hierba alta cuando quería estar sola. Y ellos paseaban... tan sólo los dos, porque nadie más se acercaría a ella... y se sujetaban las manos; él le contaba las historias más maravillosas sobre un gran guerrero llamado el Increíble Torvald. Luego se sentaban en el suelo, y le contaba cosas que creía que ella debería saber, sobre pájaros y nubes, o el mundo que existe debajo de una roca cuando le das la vuelta... —su voz empezó a quebrarse—, y Gwendolyn lo miraba con tanto amor... —las palabras se desintegraron en las lágrimas.

—Sss, Bella —la consoló Brodick, rodeándola con sus brazos—. Ya ha pasado.

—No, no es así. Porque yo sabía que algo iba mal cuando Robert dijo que había matado a su padre... pero no hice nada. Tan sólo dejé que le echaran la culpa. Pero ¿cómo iba Gwendolyn a matar a la única persona en el mundo a la que quería de verdad?

—No pudo hacerlo —asintió Brodick a media voz.

—Creía que era una bruja, y me decía a mí misma que no importaba —confesó, su voz cargada de desprecio—. Pensé incluso que, aunque no lo hubiera matado, era responsable de otras cosas terribles, por tanto merecía morir. Así que lo aparté de mi mente. Elegí un bonito vestido para llevar, y reí y flirteé contigo mientras la ataban a esa espantosa estaca... y le prendían fuego... —Empezó a sollozar.

—Calla, Bella —dijo Brodick con voz cariñosa, acariciando su cabello con ternura—. No hubieras podido salvarla. Tu gente la temía desde hacía años y estaban resueltos a quemarla. No había nada que pudieras hacer para cambiarlo.

—Pero debería haberlo intentado. Debería haber dicho algo en su defensa. En cambio, permanecí en silencio —hundió su rostro en su cálido tartán y lloró descorazonada.

—Y sin embargo esta noche te has asomado a una torre en medio de una batalla y has puesto en tela de juicio las alegaciones falsas de Robert contra Gwendolyn. —Brodick agarró su barbilla y alzó su cabeza para poder mirarla a los ojos-—. ¿No te das cuenta de que Robert podría haber hecho que te dispararan para silenciarte?

—No me importa —le dijo con furia—. Al menos los MacDunn hubieran conocido la verdad sobre Gwendolyn.

Brodick la miró fijamente unos instantes, desconcertado por su inesperado valor.

Y entonces inclinó la cabeza y estrechó sus labios contra los de ella.

—... y por tanto me veré obligado a destruir estas tierras y a todo el mundo que habite en ellas —terminó Robert con tono amenazador. Le siguió un largo silencio.

—¿Me oyes, MacDunn? —vociferó Robert.

Alex se asomó por el parapeto, conteniendo educadamente un bostezo.

—Perdóname, Robert —se disculpó al tiempo que se estiraba—, pero has hablado durante tanto tiempo que me he despistado un poco. ¿Qué estabas diciendo?

La cara de Robert se encrespó de cólera.

—¡Disparadles!

Una descarga de flechas incendiarias se alzó en el aire, describiendo un grácil arco de llamas sobre el cielo aterciopelado antes de iniciar el descenso y caer en forma de lluvia sobre las almenas.

—¡Santo Cristo! —gritó Munro, agarrándose el hombro—. ¡Me han dado!

Cameron se quitó con rapidez su tartán y lo arrojó sobre el hombro de Munro, extinguiendo las llamas.

—¡Dios santo, Cameron —dijo Munro con los dientes apretados—, es muy noble por tu parte descubrir de nuevo esa espalda tuya color marfil sólo por mí!

—Da gracias que es una noche cálida —bromeó Cameron—, de lo contrario podría habérmelo pensado dos veces. No te muevas ahora —le ordenó, acomodando con amabilidad a Munro contra el suelo—. Respira hondo. Si no está demasiado profunda podemos sacar la flecha directamente.

—¿Vas a entregármela, MacDunn? —preguntó Robert. Alex agarró la empuñadura de su espada, concentrado en el acero frío, presionando contra la palma ardiente de su mano.

—Jamás —le juró—. «En su lugar voy a matarte, bastardo.»

—¡Entonces, prepárate a morir! —Robert alzó la espada para ordenar la siguiente descarga de flechas.

—¡Deteneos! —gritó una voz aguda, desesperada.

Alex apartó irritado la vista de Robert, preguntándose por qué Bro-dick no había puesto bajo control a Isabella.

Su corazón se paralizó.

Era Gwendolyn, esforzándose por mantener el equilibrio en uno de los merlones de la torre mientras un grupo de MacDunn corría ansioso hacia ella.

—¡Quedaos ahí! —les advirtió ella—. Un paso más y saltaré.

—¡Qué nadie se mueva! —ordenó Alex, aterrado ante la idea de que pudiera resbalar y caer si la asustaban—. Gwendolyn —empezó, fingiendo una tranquilidad que ocultaba por completo su ansiedad—, ¿exactamente, qué crees que estás haciendo?

—No puedo soportar esto —contestó con voz temblorosa—, no puedo soportar la idea de que alguien de tu clan pueda morir por mi culpa.

—¡Nos complace hacerlo, joven! —dijo Owen con tono majestuoso—. ¡Estos canallas de MacSween necesitan que se les dé una lección, justo como el Increíble Torvald haría con ellos!

—¡Voy a lanzar otra remesa de mi pócima —añadió Lachlan—, sólo que esta vez la haré tan fuerte que vomitarán sus entrañas por las cuencas de los ojos!

—¡Y luego los echaremos para que se los coman las ranas! —terminó con entusiasmo Reginald.

—Bájate, Gwendolyn —interpuso Alex—. Podemos discutir esto mejor si estás por aquí.

—No lo entiendes —murmuró, sacudiendo la cabeza—. No se rendirá nunca.

—Quizá no —dijo Alex avanzando lentamente por el parapeto hacia la torre—, pero no tengo intención de permitir que te lleve.

—¿Y cuánta sangre será derramada por mi causa? —Lo miró con tristeza, sus ojos como dos charcos plateados en contraste con la palidez de su rostro—. ¿Cuánta muerte habré traído a tu gente?

—Sabía los riesgos que corría cuando te rapte, Gwendolyn.

—No, MacDunn —le dijo, su voz quebrada por el dolor—, no lo sabías.

De repente se volvió de espaldas a él, el corazón de Alex se contrajo de terror.

—¡Dispárame, Robert! —le ordenó, abriendo ampliamente los brazos como invitación—. ¡Pongamos fin a esto!

—¡Alto! —rugió Robert al tiempo que sus guerreros prestos la apuntaban—. ¡El primero que dispare una flecha, es hombre muerto!

Con las flechas tensas en las cuerdas de sus arcos, sus guerreros lo miraron sorprendidos.

—¿Qué demonios te ocurre? —preguntó Derek—. ¿Estamos aquí para matar a la bruja o no?

—¡Cierra la boca! —le espetó Robert.

—¿Por qué no permites que me maten, Robert? —resopló Gwendolyn—. Ese es el motivo por el que viniste aquí, ¿no es así? ¿Con el fin de acabar con mis poderes malignos? Ahora *es* tu oportunidad para salvar a los MacSween de la devastación que les llevé, y castigarme por la muerte de mi padre al mismo tiempo. ¿Por qué vacilas?

—Debes ser quemada, bruja —le contestó Robert, agarrándose a una explicación razonable frente a su reticencia—. Tu maldito cuerpo debe ser consumido por el fuego.

—Entonces, haz que uno de tus guerreros dispare una flecha incendiaria contra mí. Eso bastará, creo. Una vez que haya caído, puedes amontonar ramas secas y turba a mi alrededor, para asegurarte de que me quemo sin dejar rastro —alzó los brazos un poco más alto, tambaleándose sobre su diminuto apoyo.

Alex se quedó paralizado, temiendo que si se movía ella se lanzara a la muerte. Un viento frío había empezado a soplar, echando el negro sedoso de su cabello y su vestido hacia atrás como si fueran grandes alas. Ofrecía una visión realmente maravillosa mientras estaba allí de pie desafiando al peligro sobre aquel merlón, su figura menuda y esbelta, un vestigio de sombra frente al manto brillante de la luna que resplandecía detrás de ella. Su gente estaba dispuesta a protegerla; no obstante, había elegido enfrentarse al ejército de Robert ella sola; con gallardía ofrecía su vida a cambio de la seguridad de un clan que había sido hostil con ella desde el día que llegó. Era extraordinaria para él, tan valiente y honorable como el mejor de los guerreros que jamás hubiera conocido. Tragó saliva con dificultad, sintiéndose insignificante ante ella.

—Has cometido un fallo, Gwendolyn —dijo Robert, las comisuras de sus labios curvándose en una sonrisa perniciosa—. Acabas de revelar tu debilidad.

—No tengo nada que perder —contraatacó Gwendolyn—, me has robado todo lo que tenía.

—¿Es así? —dijo arrastrando sus palabras—. Entonces no te importará lo que estoy a punto de hacer —alzó su espada e hizo una señal hacia las casitas esparcidas sobre la colina—. ¡Quemadlas! —ordenó con crueldad—. Destruid los campos y los jardines. Y degollad todo aquello que respire, sea humano o animal.

Los guerreros de las antorchas que le rodeaban se dispersaron en el acto.

—¡Dios mío —murmuró Cameron, observando con horror—, va a destruir nuestros hogares y nuestro ganado!

—¡Cobardes! —gritó Owen agitando su abultado puño en el aire—. ¡Volved y luchad como guerreros y no como demonios!

—Mi abuelo construyó mi casa —meditó Ewan, su voz inundada por la desesperación—. Nací en ella, al igual que mi hijo.

—Todo irá bien —dijo Quentin, posando su mano sobre el hombro de su amigo—. Las construiremos de nuevo.

Un horror apremiante fluyó por la garganta de Gwendolyn mientras observaba cómo los hombres de Robert acercaban sus antorchas a los tejados de las casas de los MacDunn. Las llamas se expandieron ávidas sobre los nidos de paja, consumiendo los bálagos tiernos y secos con un hambre voraz. En menos de lo que cuesta respirar, media docena de casas estaban ardiendo, su resplandor anaranjado y dorado extrañamente precioso en contraste con el manto negro de la noche. Cerró los ojos, incapaz de soportar aquella imagen espantosa. En algún lugar, en la oscuridad, un perro ladraba desesperado.

—Ese es Laddie —dijo Garrick—. Debe creer que estoy atrapado en mi casa.

—¡Matad a ese maldito perro! —ordenó Robert, dando media vuelta con su montura.

—¡Corre, Laddie! —gritó Garrick, incorporándose por encima del parapeto—. ¡Corre!

—¡Lo veo! —gruñó Robert—. Sube por la colina. ¡Disparad a esa condenada criatura!

Gwendolyn no se molestó en abrir los ojos. Levantó los brazos en lo alto, alcanzando la oscuridad clara del cielo. Un rugido ensordecedor se apoderó de sus oídos, bloqueando el sonido de los ladridos del perro, el crepitar de las casas ardiendo, la desesperación de los MacDunn observando cómo sus preciados hogares eran destruidos. «No puedes hacer esto, Robert. No te lo permitiré.» Un lazo brillante de luz cruzó de repente el cielo despejado de nubes y dio paso a la lluvia torrencial que estalló a continuación. Caía como duras agujas de hielo, anegando las casas llameantes y extinguiendo las antorchas y las flechas incendiarias de los MacSween. El agua cortante azotaba con tanta violencia contra los guerreros atacantes que apenas podían abrir los ojos. Otro rayo parpadeó en la noche, luego otro; los abrasadores destellos de luz tan cegadores como la lluvia. Una oleada estridente de truenos restalló sobre las montañas, haciendo relinchar y encabritarse a los caballos de los MacSween mientras los jinetes les gritaban para que se calmaran. La lluvia caía como una manta y empezó a estancarse en el suelo, convirtiendo con rapidez la hierba y la tierra en una mezcla resbaladiza y fangosa.

—¡Maldito seas, MacDunn! —bramó Robert, como si creyera que Alex era en cierto modo responsable de esa repentina tempestad. «¡Eso será mío!» Lo miró durante un largo instante, su cara contraída por la furia, haciendo caso omiso del agua que le azotaba.

A continuación tiró de la cabeza de su caballo hacia un lado y se adentró galopando en la oscuridad estruendosa.

Los guerreros se giraron y siguieron con cierto desorden a su comandante en retirada, sus cabezas agachadas en un intento por protegerse contra el azote de la lluvia.

Los MacDunn alzaron sus espadas y vitorearon.

—¡Eso ha sido sencillamente estupendo! —exclamó Owen, dándose ligeros golpecitos en las gotas de la cara con su empapado tartán—. En toda mi vida, nunca he visto una tormenta tan espantosa.

—La joven tiene un don para el tiempo —gritó Reginald, intentando oír por encima del estrépito del trueno—. Ha atraído la tormenta justo en un abrir y cerrar de ojos.

—Un poco excesiva, si quieres saber mi opinión —gritó Lachlan, guiñando los ojos contra el vendaval—. Una tempestad con la mitad de intensidad hubiera sido suficiente.

Alex apenas era consciente de sus comentarios mientras se acercaba con precaución a Gwendolyn. Se alzaba desde el parapeto como una extraordinaria escultura de piedra balanceándose sobre el precipicio de la muerte, sus ojos cerrados, sus brazos extendidos; aparentemente incons-

ciente del hecho de que los MacSween se habían retirado. La recia lluvia había reducido su vestido a una cortina negra de líquido que caía sobre las curvas de su pecho y de sus caderas, transformándola en una sombra titilante bajo las cintas dentadas de luz que centelleaban a su alrededor. Alex clavó su mirada en ella al tiempo que acortaba la distancia entre ellos, deseando que no cayera.

—Gwendolyn —alargó el brazo—, toma mi mano.

Sus ojos se abrieron con un parpadeo. Incluso a través del velo de lluvia, Alex pudo percibir que sus ojos estaban distantes y enturbiados, semejante a los de alguien que ha sido despertado de un largo e intranquilo sueño. Lo miró confundida, como si se preguntara quién era y cómo había llegado allí.

Acto seguido suspiró y sucumbió en las sombras.

Alex gritó al lanzarse hacia delante, sus brazos extendidos. Durante una milésima eterna de segundo no sintió otra cosa que lluvia, oscuridad y muerte; su mente comenzó a resquebrajarse, seguramente igual que la noche que Flora escapó para siempre de su alcance. «No, Dios mío, no.» Estiró su cuerpo más aún, extendiéndose a través de la noche hasta que cada uno de sus huesos, músculos y tendones estuvo tenso hasta el mismísimo límite de su piel.

La tenía cogida; su esbelta figura íntegra y firme se balanceaba indefensa bajo sus doloridas manos.

Con un gruñido salvaje tiró de ella hacia arriba, demasiado sobrecogido para ser cuidadoso mientras la arrastraba por encima del parapeto. Sujetándola con fuerza contra él, se dejó caer de rodillas, luchando contra el dolor punzante que se estaba enredando como una red en su cráneo.

«Está bien —se dijo a sí mismo con ardor—. No va a morir.» La lluvia cortante arremetía contra ellos cuando la acunó en sus brazos, empapando sus cabellos, su piel y sus ropas; él se inclinó para protegerla, aunque en vano, de la lluvia, el frío, la noche, de cualquier fuerza oculta que pudiera pretender herirla o robársela.

No sabía cuánto tiempo llevaba abrazado a ella. Cuando la voz de Brodick finalmente penetró la dolorosa niebla en su cerebro, la muralla principal estaba prácticamente desierta.

—Llevémosla dentro, Alex —estaba diciendo Cameron, posando su mano sobre el hombro de Alex—. Vamos.

—La batalla —murmuró Alex atontado.

—La batalla se ha terminado —dijo Brodick—. Todo el mundo está a salvo y ha dado cuenta de ello, incluido el perro de Garrick. He apostado hombres para que vigilen desde las torres por los posibles disturbios, aunque Robert tiene poco que hacer en tanto esta lluvia siga rugiendo. Sólo para asegurarnos, todo el clan pasará la noche en los confines del castillo. No hay nada más que hacer por esta noche, Alex. Vamos. Mareado y desorientado, Alex se puso en pie, sujetando aún su preciada carga con firmeza contra él. Gwendolyn tenía los ojos cerrados, pero su cuerpo no estaba rígido.

——No está muerta —dijo abatido, mirándola.

—Creo que se ha desmayado —le dijo Brodick—. La has tenido mucho tiempo sujetándola aquí fuera.

—Sí —asintió Gwendolyn, la línea caliza de su labio apenas moviéndose—. Pero tengo mucho frío, MacDunn —sus grises ojos se abrieron y su mirada tenía una claridad serena que había estado completamente ausente cuando lo miró justo antes de caer—. ¿Podríamos ir dentro?

Él la atrajo más contra su pecho mientras la llevaba a lo largo de las almenas y bajaba las escaleras hacia el pasillo. Ni Cameron ni Brodick hablaron al atravesar el vestíbulo iluminado con antorchas, el único sonido era el del chapoteo de sus prendas empapadas, que iban dejando un riachuelo de agua sobre el suelo de piedra a medida que avanzaban. Alex no se detuvo en la habitación del final de la agonía de Flora, sino que continuó hasta su propia alcoba. Llevó a Gwendolyn dentro y cerró la puerta ante la expresión de confusión de Cameron y Brodick. No le importaba lo más mínimo lo que pensaran de él por meter a Gwendolyn en sus aposentos. No le importaba en absoluto lo que pensara nadie. Ella era de él, y pertenecía a este lugar, junto a él. La colocó en una silla ante la chimenea, apiló con rapidez un montón de ramitas y leña seca. Lo encendió con una de las velas llameantes de la habitación, observando impaciente cómo las llamas ambarinas empezaban a ondularse y crepitar. Cuando el fuego ardió impetuoso, añadió vanos troncos de madera a la pira, garantizando que su calor durara varias horas. Acto seguido se volvió hacia ella.

—Debemos quitarte ese vestido mojado antes de que mueras congelada.

Gwendolyn obediente se levantó y comenzó a quitárselo. Alex se dirigió a la cama y la despojó del tartán que la cubría; luego con apremio la rodeó con su cuerpo mientras su vestido negro y la combinación caían sobre sus pies desnudos.

—Ya está. —Él la frotó con el tartán suave, intentando devolver la circulación y el calor a su helado cuerpo—. ¿Te encuentras mejor?

Ella lo miró en silencio, paralizada. Las líneas de su bello rostro estaban profundamente marcadas bajo la luz parpadeante del fuego, haciéndole parecer mayor de lo que era. Su pálido cabello rubio fluía con el resplandor tenue del satén húmedo sobre sus hombros; parecía no advertir que su camisa y tartán reposaban fríos y húmedos contra su propia piel. Su tacto era dolorosamente tierno mientras la calentaba con sus manos, la caricia firme y segura de un hombre que estaba acostumbrado a atender a alguien débil. El recuerdo de Flora invadió su mente; Flora yaciendo atrapada en una habitación oscura y de aire viciado, pero en una cama que había sido delicadamente tallada con flores, un sol y cascadas. Un lecho que Alex había insistido en compartir con ella mientras moría, a fin de que no estuviera sola. Una cama que había ordenado quemar después de su muerte, de manera que no tuviera que soportar la agonía de mirarla y recordar el sufrimiento de su esposa.

La pena embargó el corazón de Gwendolyn. MacDunn había arriesgado todo por ella aquella noche, reflexionó, desconcertada por la increíble generosidad de sus actos. Había estado dispuesto a sacrificar a su gente, su castillo, incluso a sí mismo, todo por el bien de su seguridad. Y ella había estado igualmente decidida a morir, de modo que él y su clan pudieran librarse de la brutalidad de Robert. En aquel momento en la almena, mientras temblaba ante el abrazo de la muerte, ella había comprendido de repente la profundidad de sus sentimientos hacia este loco y atormentado laird.

Y eso la había aterrado.

Con un leve sollozo rodeó a Alex con sus brazos, aferrándose a él con desesperación al tiempo que presionaba sus labios temblorosos contra los suyos. Quería ser envuelta por él, perderse en su extraordinaria fuerza y valor, hacer desaparecer todo pensamiento sobre David y Cla-rinda, Cameron, Brodick y Ned e incluso de la atontada y mancillada Isabella, que se había incorporado con valentía por fuera de la ventana y clamado a voz en grito que Gwendolyn no era perversa. Quería borrar a todos de su mente, y el hecho cruel e irrefutable de que con su presencia, allí, ella los ponía a todos y cada uno de ellos en peligro. Y con este pensamiento se estrechó con fuerza contra todo el cuerpo empapado de Alex, besándole intensamente al tiempo que el tartán con el que él la había envuelto se deslizaba al suelo como un charco arrugado de lana.

Alex gimió e introdujo su lengua en la dulzura de la boca de Gwendolyn mientras la alzaba sobre sus brazos. No había planeado esto, se aseguró a sí mismo al tiempo que cruzaba la habitación y la posaba sobre la cama, sin embargo no podía aplacar la pasión que le abrasaba por dentro más de lo que hubiera podido detener la tormenta que soplaba enfurecida en el exterior.

La deseaba con un ardor que era abrumador. Durante semanas la había temido, no a causa de sus poderes sobrenaturales, los cuales no podía llegar a entender, sino por su fragilidad física que k hacía aparecer como un flor tierna que se marchitaría bajo el sol, o podría ser arrastrada por la ráfaga de viento más débil. La agonía del sufrimiento de Flora estaba aún viva en su mente, y había sido cauto con respecto a Gwendolyn desde el momento que la vio atada a la estaca, pensando que una chiquilla tan delicada no podría nunca soportar las penalidades más simples de la vida. Pero se había equivocado. Ella había resistido el rencor de su propia gente con una determinación obstinada que hubiera rivalizado con el más aguerrido de sus guerreros. Había soportado el fuego y el odio, la injuria y la humillación, y la realidad amarga de que todo el mundo con el que se cruzaba o bien la despreciaba o bien la temía. A pesar de todo, se había quedado para atender a su hijo con ternura y compasión, ignorando todo lo demás en su intento por hacer que un niño moribundo se recuperara. Y entonces, cuando su misión estaba casi completada, se había subido sobre el parapeto y se había ofrecido a sí misma a cambio de las vidas de aquellos que habían conspirado para deshacerse de ella.

La nobleza que palpitaba dentro de su minúsculo cuerpo era arrolladora.

Se despojó de sus ropas húmedas y se extendió sobre ella, cubriéndola con su calor y fuerza. Quería poseerla, sujetarla con firmeza contra él y perderse dentro de ella, encadenarla a sí mismo con su cuerpo, mente y alma, a fin de que nunca pudiera abandonarlo, nunca conociera el contacto de otro hombre, y por encima de todo para que nunca más hiciera un trueque con su preciada vida como lo había hecho aquella noche. Le pertenecía, y tenía que entenderlo, no con palabras, sino con la sólida presión de sus muslos contra los suyos, con la caricia áspera de su lengua sobre su túrgido pezón, el despliegue bronceado de su mano rastreando su cadera cremosa, y el gemido violento al escapar de su garganta mientras se enterraba en lo más profundo de su aterciopelado calor húmedo. Un sorpresivo jadeo escapó de sus labios, él sintió el mordisco de sus uñas al aferrarse a los músculos de su espalda, atrayéndolo incluso más hacia su cuerpo menudo y sedoso. Devoró su boca al tiempo que se introdujo en ella, saboreándola con intensidad, profundamente, sintiendo sus gritos de placer vibrar contra sus labios y dientes. Una y otra vez se hundió en ella mientras bebía de su belleza, fuerza y valentía, sintiéndose una parte más de ella con cada dolorosa penetración, agotándola y llenándola con su apremiante necesidad, hasta que finalmente no supo dónde terminaba él y empezaba ella. Su mente comenzó a girar mientras se perdía en ella, tocando y besando; apoderándose y deslizándose, sus sentidos conscientes de su deleznable estrechez caliente mientras lo mantenía a salvo dentro de sí, de las rápidas vibraciones de su corazón mientras latía contra su tórax, del lazo de sus piernas esbeltas mientras las enroscaba alrededor de sus muslos, y del dulce dolor al deslizarse dentro y fuera de ella, desesperadamente intentando vincularla a él, sintiendo por el contrario que era él quien estaba siendo encadenado a ella para siempre. No podía respirar, ni pensar, ni detenerse, no podía hacer nada excepto sumergirse en ella una y otra vez, más rápido, más fuerte, su cuerpo clamando liberarse de esta sublime tortura. Y de repente se encontró ascendiendo vertiginosamente a través de la noche, y gritó su nombre con desesperación. No quería que se acabara nunca, pero su cuerpo no podía soportarlo más y entonces entró todo lo que pudo en ella, llenándola con cada fragmento de su carne y de su alma antes de desplomarse sin fuerzas sobre su cuerpo.

Gwendolyn yacía completamente inmóvil, percibiendo las palpitaciones del corazón de MacDunn contra su pecho y la cálida caricia de su respiración contra su cuello. Le rodeó los hombros con sus brazos y lo sujetó, sintiéndose, por un breve instante, inexplicablemente a salvo, como si la coraza de músculos de su hermoso cuerpo y el inexorable poder de su mente pudiera protegerla de todo. Fuera, la tormenta seguía bramando con una furia impresionante, rindiendo otro ataque al castillo imposible por aquella noche. Este era un momento robado y frágil, reflexionó, reforzando su control sobre MacDunn, que nunca más volvería a repetirse.

«Eso será mío», había jurado Robert. No descansaría hasta que Gwendolyn le diera la piedra. Cosa que nunca haría. Poco importaba que con toda certeza la matara una vez que tuviera el poderoso talismán en la palma de su mano. Lo que tendría mayores consecuencias era el hecho de que usaría la piedra para conseguir el poder que tanto codiciaba, capacitándole para vencer a aquellos que se sublevaran contra él. En tanto permaneciera en este castillo, Alex y su gente estaban en grave peligro. Robert había dejado claro que no le importaba destruir sus hogares ni tampoco asesinarlos a todos. Aunque los MacDunn habían demostrado un enorme valor en su resistencia contra los MacSween, Gwendolyn había sentido su angustia, cuando

observaban que sus preciados hogares estaban siendo quemados, tan cierta como si hubiera sido la suya propia. No dudaba de que Alex lucharía hasta el límite máximo de sus posibilidades para protegerla. Con su desesperado intento por salvar la vida de su hijo, Alex había traído involuntariamente la muerte y el sufrimiento a su gente.

Y ella era la causa.

Tragó la desesperación que inundaba su garganta e intentó en vano reunir el frío despego que siempre le había sido de tanta utilidad en el pasado. Pero por alguna razón, en este sombrío momento la eludía, y había sido abandonada sintiéndose profundamente conmovida y asustada.

No había duda de que debía irse de inmediato. En el instante que esta tormenta cesara, Robert traería de vuelta a sus fuerzas salvajes. Hasta entonces, los MacDunn eran prisioneros en su propio castillo. Tan sólo alejando a Robert, ella podría restaurar la paz que los MacDunn habían disfrutado antes de que llegara a este lugar, y por tanto proteger a la gente que había llegado a significar tanto para ella. Una vez que Robert descubriera que se había ido, no perdería tiempo allí. Sus ansias por obtener la piedra le obligarían a partir enseguida tras ella.

Y cuando la encontrara, ella lo mataría.

Con un parpadeo apartó las lágrimas que nublaban sus ojos, preguntándose vagamente por qué aquel pensamiento no le producía el mismo oscuro consuelo que en otro tiempo. Pero en todo lo que podía pensar era en David mirándola fijamente maravillado mientras la escuchaba contar una de sus historias, y Clarinda riendo con dulzura al presionar la mano de Gwendolyn contra su túrgida y palpitante tripa, y el adusto anciano, Lachlan, prometiéndole con vehemencia que crearía una pócima que haría que los MacSween vomitaran sus entrañas por las cuencas de los ojos. Debía dejar todo esto atrás. Lo más duro era que debía dejar a MacDunn, que había despertado en ella emociones que jamás hubiera pensado que existían. Estaba desplomado sobre ella, su cuerpo aún unido al suyo, la aspereza de su mejilla rozando la delicada curva de su cuello. Aspiró un leve suspiro entrecortado, incapaz de combatir la angustia que le desgarraba el corazón.

Alex se incorporó apoyándose en los codos y frunció el ceño. Gwendolyn apartó el rostro, intentando evitar su mirada. El posó sus dedos contra la línea esculpida con elegancia de su mandíbula y le volvió la cabeza, obligándole a mirarlo. Sus ojos grises reflejaban una terrible desesperanza, una lágrima corrió por la palidez de su mejilla y cayó en el húmedo río negro de su cabello. Él se consideraba un guerrero curtido, que durante su vida había visto más miseria de la que le correspondía, tanto en los ojos de Flora como en los suyos mismos. No obstante, la visión del tormento de Gwendolyn le golpeó con intensidad en las entrañas, abriéndole nuevas heridas sobre aquellas que nunca curarían.

—No tengas miedo, Gwendolyn —le murmuró, acariciando su brillante mejilla con el dorso de sus dedos—. Yo te mantendré a salvo. Tragó saliva abatida y sacudió la cabeza.

—No —susurró, su voz un hilo de sonido contra el viento y la lluvia—, no puedes.

—Sí puedo —insistió él con aspereza—, y lo haré. Me perteneces —capturó sus labios con una fuerza dolorosa, silenciando cualquier posible argumento.

Ella sintió cómo él se endurecía dentro de sí al tiempo que devoraba los recodos más profundos de su boca. Comenzó a deslizarse con ímpetu dentro y fuera de ella, llenándola y vaciándola, su figura poderosa fle-xionándose con lenta deliberación mientras intentaba hacerla suya. Gwendolyn lo envolvió con sus brazos y piernas, devolviéndole sus besos férvidos, casi ahogándose en las lágrimas calientes que fluían ahora por su rostro. «Te amo», dijo en silencio, su corazón resquebrajándose ante la angustiosa confesión. «Te amo, te amo, te amo».

Gimió al moverse con él, sabiendo que nunca más volvería a sujetarlo con esa intensidad dentro del calor refulgente de su cuerpo. «Te amo», lloró, entrelazando sus manos en la dorada longitud de su cabello. Él se empujó delicadamente dentro de ella, besándola ahora con ternura, intentando poseer su cuerpo y su espíritu, sus manos surcando su cuerpo con constantes caricias arrolladuras. Y acto seguido sus dedos se encontraban rozando el escurridizo calor suave de ella mientras se lanzaba con ímpetu dentro y fuera, y ella sintió cómo comenzaba a endurecerse y a estirarse y a alargarse, y sus lágrimas cesaron al tiempo que perdía la conciencia de todo excepto de la verdadera maravilla de sentir cómo la acariciaba, llenándola y besándola. «Te amo», le dijo en silencio, sin atreverse a expresar aquellas palabras en alto por miedo a que las rechazara. Un rugido grave salió arremolinado desde lo más profundo de su tórax, el sonido masculino respondiendo a sus propios jadeos delicados. «Te amo más que a la vida misma.»

Gwendolyn gritó de repente, sintiendo cómo se quebraba en miles de fragmentos plateados, y Alex se enterró en sus adentros dejando escapar un violento gemido. Un remolino de éxtasis fluyó por ella mientras su peso musculoso la hundía aún más en la suavidad del colchón; y ella conoció un instante de gozo puro y glorioso.

Tan veloz como había llegado se fue, reemplazado ahora por una sensación aterradora de pérdida. Alex rodó sobre ella para apartarse y la recogió en sus brazos, sujetándola contra él al tiempo que le echaba hacia atrás un mechón mojado de pelo.

—Te quedarás conmigo —le ordenó, su voz grave—. Y te mantendré a salvo, Gwendolyn —arrastró los dedos a lo largo de sus esbeltos brazos, luego agarró su mano y la colocó con firmeza sobre su corazón—. Te lo juro.

Gwendolyn miró fijamente durante un momento largo y solemne el azul penetrante de su mirada. Acto seguido arrimó la mejilla contra el cálido mármol de su pecho y cerró los ojos, luchando contra las lágrimas que amenazaban con brotar de nuevo y sintiendo al mismo tiempo el ritmo constante de los latidos de su corazón contra la palma de su mano. Se quedó en silencio. No había nada que pudiera decir.

Le amaba.

Y al día siguiente lo abandonaría para siempre.

Capitulo 12

Gwendolyn abrió los ojos y encontró a David mirándola, su menudo rostro pecoso fruncido por la confusión.

—¿No tienes frío? —le preguntó curioso.

Bajó la vista y descubrió que estaba apenas cubierta por el tartán suave extendido sobre ella. Suspiró y con precipitación tiró de la manta hasta el cuello, a continuación echó un vistazo para comprobar si MacDunn se encontraba aún tendido junto a ella. Gracias a Dios, no estaba. Haciendo acopio de hasta el último jirón de su ultrajada dignidad, miró a David como si no hubiera nada de particular en el hecho de que la encontrara completamente desnuda en la cama de su padre.

—¿Va todo bien?

—Todo el clan está hablando de ti —le informó.

Los ojos de Gwendolyn se abrieron horrorizados. Era evidente que todo el mundo sabía que había pasado la noche con MacDunn. Mortificada hasta lo más profundo de su ser, bajó los párpados y con voz débil le preguntó:

—¿Estás muy enfadado?

Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¿No lo estás? —preguntó confundida.

—¡Tu enfrentamiento a Robert es la cosa más valiente que he oído de... has actuado como lo hubiera hecho el Increíble Torvald! Sus palabras traspasaron su vergüenza. ¿Es de eso de lo que están hablando los del clan?

—¿De qué otra cosa iban a hablar?

—De nada —respondió apresurada. Se incorporó un poco sujetando aún la manta—. ¿Qué están diciendo exactamente?

David se sentó junto a ella, obligándola a moverse un poco.

—Owen dice que de todas las brujas que ha conocido, tú eres la más magnífica con diferencia —dijo excitado—. A continuación Lachlan le pidió que le dijera cuántas brujas había conocido exactamente, y Owen tan sólo pudo pensar en ti y en otra, y Lachlan dijo que eso apenas servía para hacer comparaciones. Entonces Reginald dijo que él sólo sentía no haber tenido la oportunidad de arrancar la cabeza monstruosa de Ro-bert y presentarla ante ti, toda sangrienta y con su cerebro derramándose, clavada en una lanza, para que tú pudieras conservarla en recuerdo de tu valor. ¡Y Lachlan resopló diciendo que esa era una idea de mal gusto, y que en cambio él iba a pasar el día creando un vino especial para be-berlo en tu honor!

Gwendolyn lo miraba desconcertada.

—¿Es verdad que te subiste al parapeto y le dijiste a Robert que te disparara una flecha incendiaria? —le preguntó ansioso. Ella asintió con la cabeza.

—¡Cameron ha dicho que parecías un ángel negro de pie en el mer-lón, y que cuando Robert prendió fuego a las casas, levantaste los brazos y convocaste una tormenta para que apagara las llamas!

Naturalmente que habían creído eso, reflexionó Gwendolyn. Después de todo, los MacDunn estaban convencidos de que controlaba el tiempo.

—Ned dice que en tanto la tormenta siga azotando con la misma intensidad, los MacSween no serán capaces de atacar de nuevo. Pero tú no permitirás que llueva así siempre, ¿verdad? Me encuentro bastante bien hoy, y pensé que quizá pudiera intentar montar otra vez dentro de poco.

—No lloverá siempre —le aseguró Gwendolyn, aunque la tormenta no daba la impresión de haberse aplacado desde la noche anterior—. ¿Has comido algo?

—Sentí hambre mientras esperaba a que vinieras con mi desayuno, así que fui a la cocina y le pedí a Marjorie que me diera algo de pan y tortas de avena. No he tomado nada de leche, ni huevos, ni tampoco queso, ni siquiera probé los arenques ahumados que estaba sirviendo a los demás.

—¿Cómo te encuentras? Se encogió de hombros.

—Bien.

Ciertamente tenía buen aspecto, reflexionó Gwendolyn. Sus ojos azules estaban descongestionados y brillantes, y aunque su piel estaba todavía pálida por la falta de sol, sus mejillas ligeramente pecosas le daban una pizca de color. Su cara estaba recién lavada, y se había tomado su tiempo en cepillar su brillante pelo rojizo, de manera que éste le caía en una capa relativamente ordenada de rizos sobre su camisa azafranada. Gwendolyn recordó la primera vez que lo vio, tumbado en aquella habitación hedionda, con su piel *caliza,* tirante a lo ancho de su demacrada cara, como la más fina de las telas, y su cabello debilitado saturado de sudor y suciedad. Había tenido la certeza de que se encontraba al borde de la muerte y de que no había nada que posiblemente pudiera hacer para salvarlo. No quedaba rastro de aquel niño moribundo en el resplandeciente muchacho que se sentaba ahora junto a ella, golpeando incansable su pie contra la estructura de la cama. Iba vestido con el tartán que había llevado al gran salón la noche anterior, se lo había arreglado lo mejor que le permitía su inexperimentada habilidad, de modo que colgaba como un trozo de tela amorfa sobre sus caderas estrechas, con el resto de la tela que le sobraba cayendo en una larga capa por su espalda hacia abajo. «MacDunn tendría que darle alguna lección para colocarse el tartán», meditó, mientras se deleitaba viendo a David tan bien.

Dios la había puesto a prueba de diferentes maneras, pero Él le había concedido un gran don. La había capacitado para ayudar a David a vivir. Por aquello estaría eternamente agradecida.

—Mi padre ha dicho que convocar esa tempestad te ha fatigado —dijo David con tono compasivo—. ¿Es por lo que estás aún en la cama?

Ella asintió.

—¿Dónde está tu padre?

—Ha salido fuera con algunos hombres para supervisar los daños de las murallas externas y volver a traer las rocas que fueron arrojadas desde las almenas. Ha ordenado que todas las mesas y bancos del gran salón sean desplazados a un lado para que los hombres puedan entrenar en él mientras llueve.

Lo cual significaba que sabía que Robert regresaría pronto, reflexionó Gwendolyn. «Te mantendré a salvo.» No tenía duda de que MacDunn creía en realidad que era capaz de tal hazaña. Pero no entendía la profundidad de la determinación implacable de Robert por tenerla de vuelta. Robert no se detendría ante nada para obligarla a que le diera la piedra. Y al enfrentarse a él la noche anterior y haberle ofrecido su vida, Gwendolyn había cometido un grave e irreversible error. Había armado a Robert al dejarle que supiera que estaba dispuesta a morir por el bien de los MacDunn. Todo lo que necesitaba era atacar los hogares vulnerables de la colina o tomar a un solo MacDunn como rehén, por ejemplo a Cameron, o Ned, o incluso al anciano gruñón Lachlan, y Gwendolyn no tendría otra elección que rendirse a él. Y luego Robert asesinaría a los MacDunn de todas formas, antes de usar el poder de la piedra para su vil interés propio.

Debía alejarlo de allí y matarlo después.

—Por favor, David busca a Clarinda y dile que necesito hablar con ella enseguida.

—¿Vas a contarnos la historia de lo que ocurrió anoche? —preguntó David, sus ojos brillantes anticipándose—. Estoy seguro de que tú lo contarías mejor que Owen o Cameron.

—Hoy no. Ahora corre.

David obediente corrió hacia la puerta, subiéndose con torpeza el tartán que le caía flojo mientras avanzaba.

Se le hizo un nudo en la garganta de emoción al contemplar cómo se marchaba. Hasta que conoció a David, su experiencia con los niños se había limitado exclusivamente a los jóvenes MacSween que solían burlarse de ella y arrojarle cosas, o salir corriendo siempre que aparecía. Llegó a pensar que los niños eran o bien estúpidos o crueles, y la mayoría de las veces ambas cosas. Pero David le había hecho cambiar ese concepto. Durante el tiempo que pasaron juntos había descubierto que los niños eran rápidos en abandonar el miedo y la intolerancia que aprendían de los adultos, y en juzgar a la gente por ellos mismos, como David hizo con ella. El hijo de

MacDunn era un muchacho dulce y amable, y cuidarle le había hecho comprender lo que era amar a un niño más que a ella misma.

No permitiría que nada malo le ocurriera.

Le había prometido a Clarinda que se quedaría a ayudarla en el parto, pero eso era imposible ahora. Debía marcharse hoy, a fin de librar al clan de futuros ataques. Aunque la idea de que estaba rompiendo la promesa hecha a su querida amiga le pesaba enormemente, estaba segura de que Clarinda lo entendería. Marjorie sería capaz de ayudarla a traer el niño al mundo, y quizá Lettie permanecería con ella también. Ambas mujeres eran bastante más experimentadas en asuntos de partos que Gwendolyn, dado que en realidad ellas habían tenido hijos.

—¿Y uno debe ser cortado con una espada para saber cómo curar la herida? —preguntó Morag desde la puerta con medias palabras—. Te he traído ropa limpia —continuó; sin esperar respuesta pasó con gracia junto al montón húmedo de telas de color negro y crema que se encontraba tirado en el suelo—. No convendría que fueras andando por el pasillo llevando sólo ese tartán, aunque estás bastante atractiva con él. —Dejó sobre la cama deshecha una combinación limpia y el vestido amatista que le había regalado a Gwendolyn.

—Gracias —dijo Gwendolyn, intentando esconder su angustia por haber sido encontrado desnuda en la alcoba del laird.

—En absoluto —sonrió Morag mientras se acomodaba en la silla junto al fuego—. Puede que sea vieja, pero todavía recuerdo lo que es ser oven y ser embargada por el deseo.

—No estoy embargada por el deseo —le dijo Gwendolyn, metiéndose la combinación por la cabeza.

—Desde luego que sí, querida. Tienes tantos deseos dentro de ti, que | no puedes confiarte a ti misma el ceder ante ellos, por miedo a que si abres esa puerta seas sumergida en la corriente de necesidad que fluye hacia delante. Percibes la necesidad como una debilidad, y eso te asusta, porque siempre has tenido que ser fuerte y precavida... nunca cediendo ante tus emociones, ya sea enfado, o amor, o incluso el simple deseo de amistad. Y tristemente, estabas en lo cierto. De haber escuchado a tu corazón y actuado sin reprimirte, los MacSween hubieran encontrado una razón para atarte a la estaca hace mucho tiempo.

Gwendolyn continuó vestiéndose, sin decir nada.

—Por otro lado, Alex estuvo en otro tiempo lleno de tanta alegría y fuego, que solíamos preguntarnos cómo iba el tunante a aprender alguna vez a comportarse cuando llegara a ser laird —dijo, su boca curvándose en una sonrisa—. Ya fuera con mujeres o cazando o en la lucha, él se guiaba por su propio placer, sin pararse a pensar en las consecuencias. El clan se sintió aliviado cuando finalmente Flora capturó su corazón. Ella hizo aflorar la parte más responsable de Alex, al tiempo que mantenía viva la llama de la pasión en él —suspiró—. Desgraciadamente, cuando murió, Flora se llevó parte de Alex consigo. Cayó en un estado de locura del cual todos pensábamos que nunca saldría; y en el fondo nunca lo hizo. Cuando de nuevo encontró la lucidez, el joven hombre apasionado que habíamos conocido había desaparecido, lo había sustituido alguien que parecía incapaz de mostrar ningún sentimiento excepto cólera.

Gwendolyn cerró los ojos, su corazón destrozado al recordar la pasión extraordinaria que había surgido entre los dos la noche anterior.

—No quieres marcharte —observó Morag.

Gwendolyn abrió los ojos y la miró fijamente. Aunque no creía que Morag pudiera ver el futuro, era evidente que la mujer era excepcional-mente perceptiva.

—Debo hacerlo.

Morag consideró esto un momento.

—Al menos tú piensas que debes, y eso, supongo, es todo lo que importa.

—Robert no descansará hasta que me tenga —le explicó Gwen-dolyn—, y cuando regrese, será aún más brutal. Si me quedo, haré que se cumpla la profecía de Elspeth respecto a traer muerte y destrucción a los MacDunn.

—¡Tonterías! —dijo Morag agitando la mano como rechazando tal alegación—. Has escuchado las acusaciones espantosas de los demás durante tanto tiempo, que estás empezando a concederles poder sobre ti

—su expresión se tornó pensativa—. Debes mirarte a ti misma, Gwen-dolyn, pero no uses tus ojos. Sólo entonces serás capaz de ver con claridad.

—No puedo quedarme, Morag —dijo Gwendolyn, su voz cargada de pesadumbre.

Morag la miró un largo instante. Luego asintió.

—Muy bien, pero hay un asunto que debes atender antes. Una promesa hecha a una amiga que te necesita no puede romperse.

—Si te refieres a mi promesa de ayudar a Clarinda a traer a su hijo al mundo, posiblemente no pueda mantenerla —le dijo Gwendolyn disculpándose—. Debo marcharme antes de que amaine la tormenta, para que Robert no pueda...

—¡Gwendolyn ven enseguida! —le rogó Isabella, irrumpiendo en la habitación—. ¡Han empezado los dolores de parto de Clarinda, y esa horrible Elspeth está junto a su cama insistiendo en que ella traerá a ese niño!

Gwendolyn se agarró las faldas y salió corriendo por la puerta.

—¡Fuera de aquí! —gritó Clarinda al tiempo que se retorcía de dolor—. ¡No te quiero cerca de mí!

—Si te dejo, tu hijo morirá —le dijo Elspeth con frialdad, anudando un trozo de cuerda a uno de los barrotes de los pies de la cama—. ¿Es lo que quieres, chica loca?

—Cameron —gimió Clarinda, su voz poco más que un sollozo—, por favor, haz que se vaya. ¡Por favor!

—Cameron está en mejores condiciones que tú para ser más razonable —dijo Elspeth, lanzándole una mirada de advertencia a través de la oscuridad de la habitación sofocante—. Él sabe que he traído a más niños al mundo que cualquier otra en este clan, y que no debe interferir en un asunto de mujeres que seguramente no entiende. No si quiere que su hijo viva.

Cameron se pasó la mano entre el pelo, indeciso ante el sufrimiento de su querida mujer y el innegable peso de la experiencia de Elspeth.

—¡No me toques! —gritó Clarinda llorando y agitándose con violencia mientras Elspeth intentaba agarrar su tobillo—. ¡No te atrevas a tocarme!

—Por el amor de Dios, Elspeth, ¿debes atarla? —preguntó Cameron.

—Todas estas sacudidas están dañando seriamente al bebé —le informó Elspeth con brusquedad—. Tendremos suerte si no está muerto i ya. No puedo creerme que exista una madre tan pecaminosamente ! egoísta. Ahora sujétala mientras la aseguro a la cama —agarró el tobillo de Clarinda y comenzó a retorcer la cuerda con fuerza alrededor del mismo.

—¡Aparta tus manos de ella, Elspeth! —le ordenó Gwendolyn, prácticamente incapaz de contener su cólera—. ¡Ahora!

—Este no es asunto tuyo, bruja —declaró Elspeth avanzando para asegurar la otra pierna de Clarinda—. ¡Este futuro bebé no será tuyo ni del diablo a quien sirves! ¡Fuera de aquí!

—Gwendolyn —lloriqueó Clarinda lastimosamente—, no me dejes.

—No me voy a ningún sitio, Clarinda —le aseguró Gwendolyn, apresurándose hacia la cama—. Tenemos un niño al que traer al mundo, ¡recuerdas? —sujetó la mano sudorosa de Clarinda y le dio un apretón tranquilizador.

—¡No puedes quedarte! —le espetó Elspeth—. ¡No lo permitiré!

—Te equivocas, Elspeth —le respondió Gwendolyn, su voz tan dura como el acero—. Eres tú la que no se va a quedar.

Elspeth continuó atando el otro tobillo hinchado de Clarinda a la cama.

—Si me marcho, este niño morirá, ya que Dios no absolverá los pecados de la madre...

—¡Fuera! —gritó Gwendolyn, sujetando aún la mano de Clarinda—. ¡Coge tus cuerdas y tus crueles amenazas y abandona esta habitación enseguida o te echaré un mal de ojo que convertirá tu lengua diabólica en una serpiente resbaladiza!

Elspeth se echó la mano a la boca y la miró impresionada, de repente indecisa.

—Le contaré esto a MacDunn —le advirtió, hablando entre los dedos.

—¡Adelante —dijo Gwendolyn—, y yo le contaré cómo disfrutas aterrorizando a las mujeres indefensas mientras están sufriendo durante el parto!

Elspeth le lanzó una mirada de puro odio.

Y acto seguido, con la mano aún cubriéndose la boca, se volvió y salió veloz de la habitación.

—¡Eso ha sido fantástico! —exclamó Isabella que había entrado ak alcoba con Gwendolyn—. Aunque hubiera disfrutado viendo su lengua convertida en una serpiente. ¿Crees que podría haberse deslizado fueray haberle mordido la nariz?

—Isabella, ¿serías tan amable de ir a buscar a Marjorie y Lettie? —le pidió Gwendolyn, su voz deliberadamente animosa mientras desataba las cuerdas que oprimían los tobillos de Clarinda—. Diles que vamos a necesitar su ayuda, ya que tienen algo de experiencia en cuestión de partos... y pídeles que traigan lo que crean conveniente.

—¿Por qué no usas sencillamente tus poderes para sacar al bebé? —preguntó Isabella.

—Creo que es mejor dejar que esta pequeña vida aparezca de un modo natural —le explicó Gwendolyn—. Nunca antes he asistido a un parto, y me gustaría que Marjorie y Lettie me ayudaran.

—Yo también ayudaré —se ofreció Isabella al tiempo que se dirigía a la puerta—. No tardaré.

Clarinda miró a su amiga con los ojos inundados en lágrimas.

—Gracias, Gwendolyn. Por un momento he tenido tanto miedo...

—Sss, Clarinda, —Gwendolyn le apartó un mechón sedoso de cabello de la frente—. Todo va a ir estupendamente. ¡Válgame Dios, hace un calor terrible aquí! Cameron, ¿serías tan amable de abrir las ventanas?

—La tormenta sigue soplando —señaló Cameron—, y Elspeth dijo que se debe mantener la habitación muy caliente...

—Me cuesta creer que pueda ser bueno ni para Clarinda ni para vuestro bebé inhalar este horrible humo —dijo Gwendolyn—. ¿Te molesta, Clarinda?

Clarinda asintió.

—Me hace sentir náuseas.

—¿Lo ves, Cameron? Vamos, Cameron, un poco de aire puro y fresco de lluvia nos sentará bien a todos nosotros. Y mira a ver si puedes reducir el fuego un poco —añadió, echando un vistazo a la chimenea—. ¡Cualquiera diría que nos disponemos a asar un venado!

Cameron obediente abrió las ventanas, dejando entrar una dulce ráfaga de aire húmedo y con esencia a hierba. El viento había cesado ligeramente, de manera que no entraba nada de lluvia en la alcoba aunque re-i piqueteaba suavemente contra la piedra exterior del castillo. i —Eso está mejor —declaró Gwendolyn—. Ahora, Clarinda, ¿cómo i te sientes?

—Me encuentro mejor. Me gustaría levantarme. | Gwendolyn frunció el ceño confundida. Justo un momento antes i Clarinda había estado revolviéndose con una agonía absoluta.

—¿De verdad?

—Ha cesado el dolor y no volverá hasta dentro de un rato —le dijo i Clarinda con relativa seguridad—. Me gustaría pasear un poco antes de que venga el próximo dolor —comenzó a sentarse.

—No, Clarinda —objetó Cameron—, Elspeth ha dicho que no debes moverte. Debes quedarte tumbada inmóvil y esperar a que el bebé venga.

—No quiero estar tumbada inmóvil. Quiero levantarme. Creo que rae sentiré mejor si ando un poco —echó las piernas hacia un lado de la cama.

—Gwendolyn, dile que vuelva a la cama —dijo Cameron, buscando un aliado.

Gwendolyn lo consideró durante un instante.

—No estás planeando salir corriendo y tirar pasillo abajo ni saltar, ¿verdad, Clarinda?

—Desde luego que no. Tan sólo quiero andar.

—Bien, ahí lo tienes, ¿lo ves, Cameron? Me cuesta ver cómo un paseo tranquilo podría hacer ningún mal a Clarinda o al pequeño.

—Necesita descansar —le dijo con firmeza.

—No estoy cansada —protestó Clarinda impaciente.

—Pero lo estarás —le aseguró Cameron—. Debes descansar ahora para el largo y doloroso sufrimiento que te espera...

—Gracias, Cameron, por compartir tu opinión con nosotras —le interrumpió Gwendolyn—. Pero ya que es Clarinda la que va a traer al bebé, creo que si se siente mejor sentada o paseando, o poniéndose de cabeza, entonces eso es lo que debe hacer. —Ayudó a ponerse de pie a Clarinda, luego pasó su brazo por la espalda de su amiga y comenzó a pasear con ella por la habitación.

—No deberías estar haciendo eso, Clarinda —dijo Cameron con tono severo.

—Cuando seas tú el que vaya a dar a luz, me aseguraré de decirte todo con respecto a cómo debes hacerlo —replicó Clarinda—. Ahora, ¿por qué no te vas a entrenar con el resto de los hombres en el gran salón mientras Gwendolyn y yo nos encargamos de esto?

Las cejas rojizas de Cameron se arquearon con gesto incrédulo.

—¿Quieres que me vaya?

—Gwendolyn te llamará cuando te necesitemos, ¿verdad, Gwendolyn?

—Sí —prometió Gwendolyn, no pudiendo imaginarse para qué necesitarían a Cameron—, lo haré. Cameron no parecía convencido.

—¿Estás segura?

—Estoy segura —le aseguró Clarinda—. Ahora que Gwendolyn está aquí, todo irá perfectamente.

—Muy bien —se quedó de pie delante de su esposa y sujetando su barbilla entre los dedos se la levantó—, pero tienes que hacer que Gwendolyn me avise en el momento que me necesites... ¿queda claro? —Sin esperar su respuesta, se inclinó y le dio un beso largo y cariñoso.

—Todo va a ir bien esta vez, querido —le susurró Clarinda con suavidad—. Puedo sentirlo.

—Sí —dijo Cameron, su voz áspera. Posó su mano sobre la curva dura del abdomen de su mujer—; yo también puedo sentirlo. —La besó en la cabeza.

—Ah, mirad, está de pie... ¿ha llegado ya el pequeño? —preguntó Isabella, entrando con Marjorie y Lettie.

—A juzgar por su volumen, yo diría que la pequeña criatura está todavía arropada a salvo dentro de ella —dijo Lettie, depositando una palangana y un puñado de paños de hilo perfectamente doblados—. ¡Eso o bien es que has estado comiendo demasiados bollos con crema!

—¿Fue un falso aviso, Clarinda? —preguntó Marjorie, mientras colocaba una pequeña daga, aguja, hilo y un suave tartán pequeño sobre la mesa—. Eso ocurre a veces, ¿sabes? Con mi tercer hijo, estaba segura de que venía, y luego tuve que esperar cerca de una semana hasta que finalmente apareció.

—No creo que haya tenido nada que ver con una falsa alarma —replicó Clarinda—. Este bebé viene hoy. Tan sólo se ha tomado un pequeño descanso por el momento.

—Entonces, ¿por qué estás fuera de la cama? —preguntó Marjorie.

—Porque le apetece —dijo Cameron circunspecto—; y como Clarinda es la que va a traer a ese pequeño, puede hacer lo que desee —vaciló en la puerta—. Pero si, por casualidad, decide ponerse de cabeza, aseguraos de ir en mi busca. ¡Es un espectáculo que no me gustaría perderme! —Esquivó con facilidad la almohada que Clarinda le lanzó, y a continuación cerró la puerta.

—Isabella nos ha dicho que has echado a Elspeth —dijo Lettie, mirando a Gwendolyn con asombro.

—Ten por seguro que lo hice. —Comenzó de nuevo a escoltar con paso lento a Clarinda alrededor de la habitación—. Clarinda no la quería cerca, y me pareció bien. ¿Podéis creer que estaba atando de verdad a Clarinda a la cama cuando entré?

Lettie asintió y se sentó en la silla junto al fuego.

—Elspeth me ató cuando tuve a mi pequeño Gareth. Ata a todas las madres que van a dar a luz. Cree que la madre debe estar tumbada inmóvil y padecer el dolor en silencio, ya que es Dios quien le envía el dolor, como castigo a sus pecados de mujer.

—¿No te importó que te atara? —preguntó Gwendolyn.

—Lo odié —admitió Lettie—. Me hizo sentirme impotente... como una prisionera. Y no podía mover ni mis brazos ni mis piernas a una postura más cómoda cuando quería. Luché tanto contra las ataduras como contra el dolor. Mis muñecas estaban en carne viva y tan doloridas después de aquello, que apenas podía tomar a mi retoño.

—Creo que es una cosa horrible hacerle eso a una mujer —dijo Gwendolyn—. Puede que no sepa mucho sobre partos, pero me parece que uno debería hacer todo lo posible por que la madre se sienta más cómoda, en vez de atarla a la cama y ordenarle que se quede inmóvil.

—Con toda certeza a mí no me hubiera gustado que me ataran cuando tuve a mis hijos —se adhirió Marjorie, sentándose en la cama—. Eso fue mucho antes de que Elspeth llegara a convertirse en la curandera del clan. En mis tiempos, las mujeres que nos atendían tan sólo te hacían que te tumbaras a esperar a que llegara. Lo que es extraño —meditó, arrugando el ceño—, ya que mi madre decía que siempre trabajó hasta justo unos minutos antes de que el bebé empujara para salir. Afirmaba que cuando nací yo, me envolvió, me puso en la cuna y a continuación siguió haciendo la cena. ¡Decía que mi padre odiaba si algo interfería en que su cena no estuviera lista!

Las mujeres rieron.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró Clarinda. Se agarró de Gwendolyn para mantenerse cuando sus piernas se doblaron—. ¡Oh... Dios! —Cerró sus ojos apretándolos, se desplomó en el suelo, incapaz de decir nada más.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Isabella ansiosa—. ¿Viene ya el bebé?

—Clarinda, ¿te encuentras bien? —Gwendolyn se arrodilló junto a ella—. ¿Quieres que te ayudemos a llegar hasta la cama?

Clarinda contuvo la respiración, sus labios contraídos en su lucha por combatir el dolor.

—Respira hondo, Clarinda —le instruyó Marjorie al tiempo que se apresuraba hacia ellas—. Vamos, joven, inhala hondo. Eso es. Ahora deja escapar el aire. No tardará mucho... estás a punto... y todo va muy bien... eres una buena chica. Sólo un poquito más, y luego te sentirás mucho mejor.

—¿No deberíamos hacer algo? —preguntó Gwendolyn descorazonada al ver a su amiga con semejante agonía.

—No hay nada más que podamos hacer —dijo Lettie, que también se había acercado—. Tienes que sufrir hasta que sientas que no puedes soportarlo más, y luego sufres incluso más. Y finalmente el bebé sale, y te olvidas de todo excepto de la diminuta persona que tienes en tus brazos.

—¡Ay! —jadeó Clarinda con debilidad, liberando la mano de Gwendolyn de su presión. Exhaló un largo y lento resoplido—. Ese ha sido muy intenso.

—¿Dónde está el retoño? —preguntó Isabella que no se había movido del otro extremo de la habitación—. ¿Lo has tenido ya?

—Todavía no, Isabella —dijo Marjorie sonriendo—. Tenemos que esperar un rato más.

—Eso ha estado muy bien, Clarinda —la halagó Gwendolyn—. ¡Has estado absolutamente espléndida; como el Increíble Torvald cuando fue casi partido por la mitad por el terrible monstruo de dos cabezas!

—Quizá sea así cómo debería tomármelo —sugirió Clarinda débilmente—. Soy un gran guerrero que se niega a ser conquistado por este dolor.

—Y al final, eres recompensada con un tesoro maravilloso —sugirió Lettie.

—No debes pensar que necesitas ser valiente —dijo Gwendolyn—, o al menos, no es necesario que lo seas mucho. Haz todo el ruido que quieras, ¿me oyes?

Clarinda sonrió.

—Lo haré, Gwendolyn. Gracias.

—¿Te gustaría andar un poco más?

—En realidad, creo que me tumbaré un rato. Esto me ha debilitado bastante.

Gwendolyn y Marjorie, complacientes, la ayudaron a subirse a la cama.

—Ya está —dijo Gwendolyn, ajustando la almohada detrás de la cabeza de Clarinda—. ¿Estás bien abrigada?

—Me encuentro bien.

—Ahora debemos esperar un rato —dijo Marjorie, sentándose en el lado opuesto de la cama—. Puede ser un asunto lento esperar a un niño.

—¿Por qué no cuentas una historia, Gwendolyn? —propuso Isabela—. Eso hará que el tiempo pase más rápido. El rostro de Clarinda se iluminó.

—Cuenta la que relata cuando el Increíble Torvald fue a matar al alga marina que había secuestrado a la hija del pobre hombre...

—…y descubrió que vivía como una princesa en un reino mágico en las profundidades de un lago —terminó Isabella excitada. Gwendolyn miró a Isabella sorprendida.

—¿Cómo conoces esa historia, Isabella? Sólo se la he contado a David y a Clarinda.

—Yo... debo haberla escuchado en otra parte —balbuceó.

Gwendolyn reflexionó sobre ello, confundida. El Increíble Torvald era un personaje que había creado su padre en exclusivo para ella, y este relato en particular lo habían inventado su padre y ella juntos, durante uno de sus muchos paseos por las montañas. No podía hacerse una idea de cómo Isabella podía haberlo oído.

—Cuéntalo, Gwendolyn —la incitó Lettie, acercando su silla a la cama—. Da la sensación de ser un cuento fantástico.

—Muy bien. —Se sentó junto a Clarinda—. Hace mucho tiempo, en un país lejano, al otro lado del océano, vivía un guerrero magnífico de una fuerza y coraje extraordinarios, que era conocido por todos como el Increíble Torvald...

La tarde se fundió lentamente en la noche, pero el círculo de mujeres apenas lo advirtió. Gwendolyn contó los relatos más feroces y gloriosos que pudo recordar, intentando por todos los medios distraer a Clarinda del creciente dolor. Cuando las contracciones se hacían más intensas, sujetaba su mano y la animaba, diciéndole que resistiera un poco más, y prometiéndole que casi se había acabado. Y cuando Clarinda se desplomaba en el colchón y gimoteaba que no podía soportarlo por más tiempo, Gwendolyn le daba un masaje con ternura sobre la dura y dolorosa tripa abultada, mientras, Isabella le pasaba un paño humedecido con agua fría sobre la cara y Marjorie y Lettie le hablaban de la maravillosa experiencia que era cuando finalmente sujetabas a tu propio hijo en los brazos. Se encendieron más velas, manteniendo la habitación resplandeciente; fuera continuaba lloviendo, de forma que en el aire flotaba la dulce esencia a brezo húmedo y a pino.

—... eso es, Clarinda, lo estás haciendo estupendamente —le decía Gwendolyn sujetando los hombros de su amiga mientras Clarinda empujaba y luchaba por liberar a su hijo del cuerpo.

—¡Puedo ver algo más de su cabeza! —anunció Marjorie excitada—, ¡Oh, Dios mío! —dijo sonriendo—. ¡Cuánto pelo!

—Déjame que vea —dijo Isabella, que hasta el momento había evitado mirar a cualquier sitio cercano por donde el niño iba a emerger. Con cautela avanzó hacia los pies de la cama, luego miró impresionada la oscura corona húmeda de la cabeza del pequeño.

Y cayó desplomada.

—Esperemos que se las arregle para permanecer despierta cuando nazca su propio hijo —se burló Gwendolyn.

—Vamos, Clarinda, estás cerca de conseguirlo —dijo Lettie—. Unos cuantos impulsos más, y se deslizará directamente fuera.

—No puedo —sollozó, hundiéndose en los brazos de Gwendolyn—. No puedo —cerró los ojos y comenzó a llorar, sobrecogida por el dolor y el cansancio.

Marjorie miró alarmada a Gwendolyn.

—No debe detenerse ahora...

—Mírame, Clarinda —le ordenó Gwendolyn—. Abre los ojos y mírame.

Clarinda la miró con tristeza.

—Perdóname, Gwendolyn.

—No tienes por qué disculparte —le dijo Gwendolyn con firmeza—. Estás haciendo un trabajo maravilloso, y no vas a rendirte ahora, ¿me oyes? Ahora, mírame... reúne hasta el último ápice de fuerza que te quede y empuja, ¿oyes? ¡Empuja!

Clarinda cerró los ojos.

—No puedo.

—Puedes hacerlo y vas a hacerlo —le informó Gwendolyn, usando el mismo tono implacable que había escuchado usar a Alex cuando entrenaba a sus guerreros—. Hemos llegado hasta aquí, y dentro de un minuto estarás contemplando a tu hijo, pero tienes que trabajar un poco más. Ahora, respira hondo... eso es... eres fuerte, Clarinda, más fuerte que el Increíble Torvald, ¿me oyes? ¡Ahora empuja y grita lo más fuerte que puedas!

Clarinda obediente empujó. Y gritó. Y gritó un poco más.

—¡Eso es! —gritó Marjorie de alegría—. ¡Ahí viene! ¡Oh, Dios mío Clarinda, es una niña! ¡Es preciosa!

Un diminuto lloriqueo llenó el aire al tiempo que la puerta se abría con un gran estruendo e irrumpía en la habitación Cameron, su expresión desfigurada por el miedo.

—Es una niña, Cameron —le comunicó Gwendolyn con tono triunfante, aún acunando a Clarinda en sus brazos—. Una pequeña mucha-chita perfecta.

Cameron se quedó mirando boquiabierto a la criatura cubierta de un gris viscoso y que Marjorie levantaba en sus brazos para que la viera. Su mirada se desvió en dirección a Clarinda, que consiguió regalarle una sonrisa temblorosa; luego, al sangriento fluido desconocido que empapaba las sábanas entre las piernas de Clarinda.

A continuación los audaces ojos del guerrero se pusieron en blanco y se unió a Isabella en el suelo.

Gwendolyn se reclinó en la silla, observando el suave despliegue de luces parpadeantes sobre las mejillas de David. Le dolían la espalda y los hombros, sus manos estaban salpicadas de morados, como consecuencia de la presión de Clarinda durante su agonía. Exhausta más allá de sus límites, cerró los ojos.

«Gracias, Dios, por mantener a Clarinda y a su recién nacida a salvo de cualquier peligro.»

Poco después de la llegada de Eveline, Gwendolyn y las otras mujeres habían aseado y acomodado a Clarinda mientras alababan la absoluta perfección de su pequeña. Habían contado repetidas veces los minúsculos deditos de pies y manos del bebé, y tocado la suave pelusa rojiza que bordeaba su frente, y declarado animadas que era con diferencia el retoño más atractivo que habían visto jamás. Clarinda se había iluminado de placer y, serena, les había agradecido a todas su ayuda, diciéndoles que nunca podría haberlo conseguido sin ellas, y que aunque había decidido no tener más hijos, recomendaría con mucho gusto sus servicios a las otras mujeres del clan. Marjorie se había reído, diciendo que ella solía sentirse del mismo modo después del nacimiento de cada uno de sus hijos, aunque de un modo u otro se las había arreglado para dar vida a seis. Finalmente, Isabella se despertó, y por supuesto habían destapado a Eveline y alabado sus dedos de pies y manos, brazos y piernas una vez más, y Clarinda le había asegurado a Isabella que se encontraba muy bien, a pesar de cómo se había mostrado momentos antes. La habitación se había llenado del resplandor de las risas femeninas y de su calor, y Gwendolyn se había sentido extrañamente contenta, unida a estas mujeres por el maravilloso viaje que habían hecho juntas aquel día.

Finalmente, Cameron gruñó y se levantó del suelo, frotándose la cabeza. Con aire tímido se disculpó ante las mujeres por haberse desmayado, y lo atribuyó al hecho de no haber comido aquel día, asegurándoles que hacía falta algo mucho más fuerte que unas cuantas gotas de sangre para tirarlo al suelo. Marjorie intentó levantar su orgullo diciéndole que los partos eran asunto de las mujeres y que era mejor que los hombres se dedicaran a las batallas. A continuación las mujeres se habían excusado con discreción para dejar a los recién estrenados padres que contemplaran con asombro tierno al querubín que habían procreado.

Era tarde y la mayor parte de los moradores del castillo estaba durmiendo, salvo los guerreros que montaban guardia en las torres. Por fortuna, la lluvia seguía cayendo con gran violencia, y no se consideraba probable un ataque de Robert, reduciendo la preocupación por aquella noche. La frente de David estaba fría y seca, su respiración era regular y profunda, por tanto no había razón para que Gwendolyn permaneciera en su alcoba. Sin embargo permaneció allí, contemplando cómo dormía, intentando en vano endurecer su corazón frente a la realidad insoportable de que al día siguiente lo abandonaría.

En un principio, cuando MacDunn la trajo hasta aquí, le ordenó que curara a su hijo. Gwendolyn había aceptado contra su voluntad, permutando con frialdad la vida de David a cambio de su propia libertad, una vez que estuviera curado, una hazaña que no creía poder realizar. En aquel entonces no quería otra cosa que escapar de los MacDunn e ir en busca de Robert. Y ahora David estaba bien y su hora de partir había llegado finalmente.

Pensó que su corazón iba a quebrarse por el dolor. ¿Cuándo había empezado a interesarse con tanta intensidad por este niño? Se preguntó con desolación. ¿En qué momento la vida del pequeño se había convertido en algo más importante que la suya propia? Lo miró con un amor

que era absoluto; una devoción poderosa de madre que nunca llegó a prever. Gwendolyn no había experimentado la alegría de traer una vida nueva al mundo. Pero había tomado a este niño moribundo y había trabajado duro y durante mucho tiempo para que se recuperara, para curar su desnutrida carne y alimentar su alma. Y en esas horas y días y semanas había capturado silenciosamente su corazón, atándola a él con tanta certeza como si fuera una parte de ella. No era de su propia sangre, pero su amor por David era tan poderoso como el amor de cualquier madre cariñosa hacia su hijo. Durante toda su vida había sido acusada de bruja, y se había preguntado por qué Dios permitiría que la gente la atormentara de ese modo. Sin embargo ahora comprendía que Dios había tenido una razón para marcarla. Si no se hubiera creído que era una bruja, MacDunn nunca la habría traído para salvar a su hijo moribundo. David hubiera muerto, y ella nunca hubiera sabido lo que era amar a un hombre y a un muchacho desde lo más profundo de su ser. Inhaló aire con un suspiro entrecortado al tiempo que sus dedos rozaban la suavidad de las mejillas pecosas de David, para acabar en el hoyuelo de su barbilla que había heredado de su padre.

A continuación tomó una palmatoria y abandonó la habitación, temiendo que si se quedaba un momento más, empezaría a llorar para nunca parar.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo MacDunn, emergiendo de entre las sombras del pasillo. Frunció el ceño—. ¿Estás enferma?

—Estoy cansada —Gwendolyn inclinó la cabeza al tiempo que se secaba con rapidez las lágrimas—. Eso es todo. La examinó durante un instante.

—Entre el tiempo que pasaste en el parapeto bajo la lluvia glacial añadido al día y la noche ayudando a Clarinda a dar a luz, será un milagro si no te entra una calentura y postra en la cama durante un mes.

—Nunca enfermo, MacDunn —le contestó Gwendolyn fatigada—, ya te lo he dicho muchas veces.

—Aún así, necesitas dormir. Te acompaño a tu alcoba, y mañana por la mañana vas a descansar, ¿está claro?

Demasiado exhausta para discutir, Gwendolyn asintió. MacDunn le ofreció el brazo y ella posó su mano ligeramente sobre él mientras avanzaban por el corredor iluminado por las antorchas.

—He oído que tu ayuda fue inestimable a la hora de traer a la hija de Clarinda al mundo —dijo MacDunn.

—Clarinda hizo el trabajo más duro.

—Esa es la norma cuando se trata de dar a luz —admitió Alex, intentando no reír—. Pero según Marjorie, mantuviste el espíritu de Clarinda muy alto y conseguiste que fuera fuerte cuando sintió que ya no podía soportarlo más.

—La mayoría de nosotros podemos aguantar más de lo que pensamos. Especialmente cuando no tenemos otra elección.

—Eso es cierto. Pero es una cualidad inusual hacer que los demás lo crean. Es lo que capacita a un buen líder para mantener a sus hombres luchando, cuando todo lo que quieren es abandonar sus espadas y morir.

—Si hubiera sido atada a la cama como Elspeth había planeado, ella y el niño hubieran muerto —declaró Gwendolyn, sintiendo que le embargaba de nuevo la cólera—. ¿Te dijo Elspeth que le mandé que saliera de la habitación?

Él asintió.

—También me dijo que la amenazaste con convertir su lengua en una serpiente —añadió, lanzándole una mirada benigna de desaprobación—. No es propio de ti, Gwendolyn, amenazar a otros con tus poderes.

—Creo que el que tuviera una serpiente por lengua sería un gran avance. Le haría abrir menos la boca.

—De cualquier manera, preferiría que no encendieras la desconfianza de Elspeth en ti, lanzando esas amenazas. La mayoría del clan ha llegado poco a poco a aceptarte, y si eres paciente, finalmente Elspeth te aceptará también.

Gwendolyn hizo un gesto negativo con la cabeza. No tenía tiempo para ser paciente, y temía que cuando se hubiera ido, otras mujeres estarían a merced de los métodos perversos de

Elspeth. Antes de marcharse tenía que asegurarse de que MacDunn pusiera fin a la crueldad de Elspeth.

—¿Sabías que Elspeth ata a las parturientas a la cama mientras se retuercen de agonía, de modo que no pueden adaptar sus cuerpos para facilitar el nacimiento de sus retoños? —le preguntó—. Eres un hombre y podrías pensar que es necesario, pero Marjorie ha traído a seis hijos al mundo, y me ha asegurado que no lo es. Lettie me dijo que odió ser atada cuando dio a luz al pequeño Gareth, que le hizo sentirse como una prisionera. ¡Y luego les dice a las parturientas que su dolor es castigo de Dios por sus pecados, y que no deben gritar, sino que deben soportarlo en silencio, haciéndolas sentir como si hubieran pecado si emiten un sonido! ¡Y si algo va mal con sus hijos, o nacen muertos, culpa a las pobres madres, como si la mujer agonizante pudiera haberlo evitado de algún modo!

Durante un momento Alex se sintió demasiado horrorizado para hablar. Sabía poco con respecto a partos, pero lo que acababa de describir Gwendolyn era completamente ofensivo. Elspeth había asistido a Flora en todos sus partos, y dos de esos niños habían nacido muertos. Ni una vez siquiera Flora le sugirió que había sido maltratada por Elspeth durante su sufrimiento. Quizá su bondadosa mujer había sido demasiado inocente para comprender las atrocidades de sus métodos. O quizá la dolorosa conmoción provocada por la muerte de los retoños había borrado todo recuerdo relacionado con el hecho de haber sido atada como un animal y acusada de sus muertes. Un horroroso sentimiento de culpabilidad le embargó, acompañado de un dolor abrasador que parecía hendirse justo en su cráneo.

—Yo... yo no lo sabía —balbuceó, preguntándose cómo se le podía haber ocultado una cosa así—. Nadie me lo dijo.

—La mayoría de las mujeres se sienten demasiado incómodas para discutir alguna vez un asunto tan delicado con su laird o incluso con sus maridos —le explicó Gwendolyn—, y por supuesto muchos deben pensar que Elspeth tiene razón y que ellas deben aguantar sencillamente sus horribles métodos. Pero cualesquiera que sean sus motivos para guardar silencio, debes hablar con Elspeth. Eres el laird de todas esas mujeres que han sufrido, y de aquellas que continuarán sufriendo al cuidado de Elspeth. Es tu responsabilidad protegerlas de unas prácticas tan bárbaras.

Sus ojos grises reflejaban en toda su amplitud su ansiedad, su labio inferior temblaba levemente, dejando claro lo vital que era este asunto para ella. Alex se sorprendió a sí mismo conmovido en lo más profundo por el deseo de Gwendolyn de proteger a las mujeres MacDunn.

—Hablaré con Elspeth, mañana —le prometió, deteniéndose ante la puerta de ella—. Y me aseguraré de que abandona esos métodos enseguida.

—Gracias.

Su cabello negro fluía desordenado sobre su vestido arrugado, confiriéndole un aspecto dulcemente desaliñado que sólo contribuía a aumentar aún más su atracción y cariño hacia ella. El recuerdo de haber estado tumbado desnudo junto a ella la noche anterior inflamó sus sentidos, activando su cuerpo y encendiendo su sangre. Quería levantarla en brazos y llevarla a su cama, sujetarla y besarla y satisfacerla hasta que ninguno de los dos pudiera soportarlo más. Pero unas mediaslunas amoratadas surcaban la delicada piel bajo sus ojos, y si cabía, su rostro parecía incluso más pálido que normalmente. También percibió una gran melancolía en ella, que atribuyó a la severa fatiga. La noche anterior él la había mantenido despierta hasta primeras horas de la mañana, y a continuación se había enfrentado a un día que se tornó agotador tanto física como emocionalmente. Verla tan debilitada le preocupó.

—Permanecerás en cama hasta que esas marcas moradas bajo tus ojos desaparezcan —le ordenó, recorriéndolas con las yemas de sus dedos—. Si te veo aparecer antes de que eso ocurra, yo mismo te llevaré a la cama. ¿Lo has entendido?

Gwendolyn asintió con su mirada clavada en él. Nunca volvería a verle después de este momento, ya que se habría ido mucho antes de que el castillo cobrara vida por la mañana. De repente tenía muchas cosas que decirle, y sin embargo se encontró con que no podía hablar, por miedo a que las lágrimas la traicionaran y levantaran las sospechas de Alex. Por tanto lo miró con angustia silenciosa, memorizando el dorado reluciente de su cabello y de sus cejas, el azul brillante de sus ojos, la línea elegantemente cincelada de su mandíbula, y el marcado hoyuelo de su barbilla que había heredado su hijo. «Te mantendré a salvo», le había jurado, y ella sabía que él creía que aquella ha/aña era posible, incluso si eso significaba morir

para conseguirlo. Pero tenía un hijo que lo necesitaba, y un clan que dependía de él. No podía permitir que ninguno de ellos sufriera por algo tan insignificante como preservar su vida.

—Buenas noches, Gwendolyn —Alex se inclinó y estrechó sus labios contra su frente. No se fiaba de sí mismo para besarla en la boca, consciente de que el deseo lo sorprendería—. Que descanses bien.

Vacilante alzó la mano hasta su mandíbula, luego con lentitud deslizó sus dedos de la misma manera que había hecho con su hijo; hacia abajo por la llanura bermeja de sus mejillas bronceadas, para finalmente detenerse en la depresión de su mentón. «Te amo —le dijo en silencio, preguntándose si él podría percibirlo en su tacto—. Siempre te querré.»

—¿Qué ocurre? —le preguntó Alex sintiendo su aflicción. Con brusquedad apartó la mano de su rostro.

—Nada —le susurró, dándole la espalda—. Que descanses, Mac-Dunn. —Se deslizó en su habitación y cerró la puerta, luego escuchó. Oyó como él vacilaba un momento, quizá esperando a ver si ella emergía de nuevo.

Finalmente se fue, sus andares lentos pero seguros mientras se dirigía hacia su alcoba.

Gwendolyn se aproximó a la cama, las piernas plúmbeas, usando la vela para guiarse en la penumbra. Había algo depositado sobre la almohada. Previendo que se trataba de otro talismán de hierro o de hueso de caballo, o quizá incluso una sanguinaria, que se creía tenía poderes para romper los hechizos, se acercó con hastiada indiferencia. Pero a medida que se encontraba más cerca vio el resplandor de la empuñadura de una daga. Se detuvo y echó un vistazo alrededor, pensando que quien fuera el que hubiera dejado esto para ella podría continuar oculto en las sombras. Acto seguido alargó la mano y tiró de la daga clavada en la almohada, liberando el trozo de papel que había sido ensartado en su perversa y afilada punta.

Gwendolyn:

A cualquier precio serás mía. Me traerás la piedra al extremo sur del bosque antes de que despunte el día, o te juro que no descansaré hasta que cada hombre, mujer y niño MacDunn yazca descuartizado en el suelo, y la cabeza de ese loco haya sido arrancada de su cuerpo y colocada en las manos de su preciado hijo.

Sus destinos están en tu poder.

Roben

Un terror nauseabundo y oscuro subió en espiral desde la boca de su estómago. MacDunn. Debía mostrar eso a MacDunn. Se precipitó hacia la puerta, con la nota estrujada en la mano. Y entonces se detuvo. ¿Qué podría hacer MacDunn? Se preguntó deshecha. No podía evitar que Ro-bert quemara las casas y mantuviera sitiado el castillo. Ni podía tener a su gente atrapada dentro de estos muros para siempre. Finalmente los MacDunn tendrían que salir para buscar comida o bien para enfrentarse al ejército de Robert. En el instante que lo hicieran, Robert los despedazaría. Reinaría un sufrimiento increíble y la muerte, porque MacDunn había prometido mantenerla a salvo, y lucharía hasta el espantoso final bañado de sangre, intentando cumplir su palabra.

No podía permitírselo.

Aspiró una bocanada de aire para calmarse, luchando por dominar su pánico. Había planeado marcharse esa noche con la intención de alejar a Robert, dejando una nota para MacDunn que dijera que regresaba a las tierras de los MacSween para retirar la piedra, y Robert y su ejército la seguirían hasta allí. Ahora eso era imposible. Robert le estaba dando un ultimátum, y este no toleraría otra cosa que no fueran sus términos. No tenía otra elección más que acudir a la cita. Una vez que supiera que la piedra estaba escondida en tierras de los MacSween, no perdería más tiempo allí. Se marcharía antes del amanecer, movido por la promesa de tener finalmente el poderoso amuleto en sus malévolas garras. Sin duda él creía que tan pronto lo hubiera usado para concederle un poder desenfrenado, masacraría a MacDunn y a su gente de todas formas.

Pero en cambio, en el momento que ella sujetara la piedra en sus manos, usaría su poder para destruir a Robert.

Capitulo 13

-¿ Qué quieres decir con que se ha ido?

Ned con expresión sombría le entregó un trozo de papel húmedo y arrugado. Embargado por el miedo, Alex se obligó a cogerlo.

MacDunn:

Siempre te estaré agradecida, por haberme librado de las llamas y haberme traído a tu hogar.

Por un breve instante, casi llegué a pertenecer a un lugar.

Gwendolyn

El terror se apoderó de su pecho, dificultándole la respiración. Se volvió de espaldas a sus guerreros y corrió hacia el castillo, subiendo las escaleras de tres en tres en su apremio por llegar a la habitación de Gwendolyn. Abrió la puerta de golpe con un estruendoso ruido al entrar, absolutamente convencido de que la encontraría obediente descansando en la cama.

La habitación estaba vacía, la cama sin tocar, excepto por unas cuantas plumas que colgaban de la manta. Frunciendo el ceño, Alex se acercó y examinó la almohada. Sobresalían más plumas por una pequeña raja en el centro del cojín.

—¿Dónde encontraste la nota? —preguntó al entrar Ned junto a Ca-meron y Brodick.

—Debió de dármela a mí —contestó Ned—, anoche.

——¿Qué quieres decir con «debió»? —preguntó Cameron, examinando con rapidez la nota junto a Brodick—. ¿No puedes recordarlo? Ned agitó la cabeza frustrado.

—Anoche la vi salir de su habitación con un capa negra. Me dijo que necesitaba una hierba especial que había visto en el patio, para usarla en un elixir que estaba haciendo para mitigar los dolores de Cla-rinda. Le pregunté si no podía esperar a la mañana siguiente, y dijo que era necesario recoger esta hierba en especial por la noche, o de lo contrario perdería sus poderes curativos. Así que accedí a ir con ella. Buscó en el suelo en vano, luego me dijo que había un sitio donde crecía en abundancia justo detrás de las murallas del castillo. Le dije que no era seguro abandonar el patio, pero me lo rogó, diciendo que Clarinda había sufrido mucho en el parto y que si yo fuera Cameron no sería tan despiadado como para negarme a su petición. Y luego añadió que con la tormenta azotando con tanta violencia, Robert y sus guerreros estarían con toda probabilidad a medio camino de vuelta hacia tierras MacSween. Al final, cedí, y le ordené a Garrick que nos dejara pasar por el portal —el remordimiento ensombreció su rostro—. Sé que estuvo mal, Alex.

—Continúa —le dijo Alex sucinto, indiferente a la cuestión de la culpabilidad.

—Una vez más allá de las murallas, Gwendolyn sacó un pellejo de vino de su capa y me preguntó si quería una gota, para entrar en calor. Juro que no tomé más de uno o dos sorbos, pero debía tener droga dentro, porque al instante no pude apenas mantener mis ojos abiertos. Me sugirió que me sentara debajo de un árbol y descansara mientras recogía la hierba —se encogió de hombros impotente—. Lo siguiente que sé es que me desperté

con el sol brillando sobre mi rostro, y Gwendolyn no estaba por ningún sitio. Debe haber colocado la nota en mi camisa cuando dormía.

El dolor inundó la cabeza de Alex, haciéndole sentirse mareado y descentrado. Se había ido. Ella se había marchado. Pero, ¿dónde? Se frotó la sien mientras examinaba de nuevo la nota, buscando alguna pista, alguna explicación respecto a por qué se había marchado de pronto en medio de una tormenta.

«Por un breve instante, casi llegué a pertenecer a un lugar.»

¿Era eso lo que pensaba? Se preguntó desconsolado. Su hijo la adoraba, Clarinda no quiso a nadie salvo a ella mientras daba a luz a su pequeña, y aunque su clan había intentado a menudo alejarla de allí, finalmente habían estado dispuestos a luchar hasta la muerte contra Robert por ella. ¿Cómo podría existir algún tipo de duda en cuanto a su pertenencia a este lugar?

— Clarinda se desmoronará cuando sepa que Gwendolyn se ha marchado — reflexionó Cameron — . Para ella es realmente como una her-
mana.

Y a David se le rompería el corazón, advirtió Alex con tristeza. Gwendolyn debía, por supuesto, saber eso. Pensó en ella cuando salió la noche anterior de la habitación de David, sus grises ojos brillantes por el desaliento. En aquel momento él había atribuido su melancolía a la fatiga, añadida a la impresionante emoción que una mujer puede experimentar después de haber ayudado a traer una nueva vida al mundo. Era un loco, pensó. La expresión de desesperación en el rostro de Gwendolyn, él debería haberla reconocido al instante, porque la había visto con bastante frecuencia cuando Flora yacía moribunda. Era la mirada atormentada de una mujer que debe dejar a los que ama tras de sí. Esa era la razón por la cual le apremiaba que le prometiera que hablaría con Els-peth sobre sus métodos con las parturientas. Gwendolyn sabía que no estaría aquí para ayudarlas ella misma. Cerró los ojos, maldiciéndose por su ceguera al recordar su exquisito tacto rozando el contorno de su mandíbula.

Se había estado despidiendo, y él, demasiado consumido por la lujuria, no pudo advertirlo.

— Es extraño que eligiera marcharse en medio de una tormenta — dijo Brodick con el gesto fruncido — . Quiero decir, ¿por qué no podía esperar un día o dos, hasta que hubiera pasado?

— Gwendolyn provocó esta tormenta para evitar que Robert quemara las casas — señaló Ned — . Supongo que no le importó demasiado, ya que era el conjuro que había convocado ella.

— Sin embargo, es raro que Robert no nos haya visitado ahora que la tormenta ha cesado — reflexionó Brodick — . ¿Crees que en realidad se habrá ido a casa?

Alex sintió cómo una revelación deprimente comenzaba a vapulearle las entrañas.

— Por lo que he visto de él, no pensaría que Robert es de la clase de tipos que se rinden tan fácilmente — observó Cameron — . Con toda certeza la joven debe haberse dado cuenta de que Robert y sus hombres podrían estar acampados en cualquier lugar del bosque. ¿No le aterra el que puedan capturarla?

— Quería que la atraparan — dijo Alex con voz cavernosa — . Por eso se ha marchado.

—Eso no tiene sentido, Alex —protestó Brodick—. Ella sabe que Robert la quemará, y sabía que aquí estaba a salvo. ¿Por qué diablos iba a querer que la atraparan?

Alex miró la nota con la vista perdida. «Casi llegué a pertenecer a un lugar.» Momentos antes de la llegada de Robert, ella le había contado lo que había sido su vida, viviendo condenada al ostracismo de todo el mundo. Sin embargo, cuando Robert atacó, los MacDunn no le habían dado la espalda como ella temía que hicieran, en cambio habían luchado para defenderla. Daba la impresión de que Gwendolyn no podía aceptar que los MacDunn arriesgaran sus vidas por ella. Por ello se había subido al parapeto y retado a Robert para que le disparara, con la esperanza de poner fin a la batalla. Y por eso, ahora estaba ofreciéndole su vida.

Estaba intentando proteger a la gente de Alex.

—Mirad eso —dijo Brodick, capturando un trozo de papel de la chimenea.

La nota estaba bastante quemada, pero la humedad de las ascuas había extinguido las llamas antes de que el papel fuera completamente consumido por ellas. Sujetándolo con cuidado entre los dedos, Alex leyó:

la cabeza de ese loco haya sido arrancada de su cuerpo y colocada en las manos de su preciado hijo. Sus destinos están en tu poder.

Robert

—¡Dios, no! —perjuró, su miedo de repente ensombrecido por la magnitud de su cólera—. Robert la ha amenazado con matarme, para forzarla a entregarse. —Arrugó el papel con su puño tembloroso y lo arrojó a la chimenea—. Divide a los hombres en dos fuerzas. La mitad se quedará aquí para defender el castillo. Los otros cabalgarán conmigo.

Cameron se acarició la barba mientras miraba la bola chamuscada tirada sobre las cenizas.

—¿Cómo crees que consiguió introducir la nota en su habitación?

—Esa es una buena pregunta —espetó Alex, saliendo con grandes zancadas de la alcoba—, y tengo toda la intención de averiguarlo.

—¿Que se ha ido? —repitió Owen circunspecto—. ¿Que se ha ido dónde?

—No puede haberse marchado —dijo Lachlan, con aspecto realmente alicaído—. He hecho un vino especial para ella. Alex empujó su daga en el cinto.

—Tendrás que reservarlo para cuando la traiga de vuelta a casa.

—Pero, ¿por qué iba a querer la joven dejarnos? —preguntó Owen—. Creía que nos llevábamos todos espléndidamente.

—He encontrado una nota de Robert en su alcoba que decía que si no se rendía a él, Robert me mataría —explicó Alex. Reginald agarró su espada y gruñó:

—¡Por todos los santos, que cortaré a ese cerdo en trozos tan pequeños, que las ranas tendrán que sorberlo del suelo!

—¿Quieres decir que mi tío ha estado en el castillo? —preguntó Isa-bella, empalideciendo.

Hubo un momento de silencio y estupefacción.

Farquhar eructó y miró con sus ojos borrosos alrededor del gran salón.

—No recuerdo haber visto a Robert escurriéndose por ahí —suspiró y hundió de nuevo la cara en su copa.

—Si alguno de esos condenados MacSween ha entrado aquí, no ha sido por el portal —le aseguró Garrick a Alex—. Quentin y yo hemos mantenido los ojos bien abiertos, y las únicas personas que lo atravesaron anoche fueron Ned y Gwendolyn.

—¿Qué me decís durante el día? —preguntó Brodick—. Tuvimos la puerta abierta mientras inspeccionábamos la muralla exterior.

—Bueno, eso es cierto —asintió Garrick—. Pero no puedes esperar que recuerde a todo el mundo que pasó por ella durante el día; especialmente si tenemos en cuenta que muchos de vosotros teníais la cabeza cubierta para protegeros de la lluvia.

—Yo no, Garrick —le aseguró Alex—. Lo que quiero saber es si alguno de vosotros visteis a alguien entrar o salir de la habitación de Gwendolyn, ayer. —Lanzó una mirada escrutadora a los rostros que tenía ante él, buscando un destello revelador. Sus ojos se posaron con aspereza sobre Elspeth, consciente de que tenía muchas razones para querer que Gwendolyn se fuera. Pero su expresión permaneció circunspecta, sin dejar entrever ni un indicio de culpabilidad ni intriga—. ¿Alice? —apuntó, de pronto detectando una sombra de vacilación cruzar el rostro de la cocinera.

Alice lo miró nerviosa.

—¿Viste a alguien en la habitación de Gwendolyn?

—Fui a llevarle una bandeja —dijo Alice, retorciendo el mandil con las manos—; sabía que la joven había estado ayudando a Clarinda con el parto durante la mayor parte del día. Pensé que podría necesitar un poco de comida.

—Eso fue muy considerado por tu parte —comentó Alex—. ¿Así que entraste en su dormitorio?

Contestó con un movimiento negativo de cabeza.

—¿Dejaste la bandeja en la puerta? Negó de nuevo con la cabeza.

—¿Entonces qué hiciste con la bandeja? —preguntó Alex, haciendo acopio de paciencia.

—Se la di a Robena —dijo bruscamente—. Justo en ese momento salía de la habitación. Dijo que ella la llevaría dentro por mí. Fue muy inflexible al respecto.

Hubo un silencio expectante al tiempo que todos los ojos se clavaban en Robena, que se encontraba junto a Alex.

—No pensarás que tengo algo que ver con la marcha de Gwendolyn, Alex —dijo con un leve tono sarcástico—. Sencillamente metí la bandeja en su habitación y me marché. No tengo ni idea de cómo llegó esa nota hasta su almohada.

Durante un instante Alex se encontraba demasiado aturdido para hablar. Robena y él habían sido amigos desde niños, y no quería creer que ella pudiera tener algo que ver con la desaparición de Gwendolyn. Pero la lógica simple y fría le forzó a preguntarle finalmente.

—¿Cómo sabes que fue dejada en la almohada, Robena?

—Yo... tú dijiste que estaba allí—balbuceó Robena—. Estoy segura de que lo has dicho.

—No, Robena —le contestó, esforzándose por controlar su consternación—, no lo hice.

Ella lo miró un largo instante, sus ojos azules de repente muy abiertos y fríos, como los de un animal acorralado. Quería enfurecerse con ella, pero en cambio se sintió desesperadamente cansado y vacío. Cuando Flora enfermó, Robena había sido una fuente constante de fuerza y ánimo, y durante la pesadilla de la locura que siguió, nunca había flaqueado ni con respecto a su devoción hacia él ni en relación con su convicción de que finalmente se recuperaría. Al verla ahora ante sí, mirándolo, sus labios temblorosos y sus ojos brillantes de desesperación, de repente comprendió por qué había sido tan implacablemente fiel a él durante todos estos años.

Lo amaba.

—¿Era realmente una nota de Robert? —preguntó Alex con serenidad—. ¿O la escribiste tú misma?

Ella sacudió la cabeza.

—No sé nada respecto a...

—Robena —le interrumpió Alex—, quisiera que fueras tú la que me dijera la verdad.

Dejó caer la mirada al suelo.

—Era de Robert —su voz se hizo débil y temblaba—. Sabía que iba a quemar las casas enteras y matarnos de hambre. Así que me deslicé por el portal cuando estabais inspeccionando las murallas, lo busqué en el bosque. Le pregunté cuánto costaría que nos dejara en paz. Y me dijo que si recuperaba a la bruja, se marcharía. Así que acepté entregar la nota por él —miró a Alex con ojos suplicantes—. Ella te hubiera matado, I Alex, y no podría soportar eso —dijo con vehemencia—. Esa bruja te [1] había hechizado, haciendo que fueras incapaz de ver la terrible ruina que estaba trayendo al clan. Y cada día que pasaba, el hechizo se hacía más poderoso, y más miembros del clan caían bajo él. Tuve que hacer que se fuera, antes de que nos destruyera a todos.

Alex se quedó pensativo, queriendo creerla. Al final sacudió la cabeza.

—Has intentado deshacerte de ella desde que llegó, Robena —dijo, por alguna razón incapaz de enfurecerse—. Ataste un hilo en la escalera sabiendo que tropezaría y se heriría. Cuando aquello no funcionó, la encerraste en su habitación y prendiste fuego, con la esperanza de asesinarla o bien de atemorizarla para que se fuera. ¿Fue eso también un intento de proteger al clan?

—Era una bruja —insistió Robena con desesperación—. Vino aquí para practicar sus métodos perversos. ¡Quería hacernos esclavos del diablo!

—No, Robena. Vino porque yo la obligué. Y ha permanecido aquí porque quería curar a mi hijo. Eso es todo. Las lágrimas inundaron sus ojos.

—Te hechizó, Alex —dijo, su voz quebrándose a medida que él se le acercaba con lentitud—. Te cambió. Aún estás bajo su hechizo, por eso no puedes verlo. Pero algún día estarás mejor, y entonces comprenderás que hice lo correcto. Ahora que se ha ido, será como antes.

Alex extendió su mano y la posó sobre su mejilla.

—Lo siento, Robena —murmuró con tono amable—, pero no estamos hechos el uno para el otro. Robena agitó la cabeza.

—Eso no lo sabes. Estás enfadado conmigo, y no puedes percibirlo. Pero con el tiempo...

—No, Robena. Ni ahora ni nunca. ¿Me entiendes? No ocurrirá. Robena lo miró como si la hubiera abofeteado. Acto seguido se volvió y salió veloz del hall, llenando el silencio con el sonido de su llanto.

—¡Dios mío! —dijo Owen, rascándose su blanca cabeza—. Disculpa, MacDunn, pero creo que la joven está bastante enamorada de ti.

Alex cerró los ojos y se frotó las sienes. El dolor de su cabeza había empeorado.

—Cameron y Brodick, llevad a los hombres fuera y divididlos en dos fuerzas —les ordenó con firmeza—. Una se quedará aquí para defender el castillo y la otra saldrá conmigo. Saldremos inmediatamente.

—Excelente —dijo Lachlan, frotándose las manos—. Eso me da tiempo suficiente para preparar otra remesa de mi pócima.

—Estoy dispuesto para partir en cualquier momento —declaró Re-ginald, dando unos golpecitos a su espada con ánimo—. Tan sólo iré a buscar ese elixir que Gwendolyn me hizo para asentar mi estómago. Un brebaje maravilloso, sí señor. Quizá querrías probar un poco para ese dolor de cabeza, MacDunn.

—No llego a comprender cómo una pócima para el estómago puede servir para aliviar la cabeza del muchacho —se burló Owen—. Debería usar el ungüento que hizo para mis manos —decidió, levantando las palmas y flexionando con orgullo los dedos para demostrar su recién recuperada habilidad—. Llevaré un poco para el viaje, Alex, así puedes probar frotándolo sobre la cabeza.

—Esa es la más loca de las ideas que he oído nunca —gruñó Lachlan—. ¿Cómo se supone que va a enfrentarse a Roben con esa pomada pegajosa goleándole por la cabeza? Cuando te pusiste por primera vez esa espantosa pasta, apenas pude tolerar estar en la misma habitación que tú.

Las blanquecinas cejas de Owen se arquearon.

—Disculpa, Lachlan, pero no creo que estés en situación de comentar nada respecto a los olores.

—Tiene razón, ¿sabes? —añadió Reginald—. ¿Tienes la más mínima idea de cómo apestas después de hacer una de tus repulsivas pócimas? Lachlan suspiró enfurecido.

—Esa pócima es un arma militar devastadora...

Alex miró a los tres ancianos quisquillosos absolutamente desconcertado. Owen, Lachlan y Reginald rara vez se aventuraban a salir al exterior, y no podía recordar cuándo fue la última vez que fueron más allá de la seguridad de las murallas del castillo.

—¿Os creéis que vais a venir conmigo? —les preguntó, confundido. Los tres ancianos cesaron su discusión y lo miraron.

—Desde luego que vamos, muchacho —le aseguró Owen—. Tenemos que ayudarte a salvar a nuestra bruja.

—Esos MacSween en realidad no tienen ningún derecho sobre ella, lo sabes —añadió Reginald—. Tenemos que hacer que entiendan eso.

—La joven pertenece a este lugar, con nosotros —terminó Lach-lan—. Lo he dicho desde el principio.

Alex parpadeó, incapaz de creer lo que estaba oyendo. ¿Cómo había conseguido Gwendolyn embrujar a estos tres ancianos hasta el punto de estar dispuestos a abandonar la seguridad de su castillo y luchar para traerla de vuelta?

Del mismo modo que lo había embrujado a él, reflexionó con serenidad. Siendo fuerte, honesta y atenta. Trayendo el poder curativo de su presencia a aquellos que creía que lo necesitaban. Se había hecho cargo de un niño moribundo y le había devuelto la vida, no por medio de sangrías y purgaciones y otras espantosas torturas, sino con ternura y paciencia, quizá incluso con un poco de magia. Gwendolyn había abierto las contraventanas de par en par y llenado su mundo de luz, haciendo desaparecer la oscuridad y la miseria que había cubierto el castillo como un manto negro desde la muerte de Flora. Y al hacerlo, había ganado involuntariamente una batalla propia, pensó Alex. Finalmente había vencido el miedo y la desconfianza de los demás, consiguiendo que la vieran como lo que era en realidad.

Una mujer de enorme coraje y compasión, que arriesgaría todo por aquellos que le importaban.

Él le había dicho que le pertenecía, pero se había equivocado, reconoció con humildad. Gwendolyn era demasiado perfecta y extraordinaria para llegar a pertenecer alguna vez a alguien. Estaba en armonía con él y con su gente, que estaba dispuesta a morir por ella. Una vez que la salvara de Robert, haría todo lo que estuviera a su alcance para hacerle comprender aquello.

No obstante, no tenía intención de partir a rescatarla con estos tres ancianos quisquillosos a cuestas.

—Vuestro deseo de hacer un viaje tan largo y arduo para traer a Gwendolyn a casa me complace —dijo—. Incluso el más joven y preparado de mis guerreros será apenas capaz de resistir las penosas horas sentado a horcajadas en el caballo, los escasos momentos de descanso sobre el húmedo y duro suelo, y la violencia de la batalla que debe seguirle...

Los miembros del consejo parpadearon.

—... y por tanto estoy ansioso por teneos en esta ardua misión, aunque había esperado que alguno de vosotros se quedara aquí para ayudar a proteger al clan de posibles ataques...

—A mí me complace quedarme aquí y cuidar de las criaturas —se ofreció Owen—. Sólo porque insistes —añadió.

—Yo también me quedaré —decidió Reginald—. No es porque tus chicos más jóvenes no sean magníficos soldados, pero necesitas un guerrero aquí que sepa lo que tiene que hacer en la batalla.

—Quizá tan sólo te dé un poco de mi pócima para que te la lleves —sugirió Lachlan—. En realidad no me necesitas allí para mostrarte cómo se usa. Sólo la arrojas sobre ellos y sales corriendo.

Alex los miró con fingida sorpresa.

—¿Estáis seguros?

—Completamente seguros, muchacho —dijo Owen—; tan sólo asegúrate de decirle a Gwendolyn que hubiéramos estado allí si no se nos hubiera necesitado aquí con tanta urgencia.

—Sí—dijo Reginald—, odiaría que pensara que la hemos abandonado en manos de esos sinvergüenzas.

—Me aseguraré de decírselo —dijo Alex, dirigiéndose a la puerta.

—Y dile a ese tipo, Robert, que Gwendolyn no es un objeto, y que no debe ser tratada como tal —añadió Lachlan con enfado—. «Será mío», señor. ¿Qué ocurre con los guerreros de hoy en día? ¿No tienen ya modales de ningún tipo?

El comentario no caló bien en Alex hasta que no alcanzó la puerta. Y entonces arrugó la frente.

—¿Qué has dicho, Lachlan?

—He dicho que le digas a ese maleducado bruto que no debe...

—Después de eso —le interrumpió Alex—. ¿Cómo se refirió Robert a Gwendolyn?

—Como un «eso» —replicó Lachlan—. Lo oí perfectamente, justo antes de que él y sus hombres se retiraran con la tormenta. «¡Será mío», gritó, como si ella fuera un plato o una herramienta. Nunca he oído una cosa tan desvergonzadamente ruda en mi vida.

Alex recordó entonces las últimas palabras de Robert.

«Maldito seas, MacDunn. Será mío.»

En aquel momento, Alex se encontraba demasiado abrumado por el miedo por Gwendolyn para prestar atención al uso de las palabras de Robert. Pero de repente se sintió molesto por ello. Gwendolyn se había convertido en un blanco perfecto al subirse al parapeto e invitar a los MacSween a que le dispararan una flecha incendiaria. No obstante, Robert había ordenado a sus hombres detenerse. Si su única aspiración era ver a la bruja quemada, ¿por qué iba a desperdiciar una oportunidad así? Será mío. ¿Qué diablos quería decir con eso?

Resuelto a descubrirlo, fue a buscar a la persona que podría saberlo.

—Te he estado esperando. —Morag no levantó la vista mientras vertía un líquido rojo oscuro en una marmita hirviente. Una nube de vapor se elevó en el aire, haciendo que el olor dulzón que estrangulaba la habitación se tornara incluso más empalagoso.

—Gwendolyn se ha rendido a Robert —informó Alex con expresión lúgubre.

Morag asintió mientras removía la marmita con un cucharón pesado de hierro.

—Era hora.

—¡Y un diablo era la hora! —gruñó Alex enfurecido por su comportamiento tranquilo—. Ella pertenece a este lugar. Morag alzó la vista de la olla y lo miró intrigada.

—¿Cómo lo sabes?

Alex sacudió su cabeza que palpitaba con fuerza, frustrado.

—No tengo tiempo para juegos, Morag. Necesito saber por qué Robert está tan resuelto a tenerla. Es evidente por su comportamiento de la otra noche que la quiere viva, no muerta. El bastardo quiere forzarla a usar sus poderes en su propio beneficio, ¿verdad?

—¿Y qué lo hace diferente a ti? —le preguntó con serenidad.

—Yo no le pedí que me consiguiera riqueza ni poder. Todo lo que pedí fue que salvara a mi hijo.

—No se lo pediste. No le diste otra opción. Le dijiste que si salvaba a David, le perdonarías la vida, pero continuaría siendo tu prisionera. ¿Recuerdas?

Apartó los ojos, avergonzado. Recordaba bien haberle dicho eso a Gwendolyn.

Ella le había pedido que sencillamente la matara y acabara con todo aquello, porque no pasaría su vida como una prisionera.

—Eso fue al principio —dijo, deseando con frenesí no haber dado nunca ese ultimátum—. Mi hijo se estaba muriendo y yo... yo no estaba en mis cabales. Ahora no es lo mismo. Debes darte cuenta de ello.

Morag con cuidado dio unos golpecitos con el cucharón en la marmita y lo depositó junto a la chimenea.

—Tienes razón, Alex. No eres el mismo. Ni ella tampoco. Es por eso por lo que no podía permanecer aquí y pedirte que la defendieras.

—Cree que con sacrificarse ante Robert, me está salvando la vida. Pero se equivoca —aclaró su garganta, incómodo por el temblor de su voz—. Se equivoca, Morag.

—Lo sé —dijo Morag con suavidad. Apoyándose en su bastón atravesó con lentitud la estancia, a continuación se sentó en una silla—. No es fácil tener poderes que no se explican con facilidad. —Reflexionó, sus ojos verdes meditativos—. Una vez que la gente sabe lo que eres, o bien quieren utilizarte o bien destruirte. O, como en el caso de Robert con Gwendolyn, ambas cosas.

Alex se esforzó por controlar su pánico.

—Eso no tiene sentido. ¿Cómo va a poder usar sus poderes si la mata?

—No puede. Desgraciadamente, Robert no comprende la naturaleza de los poderes de Gwendolyn; no más que ella. Eso es lo que la pone en un grave peligro.

—Morag, por favor —dijo Alex, esforzándose por comprender lo que estaba diciendo—, tan sólo dime lo que Robert quiere de ella. Tengo que saberlo. ¿Qué quería decir con «será mío»?

Lo estudió por un momento.

—¿Puede ser verdad, Alex? —le preguntó finalmente, su voz con un matiz de sorpresa—. ¿Has perdido de verdad tu corazón por otra mujer que no es Flora?

Alex no dijo nada. No hacía falta.

Morag cerró los ojos.

—Hay una piedra —empezó finalmente—, una brillante joya roja de un tamaño magnífico y una claridad que llena a casi todos aquellos que la miran con un deseo arrollador de poseerla. Esta ha sido pasada de madres a hijas en la familia de Gwendolyn desde hace unos trescientos años.

—¿Y eso es todo lo que quiere Robert? ¿Esa piedra roja?

—No se trata meramente de una preciosa baratija. Las mujeres del linaje de Gwendolyn están excepcionalmente dotadas con poderes especiales. Gwendolyn los tiene, pero no su madre, ni tampoco su abuela. El objetivo de esta piedra *es* proteger a estas niñas especiales cuando son pequeñas, hasta que sus poderes han madurado.

Alex frunció el ceño.

—¿Qué utilidad puede tener para Robert?

—No le sirve de nada. Desgraciadamente, a lo largo de los siglos surgió una leyenda que decía que, cada cien años, la piedra tenía el poder de conceder al que la tuviera en sus manos un deseo. Ese es el poder que busca Robert. En sus ansias por poseerla, asesinó al padre de Gwendolyn y la acusó del crimen. Pero Gwendolyn tenía la piedra muy bien escondida, y Robert fue incapaz de encontrarla. Ahora, ella es la única que sabe dónde descansa, y sólo ella puede dársela.

—Y tan pronto la tenga, la matará —terminó Alex con aspereza. Morag asintió.

—Gwendolyn ha tenido durante mucho tiempo encantado a Robert tanto por su belleza y fuerza como por la piedra. Robert no es un hombre que pueda tolerar la debilidad, y así es cómo él interpreta su deseo por ella. Una vez que tenga la piedra en su poder, buscará librarse de su lascivia hacia ella; destruyéndola.

Alex se volvió y a grandes zancadas se dirigió a la puerta.

—Hay algo más que debes saber, Alex —le llamó Morag. Se detuvo.

—La madre de Gwendolyn murió en la hoguera cuando ella era pequeña, sin llegar a transmitirle los conocimientos sobre su herencia. Ella no entiende sus poderes, ni tampoco el verdadero cometido de la piedra. Quizá piense que puede usar la piedra para destruir a Robert. Si lo intenta, no lo conseguirá, y la furia de Robert será tremenda.

Alex tiró con fuerza de la puerta y corrió pasillo abajo, desesperado por llegar hasta Gwendolyn antes de que retirara la inservible piedra.

Capitulo 14

*Un*as cintas brillantes de plata cortaron la oscuridad aterciopelada, iluminando por un breve instante la misteriosa asamblea de rocas cuidadosamente dispuestas, que se alzaban altas ante ellos. Las enormes piedras tenían un aspecto austero, casi amenazador; se extendían a través de la tierra color carbón como un poderoso ejército expectante, velando por sus secretos ancestrales en un silencio reverente.

Era, sin embargo, el lugar apropiado para que Robert muriera.

—¿Es esta? —preguntó Robert, eclipsando con su impaciencia la fatiga de los huesos entumecidos que el resto de sus hombres y Gwen-dolyn padecían tras varios días de camino.

Ella asintió.

—Cógela, entonces. Ahora.

—Eres aún más loco de lo que pensaba —observó, lanzándole una mirada de desprecio—. Ningún hombre es capaz de mirar la belleza extraordinaria de la piedra sin querer poseerla. Apenas me daría tiempo a entregártela antes de que tus hombres cayeran presos de su atractivo. Estarás muerto mucho antes de que tengas oportunidad de enroscar tus ansiosos dedos alrededor de ella.

Las comisuras de su boca se curvaron.

—Tu interés por mi vida es conmovedor, Gwendolyn —alargó el brazo y la agarró por el pelo, a punto de tirarla del caballo mientras la obligaba a mirarlo—. Crees que si estamos a solas tendrás oportunidad de matarmej ¿no es así?

—No necesito matarte —replicó Gwendolyn con voz fría y áspe-
ra—. He visto tu muerte, Robert, y es bastante más dolorosa y espantosa que cualquier cosa que yo pudiera hacerte.

Le dio una bofetada, sujetando su cabeza con firmeza para que no pudiera eludir el fuerte impacto de su mano.

—No puedes ver el futuro, Gwendolyn —se burló; sin embargo había un destello de vacilación en su mirada—. Si pudieras, hubieras sido capaz de salvar a tu padre.

Gwendolyn lo miró fijamente, negándose a reflejar cualquier emoción que no fuera odio.

Y entonces, presintiendo que le pondría nervioso, sonrió.

Robert la soltó con brusquedad.

—¡Derek, ven aquí!

Un parpadeo aceitoso de la antorcha del guerrero de pelo negro oscilaba sobre su rostro al tiempo que avanzaba, iluminando la horrible cicatriz estriada bajo su ojo izquierdo.

—Un regalo de despedida del día que escapaste, bruja —dijo Derek al ver que se la miraba—. Ten por seguro que tengo intención de cobrármelo íntegramente.

—Dame tu antorcha —le ordenó Robert—, y llévate a los hombres más allá de la cima de aquella colina. Os haré una señal cuando esté preparado para que volváis.

El guerrero arrugó el ceño.

—Creía que íbamos a llevarla de vuelta al castillo para quemarla.

—Tengo unos asuntos pendientes con ella que me gustaría tratar primero —contestó Robert.

—Si vas a violarla, deberías permitirnos observar —gruñó Ha-mish—. Después de todo, no llegamos a saquear el castillo de MacDunn y a usar a sus mujeres.

—Tiene razón, Robert —añadió Derek—, y ya que parece que no voy a tener a Isabella, merezco tener a esta cuando hayas acabado con ella. —Su boca se abrió con una sonrisa putrefacta.

—¡Silencio! —gruñó Robert, sacando su espada—. ¡Moveos hacia la cima de la colina antes de que os arranque la lengua con mi espada!

Derek le lanzó de mala gana su antorcha a Robert. Echó una larga mirada lasciva a Gwendolyn, y acto seguido, enfurecido, giró su caballo en dirección a los relámpagos que rayaban el cielo sobre la colina. Los otros guerreros lo siguieron con rapidez.

—Así que ya estamos a solas —observó Robert, enfundando la espada—. ¿Satisfecha?

Gwendolyn se bajó de su corcel, ajustándose la capa al tiempo que avanzaba hacia las impresionantes espirales de roca, ignorándolo. Con paso quedo se acercó a un bloque alto y escarpado en medio del ejército de piedra y posó sus manos contra él, recibiendo fuerza de su áspera frialdad. Esta había sido la preferida de su padre, pensó, rozando con sus dedos la marcada superficie. Los bordes de su forma irregular habían sido suavizados por el paso del tiempo, el viento y la lluvia, un liquen verde plateado trepaba a través de su dura piel. Su padre le había contado que esta roca había sido colocada allí por el Increíble Torvald después de luchar con éxito contra el perverso MacRoy. Cada vez que su padre y ella iban allí, solían sentarse ante un canto diferente y él le contaba una historia magnífica que terminaba con la adhesión de la piedra al jardín secreto del Increíble Torvald.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Robert—. ¿Está la joya aquí o no?

—No estoy segura bajo cuál de estas rocas la enterré —mintió—; creo que es esta.

Robert se deslizó de su caballo y avanzó hacia ella, llevando la antorcha.

—Entonces cava.

Obediente, Gwendolyn se arrodilló y empezó a rascar en la tierra con los dedos.

—Usa esto —le ordenó, lanzándole su daga al suelo—. Pero si intentas cortar otra cosa que no sea la tierra, Gwendolyn, te abriré con mi espada como a un pescado para asar en el fuego.

Ella clavó el puñal en el suelo y comenzó a cavar con crudeza la tierra apelmazada en la base de la roca. Por un momento se imaginó que era el Increíble Torvald y que tenía la fuerza para girarse y hundir la daga en lo más hondo del pecho de Robert. Pero ella no necesitaría la fuerza del Increíble Torvald para matar a Robert, se recordó con frialdad. Una vez que tuviera la piedra en sus manos, sencillamente usaría sus poderes para abrirlo en dos. Su muerte no sería inmediata, se juró, ya que Robert no se merecía la dignidad de un fallecimiento rápido. No, desearía algo que fuera espantosamente lento y doloroso. Quizá haría que se consumiera en el fuego, como represalia a la muerte que él había intentado darle. Se recreó en la imagen de su carne oscureciéndose hasta llegar a los huesos mientras gritaba de agonía. Los guerreros de Robert bajarían como rayos desde la colina y la descuartizarían cuando descubrieran a su jefe muerto, pero eso no importaba. MacDunn y David y el resto del clan estarían a salvo. En cuanto a la piedra, tan pronto hubiera cumplido con su deseo la devolvería a su tumba superficial, con el fin de que pudiera reposar a salvo bajo estos centinelas impresionantes de roca durante otros cien años.

—¿La has encontrado ya? —le preguntó Robert, cada vez más agitado. Bajó la antorcha, intentando comprobar su progreso—. ¿Está ahí?

—No estoy segura —dijo Gwendolyn mientras cortaba el suelo con la cuchilla. ¿A qué profundidad la había enterrado? —Puede que este no sea el lugar.

—Dame la daga —le espetó, arrebatándole el arma de sus manos al tiempo que la apartaba con brusquedad de su camino—. Yo mismo encontraré ese condenado talismán.

—¡No! —protestó Gwendolyn. Si Robert tocaba la piedra antes que ella, él pediría su deseo y todo estaría perdido—. Estoy segura de que puedo encontrarla más rápido que tú.

—Y sin duda pretendes usarla contra mí una vez que la hayas encontrado —dedujo con astucia—. No, Gwendolyn, no he llegado hasta aquí para que me engañes en el último

momento. Sujeta esto —le ordenó, empujando la antorcha hacia ella—, y manten la llama baja para que pueda ver.

Golpeaba la tierra como un hombre poseído, abriendo un canalón enorme bajo la oscura roca que lo observaba. Un segundo más y llegaría hasta la piedra, advirtió Gwendolyn impotente. Robert se convertiría en el tirano más cruel y vicioso que jamás hubiera conocido Escocia, y Mac-Dunn y su clan serían brutalmente aplastados.

«Y entonces el Increíble Torvald bajó su espada con estrépito —la voz de su padre resonaba desde algún lejano recuerdo—, hundiéndola en la espalda de su enemigo...»

Reuniendo hasta el último átomo de su fuerza, estrelló la antorcha en los hombros de Robert. Una lluvia de chispas feroces estalló en el aire al tiempo que Robert caía de bruces en el pequeño hoyo que había cavado.

—¡Por Dios que te mataré! —gruñó, escupiendo tierra por la boca. Se levantó ayudándose con las manos y avanzó hacia ella con paso airado. Gwendolyn con cautela se echó hacia atrás, sujetando el palo en llamas delante de ella.

—¡Maldita bruja! —la insultó, su boca con una costra de tierra, contraída por la ira—. Voy a hacer que sientas el dolor más intenso que jamás haya imaginado, y voy a disfrutar de cada instan...

Su diatriba fue cortada en seco por otro impresionante bramido. Gwendolyn se escabulló por uno de sus lados mientras él se golpeaba sobre la cabeza, intentando extinguir las llamas que ahora danzaban hacia arriba por su cabellera. Ella arrojó la antorcha y se dejó caer de rodillas ante la piedra, arañando con desesperación en la tierra.

«Por favor, Dios mío, haz que se encuentre aquí.»

Nada excepto tierra se agitaba bajo sus dedos. Dejó escapar un suspiro desesperado. ¿Dónde estás? De repente, su uña chocó con un trozo doblado de tela húmeda. Rasgándola con las manos, desenvolvió el paño sucio y endeble y agarró la joya oscura que reposaba en el interior, cerrando sus dedos alrededor mientras la cadena se derramaba por su puño.

—¡Quédate donde estás! —le ordenó con voz siseante, blandiendo la piedra como si se tratara de una reliquia sagrada—. ¡Un paso más y te mataré!

Robert vaciló.

Y entonces una sonrisa apretada se dibujó en su sucia cara veteada.

—Hazlo, entonces —le invitó, avanzando con lentitud—. Veamos finalmente si este precioso guijarro funciona en realidad.

—¡La usaré, Robert! —le advirtió Gwendolyn—. ¡Quédate donde estás!

—Hemos llegado demasiado lejos, tú y yo —dijo pensativo, aún avanzando—, para acabar así.

—No me incites a hacerlo —prácticamente se lo rogó al tiempo que retrocedía—. No.

—¿Sabes por qué fui la primera vez a visitaros a tu casa? —le preguntó él, reduciendo su voz a un tierno tono melodioso—. ¿Por qué puse en peligro mi reputación visitando a tu padre, cuando todo el mundo del clan creía que el mismo diablo habitaba entre aquellas paredes? Fue por ti, Gwendolyn. A pesar de las cosas horribles que la gente decía de ti, quería conocerte.

—Sabías que eran mentiras —replicó Gwendolyn—, tú eras el único del clan que sabías que no era una bruja. Por eso no me temías.

—No podía creer que fueras perversa —dijo ansioso—. Eras demasiado bonita, y demasiado triste, para ser capaz de infligir sufrimiento a otros.

—No intentes fingir que te preocupabas por mi infelicidad —le dijo con un susurro siseante, agarrando la piedra con más fuerza—. ¡Asesinaste a mi padre!

—Eso fue un accidente —su voz sonaba llena de remordimiento—. Nunca fue mi intención hacerle daño. Había bebido mucho aquella noche y se cayó.

—¡Mentiroso! —profirió, todavía retrocediendo—. Querías que te diera la piedra, y cuando *se* negó, luchaste con él y lo mataste. Y luego me culpaste de su muerte, sabiendo que nadie del clan se alzaría en mi defensa.

—No, te equivocas, Gwendolyn. Intenté decirle al clan que había sido un accidente, pero no me escucharon; incluso discutí con mi hermano sobre ello. Pero todo el mundo del clan te quería muerta, y no hubo nada que yo pudiera hacer para detenerlos.

Ella sacudió la cabeza.

—Me dijiste cuando estaba prisionera que podías conseguir que el clan me perdonara la vida si te decía dónde estaba la piedra escondida. ¡Cuando me negué, me dejaste morir!

—Había caído víctima del legendario poder de la piedra —le explicó con tono de disculpa—. Eso fue lo que me hizo actuar de un modo tan incomprensible. Pero nunca quise que te ocurriera nada malo, Gwendolyn —insistió, mientras continuaba acercándose—. Debes creerme.

—¡Mantente alejado de mí, Robert, o le diré a la piedra que te queme vivo!

—¿Podrías en realidad hacer una cosa tan espantosa, Gwendolyn? —le preguntó con tranquilidad—. ¿Podrías en realidad quedarte ahí y ver cómo me quemaba?

—¡No es más de lo que te mereces! —dijo, sintiendo que su determinación se estaba erosionando—. ¡Ibas a asesinar a todo el clan de Mac-Dunn, y a cortar su cabeza y ponerla en manos de su hijo!

—¿Cómo puedes creer que soy capaz de un acto tan horrible? —le preguntó, dando la impresión de haber sido herido—. Lo dije porque quería que vinieras a mí. Se trataba tan sólo de una amenaza vacía, Gwendolyn, nada más. Mírame —seguía acortando la distancia entre ellos—. ¿Puedes, honestamente, creer que soy ese monstruo tan terrible que has fabricado?

Las lágrimas inundaron sus ojos, suavizando la apariencia de Robert. Él daba la impresión de estar completamente derrotado, con su cabello quemado arremolinándose en mechones desiguales alrededor de su rostro manchado por el humo, y con una expresión solemne que reflejaba su remordimiento. Casi creía que estaba diciendo la verdad, o al menos una parte de lo que él pensaba que era la verdad. Si ella no lo mataba, él la mataría, se recordó con desesperación, dando otro paso hacia atrás. Tenía que hacerlo. Y a pesar de todo vacilaba, profundamente desgarrada por la idea de terminar con la vida de este hombre cuando le estaba suplicando compasión. Volvió a dar un paso atrás, chocando bruscamente con una roca.

Robert instantáneamente se abalanzó y le arrebató la piedra.

—Por fin —respiró, mirando con codicia la gema refulgente—, finalmente eres mía.

—¡No! —gimió Gwendolyn, intentando quitársela.

Robert la golpeó con violencia con el dorso de la mano en la cara. Ella gritó al tiempo que salía despedida hacia el suelo.

Un torbellino de dolor nubló su cabeza, y un sabor cálido y metálico rezumó sobre su lengua. Gwendolyn se tocó la comisura de la boca, luego miró paralizada la sangre que humedecía sus dedos. Con lentitud alzó sus ojos hacia él. El remordimiento conmovedor que había imaginado ver en él sólo un momento antes había desaparecido. El hombre que la miraba ahora era el Robert que ella conocía: cruel, avaricioso, y completamente rudo.

—¿Sorprendida? —dijo arrastrando las letras—. Pobre Gwendolyn. ¿Te creíste de verdad que podía ser ese idiota llorón que fingía ser?

—Pensé que incluso tú podrías tener una pizca de moralidad enterrada en lo más profundo de tu sórdida alma —le replicó, trastornada—. Me he equivocado.

—Eso es —asintió, divertido—. Pero no te desesperes. Dentro de poco seré rey de Escocia, y entonces te sacaré de tu miseria. —Separó las piernas y levantó la piedra reverente hacia el cielo turbio—. ¡Yo, Robert, del clan MacSween, te ordeno que me hagas el rey más poderoso y el gobernante más extraordinario de Escocia, invencible ante todo!

Un resplandor cegador pintó el cielo de blanco, seguido por la explosión ensordecedora de un trueno.

Gwendolyn se levantó con lentitud y miró a Robert. Permanecía allí de pie con los brazos extendidos y los ojos cerrados, la joya agarrada con fuerza en una mano mientras

esperaba que su transformación se completara. Todo se había acabado, pensó ella, abrumada por la magnitud de su fracaso. No sólo se erigía como rey, sino que también había deseado ser invencible. Nadie podría detenerlo ahora. Le subió por la garganta un sollozo.

—¡Dios santo, vaya explosión! —proclamó una voz animada desde la oscuridad—. Eso ha sido maravilloso, te lo digo yo. Estoy seguro de que mis oídos estarán sonando durante días.

«No —pensó Gwendolyn mientras el terror se apoderaba de ella—, Por favor, Dios mío, no permitas que esté aquí.»

Un jinete solitario con aire despreocupado se abría paso en zigzag a través de las piedras eternas, avanzando con un paso tan pausado que cualquiera podría pensar que había salido a dar un paseo por placer. Su silueta fantasmagórica era alta y amplia, y el poderoso caballo que montaba se movía con unas zancadas deliberadamente controladas, como si la bestia no tuviera más apremio que su jinete. Un halo brillante de luz de luna penetró la oscuridad cuando el guerrero avanzó, tornando su cabello en oro e iluminando cada magnífico detalle del mismo, desde la expresión despreocupada de su hermoso rostro hasta el porte relajado de su enorme cuerpo. MacDunn había venido solo hasta aquí, advirtió Gwendolyn, sin duda pensando que lucharía contra Robert en igualdad de condiciones. No era relevante ahora cuestionarse si su comportamiento arriesgado era debido a su locura o a su estúpida ingenuidad. El desenlace era inevitable. MacDunn iba a morir.

—Buenas noches, milady —dijo Alex, haciéndole una reverencia cortés desde su montura—. Es una noche absolutamente espléndida, ¿no es así? Debo admitir que, desde la última de vuestras tormentas, me he convertido en un exagerado apasionado de los truenos.

Gwendolyn se le quedó mirando, enmudecida, sus ojos llenos de lágrimas. Ninguna advertencia podría protegerlo contra el recién adquirido poder de Robert. Ni tampoco podía decirle en estos últimos instantes que lo amaba, por miedo a que Robert encontrara placer en torturarlo para hacerla sufrir aún más.

—¡Qué sorpresa más agradable, MacDunn! —dijo con sarcasmo Robert—. Por un momento temí de verdad que tendría que cabalgar todo el camino de vuelta hasta tus tierras para matarte. Así es bastante más conveniente; aunque ten por seguro que pretendo regresar y asesinar a todo tu clan, hasta el último bebé berreón.

—¡Por Dios, Robert! —masculló Alex—. ¿Qué has hecho con tu pelo?

La mano de Robert se levantó con timidez hacia las ridiculas puntas achicharradas.

—Lo ha hecho la bruja —gruñó, mirando a Gwendolyn—, y pagará generosamente por ello. Alex pestañeó.

—Pero ¿por qué iba a hacer un conjuro para darte un aspecto tan absurdo?

—No lo hizo con un hechizo —le espetó Robert—. Lo hizo con una antorcha. Y ahora si podemos continuar con el asunto que tenemos entre manos...

—¿Le quemaste el pelo con una antorcha? —le interrumpió Alex, mirando incrédulo a Gwendolyn.

Ella asintió.

—La próxima vez prueba con unas tijeras —le aconsejó con amabilidad—. Creo que encontrarás los resultados bastante más parejos.

—Puede que te interese saber, MacDunn, que ahora soy gobernante de Escocia —anunció Robert con solemnidad. Alex alzó las cejas.

—¡Qué fascinante! ¿Lo sabe el rey William?

—Confío en que sí —replicó Robert, con un tono poco convincente.

—Bien, si te has convertido en rey, supongo que debes haberle vencido en alguna gran batalla. ¡No llego a entender cómo no iba a darse cuenta de una cosa así!

La boca de Robert se curvó en una sonrisa fina.

—Todo lo que hice fue usar esta piedra —sujetó la gema preciosa entre el pulgar y el índice—. Me ha convertido en el gobernante más poderoso del país.

Alex ladeó la cabeza.

—Discúlpame, Robert, pero no tienes aspecto de ser muy poderoso —observó con sinceridad—. Si esa piedra concede deseos, quizá deberías desear que creciera de nuevo tu pelo; y por qué no que se te limpie la cara un poco...

—¡Basta! —gruñó Robert, exasperado. Alex se encogió de hombros.

—Bueno, ahora que eres rey, ¿qué piensas hacer? Robert sonrió y desenfundó su espada.

—Lo primero que voy a hacer, estúpido loco, es matarte.

—¡No! —gritó Gwendolyn—. ¡Por favor, Robert, te suplico que no lo hagas! ¡Haré lo que me pidas, tan sólo déjale que viva!

—Harás lo que te diga independientemente de lo que le ocurra a él —dijo con aspereza—. Y ahora que la piedra me ha dado este poder, ya no me eres de ninguna utilidad de todas formas. —Le hizo una señal con la espada a Alex—. Bájate del caballo, MacDunn, el Loco, y encuentra la muerte.

—¡No lo hagas, MacDunn! —gritó Gwendolyn, corriendo hacia él. Las lágrimas manaban por sus mejillas mientras se aferraba a la musculosa pierna de Alex, intentando sujetarlo a su montura—. ¡Aléjate! —le rogó con voz dulce—. ¡Tendrás todavía una oportunidad si te giras y te alejas cabalgando!

La expresión de Alex reflejaba una mezcla entre diversión y desconcierto.

—Sinceramente, milady, tu falta de fe en mí es casi insultante.

—¡No lo entiendes —dijo Gwendolyn con desesperación—, Robert no puede ser derrotado; la piedra le ha dado ese poder! No importa con el brío que luches, morirás. Tienes un hijo que te necesita y un clan que debe disfrutar de tu protección —presionó la frente contra su muslo y terminó con un sollozo desgarrador—: Te lo ruego, Alex, no te sacrifiques por nada.

Alex cogió con suavidad su barbilla entre los dedos, obligándola a encontrar su mirada. No había ni una pizca de locura que nublara el azul penetrante de sus ojos, e incluso la despreocupación que había fingido momentos antes había desaparecido.

—Tú no eres «nada» para mí, Gwendolyn —le dijo, su voz doloro-samente grave y reverente. Con ternura acarició su mejilla surcada por las lágrimas, al tiempo que terminaba con firmeza—: eres todo.

Gwendolyn lo miró fijamente, asombrada, a medida que iba comprendiendo el significado de sus palabras, de sus caricias, la solemnidad y poderosa intensidad de su mirada. Y entonces sacudió la cabeza y lo miró airada, escondiendo sus sentimientos, consciente de que si abría su corazón a él, ambos morirían con toda seguridad.

—No puedo ser todo para ti —le comunicó con frialdad. Le apartó la mano y retrocedió—. Soy una bruja y no necesito a nadie. ¿Lo entiendes? ¡Ahora deja de ser un estúpido y aléjate, antes de que Robert te arranque tu loca cabeza del cuerpo!

Alex la miró un largo instante. Estaba fingiendo indiferencia, pero sus ojos grises resplandecían de miedo y sus manos agarraban con tanta fuerza su capa que sus nudillos parecían minúsculos guijarros descoloridos bajo la tirantez de su piel.

—Vamos, MacDunn —gritó Robert con tono animado, agitando su espada en el aire—. No tengo toda la noche, ¿sabes? Un rayó cruzó el cielo.

—Confía en mí, Gwendolyn —le exhortó con suavidad, haciendo caso omiso a Robert—. Juré protegerte, y lo haré. No porque me pertenezcas —añadió, viendo que iba a protestar—, sino porque sin ti, estoy perdido.

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas.

—Si te importo algo, entonces te darás la vuelta y te irás cabalgando antes de que te mate.

Alex se deslizó del caballo.

—Sólo intenta retener la lluvia un poco más —le dijo, desenfundando su espada—. Me disgusta mucho luchar bajo la lluvia. —Le guiñó un ojo, se giró y se encaminó en dirección a Robert.

—¡Por fin! —dijo Robert blandiendo su espada ante él.

—Sinceramente, Robert, nunca pensé que fueras tan apasionado de la lucha —dijo Alex, apoyándose despreocupado sobre su espada—. ¿No recibiste la suficiente atención cuando eras pequeño?

—Intenta distraerme si lo deseas —replicó Robert, rodeándolo lentamente—. No afectará al desenlace de esta lucha.

—¡Ah, sí! Gwendolyn me ha dicho que ahora eres invencible. Me parece que le quita la emoción a la esgrima.

—Créeme, MacDunn, el hecho de que sepa que vas a morir no enturbia la perfección de este momento lo más mínimo —le aseguró Robert, acercándose más.

Alex ajustó con meticulosidad uno de los pliegues de su tartán.

—Me encanta que estés disfrutando. Sólo avísame cuando estés dispuesto a empezar.

—¡Ya hemos empezado, estúpido loco! —le espetó Robert—. ¡Prepárate para morir! —Cargó contra él.

Alex hizo una última e insignificante modificación a la caída de su tartán, acto seguido levantó la espada justo a tiempo para desviar el poderoso golpe de Robert.

El sonido del acero inundó la noche, con destellos plateados que estallaban en el aire cada vez que los afilados bordes de sus hojas se encontraban. Los dos guerreros estaban equiparados, ya que Alex repelía las arremetidas de Robert golpe a golpe, empujándolo unos cuantos pasos atrás para luego ser obligado a ceder algo de terreno por Robert. Los relámpagos tejían el manto oscuro del cielo alrededor de ellos, interrumpiendo el repiqueteo metálico con un estruendo ensordecedor y ahogando los gruñidos violentos que los guerreros emitían cuando uno u otro luchaban por llevar ventaja.

—No puedes ganar, MacDunn —dijo Robert, intentando arrebatarle la espada—. También podrías rendirte y dejar que acabe contigo rápido.

—Eso es extraordinariamente galante por tu parte, Robert —observó Alex—. Disculpa si te parezco desagradecido, pero disfruto con un buen combate, ahora y siempre.

—Como desees. —De repente Robert deslizó hacia abajo la espada, pasando el filo del acero por el pecho de Alex.

La sangre caliente emergió de su torso y rezumó a través de su camisa.

—¿Lo ves? —dijo Robert, sonriendo mientras examinaba el daño—. No puedes superarme, MacDunn. Soy invencible.

—No dejas de repetirlo —replicó MacDunn, apretando la mandíbula cuando el dolor le abrasó el pecho—. Pero si es así, Robert, ¿por qué estás tardando tanto en matarme? Con toda seguridad, como gobernante de Escocia, tienes otros asuntos más importantes que atender —dijo frunciendo el ceño—. ¿Puede ser que esa piedra que estás agarrando no sea más que un precioso colgante?

Robert bramó de ira y cargó contra él. Alex mantuvo su espada baja, luego la alzó describiendo un poderoso arco en el último momento, desviando el arma de Robert hacia un lado al tiempo que rasgaba con rapidez la parte superior de su brazo. Robert aulló de dolor y se tambaleó hacia atrás, mirando confuso el riachuelo escarlata que corría hacia su muñeca.

—Si lo deseas, podemos detenernos para que Gwendolyn le eche un vistazo —propuso Alex cortés—. Creo que encontrarás que tiene una mano excepcional con la aguja y unas cuantas hebras de su cabello.

—¡Voy a matarte!

—Como desees —dijo Alex, encogiéndose de hombros—, continuemos.

Gwendolyn observó en silencio, horrorizada, cómo los dos hombres alzaban sus espadas y comenzaban de nuevo, cada uno intentando herir al otro con violenta determinación. A pesar de la fingida bravata de Alex, ella podía percibir que no era insensible a la herida de su pecho, ya que cuando alzaba su espada, en su rostro se dibujaba una mueca de dolor, y su camisa se hacía más oscura y pesada por la sangre. Aún así

blandía su espada contra la hoja de Robert una y otra vez, obligando a su oponente a bailar en retroceso. La luz de la luna derramaba una aura pálida sobre los guerreros, perfilándolos con una luz fantasmagórica mientras se batían entre las piedras ancestrales.

—Has luchado bien, MacDunn —admitió Robert, respirando con dificultad—. Sin embargo, como bien has señalado, tengo otros asuntos más importantes que atender. Ha llegado la hora de tu muerte.

Alex inmediatamente bajó su espada y retrocedió.

—Muy bien, Robert. Haz lo que desees.

Agarrando su acero con ambas manos, Robert dejó escapar un gruñido triunfal y se abalanzó, sus ojos encendidos por la victoria.

«Por favor, Dios mío —le suplicó Gwendolyn, su corazón quebrándose—, por favor Dios mío, no permitas que muera.»

Alex permaneció firme, esperando hasta el último segundo.

Y de repente giró sobre sí echándose a un lado y hundió su acero en lo más profundo de las entrañas de Robert.

—No —dijo Robert, mirando estupefacto el frío fleje plateado desaparecer en su estómago. Levantó los ojos hacia Alex—. No puede ser. Yo... yo no puedo ser derrotado. Soy invencible.

—Perdóname, Robert —dijo Alex—, pero debes haber estado equivocado al respecto. —Sacó su espada de un tirón del estómago de Robert, liberando un chorro escarlata sobre la tierra.

—No has ganado, MacDunn —dijo Robert apretando los dientes. Se echó sus dedos empapados de sangre a la boca y consiguió emitir un silbido chirriante—. Mis hombres disfrutarán despedazándoos a ambos —profirió, agarrándose su estómago sangrante al tiempo que se ponía de rodillas—. Pero primero abusarán de ti como una ramera —terminó, lanzando una sonrisa viciosa a Gwendolyn.

Ella miró con temor a la cima de la colina, esperando ver aparecer como un rayo a los guerreros de Robert.

No se veía a nadie.

Alex suspiró.

—Desgraciadamente, creo que tus hombres están ocupados con otras cosas —le dijo, disculpándose—. Espero que no te importe, pero les pedí a mis hombres que los mantuvieran entretenidos mientras yo departía contigo.

La pura ira contrajo el rostro crispado por el dolor de Robert. Agarró la joya apretando el puño, en un intento por exprimir la última gota de fuerza de ella.

Alex envainó su espada manchada de sangre y se volvió para mirar a Gwendolyn.

—Ven, Gwendolyn —le dijo con ternura, extendiéndole la mano—. Es hora de...

—¡No! —gritó, sus ojos abiertos de terror.

Alex se volvió justo a tiempo para ver a Robert de pie, cortando el aire con su espada alzada hacia su cabeza. Instintivamente, este alargó la mano hacia su arma, consciente de que nunca podría liberarla antes de que Robert le abriera el cráneo en dos.

«Vuela» —ordenó Gwendolyn, clavando sus ojos en la daga desenvainada de Robert—. «Vuela hacia su espalda y mátalo.»

Un relámpago cortó el cielo, y por un momento agonizante todo se paralizó.

—¡Dios mío! —murmuró Robert, su acero bloqueado en el aire. Miró a Gwendolyn largamente, como si nunca la hubiera visto antes.

Acto seguido se desplomó en el suelo, la empuñadura de su mandoble sobresaliendo por su espalda.

Gwendolyn se llevó las manos a la boca al tiempo que miraba horrorizada el cuerpo inerte de Robert. Escudriñó más allá en la oscuridad, buscando al guerrero que había encontrado la espada y la había arrojado en el aire.

No había nadie.

Horrorizada bajó su vista una vez más hacia Robert. Una mancha oscura empapaba con rapidez la tela de su camisa.

—Yo... yo no pretendía —balbuceó.

—Lo sé —le dijo Alex a media voz. Se agachó y retiró la piedra de las garras de Robert.

Gwendolyn agitó la cabeza, esforzándose por comprender lo que había hecho.

—Iba a matarte y... no pude soportarlo. Tenía que detenerlo —comenzó a temblar—. Fue sólo un pensamiento. No creí que sucediera.

—Me has salvado la vida, y has necesitado convocar tus poderes para hacerlo.

—¡No tengo poderes, MacDunn! —objetó con desesperación—. Nunca los he tenido. Dejé que lo creyeras porque temía que me enviaras de vuelta con los MacSween si te enterabas de la verdad, pero... en realidad no soy una bruja.

Alex la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí, haciendo caso omiso de la herida que sangraba en su pecho.

—Estás equivocada, amor mío —murmuró, rozando con los dedos su mejilla enturbiada por las lágrimas—. Tienes poderes que has heredado de las mujeres de tu linaje. Tu madre no los tenía, pero tú sí. Y es por ello por lo que tu madre te confió la piedra —le explicó, colocando la cadena alrededor de su cuello—. No concede deseos, como tú y Robert creíais. Su cometido es mantener a las niñas de tu familia a salvo, hasta que sus poderes hayan madurado.

—No —protestó ella, temblando—, te equivocas.

—Piensa, Gwendolyn —le incitó, acariciando con ternura su cabellera—. Convocaste una tormenta la noche que te pedí que me demostraras tus habilidades...

—Fue una coincidencia...

—... y luego hiciste que lloviera a cántaros cuando Robert prendió fuego alas casas...

—Aquella tormenta se aproximaba de todas formas... yo no la empecé...

—¿Entonces cómo te explicas esa espada en la espalda de Robert? —le preguntó con serenidad.

—¡No lo sé! —gritó, hundiendo la cabeza en sus hombros—. ¡Tan sólo ha sucedido!

—Cálmate, ahora —la tranquilizó, estrechándola con más fuerza contra sí, al tiempo que le acariciaba la espalda—. Todo pasó, querida. Ahora estás a salvo.

Gwendolyn lloró entre sus brazos mientras él la sujetaba. Durante toda su vida había sido acusada de bruja, pero había sentido un ligero alivio al saber que esas alegaciones eran falsas, incluso siendo la única que lo creía. A pesar de todo no podía negar la poderosa sensación que la había sacudido por dentro al ordenar a la espada de Robert que lo matara.

Había hecho que el acero volara por los aires con la única ayuda de la fuerza de su voluntad.

MacDunn se puso de repente rígido.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella apartándose de él.

—Tenemos compañía.

La tierra comenzó a vibrar por el retumbar de los cascos. Gwendolyn miró hacia la colina y vio una oleada de guerreros descender por la pendiente, muchos de ellos llevando antorchas. Al acercarse, pudo ver que los guerreros MacDunn iban encabezados por Cameron, Brodick y Ned.

—Buenas noches, Gwendolyn —gritó Cameron, animado, tirando de las riendas de su caballo junto a ella. Alzó su espada y describió un círculo en el aire, indicando a los guerreros que formaran un anillo alrededor de Alex y Gwendolyn.

—Creímos que debíamos unirnos a ti porque estás a punto de tener visita —le explicó Brodick, ladeando la cabeza hacia el bosque. Echó un vistazo al cuerpo inerte de Robert—. Veo que finalmente has matado al bastardo.

—En realidad, ha sido Gwendolyn quien lo ha matado —dijo Alex.

—A MacSween no le gustará eso —predijo Ned, moviéndose hacia ella con ademán protector.

En ese momento unos cincuenta hombres irrumpieron desde los árboles de los alrededores. Se detuvieron al ver a los guerreros MacDunn posicionados formando un

círculo de fuego alrededor de Alex y Gwendolyn, no obstante sus espadas se mantuvieron desenvainadas, resplandeciendo a la luz de las antorchas.

—Buenas noches, MacDunn—dijo laird MacSween, adelantándose a sus hombres con el caballo. Su mirada se deslizó hacia Gwendolyn, luego hacia la silueta flácida y sangrienta de su hermano. La pena ensombreció sus facciones.

—Ha tenido que morir, MacSween —dijo Alex con tono sombrío—. Asesinó al padre de Gwendolyn movido por sus intereses egoístas, luego la acusó falsamente de su asesinato. Envenenando a continuación sus acusaciones con mentiras sobre brujería y perversidad, con el fin de que en lugar de escuchar a Gwendolyn, como deberías haber hecho, erróneamente la condenaras —su tono estaba cargado de reproche.

La expresión de MacSween se tornó más afligida.

—Desde hace tiempo he sabido que mi hermano era avaricioso —confesó a media voz—, pero no creía que fuese capaz de traer el mal a ,un miembro de su propio clan.

—Ella ya no pertenece a vuestro clan, MacSween —dijo Alex con voz áspera—. Ahora es una MacDunn. Si tú o alguno de tu clan intenta alguna vez hacerle daño de nuevo, te mataré.

—Lo mismo digo —añadió Cameron, elevando su espada—. Incluso si ello tiene que costarme la vida.

—Y yo —dijo Brodick, alzando también su espada.

—Y yo —juró Ned.

—Y yo —añadió Munro.

Gwendolyn miró a los MacDunn atónita. La promesa se extendió por el círculo de guerreros como una lenta ola al tiempo que cada hombre juraba con solemnidad protegerla. Todos los guerreros levantaron sus espadas o antorchas al hacer su promesa, hasta que un anillo magnífico de plata y oro resplandeció sobre el turbio cielo.

Abrumada por la emoción, Gwendolyn pestañeó y desvió los ojos, incapaz de comprender por qué esos bravos hombres sacrificarían sus vidas por ella.

—Los hombres que trajo Robert para atacar mi castillo están atados y esperando en la cima de aquella colina —le comunicó Alex a laird MacSween—. Si tengo tu garantía de que nos dejarás regresar a nuestro .hogar en paz, MacSween, puedes recuperar a tus guerreros. Y también está a tu disposición llevarte el cuerpo de Robert contigo —añadió—, para que pueda tener un entierro decente.

MacSween asintió y dio la orden a dos de sus hombres para que recogieran el cuerpo de Robert y su caballo. Tan pronto como lo hicieron, vaciló.

—Disculpa, MacDunn, pero debo saber... ¿cómo está mi Isabella? —El tono ronco de su voz reflejaba que había sufrido enormemente por su preocupación hacia ella.

La angustia del padre impulsó a Gwendolyn a encontrar su voz.

—Está bien, MacSween —contestó, ansiosa por tranquilizarlo—. Los MacDunn la han tratado con honor y amabilidad, y ningún hombre jamás la ha deshonrado.

Sus ojos se iluminaron con esperanza.

—¿Crees entonces que volverá a casa?

—No —interpuso Brodick, antes de que Alex pudiera decirle a MacSween que haría con placer que la llevaran de vuelta a casa en el transcurso de una semana.

Todo el mundo lo miró sorprendido.

—Isabella se va a convertir en mi esposa —declaró circunspecto Brodick. Su voz se hizo ronca al añadir—: Estoy seguro de que complacería a Isabella, MacSween, si nos diera su bendición.

MacSween lo estudió por un momento, su expresión perpleja.

—¿No eres tú el guerrero que empuñaba una daga contra su garganta y que amenazaste con matarla cuando estabais como invitados en mi casa?

—Soy yo. Me llamo Brodick.

—Mi hija tuvo mucho que decir de ti. Me sorprende ver que aún sigues vivo y de una pieza. Ya que tú estás decidido, te alabo por tu fortaleza, y te doy mi bendición.

Brodick sonrió.

—Le llevaré a Isabella para que la vea, MacSween, una vez que estemos casados.

—Esperaré ansioso —le aseguró el laird—. Os deseo a ti y a tus hombres un buen viaje, MacDunn —hizo una última inclinación de cabeza a Alex, acto seguido giró su caballo y condujo a sus hombres colina arriba para liberar a los guerreros de Robert.

—Sería mejor que tomáramos el bosque y acampáramos para pasar la noche —dijo Cameron, estudiando el cielo—. Es probable que esta tormenta rompa de un momento a otro.

—Quizá Gwendolyn podría impedir que se echara encima —sugirió Brodick,

—Ya ha tenido bastante por esta noche para ahora cambiar el tiempo y complacerte —objetó Ned—. ¡Acaba de matar a Robert, por el amor de Dios!

—Sí, eso es verdad —asintió Cameron—. La joven debe estar cansada.

—No nos importa que haya una buena tormenta, joven —añadió Munro, animado—,así que no te preocupes por ello.

—A mí me apasionan ahora —subrayó Ewan—, desde que convocaste aquella violenta turbonada cuando Robert nos atacó. —Eso si que fue una tormenta —evocó Garrick con entusiasmo—. Recordad cómo permaneció en el parapeto con el viento soplando a su alrededor...

—Fue como si flotara en el aire —interpuso Quentin—, como algo de otro mundo...

Los guerreros desaparecieron en el bosque, recordando aún las maravillas de la tormenta de Gwendolyn.

Gwendolyn los siguió con la mirada durante un largo rato. Y cuando sus voces murieron y el último destello de las llamas doradas se desvaneció entre los árboles, alzó lentamente sus ojos hacia MacDunn.

Aparecía ante ella, alto y poderoso, perfilado contra la oscuridad con un fino velo de luz de luna. Su camisa estaba rajada y bañada en sangre, pero parecía por completo insensible a su herida mientras le devolvía la mirada a Gwendolyn. No había rastro de locura que enturbiara el azul penetrante de su mirada, ni tampoco el deseo que ella había llegado a conocer tan bien y que inflamaba el estudio tierno que hacía de ella.

—¿Por qué viniste tras de mí? —consiguió decir finalmente, su voz apenas un susurro.

Alex alargó la mano y con ternura siguió el contorno de su mandíbula.

—Desde hace años, he librado una batalla conmigo mismo que temía no poder ganar jamás —le confesó a media voz—. Mi batalla causó los peores estragos el primer año tras la muerte de mi esposa. Quería morir también, así que no me importaba en absoluto la inestabilidad de mi juicio. Finalmente, sin embargo, recordé que tenía un hijo y un clan que me necesitaban, y por tanto me obligué a controlar mis fantasías y mis iras, hasta que pude generalmente aparecer cuerdo ante los otros. Pero era una mentira. Me estaba ahogando, y vivía en un constante miedo pensando que un día no sería ya capaz de luchar contra las olas que chocaban contra mí —su voz se hizo ronca por la emoción al tiempo que añadía—: cuando David cayó enfermo, supe que ese día había llegado.

—Pero David está bien ahora, MacDunn —le aseguró Gwendolyn—. Por la razón que sea, su cuerpo comienza a rechazar ciertos alimentos. Pero si se contiene de no comerlos nunca, creo que continuará creciendo fuerte y sano.

—Lo sé. Y a medida que él se curaba, yo también lo hacía, hasta que llegué a sentir como si tuviera de nuevo el control de mí mismo. Pero entonces te marchaste —dijo con

voz ronca—, y fue como si me hubieran desgarrado —agarró su mano y con reverencia le besó la palma, luego la presionó con firmeza contra su sangrante pecho—. Cásate conmigo, Gwendolyn —le rogó, luchando por que no se le quebrara lajroz—. Cásate conmigo y te juró que te amaré y te protegeré hasta mi último aliento. No porque me pertenezcas —añadió, capturando con sus dedos la gota plateada que corría por su mejilla—, sino porque sin ti, estoy perdido.

—Pero soy una bruja —protestó Gwendolyn con una voz débil y temblorosa.

—Y yo un laird loco —repuso irreverente, encogiéndose de hombros—. Somos una pareja perfecta.

Gwendolyn tragó saliva y sacudió la cabeza.

—Cuando tu gente sepa lo de mis poderes, querrán echarme...

—Mi gente siempre ha creído que tenías grandes poderes —le interrumpió Alex—, incluso mi hijo, que te adora por completo. Para la única persona que esto es una revelación es para ti. En cuanto a las tentativas para echarte, fue Robena quien incesantemente intentó alejarte, y sus motivos eran bastante más prosaicos que el noble deseo de proteger al clan. No volverá a tocarte.

Su corazón latía con regular fuerza bajo la palma de su mano mientras la sangre de su herida empañaba sus dedos. En aquel momento ella sintió cómo el amor de él fluía sobre ella, a través de su piel y de sus músculos, de sus huesos, penetrando su ser al tiempo que la llenaba de calor y coraje; el coraje que necesitaba para amar, y ser amada a cambio. MacDunn le había dicho que sin ella estaba perdido. Estaba equivocado, reflexionó, sintiendo una alegría estremecedora y custodiada que comenzaba a aflorar dentro de ella.

Era ella quien estaba perdida sin él.

Con un minúsculo gemido, se levantó sobre las puntas de sus pies y rodeó sus fornidos hombros con los brazos.

—Sí —murmuró, sus labios a un soplo de los de él—; me casaré contigo, MacDunn, el Loco.

—Alex la arrastró hacia él y estrechó su boca contra la de ella. Algo pequeño y duro le pinchó el pecho. Haciendo una ligera mueca de dolor, relajó sus brazos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gwendolyn, preocupada—. ¿Te duele la herida? ¿Quieres que te la cosa ahora?

—No es la herida —le aseguró. Agarró el colgante ahuecado entre su pecho y lo levantó hacia la luz de la luna, facilitándole un mejor estudio de la resplandeciente piedra en su engaste de oro. De repente empezó a reír.

—¿Qué te divierte tanto?

—Tan sólo pensaba en el tiempo que me espera —meditó, atrayéndola una vez más—, si tenemos una niña.

—¡Oh, no! —suspiró Gwendolyn—. No creerás que mis poderes...

—Espero que sí, Gwendolyn —le dijo, acariciando con ternura la pálida seda de su mejilla—. Cuando pienso en la felicidad que tan sólo una bruja me ha traído, me siento totalmente encantado ante la posibilidad de tener a dos.

Se inclinó y la besó con pasión, compartiendo el poder curativo de su amor. Y entonces la abrazó con más fuerza y volvió a reír con su juicio sano y su corazón a salvo a medida que conducía a su amada bruja fuera del jardín de piedras ancestrales hacia el esplendor de su nueva vida.